

Manuel Mujica Lainez

**EL VIAJE DE LOS SIETE
DEMONIOS**

Cubierta: ilustración de Eugène Delacroix representando a Mefistófeles
Primera edición en Biblioteca de bolsillo: abril 1992
© Herederos de Manuel Mújica Laínez
© 1992: Editorial Seix Barral S.A.
Córcega, 270 – 08008
ISBN: 884-322-3094-4
Depósito legal: B. 11.779 -1992
Impreso en España

"Nada más inocente que componer un libro de entretenimiento aunque no entretenga. Con no leerlo evitará toda persona discreta el mal que pudiera yo causarle. Yo no trato de enseñar nada ni de probar nada. Si alguien deduce consecuencias o moralejas de la lectura de este libro, él, y no yo, será responsable de ellas."

JUAN VALERA
De la dedicatoria de "Morsamor" (1899)

PRÓLOGO

El aposento era en verdad diabólico, porque desafiaba y burlaba las leyes de la perspectiva lógica. Lo cierto es que carecía de final, como si lo multiplicaran incontables espejos enfrentados, pese a que en él no había ni un solo espejo. Había, en cambio, hileras de ventanales, de estrechos ventanales góticos, que se perdían en eternos túneles, y que fueron colocados allí, probablemente, para mofa y caricatura del más cristiano de los estilos. Esas aberturas parecían estremecerse; su extraña ondulación resultaba de las hogueras que en el exterior ardían y que se levantaban en lenguas oscilantes. Pero al fuego no se lo veía con claridad, por la multitud de rostros que se agolpaban contra los espesos vidrios. Aquellos rostros, quizás masculinos, quizás femeninos, tenían el color del lacre y del humo y se descomponían con groseras muecas. Los iluminaban ojos candentes y famélicos. Crecían afuera, en torno del aposento aislado, gemidos, llantos y risas feroces, mas los gruesos cortinajes blancos los diluían en murmullos que se mezclaban con el zumbido de los aparatos de refrigeración, hasta que, de repente, las voces circundantes se afilaban y retumbaban en un grito más largo y agudo, que invadía la cámara.

Todo era blanco, convencional e infernalmente blanco, en el espacio interno: blancos los tapices, las colgaduras, las alfombras, los escasos muebles, tan pesados como si en mármoles fuesen esculpidos. Una especie de trono con baldaquín de escarcha, que asimismo participaba de las características del sillón de peluquero y del sillón de dentista, por la cantidad de trebejos mecánicos que complicaban su metálica estructura, presidía la sala de las recepciones oficiales. A sus pies, empinábase un bordado almohadón, en forma de tiara pontifical. Sobre una nívea consola interminable, estaban los bustos pálidos de Dante y de Milton, puestos cabeza abajo, y en medio colgaba un retrato de Goethe con orejas de burro. Como arabescos, plateadas letras enlazaban su diseño, trepando en orlas por las paredes y sus guarniciones, y componían, en los idiomas que conocemos y en muchos que ignoramos, las blasfemias infinitas que imaginaron los seres humanos y los que no lo son.

Criados silenciosos, vestidos con libreas albas, fijas las hebillas de perlas en las patas caprinas, ya que no podían usar ningún calzado, circulaban entre el moblaje y, de vez en vez, sin renunciar a la mímica solemne, se levantaban los faldones y enseñaban el desnudo y peludo posterior a los bustos de los poetas. Estornudaban, porque la refrigeración resultaba excesiva, en contraste con la quemazón que asediaba al palacio, y se sonaban las narices flamígeras con pañuelos de alas de vampiro. Uno revolvía el ponche famoso del Infierno, de cuyo recipiente, con cada vuelta de cucharón, brotaban llamaradas azules, y los demás servidores, aprovechando que el amo no se encontraba allí aún, lo rodeaban y extendían los dedos rígidos hacia aquel centro de calor, pues el frío de la habitación se intensificaba a medida que transcurrían los minutos.

No duró la holganza. Surgidos no se sabe de dónde, tal vez de un fondo de nieblas en el que apenas se irisaban las ventanas de ojiva, aparecieron el monarca del lugar y su séquito.

Iba el Diablo adelante, luciendo con elegancia un traje cruzado, de franela gris. La corbata roja y, en la solapa, una roseta del mismo tono

(especie de Legión de Honor) cortaban la sobriedad de su vestimenta. Arropábase en pieles de armiño, pero no bien entró se las quitaron, puesto que una de las leyes fundamentales del Infierno establece que nadie, ni siquiera su señor, esté cómodo en parte alguna del distrito central. Se puso el Diablo a tiritar, como los que lo seguían. En ese municipio del Hades, Sheol, Tártaro, Averno, Orco, Báratro, Gehena (o como se lo prefiera llamar) hay que escoger entre el bochorno insoportable de las brasas y el hielo atroz del palacio del Pandemónium, que habitan el Diablo y su corte. Mejor dicho: el único que puede optar por el aire gélido es el propio Diablo, y si elige a este último es sólo porque su aristocrática tendencia lo impulsa a diferenciarse de quienes, extramuros, sufren la combustión sin límites.

Temblando, pues, el amo se repantigó en el sillón odontológico y peluqueril, tras de asentar las patas de cabra (que compartía con sus siervos) en el almohadón papal. Arrimáronle unos fálicos candelabros, y a su luz se discernió la fisonomía del augusto personaje. Recortóse su cara, rasurada, bronceada, fuera de la mancha negra con la cual la tiznó la tinta arrojada por Lutero en oportunidad más que célebre. En el eje de su frente se hundía un hueco, dejado, según ciertos comentaristas sin prejuicios, por la esmeralda que estuvo engarzada allí, y que perdió cuando fue precipitado desde las alturas. Dicha piedra habría servido, más tarde, para tallar en ella el vaso del Santo Grial... pero esto, como todo lo que al Diablo concierne, es discutible: lo más probable es que la concavidad sea el rastro del golpe sufrido en aquella memorable ocasión. Advertíase, a poco de mirarlo, que había sido excepcionalmente hermoso, en su época seráfica, y, como suele acontecer con los viejos que conocieron un pasado de belleza, adoptaba las actitudes propias de un muchacho bien parecido. Se alisaba el pelo, entre los tres cuernos, los dos de búfalo a los costados y el retorcido central; se estudiaba las finas manos garfiosas; las pasaba por los ojos renegros, abrasantes; las descendía hacia la cintura, que había conservado esbelta; cruzaba una pierna, luego otra; estiraba la boca y mostraba unos falsos dientes de actor. Temblaba, pero fingía que eso se debía a un tic que le sacudía la cara.

A su derecha, de pie, se ubicó Adramalech, Gran Canciller del Infierno, el del rostro de anciano, gafas de miope y cuerpo de pavo real, que en todo momento desplegab su cola en abanico, pues era extremadamente vanidoso y se juzgaba muy espléndido, algo así como un vitral art-nouveau. Los asirios lo habían adorado, inmoldando niños en sus altares, y no cesaba de recordar ese privilegio. En cambio, a la izquierda del Diablo, ceñido por una áurea armadura, baja la celada, como un San Jorge resplandeciente (pero no), se destacó Azazel, gran querubín, portaestandarte del Orco, quien hizo flamear la roja bandera. Y detrás avanzaron varios sátiros, a los que les habían encasquetado unos tricornios con plumas de avestruz, para que su velluda desnudez no desdijese plenamente con la pompa cortesana que se quería atribuir a la ceremonia. Había, entre ellos, el que acarrea la máquina de escribir más moderna y eficaz que podría inventar el sobrehumano ingenio; los que llevaban pilas y pilas de ladrillos y cilindros, para la escritura cuneiforme, pues la etiqueta del Infierno, rigurosamente tradicionalista, exige que las actas y declaraciones se copien de acuerdo con ese difícil procedimiento mesopotámico; y los que transportaban sellos, cofres y libros.

Quienes, pegadas las narices a los cristales y recalentados por el fuego, observaban la escena, levantando ya un pie ya el otro, para eludir la

cremación, dedujeron fácilmente que el Diablo y su Canciller habían estado discutiendo, dada la manera como Adramalech abría y cerraba las plumas multicolores, fruncía el ceño y torcía los labios. Por fin, el soberano ordenó que cesara el abaniqueo nervioso, el cual, al agitar la atmósfera, acentuaba la corriente fría que hacía palpar los cortinajes. Obedeció el Canciller Pavo Real, a regañadientes, pero todavía algo insistió, en lo que evidentemente venía sosteniendo, porque se encolerizó el Diablo, escupió al suelo, del que saltaron chispas, y exclamó:

-¡Basta! Demasiado tienes que hacer, ocupándote de mis relaciones exteriores, para pretender viajar, cuando hay otros aquí que viven en el ocio estéril. ¿O te ha dado por imitar a tus colegas terráqueos, que con cualquier pretexto dejan el despacho aburrido y salen, simulando tremendas inquietudes, a dárselas de turistas? Por lo demás, lo resuelto, resuelto está, y para confirmártelo ¡que traigan los libros!

Refunfuñó Adramalech, alisándose con la boca las plumas, y recordó en voz baja que los asirios se habían conducido mejor con él, mas ya estaban los libros delante del Diablo, quien acariciaba sus encuadernaciones con refinamientos de bibliófilo. Eso es lo que le gusta parecer, por encima de lo demás: un refinado. Tomó la edición alemana del "Tractatus de Confessionibus Maleficorum et Sagarum", del ilustre Peter Binsfeld, cuya sabiduría se afirma en su formación por los jesuitas de Roma, y elogió el grabado de la portada. Leyó, como si declamase: Munich, 1591.

-Este hombre -comentó- fue una autoridad notable. Únicamente un error singular, que nada justifica, hallo en su libro, y es que sostiene que el Diablo no puede aparecer bajo la traza de una persona inocente.

Rieron los sátiros, mientras acomodaban la máquina de escribir y los cilindros de barro, a fin de que se consignara en ellos cuanto dijera el señor. La máquina comenzó en seguida a funcionar sola, copiando en un rollo lo que dictaba el Diablo, sin equivocarse ni una letra, mientras que un fauno prolijo se esmeraba, con ayuda de un punzón, en grabar en el barro (que sería cocinado después) los clavos y variados signos propios de la escritura persa y asiria.

Púsose el príncipe del Mundo a revolver las hojas del "Tractatus", hasta que encontró lo que precisaba.

-Aquí está -puntualizó-, aquí está la clasificación de Binsfeld, que considero la más perfecta. Él distribuye entre los demonios la hegemonía de los pecados capitales (los siete que enumeró Tomás de Aquino, quedándose corto) así: a Lucifer, la Soberbia; a Satanás, la Ira; a Mammón, la Avaricia; a Asmodeo, la Lujuria; a Belcebú, la Gula; a Leviatán, la Envidia; a Belfegor, la Pereza. Es admirable. Cualquiera deduciría que los ha conocido, porque se ajusta exactamente a las calidades y preferencias de esos cofrades. Cómo pudo adivinarlo? ¿Quién se lo sopló? ¿Habrán en el infierno -y el Diablo miró en torno, como si escrutase los arcanos de la profundidad- infiltraciones? ¿Habrán algún traidor que anda por la Tierra, divulgando nuestros secretos?

-Con todo -declaró Adramalech (y en ese momento sus plumas semejaban un inmenso abanico, abierto en la nacarada penumbra de un avant-scène de teatro)- yo opino que me pudo otorgar la Soberbia.

-Nadie se acuerda de ti -replicó el Diablo-. A ti te basta y sobra con la Cancillería. Mira, éste es "The Magus or Celestial Intelligencer", de Francis Barret, publicado en Londres el año 1801. Él también ensayó una clasificación, y llama a Mammón el príncipe de los tentadores y engañadores; a Satanás, el

de los alucinadores, o sea el jefe y servidor de los que conjuran y de las brujas; y a Belcebú, el de los falsos dioses. Pero esto, con algún atisbo de verdad, carece de asidero. Me quedo con el Maestro Binsfeld, que no en vano era alemán. Es más claro, más definitivo.

-Sin embargo -protestó el Gran Canciller- ninguno de ellos, fuera de Belcebú, integra la lista de los demonios-jefes mencionados por Milton. La sé de memoria: Moloch, Camos, Baal, Astarot, Astarté, Tammuz, Dagón, Rimnón, Osiris, Horus, Belial.

Se echó a reír el Diablo y se sacudieron las paredes, arrojando, aquí y allá, trocitos de hielo. Hizo girar el sillón, que en tanto hablaba iba y venía por el cuarto, hacia el busto del poeta, que cabeza abajo asistía a la escena insólita, y recalcó, silbando con silbido de serpiente:

-Ése no tenía ni idea de cuanto nos toca. He was an old fool. Es como el otro -añadió, señalando al busto de Dante- ¡y pensar que en su tiempo sostenían que había estado en el Infierno!

Los sátiros, adulones, rieron también, y la armadura dorada de Azazel, el portaestandarte, rechinó, como si se destornillase o se destornillase.

-¿Están listos los invitados? -preguntó el Diablo, pasándose por los cuernos el pañuelo de hilo, con su inicial bordada en seda carmesí.

-Sus Excelencias aguardan vuestras órdenes, Sire -contestó uno de los sátiros.

-Que entren, pues.

Y entraron, uno a uno, los siete demonios.

Entonces se advirtió que la curiosidad de los mandingas menores, que aplastaban las narices, naturalmente chatas, contra las ventanas góticas, subía de punto, porque cubrieron los vidrios en su totalidad, y ya no hubo resquicio para que asomase ni un reflejo de las llamas. No estaban allí, por descontado, las huestes íntegras del Diablo. Ni siquiera el hecho de que fuese aquella una habitación aparentemente infinita hubiera podido contenerlos si se considera que Johan Weyer, médico del Duque de Cleves, calculó, en el siglo XVI, a ojo de buen cubero, que su cifra asciende a 7.405.926 individuos. Por lo demás, no olvide el lector que la mayoría de los diablos, diablejos, diablones y diablotes, fuesen ígneos, aéreos, terrestres, acuáticos, subterráneos o heliófobos merodeaban sueltos por el Mundo -como merodean- a modo de miríadas de insectos tenaces, dedicados con seriedad a las tareas inherentes a su condición, y que quienes espiaban por los ventanales lo hacían otorgándose, dentro del Infierno, un breve descanso.

Su atención se concentró primero, por su jerarquía, en el grupo compuesto por el Diablo y sus ayudantes principales, que integraban un cuadro muy singular con el Príncipe en el medio, sobre su ambulante silla de portátil baldaquín de estalactitas, que de repente reclinaba el apoyacabeza, como si al caballero moreno y cornudo que la ocupaba fuesen a afeitarlo o a despojarlo de una muela, y de repente alzaba un brazo de metal, o daba vuelta, o se desplazaba, empujando al almohadón pontificio, de acuerdo con las necesidades del caso. La máquina de escribir no paraba de teclear, siguiendo las marcadas inflexiones de la voz del Diablo, y el sátiro amanuense de tricornio se afanaba, por su parte, en multiplicar los caracteres cuneiformes, mientras llenaba más y más ladrillos sin cocer aún, con destino a los estantes del Archivo Mayor. El Gran Canciller Adramalech se esponjaba y desenvolvía las plumas de pavo real, cerrándolas de súbito con rápido golpe coqueto;

levantaba una parte y se sacaba los anteojos; y el serafín Azazel hacía relampaguear los oros de la coraza y aprovechaba el aire intenso para que flamease la angosta bandera.

Con ser sin duda extraña la escena que esbozamos, más extraña todavía fue la que crearon los recién venidos, quienes se inclinaron sucesivamente ante el amo infernal. Lucifer, el soberbio, era negro como la noche y estaba vestido por su desnudez total y musculosa. Llevaba una corona sembrada de diamantes y anchas alas de murciélago, con incrustados carbúnculos. Su orgullo se evidenciaba en los elementos heráldicos que se entretejían en su manto transparente: águilas, leones, grifos, lobos, castillos, flores de lis, y que ascendían también por su cetro de ébano. "Hijo de la mañana" lo llamó Isaías, y con ser tan negro resplandecía como el amanecer. Satanás, el iracundo, el de las alas de buitre, exhibía una cota de mallas roja, como si fuese un inmenso crustáceo, y sus ojos crueles coruscaban en la trabazón de pelos que le cubría la cara y las mejillas. Mammón, el avaro, sobresalía por una delgadez que le marcaba el esqueleto, apenas resguardado por jirones de ropas andrajosas, y por las miradas titilantes de ambición que dirigía a cuanto centelleaba un poco, lo mismo a la máquina de escribir del Diablo que a la armadura de Azazel. Asmodeo, el lujurioso, tenía el hocico de cerdo y de conejo las orejas; renqueaba y se relamía, embistiendo con ojeadas provocadoras a los sátiros: pero a veces se transformaba en una mujer o en un adolescente, desnudos ambos y tan cambiantes que resultaba imposible discernir su sexo. Belcebú, el devorador insaciable, traía un capote manchado de grasa; una guirnalda de uvas en torno de la frente; una banda de hortalizas cruzándole el pecho; y una colmada cesta, de la cual sacaba constantemente más y más viandas de cualquier tipo, que embaulaba con fruición su boca descomunal. Nubes de moscas verdes volaban alrededor. Leviatán, el envidioso, Gran Almirante del Infierno y jefe Supremo de las Herejías, sustentaba sobre los hombros angostos una amarilla cabeza de cocodrilo y ceñía el blanco uniforme de su dignidad, todo él rutilante de mágicas condecoraciones. Y Belfegor, demonio de la Pereza, no venía solo, porque evitaba en lo posible caminar. Cuatro simios alados portaban las andas en las que estiraba su molicie, su corpachón de hembra rolliza, dormilona y roncadora, y el caparazón de tortuga que le caía por la espalda. Así se presentaron los siete demonios ante su señor. No abundamos ahora en más detalles acerca de sus estructuras. Ya los irá conociendo y apreciando el lector en el curso de este libro, y con lo descrito basta para transmitir una idea sucinta de la extravagancia de su concurso, al que comunicaba su vibración el leve batir permanente de las alas (las del avaro eran del paño de algodón más barato, zurcido y pobre; las del libidinoso, de cantáridas esmeraldinas; las del goloso, chorreantes de miel; las del envidioso Almirante, hechas con lonas de carabelas; y las del perezoso, de piel de marmota). Las cabezas de cerdo y de cocodrilo, las garras diversas, los policromados adornos y atributos, los distinguían, pero todos ostentaban colas iguales y unas patas de cabra que proclamaban la ausencia de zapaterías, en los dominios del Diablo.

-Comenzaremos la audiencia -dijo el amo, y Azazel hizo culebrear el rojo estandarte.

La máquina de escribir autónoma, captadora de palabras en el aire, aguardó a un lado, ávidamente dispuesta, y al otro, el sátiro tricornudo afiló el punzón y aprestó un nuevo cilindro. Entre tanto, Su Majestad se revistió para

la ceremonia, de acuerdo con el ritual previsto por el protocolo. Es decir que no se revistió, sino se desvistió. Se abrió el chaleco; hizo lo propio con el cierre relámpago del pantalón de franela; se desabotonó la camisa, y entonces apareció su segunda cara, su cara oculta, la que tiene la boca dibujada a la altura del ombligo, que es idéntica a su cara visible (con la única diferencia de que no conserva la mancha del tintero luterano) y que sólo se muestra en las funciones importantes. Dicha boca ventral habla, a veces al mismo tiempo que la superior, lo cual puede provocar embrollos. Por el momento, ambas narices se limitaron a estornudar estrepitosamente, a causa del desabrigo, y esas violencias nasales hallaron eco en los estornudos soltados por los siete demonios, en particular por los sin ropa, Lucifer y Asmodeo; en cuanto al cocodrilo Almirante, los párpados y las fauces se le llenaron de lágrimas. Cabe señalar que durante todo el resto del acto, hubo siempre alguien que estornudaba, con furia Satanás, Belfegor con pereza, Belcebú con gula, Adramalech remilgadamente, pasándose las plumas de pavón por la desembocadura irritada del aparato respiratorio, y que aquellos espasmos de la pituitaria acompañaron como un coro sollozante al desarrollo de los diálogos.

El Diablo empezó por mandar que los siete huéspedes dominaran el batir refrescante de sus alas, y que se distribuyeran en consonancia con sus títulos. Así lo hicieron, apostándose a la derecha los de nobleza más rancia, que son los mencionados en el Antiguo Testamento: Satanás, Leviatán y Asmodeo; a la izquierda, el citado en el Nuevo, que es Belcebú, y algo detrás los restantes: Lucifer, Mammón y Belfegor. No se obtuvo esa repartición sin reclamos. Lucifer se atufó, y el carbón de su cuerpo espejeó como una añosa madera lustrada. En su manto, incorporáronse, rampantes y sañudas, las dibujadas bestias. ¿Cómo? ¿Acaso no era el más prestigioso, el más egregio, el más difundido de los demonios? ¿No presidía cuanto se vincula con la zona del Oriente terrenal? ¿No lo confundían a menudo con el Rey de los Infiernos? Hinchaba el pecho y los bíceps potentes, y el Diablo sonreía.

-De eso -acotó desde su sillón móvil-, del Rey de los Infiernos charlaremos después.

Protestó Mammón, recordando que, según Milton, fue el primero que enseñó a arrancar los tesoros de la Tierra y que, en consecuencia, la administración infernal le adeudaba bastantes beneficios, pero el Diablo -que tiene buena memoria- le retrucó que, también según Milton, era el menos elevado de los espíritus caídos del Cielo, y cerró el debate, arguyendo que Milton carecía en absoluto de autoridad. Y el lánguido Belfegor femenino arrellanó su concha de tortuga en las andas y se limitó a bostezar: sabía que muchos entendidos reconocen en él al Dios Crepitus, el de las digestivas ventosidades, y eso bastaba para tranquilizarlo con referencia a la importancia sonora de su situación.

Aclaradas las prioridades, tomó el Diablo la palabra.

-Estoy -dijo, dirigiéndose a sus siete grandes vasallos- muy descontento de ustedes. Viven aquí una vida inútil, recostados sobre laureles antiguos, y no hacen más que discutir, como si fueran teólogos. En lugar de proponer ideas originales, que favorezcan al Infierno, se la pasan divagando. Los que son príncipes, desdeñan a los otros. Lucifer, Satanás y Asmodeo disputan sobre cuál de los tres fue el que tentó a Jesús, y en realidad esa tentación rindió tan poco fruto que no es para vanagloriarse y más conviene ni

recordarla. Además, Satanás y Lucifer se han ingeniado, con literarias intrigas, para que el Mundo crea que uno de los dos lleva la corona de los Infiernos, relegando mi nombre (el nombre de Diablo) a la condición impersonal de nombre común y colectivo. Ce n'est pas aimable –adujo con una mueca torva, y avanzó las uñas-. Asmodeo enloquece a todos con su cuento de cómo se apoderó del harén del Rey Salomón, engañándolo, en la época en que lo ayudó a construir el templo. It's an old story. Belcebú se jacta de su título de patrono de los médicos, y sin embargo no hay quien le extraiga una receta en este sitio donde tantos pobres diablos soportan quemaduras injustas. De Belfegor no hablemos: no hace más que tumbarse. En resumen, ninguno de los siete sirve de nada y eso implica un mal ejemplo, que ya empieza a cundir entre los espíritus menores. Se relaja la disciplina, y yo aspiro a que el Infierno sea un modelo disciplinario. Allá ellos en el Cielo; que procedan como les plazca; que manejen a su antojo la indulgencia. El Infierno es un instituto penal, y debe funcionar sobre bases serias. Si los supremos guardianes de nuestra casa olvidan su obligación, poco a poco se irá convirtiendo, para vergüenza nuestra, en un Paraíso.

Intentó Satanás, tartamudeando de ira, una protesta, pero se lo vedó una cascada de estornudos. Por su parte, el Diablo levantó la diestra y descartó cualquier objeción probable. Ahora fue su segunda cara la que habló, y Belcebú, Señor de la Voracidad, apartó a manotazos las moscas zumbantes que lo envolvían y cesó de masticar, para no perder vocablo.

-He pensado -manifestó la boca del ombligo- enviarlos a la Tierra, a fin de que allá cumplan la misión que aquí desatienden. Asaz vacilé, antes de resolverlo. Me disgusta la perspectiva de que escapen a mi directa e inmediata fiscalización. ¿No integraron algunos de ustedes el grupo que traicionó a Jehová? ¿No serían capaces de traicionar de nuevo, de traicionarme a mí, que encabecé la sedición? Sin embargo, prefiero correr ese riesgo a verlos en torno, haraganeando. Es algo que no puedo soportar. Se diría que cada uno ha renunciado a su pecaminoso dominio, para invadir el del Ocio, señorío de Belfegor.

Lucifer, faraón de lo pertinente al insano Orgullo, irguió el cuerpo macizo y proclamó, en representación del resto, su fidelidad. Pusiéronse a cantar los siete la "Marcha de las juventudes Demonistas", en testimonio de su lealtad al jefe máximo.

-¿No es comprensible -continuaron los labios umbilicales, con escéptico rictus- la actitud de esos países del Mundo en los cuales se pone toda clase de inconvenientes a los ciudadanos, antes de autorizarlos (cuando se les permite) a trasponer sus fronteras? Yo la acepto y la admiro. Pero este caso es diferente. Se trata de la disciplina laboriosa. En consecuencia, a la Tierra irán.

Espiáronse, absortos, los convictos. A mil leguas estuvieron de suponer que los habían convocado con el propósito de endilgarles una reprensión. Por encima de sus especialidades, la vanidad era su denominador común, y habían barruntado, teniendo en cuenta lo excepcional de su status, que el Diablo los había reunido para otorgarles alguna nueva prebenda. Leviatán, Gran Almirante, llegó a imaginar que le conferirían una condecoración más, y Belfegor se mantuvo derecho, en las andas que su somnolencia requería, y retuvo un viento que hubiera sido muy mal recibido.

-A la tierra irán -prosiguió el Gran Demonio-, y no por cierto a divertirse, sino a trabajar. De modo que no te relamas, Asmodeo lúbrico.

Se inclinó al oído de Adramalech, quien se dobló palaciegamente y a su vez transmitió a los sátiros una orden. Estos maniobraron la cerradura de una maleta y de ella extrajeron tres objetos, que tomó consecutivamente el soberano.

-He aquí -dijo mientras lo mostraba- un reloj. No es un reloj común. En lugar de indicar las horas, indica los años. Te lo confío, Belfegor. Aquí tienen un mapa, que se ilumina señalando el lugar del Mundo en el cual se encuentra quien lo consulta. Tú lo llevarás, Asmodeo. Y esta caja de laca punzó, obra de un diablo japonés, contiene siete fichas de nácar, cada una de las cuales ostenta el nombre de uno de los llamados pecados capitales. Te encargarás tú de ella, Lucifer. Durante el viaje, repentino, inesperado, sonará el reloj, que es un despertador irreprochable. Por eso te elegí para transportarlo, Belfegor soñoliento. Lo examinarán ustedes y así sabrán por qué momento de la historia humana, por qué año, con exactitud, atraviesan en ese instante, ya que el tiempo es una absurda convención de los hombres, allende la cual operamos, libres, nosotros. Verificarán, en el mapa, el sitio coincidente donde se hallan, y se detendrán allí. Por último, abrirán la caja punzó, y la suerte dispondrá cuál de los viajeros será el artífice a quien incumbirá ejercer la tarea inherente a su intrínseca tentación. Pero ¡cuidado!, los demás no permanecerán inactivos, ya que ellos deberán colaborar con el ejecutor principal, si lo requiriese el éxito de la empresa. Y no piensen que será un trabajo sencillo. Ya veré yo que a cada uno le corresponda una tarea no vinculada con su idiosincrasia.

Mudos quedaron los siete demonios. El Diablo reía; el pavón se pavoneaba; el portaestandarte izaba y bajaba la insignia; Belfegor contemplaba el reloj de los años; Lucifer revolvía la caja y hacía sonar las fichas; Asmodeo desenrollaba el mapamundi, que era bonito, decorado con personajes mitológicos y con blasones de ciudades.

-Y ahora extiendan las manos -habló el Rey-. Adramalech, dame el sello.

Estiraron los demonios las extremidades, las zarpas, los ásperos dedos, y sobre cada una de las palmas, el propio jefe imprimió su timbre rojo: los tres cuernos endentados, contraflorados y ecotados, por describirlos heráldicamente.

-Eso hará las veces de pasaporte -concluyó el Diablo-. Exhíbanlo delante de Caronte, al salir. Adramalech, el ponche.

Aproximóse el Canciller, todo plumaje y meneos. Lo siguieron dos pajes que coceaban con escandalosas luces de perlas en las pesuñas, y presentaron la ponchera ardiente. Colmaron las copas, y los siete brindaron con el Diablo Mayor. Sabían a qué atenerse y por eso no escupieron lo que se les ofrecía: el Ponche del Infierno, que sólo se sirve en el aposento helado, es lo más cruelmente frío que se conoce, más gélido aun que el famoso semen glacial de los incubos.

Luego los demonios retrocedieron y se retiraron, evitando dar la espalda a su señor, y éste se apresuró a clausurar el cierre relámpago del pantalón y a abotonar el chaleco, porque su segunda cara empezaba a amarotarse, aterida.

UNO EL VIAJE

A la puerta del Pandemónium los aguardaban sus alígeras cabalgaduras, y corrieron a montarlas, para escapar cuanto antes del tórrido ambiente y eludir la curiosidad de los pequeños diablos que, como un hervidero de periodistas -alguno llevaba un aparato grabador- los asedió, inquiriendo noticias sobre el motivo de la convocatoria. Brincaban los aprendices de Mefistófeles y hurtaban los cuerpos a las lumbraradas. Olía el contorno a chamusquina, y hasta los más esforzados de los siete demonios, como Lucifer y Satanás, echáronse a toser y a gimotear y a experimentar palpitations, tal era la oposición entre la temperatura de la cámara blanca y el furor candente que imperaba allí.

Belfegor fue el único que no necesitó otro transporte. Los cuatro monos que sustentaban sus angarillas desplegaron las alas pilosas, y la mujerona semiamodorrada acomodó el pesado caparazón de carey y cerró los ojos, mientras que su vehículo se elevaba por los aires. Saltaron los demás sobre sus bestias: Lucifer sobre un grifo, mitad águila y mitad león; Satanás, sobre una serpiente de escamas azules; Mammón, sobre una reproducción mecánica del Vellochino de Oro; Asmodeo, sobre una sirena provocante; Leviatán, sobre un sapo gigantesco, vestido de terciopelo escarlata; y Belcebú sobre un toro asirio (asirio como él), con barbado rostro de hombre, y a poco sobrevolaron la vastísima hoguera, en cuyo corazón se destacan, como solitario témpano, los cristales del palacio del Diablo.

Abajo, entre vapores, con planicies y volcanes, con cavernas y riscos, extendíase el imperio del cual eran príncipes. Daba todo él la impresión de una importantísima empresa industrial, por la multitud de hornos encendidos, almacenes, depósitos, vehículos en movimiento, chimeneas humeantes y crisoles en los que bramaba el metal de fundición. Muchedumbres regimentadas recorrían sus distintos sectores, atravesaban sus puentes, trepaban a sus baluartes, conducidos por guardias, y al abarcarlo se comprendía la inquietud del Diablo porque su obra, tan amplia y compleja, pudiese aminorar el ritmo fabril y febril y transformarse en un sitio de desorden. Los propios siete lo corroboraron y, para borrar una visión que certificaba su culpa, agitaron las alas y espolearon las bestias. Lamentáronse la sirena de Asmodeo y el toro barbado de Belcebú; la sierpe azul de Satanás tiró un mordisco venenoso al sapo del Almirante; y siguieron más arriba, más arriba, hasta que los ríos infernales -el Stix, el Aqueronte, el Cocito, el Flagetón y, en los límites, el Leteo- se adelgazaron y convirtieron en cintas brumosas. Pero pronto debieron aplacar la alada propulsión, pues al Aqueronte no se lo cruza por lo alto, sino en barca, cosa archisabida, y emprendieron el descenso y aterrizaje, Mammón, el avaro, con más dificultad que el resto, por la pésima calidad de sus alas de algodón zurcido.

Ya aproximaba Caronte su célebre esquife y ya se aprestaban a comprar los pasajes, cuando el concupiscente Asmodeo los detuvo.

-Antes de partir -dijo- debo cumplir una pequeña misión relacionada con dos humanos que aquí cerca residen, y ruego a Sus Excelencias que me acompañen.

Así lo hicieron los demás, sin silenciar las protestas, naturalmente, ya que los demonios son, por esencia, dados a la contradicción, y tras breve

andar se internaron en una cueva lóbrega. La habitaban dos ancianos decrepitos, hombre y mujer, carentes de ropa alguna, lo que subrayaba el triste despojo de sus anatomías, y a quienes envolvían telarañas muy viejas. Hallábanse en ese instante entregados, con harto esfuerzo, a la tarea tradicional que exige la propagación de la especie, y el espectáculo ofrecido por su revoltijo senecto no era agradable.

-Estos -explicó el demonio- son los lujuriosos hermanos políticos, Francesca da Rimini y Paolo Malatesta. Sus Excelencias tendrán presente el quinto canto dantesco, que los muestra arrastrados por una tormenta interminable, "la bufera infernal", cuyo torbellino lleva en su seno a Semíramis, a Dido, a Cleopatra, a Helena de Troya, a Aquiles, a Paris, a Tristán y a más de mil sombras. ¡Qué distinta su concepción poética de la realidad por mí inventada! ¡Qué diverso y cuánto más terrible es su real castigo! En "La Divina Comedia", su pena consiste en recordar el tiempo feliz en la desdicha, "Nessun maggior dolore", etc... Cotéjenlo, Excelencias, con la estricta verdad, y confiesen que no anduvo ociosa mi imaginación al concebir su tortura. Su escarmiento finca en continuar envejeciendo y envejeciendo, siempre juntos, y en cumplir el acto carnal tres veces por día, con sus elementos ajados y de acuerdo con un horario fijo. Eso no quita, por supuesto, que evoquen con amargura su tiempo feliz, o sea el tiempo en que no tenían que amarse.

Los nobles italianos, irreconocibles, escuálidos, sudorosos, desanudaron sus pobres miembros y contemplaron con mirada ausente a la ilustre compañía. A los condenados se dirigió Asmodeo, deslizándose una zarpa por la jeta de puerco y por las orejas conejiles.

-Tórtolos eternos -manifestó-, les he traído, para que no me olviden mientras falto de aquí, una bella tarjeta postal en colores. Es la reproducción del óleo que el romántico Ary Scheffer pintó en 1822 y que tanto conmueve a la sensualidad de los visitantes del Museo del Louvre, con su cadencia decorativa. Como sabrán, la inspiró el episodio de ustedes, en el poema del Alighieri. Obsérvenla. Observen el hermoso cuerpo moreno de Paolo, la delicada morbidez de Francesca y sus pechos de marfil. ¡Con qué joven elegancia vuelan y cómo se abrazan! ¡Ah, la literatura! Comparen su situación con la de ustedes, fastídiense, y no dejen de satisfacer su triple obligación diaria, pues si me llego a enterar, a mi retorno, de que la desobedecieron, me veré forzado a elevar a cuatro sus cotidianas faenas.

Rompieron los amantes a balbucir, entre hipos. Se pasaban la postal y lloriqueaban; por fin Asmodeo, utilizando una engomada tira, pegó la tarjeta en el muro. Los demonios se refocilaron y aplaudieron y Leviatán amarilleó de envidia. Luego los viajeros se alejaron hacia la ribera del Aqueronte.

Hubo allí una corta discusión, porque el avaro se negaba a pagar el óbolo de la travesía, hasta que Satanás, temblando de cólera, abonó el boleto, y porque Leviatán pretendía que su acuática condición de Gran Almirante lo eximía del gasto, pero de nada le valió el uniforme. Exhibieron sus manos selladas por el Diablo, y se metieron todos, con monos, sirena, Vellochino, grifo, serpiente, toro y sapo en la barca. Se iban del Infierno. Se iban de su refugio.

El gordo Belcebú se secó una lágrima sin cesar de engullir:

-¿Qué nos esperará ahora? -murmuró.

Y la acostada Belfegor le respondió con un ronquido. En la opuesta orilla, tornaron a aletear y a cabalgar. Ascendieron, formando un compacto

grupo, como si fuesen un aerostático mecanismo con muchas hélices y alas, que se movía lenta y rítmicamente. En su centro se recortaba el lecho peregrino de Belfegor, cuyas alas de piel de marmota dormían también, y debajo del cual vibraban las colas de la sirena y de la sierpe azul. Navegaban, majestuosos, por el éter. El viento desplegó la capa transparente del estatuario Lucifer, ebrio de orgullo y, a través de su trama sutil y sus dibujos heráldicos, aparecieron las estrellas mezcladas con los rubíes. Las moscas verdes, inseparables de Belcebú, susurraban alrededor, y los demonios las eludían a palmetazos.

En breve, el cielo se pobló de maravillas. Ya era una pedrea de radiantes aerolitos, o el carro de Febo que cruzaba al galope, dorado, o una máquina curiosa, tripulada por seres de la Tierra, de Marte o de Venus, o un enjambre de hadas y silfos, o una espiral de almas que se remontaban, afligidas, para que las juzgasen.

-¡Excelencias -gritó el celoso Leviatán-, es evidente que esos de las astronaves van mejor que nosotros! ¿Qué tal si los destruyéramos?

No lo toleró Satanás. Si al comienzo del viaje abundaban las distracciones deportivas, se distanciaban frívolamente de su meta. El cocodrilo Almirante se irritó e hizo sonar las medallas, pero antes de que replicase se interpuso el goloso, que es el bonachón de los diablos (puesto que a la Gula se la suele definir "pecado de monje") y propuso, con la boca llena:

-¿Qué les parece que en lugar de llamarnos, el uno al otro, "Excelencia", nos llamemos, llanamente, "compañeros"? Sería más simpático.

Ahí se armó la tremolina, no de los mil sino de los siete demonios. ¿Cómo pudo ocurrírsele esa barbaridad irreverente, esa descortesía, esa falta de diplomacia, esa locura, a uno de ellos? ¿Acaso el Infierno no es una institución aristocrática, si las hay? Verdad que Belcebú sobresalía por ser el menos demonio de los siete, pero... de cualquier manera... ¡qué atrevimiento!

-¡Excelencias somos y Excelencias seremos, vive el Diablo! -rugió Lucifer, y volvió a entregar su capa a la tempestad del infinito.

Belcebú tragó lo que trituraba, confuso. Despabilóse Belfegor; se acordó de su calidad de Dios Crepitus, hizo, como dice Dante, "del cul trombetta", natural y desenfadadamente, y eso fue considerado como un voto más en contra de la osada moción de Belcebú, sobre cuyas alas de miel se posaron las moscas. Detrás del manto del soberbio y de sus enjoyados carbúnculos, surgió el Zodíaco, la rueda mágica que gira en la región celeste de los planetas máximos y de las doce constelaciones, con héroes, con animales, con símbolos, preciosa como una alhaja inmensa. Produjo el Almirante un catalejo, que circuló de mano en mano. En su lente, la Tierra rotaba, redonda, como la cabeza de un calvo danzarín.

Aceleraron la marcha. El Vellochino de Oro a motor, que cabalgaba el avaro, se puso a trepidar y a lanzar centellas, por falta de combustible, pues el combustible es caro. El toro de rostro masculino ojeó amorosamente a la sirena, y la rozó con sus barbas asirias. Agolpáronse las nubes y cayó, liviana, la lluvia. Ya distinguían los cursos de agua, los caseríos, los sembrados, las murallas, los monasterios, las catedrales. El cocodrilo Leviatán, jefe Supremo de las Herejías, recogió su anteojito y distribuyó amuletos. Sonó la campanilla del reloj, de súbito, haciéndole pegar un brinco a Belfegor en sus andas volanderas.

**-¿Qué sucede? -inquirió el perezoso- ¿dónde estamos?
Asmodeo desenrolló el mapa y se iluminó una zona.
-Estamos -dijo- en Francia, sobre la provincia de Poitou.
Consultó el cronómetro y añadió:
-El año 1443. Fin du Moyen-Age, commencement des Temps Modernes.
Lucifer sacudió la caja japonesa de laca roja y sacó una ficha:
-"Soberbia" -leyó-. Me toca a mí y es lógico. La suerte respeta el orden jerárquico. La Soberbia va siempre adelante.
Se restregó las manos de uñas filosas:
-Ya veremos de qué se trata, Excelencias... y usted, compañero Excelencia.**

Pausadamente, iniciaron el descenso, entonando la "Marcha de las juventudes Demonistas". Para divertirse, Asmodeo se metamorfoseaba en doncel, en doncella, ambos desnudos, ambos voluptuosos. Bajo ese influjo, se besaron el toro y la sirena. Aquietáronse por fin las alas motrices, y los trotamundos se detuvieron en un hueco de un pálido bosque secular, que arropaba la bruma.

DOS

LUCIFER O LA SOBERBIA

De árbol en árbol se estiraban los flecos de niebla, de suerte que los demonios tuvieron la impresión -para ellos nada novedosa- de moverse entre sombras espectrales. Ondulaban en la espesura desvaída los que en algunas partes llaman hilos de la Virgen y en otras babas del Diablo, según el humor variable de la gente, y que se cuenta que son tejidos por las hadas, y los viajeros, al avanzar con pausado tranco, se enredaban en su encaje gris. El otoño tapizaba de amarillo las sendas indecisas, sobre las cuales las hojas no cesaban de caer. Desde ciénagas y estanques ocultos, se interpelaban, croadores, plañideros, los anfibios; de vez en vez, una rama seca se desprendía, arrastrando simulacros de follaje, y entonces un vuelo de pájaros absortos tijereteaba la bruma. Los siete cabalgaban como a través de un sueño, sin hablar. Cuando las ruedas del Vellochino, las patas del grifo, de los monos, del sapo y del toro, las colas de la sirena y de la serpiente, se hundían en la alfombra de hojarasca, producían apenas un rumor similar al de los largos vestidos, al arrastrarse por los corredores cortesanos. Y la brisa ponía doquier su liviano temblor. Adelante, oyeron pasos, y de golpe se tornaron invisibles. Venía un aldeano por la vaguedad de la arboleda.

Lucifer mudó su traza en la de un viejo y preguntó al campesino con voz cascada:

-Buen hombre, apiádate de un peregrinante que extravió el rumbo, e infórmame de a dónde conduce este sendero.

-Buen viejo -le replicó el interrogado-, por aquí derecho, a un cuarto de legua, encontrarás el castillo de Tiffauges, en la diócesis de Maillezais, pero no te aconsejo que vayas, porque es un lugar maldito.

-Allá debo ir.

-Vé con Dios.

Tapándolos, el demonio apuntó el meñique y el índice y recogió los demás dedos:

-¡Vete tú con él!

Sopló y el hombre se convirtió en una azucena. Impetuosamente, Lucifer le orinó encima; luego le devolvió su aspecto natural. El aldeano se sacudía el remojón.

-¿Cómo te sientes buen hombre?

-No sé... empapado...

-Hasta la vista, buen hombre. Cuídate del rocío.

-Hasta la vista, buen anciano.

Separáronse así, y no bien se esfumó el manso receptor del caudal de la vejiga diabólica, reaparecieron los seis andariegos restantes y sus medios de transporte.

-¿Oyeron Sus Excelencias? -inquirió Lucifer.

-Oímos -respondió Asmodeo- y sé perfectamente de qué se trata. Detengámonos aquí y lo comunicaré a Sus Excelencias.

Hicieron alto en un claro del bosque. El día se insinuaba, eliminando veladuras. Comenzaron a piar las aves. Sentáronse en redondo los demonios, y Satanás, el más enérgico, pues nada se compara con el dinamismo de la ira, en segundos encendió una fogata. La necesitaban los siete, congelados por el clima de los espacios siderales. Antes de ubicarse en el césped mustio,

desuncieron sus bestias: la serpiente se enroscó al cogote del grifo, que se puso a pastar; los simios saltaron en la fronda, en pos de rezagadas nueces; el sapo se dedicó a cepillar su casaca púrpura, sumando su canción a la de los batracios fraternos; quedó gruñendo el desprovisto motor del Vellochino; y la sirena se acomodó sobre la grupa del toro, como Europa en las mitológicas versiones, y se perdió con él al amparo de los matorrales. Abrió su cesta sin fondo el voraz Belcebú y distribuyó en torno algunos confites de chocolate y azúcar. Entonces Asmodeo dio principio a su relato.

-Quizás recuerden o no recuerden ustedes, que tres años atrás del que ahora vivimos por la gracia del Diablo, o sea en 1440, el Barón Gilles de Rais, Conde de Brienne, señor de Laval, Pouzauges, Tiffauges, Machecoul, Champtocé y muchos lugares más, Mariscal de Francia, Teniente General de Bretaña, Consejero y Chambelán del Rey Carlos VIII, fue ajusticiado en Nantes.

-Imposible no recordarlo -dijo Leviatán, con envidia-: Gilles de Rais ha sido el único rival auténtico del Marqués de Sade. Es cierto que también hubo una condesa húngara... que tenía dientes de lobo en el escudo...

-¿Sade? ¿El Mariscal de Sade? -demandó la ignorancia del tragón Belcebú.

-Ese es Saxe, el Mariscal de Saxe -replicó la furia de Satanás-. Será mejor que Su Excelencia Asmodeo resuma cuanto antes la historia de Rais, para iluminación de atrasados.

Frunció la trompa, ofendido, el goloso. Por segunda vez, desde que partieran, lo agraviaban: se habían burlado de él, cuando propuso, cordialmente, que depusieran su título y se llamasen "compañeros", y ahora se mofaban de su incultura. ¡Y él los obsequiaba con dulces!

El demonio de la fornicación retomó su discurso:

-Repito que es un tema que conozco bien, porque el abultado expediente que suscitó esta causa pasó por mi departamento, y varios de sus folios llevan mi sello copulante. No me encargué yo mismo del asunto, pero mis subordinados me notificaron día a día de su evolución, y a mi vez di parte al Diablo, quien aprobó el procedimiento seguido.

Hizo una pausa, para desbandar las moscas verdes que lo aturdían, y continuó.

-El señor de Rais pertenecía a la ilustre familia de Laval, emparentada con los Montmorency. Era primo de Juan V, Duque de Bretaña, y descendía de gente tan famosa como Bertrand du Guesclin y Olivier de Clisson. Nació en la Torre Negra del Castillo de Champtocé. Sus padres murieron cuando era niño, dejándole una fortuna inmensa, y su abuelo materno, Craon, pasó a administrar sus bienes y a educarlo. Se mentaba a ese abuelo por su avaricia sórdida...

-No veo -interrumpió Mammón, quien se empeñaba en remendar una de sus alas miserables- qué puede tener Su Excelencia contra la avaricia, ni por qué la califica de sórdida. Gracias a ella se ha poblado buena parte del Infierno.

-Nada tengo contra la avaricia, que respeto; me limito a referir los hechos objetivamente. Por avaricia... o por parsimonia... Craon permitió que Gilles creciese a su antojo, pues lo único que en verdad le interesaba era añadir más y más tierras y castillos a sus propiedades, y amontonar más y más monedas de oro en sus cofres. De esa suerte, la riqueza del joven Gilles

llegó a ser colosal y a provocar la baja envidia de muchos grandes señores de Francia.

-La envidia -proclamó el cocodrilo- resulta, si bien se mira, una virtud, y perdónenme Sus Excelencias. Merced a la envidia se han realizado obras muy importantes. Es deuda cercana de la emulación, de la competencia y, consecuentemente, del progreso. La ciencia y el arte cuentan con su eficaz apoyo.

-Asimismo -afirmó Lucifer-, una justa soberbia es necesaria para el artista, en cualquiera de las artes.

-Su Excelencia -arremetió el cocodrilo- plagia a Edith Sitwell. Lo he leído en el "Sunday Times".

Encabritóse Lucifer, puesto que nada embravece tanto a un soberbio como que lo tachen de falta de originalidad. Sin embargo, como Leviatán tenía razón y él también era lector asiduo del "Sunday Times", el insuperable presuntuoso se limitó a clavar los ojos en su contendor, despreciativamente, y a doblar el brazo izquierdo, aplicando sobre su coyuntura la palma derecha.

-Si me interrumpen de continuo con reclamos de la susceptibilidad -protestó Asmodeo- no podré proseguir. Declaro, de una vez por todas, que respeto, que admiro a los siete pecados capitales, pues no existe invención que con ellos se pueda comparar. Son la obra maestra del Diablo. Y vuelvo a mi historia. Gilles de Rais sobresalió pronto por su belleza viril. Cuando despuntó su barba, todavía adolescente, se advirtió el extraño reflejo azul de sus pelos rojos. De ahí proviene que, siglos más tarde, al escribir Perrault su cuento de "Barba Azul", ciertos eruditos sostuvieran que había sido inspirado por los anales de Gilles. Yo no comparto la idea.

-A ese cuento -acotó el demonio comilón, feliz de saber algo- lo conozco. "Ana, hermana Ana ¿qué ves venir? No veo más que el polvo del sol y el verde de la hierba."

-¡Basta -resopló Asmodeo-, o me callo!

Le suplicaron que prosiguiese, y el erótico cronista se desembarazó de una baba del Diablo (o hilo de la Virgen), metida en su hocico:

-Al tiempo que se señalaba por su hermosura y su opulencia, el doncel aterró a los servidores de sus castillos con su indiscutible y bella crueldad. Torturaba gatos, coleccionaba escarabajos y mariposas, y se refiere que, iracundo, despanzurró a un negro palafrén para calmar sus nervios.

-La ira -murmuró Satanás-, la maravillosa ira, el único relax auténtico...

-El muchacho, aparte de tales diversiones, aprendía a iluminar manuscritos, estudiaba latín, oía música, leía a Suetonio...

-Ese escritor -dijo Lucifer- ha sido un excelente aliado nuestro. El ejemplo de los emperadores romanos nos fue muy útil. Los déspotas calcan sus biografías.

-¡No hablo más! -gritó Asmodeo.

Volvieron a rogarle, prometiendo no quebrar el relato, y Belcebú le ofreció unas pastas. Cruzó una cabra salvaje, brincando, delante de ellos, y como procedía del sector derecho del camino. Asmodeo lo imputó buen augurio. Siguió, pues, el demonio:

-A la edad de dieciséis años, su abuelo valoró la conveniencia de casar a Gilles con una hembra rica. Tras dos tentativas infructuosas, el joven contrajo enlace con una niña de su edad, Catalina de Thouars. Era la niña (como todo lo que más o menos provocaba la atención entonces) prima suya y

vástago de la antigua casa de los vizcondes de Thouars. Además -se entusiasmó Asmodeo-, rubia, de ojos acerados, de largo cuello fino y talle cimbreante. Una delicia. Sin embargo, los gustos de Gilles iban por otro rumbo. Desde que empezó a hacer funcionar los artilugios sensuales, optó por emplearlos en favor de gente de su mismo sexo. No soy yo, ciertamente, por múltiple, el indicado para criticar su predilección. Cada uno es como es, y las posibilidades que hay con referencia a esta materia, se bifurcan, como todo el mundo sabe, en varios y opuestos sentidos. Por desgracia, existen pocos. Craon había descubierto, en hora temprana, la singularidad de su nieto, pero entendió que no le correspondía interferir. Siempre que Gilles no interviniese en el manejo de su economía vasta, él no se opondría a sus hábitos. Algunos considerarán culpable a este abuelo: yo no lo juzgo. Fue un superintendente, un hombre de libros de caja, de máquinas de calcular. En cambio abrió los ojos desmesurados ante la nómina de las propiedades de Catalina, que lindaban con el señorío de Rais y que incluían los espléndidos castillos de Pouzauges y de Tiffauges... el castillo de Tiffauges que, según parece, en breve visitaremos. Para llevar a cabo el casamiento, fue menester raptar a la novia, ya que el lazo de sangre se oponía a la alianza. Catalina se prestó de buen grado y se casaron en secreto. La autorización papal llegó cuando era prácticamente superflua. El abuelo Craon había asumido la responsabilidad de organizar el rapto. No pudo, por supuesto, tomar a su cargo también lo que después sucedió entre los esposos. Ya entienden Sus Excelencias a qué me refiero. Y el Barón de Rais no despidió a sus pajes... al contrario... tenía pajes y pajes doquier... bonitos pajes.

-Permitame Su Excelencia -exclamó Leviatán- que lo felicite. Ha planteado el caso con real elegancia. Dada su especialidad, uno hubiera pensado que iba a solazarse con descripciones minuciosas. Es envidiable.

Sonrió Asmodeo:

-Dichas actividades y su maldad magnífica, no distraían al de la barba azul del ejercicio de las armas. Presto, el bisnieto de du Guesclin se distinguió como un paladín cabal. Nadie domeñaba como él el fuego de los corceles, ni revestía una armadura, ni levantaba un escudo, ni sostenía una lanza, con tan segura destreza. Y, simultáneamente, se multiplicaba la cifra de sus íntimos pajes. Por entonces, Gilles de Rais me comenzó a interesar. Uno de mis agentes privados, en gira de inspección por los castillos de la provincia de Poitou, me transmitió detalles significativos, y luego de analizarlos sesudamente deduje las ventajas de ocuparme de él. Las perspectivas se mostraban halagüeñas. ¡Y el Diablo opina que uno no trabaja! Nada menos que a treinta de mis funcionarios escogidos, confié la tarea. A partir de aquel momento y hasta el final de su vida, lo acompañaron siempre, de batalla en batalla, de fortaleza en fortaleza, mimándolo, aprobándolo, aguijándolo, excitando su alerta imaginación. Debo afirmar que estoy muy satisfecho. Son idóneos colaboradores.

-Parece -atajó Lucifer- que nos vamos por las ramas, y que Su Excelencia aspira a la condición de soberbio. Se enfurruñó el narrador:

-Soberbios somos todos. Es el más común de los pecados.

-¡Cómo! ¡el pecado de los ángeles! ¡el del Diablo! ¡el de la caída! Supriman a la soberbia y no nos quedaría más remedio que vivir en el Paraíso.

Púsose de pie el grueso Belcebú; se aproximó al letárgico Belfegor y ahuyentó las moscas que lo cubrían con uniforme verdoso.

-Duerme como un párvulo... como una párvula -susurró-. Sosiéguese Sus Excelencias.

Asmodeo reanudó, en voz más baja:

-Andaba el Barón de Rais por los veinte años y ya descollaba con la dignidad de formidable guerrero. A eso se unió su parentesco con La Trémoille, favorito del Rey sin corona, para otorgarle una posición única dentro de la corte ambulante. Carlos VIII de Francia y Juan V de Bretaña, de quienes era feudatario por lo gigantesco de sus posesiones, que cubrían tres provincias, se desvelaban por agasajar al joven jefe. Entonces se produjo la campaña de Juana de Arco, que aspiraba a liberar al país. Prefiero no reseñarla prolijamente, porque este monólogo no terminará nunca. Lo cierto es que Gilles eclipsó en su transcurso a los capitanes eximios que peinaban y despeinaban canas. Se le adeuda, en proporción trascendente, la salvación de Orleáns. Adoraba a la Doncella. No se apartaba de su lado. Fue, a su diestra, el doncel que socorre a la virgen de los cuentos.

-La tal Doncella -refunfuñó Lucifer- nos ha incomodado bastante.

-Y el día de la solemne coronación de Carlos, en Reims, tocóle a Rais ingresar a caballo en la catedral, escoltando la Santa Ampolla. Una invención: no hay tal Santa Ampolla. Desmontó y se puso a un costado del altar, con su armadura negra; Juana, la pastora, estaba en la parte opuesta, con su armadura blanca...

-Compañeros... -interfirió Belcebú- compañeros Excelencias... una pastora... junto al Rey... ¡eso es justicia!

-El Rey Carlos -dijo Asmodeo- recompensó a Gilles concediéndole la jerarquía de mariscal...

-Que debía estar bien rentada -se asomó Mammón, el parco-, puesto que se trata de un empleo militar.

-Y le confirió el honor insigne de distribuir las flores de lis de Francia, en bordura, alrededor de la cruz de sable de su blasón.

-¡Bravo! así activaba su soberbia. ¡Ah, la heráldica! -salmodió Lucifer, estirando su manto en el que se irguieron, triunfales, los rampantes leones.

-¿Y los pajes? -preguntó Satanás.

-No le sobraba el tiempo, pero siempre había uno cerca, con el pretexto de la melancolía que le causaba la soledad de Juana de Arco. Él no sabía estar solo. Fue un hombre incansable. Desceñía los hierros... y a otra cosa. Llegamos así, tras varias peripecias, al episodio de la inmolación de Juana...

Se exaltaron y aplaudieron los demonios. A una, marcando el ritmo con las pezuñas, iniciaron la "Marcha de las juventudes Demonistas".

Asmodeo los hizo enmudecer violentamente:

-¡La muerte de la Doncella -vociferó- trastornó al doncel! Tenía veintisiete años y se refugió en uno de sus castillos, trémulo de rabia por la indiferencia silenciosa de la corte francesa. Quiso salvar a su amiga, a su ídolo, proyectando una operación sin éxito y, despechado, desapareció. La Trémoille, su apoyo ante el rey ingrato, había caído; la Guerra de Cien Años concluyó, infortunadamente; Gilles no tenía ya qué hacer. Entonces se entregó, con incomprensible furia, a derrochar.

-¿A derrochar? -suspiró el avaro- ¡qué horror!

-Lo hizo aplicando la intensidad insaciable que lo caracterizó siempre. Exhibió un lujo exorbitante. Sus trajes, sus bridones, sus torneos, sus feroces cacerías, sus músicos, sus actores, sus bailarines, dejaron atrás, lejos, a

cuanto lograron el Rey y el Duque de Bretaña. Y, por descontado, sus pajes. Viajaba de un castillo al otro, sin abandonar sus tierras, y arrastraba a una turba de parásitos espléndidos. Su abuelo se desesperó. Asistía, impotente, a la venta absurda, al obsequio de cuanto había amasado con farragoso fervor. Eso causó su muerte. A raíz de ella, Gilles fue más rico, más rico aún, más dueño de bienes para dilapidar. Pero el oro fluía entre sus manos abiertas.

-¡Ay! -gimoteó el demonio mezuquino- ¡ay, ay, Señor Diablo! ¡Se me rompe el corazón! ¡Un ataque! Crispáronse sus uñas corvas en los trapos de indigencia, como si el pródigo fuera a levantarse del sepulcro y a arrancárselos y venderlos por cobres o, lo que es peor, a regalarlos. Lo consoló el cocodrilo Leviatán:

-Confortémonos -pronunciaron sus fauces dientudas- con la certeza de que no podemos envidiar al que entrega lo suyo. Dar es perder, y luego envidiar a quien medra con lo nuestro.

-¡Eso es! -dijo Mammón, entre pucheros-. ¡Dar! ¡qué verbo monstruoso!

-Gilles daba y daba -reanudó Asmodeo-. Se desangraba. Y el tema de la sangre obtenida, compensándolo de la que desaprovechara, lo obsesionaba cada vez más. Mezclado con el de la concupiscencia fue, desde niño, su gran tema, desde que arrancaba los ojos a los gatos. Por eso se sintió tan a gusto en los campos de batalla, braceando en un mar de sangre como buen nadador. En verdad, su heroísmo fue una manifestación de la voluptuosidad. Libre de su abuelo, que lo precedió en la tumba; libre de su mujer, que con su hija única (concebida en un momento de distracción o de escasez total de pajes) se refugió en el castillo de Pouzauges; libre de la guerra, que canalizaba y entretenía su afán sanguinolento, bebía el néctar de la libertad a grandes sorbos. Es decir que bebió sangre. Y ¡cuánta! Para ello, combinó el placer que, casi siempre a disgusto y con pataleos, le agenciaban sus pajes infantiles, con el que resultaba de la sangre vertida: o sea que primero gozó y luego martirizó y asesinó. Eso, noche a noche. ¡Qué estupendo maestro ha sido Gilles de Rais! Lo saludo en la distancia de la muerte. Lástima, la monotonía... noche a noche...

-Lo saludamos nosotros también -berreó Satanás. Y Mammón, que usaba sombrero, a diferencia de los demás, se lo quitó, sucio y agujereado.

-Dos primos ambiciosos, una bruja y algunos escuderos, cumplían la faena de conseguirle elementos para su carnicería cotidiana, nocturna y resistente. Visitaban los prados y los riscos, en pos de pastores; se internaban en las florestas, asustando a las hadas; rondaban las aldeas, buscando muchachuelos. Sobre todo los compraban a los pobres campesinos, alucinándolos con los favores que alcanzarían de la opulencia del Barón y con lo que los pequeños aprenderían a su lado. Hay que convenir en que aprendían. Los niños se esfumaban y luego sus parientes los reclamaban en vano. Se esfumaban, concretamente, se transformaban en humo, que salía por las altas chimeneas de los castillos de Rais, pues después de aprovecharlos sexualmente el Mariscal de Rais los hacía arder y carbonizar, cuando sus huesitos no eran arrojados a los sótanos de los bastiones.

-Y... ¿seguía gastando? -musitó Mammón, con voz temblorosa-. ¿No le bastaba con esos reclutas?

-Gastaba a troche y moche. Prestaba, y todo el mundo le debía dinero. Los príncipes, los prelados se atropellaban para adquirir a bajo precio su

dispersada hacienda. El Obispo de Nantes era su deudor, y el Duque de Bretaña se valía de terceros a fin de regatear, aquí y allá, malvendidos, sus castillos interminables. El derroche llegó a su colmo cuando se trasladó, con inmensa comitiva, a Orleáns, donde invadió las posadas y, durante un año, mantuvo diariamente a mil personas, mientras preparaba el colosal espectáculo llamado "Misterio del Sitio de Orleáns", en memoria de su triunfo en la centenaria guerra. De ese modo, sus manos ávidas arañaron el fondo vacío de su bolsa.

Los llantos, los plañidos, las jeremiadas del avaro Mammón estremecieron al bosque otoñal de Tiffauges. Pretendieron los otros calmarlo y fue imposible. Se revolcaba en el zarzal, cuidando de no rasgar sus andrajos, se mesaba las barbas pordioseras, y lo perseguían las moscas. Belcebú le ofreció un vaso de refresco y lo rechazó.

-Entonces -canturreó Asmodeo-, arrinconado, Gilles recurrió a la magia. Puesto que su oro se había desvanecido, como los esqueletos de sus amantes fugaces, era imperioso fabricarlo. Hizo venir, de lejos, hasta de Alemania y de Italia a los alquimistas más célebres, desterrándolos de sus laboratorios ocultos. Facilitó en cambio cuanto le quedaba, sus collares, sus rutilantes empuñaduras, sus pieles de marta y de zorro azul, sus relicarios cubiertos de pedrerías, sus libros forrados en plata, adornados con perlas y zafiros, sus corceles y sus finas gualdrapas, sus leopardos, sus halcones, sus mastines. Y las chimeneas de sus torres vomitaron, como dragones fabulosos, junto al humo resultante de los cuerpos encendidos, raros vapores, azafranados, opalinos, granates, turquíes. No consiguió el oro añorado. Invocaban al Diablo, aquí, en este bosque; le brindaban en holocausto los restos de los niños, y el Diablo no se manifestó.

-Actuó correctamente -sentenció Lucifer-. ¿Acaso lo necesitaba Su Majestad? ¿A qué abandonar la saludable frigidez del Pandemónium del Infierno, incomodarse, añadir trabajos gratuitos a los muchos que tiene que cumplir, si la presa era ya suya?

-El Barón, entre sus pajes destrozados y sus alquimistas impotentes, resultaba un botín fácil para sus enemigos. Lo abandonó el Rey de Francia, que le debía el cetro, cosa que no le perdonó nunca; y el famélico Duque, su primo, y el Obispo acreedor se arrojaron sobre él. Había que eliminarlo y repartirse sus despojos. No era más invulnerable. Comisiones numerosas recorrieron sus dominios, solicitando testimonios de sus raptos y elaborando listas de los desaparecidos. Al principio, temerosos, los aldeanos se negaron a cooperar, pero la vista de los cortejos férreos, precedidos por las banderas de Bretaña, los tranquilizó. Afluyeron en catarata las declaraciones, las incriminaciones, las delaciones. La cantidad de sus víctimas superaba la fantasía más cruenta. Lo apresaron, pues, en Machecoul, y lo sometieron a juicio. El Almirante de Francia, el Teniente General de Bretaña, recusó en balde a sus jueces. En balde se arrojó en el armiño feudal y en el silencio arrogante. Resplandecía, como las llamas de sus hogueras, su barba azul. Los cargos lo abrumaban, y en la celda tendida con tapices tejidos de oro, se revolvía como un tigre. Cuando lo excomulgaron, cedió. Porque esto es lo singular del caso extrañísimo: Gilles porfió, durante el proceso, que la fe no lo había abandonado jamás; que siempre, en medio de sus admirables horrores, había recurrido a los sacramentos, porque era tan cristiano como sus jueces. Privado de ellos, se sintió vencido, y para que levantaran la excomunión

confesó todo, explayándose en pormenores que harían relamer a Sus Excelencias y que les ahorro no por timidez, como comprenderán, sino para ganar tiempo.

-Es extraordinario, es barroco, es incomparable -musitó Leviatán.

-Es una maravilla. Un personaje para el Profesor Freud -dijo Asmodeo-. La libido, mon cher... Freud lo hubiese adorado. Lo ejecutaron, por fin, lo colgaron y lo quemaron. Pero antes pronunció palabras curiosas, desde el patíbulo de la isla de Biesse. Rogó a aquellos cuyos hijos había inmolado que lo perdonasen y que rezasen por su salvación, y aconsejó a los padres de familia que fuesen más severos con sus vástagos, evitando así que se corrompieran. Se despidió de sus cómplices, hasta el Cielo, de los penitentes, de los contritos. Tres años han transcurrido desde entonces: estamos en 1443.

-Un loco -declaró Mammón-, un despilfarrador insano.

-Un ser digno de mi mejor estima -añadió Satanás-. ¿Y la multitud? ¿Qué hizo la multitud?

-Cayó de hinojos y oró por él.

-Lo de siempre -opinó Leviatán-, la imbecilidad de la turba es inconmensurable. Se equivoca con tanta pasión y con tanta porfía, que se diría que acierta. Por eso detesto a la democracia.

-La democracia tiene su buen lado -farfulló Belcebú.

-¡Cállese! -bramó Lucifer- ¡cállese... compañero, camarada!

Había terminado la extensa y empero abreviada narración. Asmodeo aceptó el jarro de agua que le tendió el zaherido Belcebú; hizo unos bucheros y escupió. Ya se encendía la mañana en torno de ellos. El bosque pareció desnudo y recién bañado, al despedirse del sayal de bruma. Se pobló el aire de trinos.

-Lo que no veo -dijo el demonio de la soberbia- es qué me corresponde hacer, si aparentemente está hecho todo y se ha archivado el expediente. Gilles de Rais cumplió su destino. Supongo que Su Excelencia Asmodeo le habrá asignado en el Orco un sitio especial, cerca de Nerón y su familia, para que tenga con quién entenderse.

-No se ha resuelto todavía.

-¡Qué extraño!

-Los del bando opuesto, siguen discutiendo la situación y consultando sus códigos. La balanza se inclina, ya de un lado, ya del otro, por eso de la fe y del arrepentimiento, que complica el asunto.

-No lo comprendo. Gilles de Rais es nuestro, sin lugar a dudas.

-Y sin embargo...

-Jamás comprenderé a los del Paraíso. Andan con demasiadas vueltas y se enredan, de puro sutiles. Por algo se han refugiado allí tantos teólogos.

-Lo cierto -concluyó el demonio de la lujuria- es que, por decisión de la caja del japonés, a Su Excelencia le atañe ahora largarse hasta Tiffauges y estudiar cómo puede aplicar allá su alabada sabiduría. Yo ya hice lo mío en ese territorio, en vida del Barón, y lo hice, me complazco en subrayarlo sin jactancia, adecuadamente.

-Me voy a Tiffauges, pues. Déme la máquina de fotografiar.

Asmodeo le pasó el aparato más completo imaginable, rival digno, en su perfección alemana, de la máquina de escribir del Diablo. Actuaba solo, espontáneamente, si consideraba que la imagen valía la pena.

Se levantó Lucifer y la luz reverberó sobre el azabache de sus músculos y sobre su corona de diamantes. Abrió las alas de murciélago, tachonadas de rubíes, y se echó a volar con grave ritmo. Lo despidieron con cálidos hurras.

-¡Buena suerte! -gritaban- Good hunting!

-¡Hasta la vista! ¡Cuiden de que no se me escape el grifo!

Pero el grifo seguía pastando, como un manso borrego.

-Nosotros -recomendó Asmodeo, afable- descansaremos hasta su vuelta.

Se acomodaron en el césped y cada uno cedió a su tendencia o capricho: Asmodeo se dedicó a acariciar a Belfegor, que no había dejado de dormir y que ronroneó, satisfecho (o satisfecha), dentro de su caparazón de tortuga; Satanás se consagró a molestar a una lagartija, cortándole las patas una a una, con los dientes; Mammón, a contar sus manoseadas monedas; Leviatán, a envidiar el júbilo de los pájaros y, por ende, a cazarlos con una honda; Belcebú, a recoger hierbas y a aderezar la ensalada del almuerzo.

-¿Qué fue de la hija de Rais? -interrogó Satanás.

-He oído -respondió Asmodeo- que sus parientes la casaron a los doce años con un viejo, muy viejo, un almirante, a fin de que éste se esforzara por recuperar los residuos de su fortuna.

-Lo habrá hecho bien -manifestó el Almirante Leviatán, dilatando las fauces en ancho bostezo-. Los almirantes sabemos navegar contra viento y marea.

Insistió Satanás:

-¿La viuda habrá quedado sola?

-Probablemente.

-¿Qué edad tendrá?

-Unos cuarenta años. L'âge dangereux.

No hablaron más. Comieron y apreciaron las viandas que preparara con delicadezas de chef el demonio de la gula, y se acostaron a usufructuar de la siesta. Las moscas de Belcebú dormían asimismo, y la paz flotaba alrededor, como un palio de tibio terciopelo. Ni el carnero que arroja llamas por la boca, ni el lobisón de pelaje erizado, ni el gato negro de pupilas incandescentes, ni el toro rojo, ni el perro color de hollín, ni ninguna de las fieras temibles que infestan la zona, aparecieron en los matorrales, para perturbarlos, y si osaron hacerlo retrocedieron al punto, con espasmos de terror. Tampoco se presentó el hada Melusina, arquitecta concienzuda de Tiffauges y de tantos castillos. Caía la tarde, y Lucifer regresó entre las aves inocentes que volvían a sus nidos. Una bandada rumorosa lo envolvía, en la altura, prolongando los pliegues de su manto con pasamanería de alas. Los demonios agitaron linternas, en el breñal penumbroso, e hicieron tremolar banderitas, para facilitar su aterrizaje. Los dirigía Asmodeo, que amosgaba o erguía las agudas orejas de conejo, según lo exigiera la operación. Con el objeto de pasar el rato, habían vestido a Belfegor como una azafata de avión, a la que sus monos solícitos sostenían en pie.

Descendió Lucifer suavemente, con lenta pompa de paracaídas, y se posó en el suelo. El ruido provocado por el agitar de sus plumas, al intensificar su vibración por la necesidad de detenerse, habrá hecho que alzasen la cabeza los habitantes de los contornos. Si hubiesen vivido cinco centurias más tarde, habrían inferido que un poderoso motor, quizás el de una avioneta, se paraba en la proximidad. Como vivían en el siglo XV, se

persignarían, barruntando, mucho más probablemente, que un dragón volátil disminuía su marcha en él bosque.

Lucifer se mostró muy contento. Sonrió, enseñando la blancura de sus dientes buidos. Lo rodearon, lo palmearon, le sirvieron la sopa caliente de verduras, y él produjo una serie de fotografías, en relieve y en colores, con música y con perfume, que circularon entre los demonios. Mientras sorbía el potaje, daba las respectivas explicaciones:

-Ese es el castillo de Tiffauges. Su construcción comenzó hace doscientos años y se atribuye al hada Melusina. Presten oído al prelude melancólico que lo acompaña. Observen la torre cilíndrica central; se llama la Torre Vidame; en ella encerraba a sus niños el señor de Rais. Dicen que su espíritu, en traza de leopardo, la ronda. Yo no lo he visto. La mancha que hay en alto, a la izquierda, no es una mancha: es el hada Melusina quien, a lo que parece, suele revolotear por los alrededores. Ya no se ocupa de albañilería, desventuradamente, pues lo requiere harto el destartado castillo. Hubimos de chocar, ella y yo, en el aire, pero viré a tiempo. Tiene la cola de serpiente y sus alas son similares a las mías, aunque menos donairosas. Lleva un sombrero en forma de doble cornamenta. La saludé, por supuesto, y ella me contestó, pero advertí que lo hacía de puro correcta, pues no abriga ni la menor idea de quién soy.

Leviatán le pasó una cartulina, tan entenebrecida y opaca que nada se distinguía en el grabado.

-Es la sala principal del castillo. La foto no está velada por defecto de la exposición: reproduce exactamente la lóbrega realidad, tal cual la conocí. Lo que sucede es que, desde la ejecución de Gilles, avanza el abandono, y a la fortaleza no la cuida nadie. No hay, financieramente, con qué. Las telarañas han invadido el aposento. Cubren las ventanas, los tapices espectrales, las vigas, la chimenea. Caen desde la techumbre, como barbas, como estalactitas. Los escudos de Rais, de Laval, de Craon, de Montmorency, de Thouars, se eclipsan bajo el bordado gris y espeso de las tarántulas. Las estatuas de du Guesclin y Clisson, antepasados del Mariscal, parecen con fundas. Eso se reitera de una estancia a la otra. Y las ratas caminan despacio, arrastrando ropajes de redes cenicientas. Todavía no me he podido quitar de las patas el puerco tejido.

-¿Y estas señoras?

-Son Madama Catalina de Thouars y sus damas de honor, las dos que le quedan, del ejército que antaño la seguía doquier. Fuera de los tres personajes que ahora tienen ante los ojos, no residen en el castillo más que dos guardianes. A estos últimos los divisé, jugando a los dados, en uno de los pasadizos de ronda.

-¿Cómo se encuentra Madama Catalina? -inquirió Belcebú.

-Compañero Excelencia... ¡parece mentira que Ud. sea Príncipe de los Serafines del Infierno...! Madama Catalina está desesperada. De ahí deriva la acentuación angustiosa de la música que escuchan Sus Excelencias. Su marido, después de exaltarla con sus victorias a la vera de Juana de Arco, la sumió en la vergüenza, luego del proceso y la condena de Nantes. La señora padece la enfermedad de la vergüenza. No olvida que en una época fue una de las primeras mujeres de Francia, si no la primera, luego de las de la casa real. Durante la coronación, en Reims, se doblaban a su paso los nobles, como delante de una emperatriz. Tanto pesaban sus joyas, que se la hubiera creído

una emperatriz de Bizancio. Y hoy, ya la ven, junto a un fuego mustio, con ademán distraído, se escruta las manos, como Lady Macbeth. Nadie la visita. Se terminaron las reverencias. De noche, imagina oír los gritos sepulcrales de los pequeños que Gilles profanó y mató. Ella misma es un fantasma. Sólo espera, gemebunda y trémula de humillación, el final. Y lo que más la preocupa no son las actividades privadas del Barón Gilles, sino que hayan tenido estado público.

-¿Y esta fotografía? -consultó Satanás.

-Es la de la chimenea de piedra frente a la cual, según se cuenta, el Mariscal sacrificaba a los niños. Precisamente de ella hablaban los alabarderos cuando me aproximé, invisible, en el camino almenado, y a uno le oí decir que una noche, luego de darse placer con dos mellizos y de haberlos degollado con su daga, colocó sus cabezas chorreantes sobre la repisa labrada de esa chimenea, y las estuvo considerando, con atención crítica, para resolver a cuál juzgaba más hermosa, hasta que se decidió por una y la besó en la boca. Después rompió a llorar.

-He ahí -acotó Asmodeo- algo que olvidé mencionar, cuando desarrollaba su biografía, aunque es cierto que la condensé tanto que descarté en la ruta muchos detalles que mis empleados me transmitieron. El Mariscal fue un excelso llorón; lloraba a menudo; lloraba luego de ultimar a sus víctimas y les pedía que en el otro mundo implorasen su gracia; lloró en el cadalso. Habrá que inferir de eso que fue un notabilísimo sentimental.

-Un romántico -añadió Mammón-. Gastaba sus lágrimas como su dinero. Un romántico, un loco.

La última imagen no requirió aclaraciones. Mostraba a Lucifer en "pose", apoyado elegantemente en una balaustrada. Había entreabierto las lujosas alas de vampiro, que lo encuadraban con marco sentador. Apoyaba una mano en la cintura flexible y la otra se afirmaba en el cetro de ébano. Tenía fijos los ojos en la cámara y sonreía levemente. Se bañaba en su propia soberbia, como en una aromática ducha. Del retrato surgieron cadencias triunfales.

Lo escamoteó el fotografiado:

-Esa -dijo, encogiéndose de hombros- carece de importancia. La máquina insistió en tomarla, a lo que parece, y me sorprendió.

Cambió de tema:

-Madama Catalina no disimula su derrota. Si alguna vez ha sido arrogante e inflada, llama ahora la atención por el exceso de su humildad, fruto del desprecio y del ultraje. Pienso que ha llegado al fondo de la confusión, del bochorno.

-¿Y es a Madama Catalina, que ya no sabe dónde meterse, que rehuye al mundo y que el mundo desdeña, a quien tiene Su Excelencia que tentar con el pecado soberbio? Será un ejercicio arduo, casi imposible -dijo Satanás.

-Es, por derivación, a Madama Catalina a quien debo persuadir de que se impregne de nuevo del más alto orgullo.

Levantaron sus protestas los demonios. Si el Diablo le había preparado a Lucifer una trampa tan compleja ¿qué les aguardaba a ellos?

-¿Meditó Su Excelencia algún arbitrio? ¿Hay forma de resolverlo? -le preguntaron, aflautando las voces.

-Sí, tengo una idea.

La curiosidad picó a los infernales, quienes se aproximaron más aún al demonio desnudo.

Y en seguida, apagando el tono, para que ni siquiera los búhos que empezaban a merodear lograran captar sus frases, expuso su proyecto. Lo hizo rápida y claramente. Cuando calló, un coro elogioso resonó en la floresta. Abrazaron al príncipe, lo palmotearon con más efusividad todavía que a su llegada. Belcebú escanció champagne, del extraseco y los vivos estremecieron al follaje, de manera que los vecinos cayeron de rodillas, a leguas de distancia, pensando que el aquelarre de las brujas ardía en el bosque de Tiffauges, y que la viuda de Rais se signó, compungida, suponiendo que su marido, el leopardo, andaba por la umbría, destripando labradores, por no perder la innata costumbre. Los demonios bebieron una copa más, se dieron las buenas noches, y se durmieron con los brazos cruzados sobre el pecho, como aconsejan los doctos en superstición, para evitar las pesadillas.

Al alba siguiente se desperezaron. En seguida, Lucifer encaró la labor que le correspondía y procedió a las diversas metamorfosis. A Belfegor lo transformó en obispo, y a sus fieles chimpancés en cuatro lacayos robustos, portadores de la silla de manos en la que se balanceaba el ocioso. Ni la carga de la mitra y del báculo, ni el cambio de vestiduras por la dalmática opulenta, en la que el gusto de Lucifer mudó a la concha de tortuga, consiguieron despertar al aliado de Morfeo. Dormía Belfegor, sin cerrar los párpados, y siguió así, cabeceando, roncando, resoplando, jadeando, hipando, durante todo el transcurso de la operación. Su apariencia no carecía de dignidad. Háblele colocado Lucifer unas gafas sabihondas, que se le deslizaron hasta el extremo de la nariz, y detrás de ellas sus ojos verdes y soñolientos brillaban, inmóviles, como vitrales. A los demás colegas, el diablo negro los enmascaró de estudiantina; con ropas talaras severas. Se encaprichó Leviatán en conservar las medallas, y le fue concedido, como le fue concedido a Belcebú, por razones más que obvias, el acarreo de la cesta de inagotables provisiones. Así partieron, a través de la maraña, precedidos por Lucifer, que se vistió de diácono. Vacilaba la silla episcopal, forrada de raso violeta, cuando la rozaba el ramaje, y entonces si un rayo de sol se colaba entre las hojas, titilaban las gemas en la mitra, en el cayado de marfil, en los guantes lilas que exornaban los luminosos camafeos. Los estudiantes entonaron la "Marcha de las juventudes Demonistas", pero en latín, modificándole apenas unas palabras y sujetándola a la cadencia del canto gregoriano. Dos de ellos mecían altos abanicos de plumas de avestruz, para alejar las moscas verdes y su eterno zumbido; Belcebú zamarreaba unas triples campanillas; y los restantes balanceaban incensarios, con lo cual su rastro se colmó de fragancias untuosas, eliminando toda huella del hedor a azufre. La mañana pulía al paisaje; se llamaban, entre si, los pájaros; las liebres escapaban por el sendero, y la comitiva ambulaba solemnemente, hacia Tiffauges.

Por fin divisaron la mole del castillo, sus torres espesas, su barbacana, el espejo acuático, el levadizo puente. No apretaron el paso; procedieron con la misma grave ceremonia. Se adelantó Lucifer e hizo sonar una trompa de bronce. En lo alto del portal, asomaron dos cabezas, las de los alabarderos, y en su expresión se reflejó el asombro que les causaba el aparato del séquito, confirmador de que allá, como había informado el propio Lucifer, nunca llegaban visitas. Descendió el puente con graznidos roncós; flameó en la torre

mayor un ajado estandarte, y la compañía entró en un ancho patio, sorteando los hierbajos, hormigueros y feas pirámides de residuos, que presto atacaron las moscas.

-¡Ave María! -solfeaban los foráneos, y los sahumadores volaban, trazando aureolas de humo alrededor del obispo aletargado, mientras danzaban las campanillas de Belcebú.

Volvió a sonar la trompa de Lucifer; improvisó una bocina con las manos y gritó:

-¡Siamo italiani! ¡Somos italianos! ¡Somos la escolta de Monsignore Belfega, quien desea entrevistarse con la señora Baronesa de Rais!

Corrieron a los tumbos, por los pasadizos, los dos mesnaderos. A poco bajaron y guiaron a los huéspedes en el interior del castillo. No fue cómoda la subida de la angosta escalera de caracol, y los monos lacayos sudaban por el peso de la silla, sobre la cual Su Ilustrísima se bamboleaba, ausente de cuanto acontecía en su contorno. Desembocaron en el primer piso, e inmediatamente comprobaron la exactitud de la descripción de Lucifer. Las telarañas lo infestaban todo. Varios salones atravesaron a tientas, como si recorriesen grutas, luchando, entre el campanilleo frenético, contra los densos jirones de inmundicia, que pretendían aprisionarlos y que convirtieron a las blancas plumas de avestruz en depósitos de mugre. Huían los roedores, moviendo los cortinajes plomizos que colgaban como banderas trágicas. Satanás tropezó con la imperceptible estatua de du Guesclin, trastabilló y ahogó un vocablo que no hubiera sonado bien en esa aristocrática atmósfera. Tal fue el camino que los condujo a la antecámara de Madama Catalina. Una vez en ella y a salvo -pues allí se manejaba de tanto en tanto una escoba- los siete (el prelado también) carraspearon, escupieron, se sacudieron como canes, volvieron a expectorar y a regurgitar, se limpiaron las pestañas, y esperaron a ser introducidos. Lo fueron al instante, y se hallaron en la habitación cuya fotografía les había enseñado Lucifer.

Estaban en ella Madama Catalina y sus dos decrepitas damas de honor, las tres de desteñido escarlata. Un rescoldo triste titubeaba en la chimenea. Adelantóse la viuda y besó el guante enjovado del Obispo Belfegor. Lucifer hizo las presentaciones.

-Questo, Illustrissima Signora, e Monsignore Belfega, vescovo di Bologna. Desde allá, cosí lontano, venimos con Monsignore, nosotros, sus discípulos, entregados a una noble y equitativa misión que no dejará de interesar a la Signora Baronesa.

Se inclinaron los otros cinco, y uno de los mozos se ingenió para que Belfegor agitase la cabeza mitral y para enderezarle las gafas. Perfumaban los inquietos incensarios, y las campanillas sublineaban el discurso de Lucifer con toques argénteos.

Quedó atónita Madama de Rais. Un segundo, cruzó por su mente la idea aciaga de que los extranjeros acudían a solicitar su ayuda para alguna empresa caritativa, por ejemplo para cristianizar negritos en África, pero rápidamente la desechó, calculando que la sola visión de los aposentos telarañudos hubiera sido suficiente, en ése caso, para que desengañados retrocedieran. Infirió que si habían continuado de cámara en cámara, pese a los contrastes que los telares de los ácaros imponían, era por una razón remota del plano económico. Los invitó, pues, a sentarse, lo que hubiesen hecho de buen grado de existir en qué. Permanecieron en posición vertical,

rodeando al zangoloteado Monsignore. Y Lucifer comprendió que debía enfrentar el momento de explicar su embajada:

-Illustrissima Signora -dijo-, Monsignore y nosotros, sus criados y aprendices, vamos por Europa, realizando una obra de trascendente responsabilidad. Hemos recorrido ya la Italia entera y gran parte de Francia y, doquier, hemos hecho acopio de testimonios que nos refirman en la esperanza de llevar a término nuestro benemérito propósito.

Las dos damas de honor, una de ellas coja y la otra más, que habían abandonado el aposento, regresaron trayendo unos trocitos de pan, cierta rancia manteca y unos vasos de licor dudoso, que provocó la mueca asqueada de Belcebú cuando mojó los labios en él.

-Permítanme, Ilustres Señoras -dijo el demonio gourmand-gourmet- que les ofrezcamos unas naderías, completando su agradable convite.

Metió ambas manos en la cesta, y fue extrayendo la gloria de las longanizas, de los salchichones, de los quesos, de los vinos italianos, ante el espanto y la admiración de Madama Catalina y sus hidalgas servidoras que, sin hacerse rogar demasiado, pusieron en funcionamiento las mandíbulas.

A su vez, repitió la fórmula Satanás:

-Permítanme las señoras...

Se acercó al fuego, removió las agónicas brasas, y en breve chisporroteó en el hogar el regocijo de una lumbrarada que iluminó la habitación afligente, comunicándole un bienestar que en los segundos previos se hubiera considerado más que improbable. A su resplandor, los demonios examinaron con holgura a la descendiente de los Vizcondes de Thouars.

Lo que por encima de todo impresionaba era su terrible palidez. Si su cara parecía una marchita magnolia, sus manos semejabán resecos lirios. Lo último que aparentaba vivir en su rostro eran sus ojos de pálido acero, pero ellos también se dijeron fronterizos del desmayo. Su cabellera gris se empinaba en descuidadas y desflecadas volutas. Vestía de rojo, lo mismo que sus damas, porque el color del luto, en la Francia medieval, fue el blanco, y la Baronesa lo rehuía, como a cuanto le recordase al Barón. No obstante el abandono, se advertía que había sido hermosa. Se advertía, por lo demás, el rigor de su dieta.

Creyó Lucifer que le convenía proseguir el razonamiento y anunció, rotundo:

-Nuestro propósito es obtener la canonización del Barón Gilles de Rais.

De haber estallado en Tiffauges una bomba -no una bomba de la Edad Media, sino una de las que inventó, siglos más tarde, la inspiración bélica del jefe de los diablos-, no hubiera sido mayor la estupefacción justificada que experimentó Madama Catalina. Había seguido de pie, como sus visitantes (con lo cual el prescindente obispo resultó el único privilegiado), así que le flaquearon las débiles piernas, y sobre sus asentaderas cayó en el duro piso, murmurando: Mon Dieu! Apresuráronse, galantemente, los demonios a levantarla, y Belcebú le ofreció unos sorbos de Chianti, que con avidez ingirió. Reanimada por el alcohol oportuno y por su gusto recuperado, tras años abstemios, la Mariscala se ubicó en el solitario taburete y pidió al Diácono Lucifer que repitiese sus palabras, pues no daba, lógicamente, crédito a sus oídos. Lo hizo, deletreando, el demonio de la soberbia:

-Nos proponemos obtener la canonización de Messire de Rais. Monsignore Belfega -agregó, volviéndose con respeto hacia la inanimada

figura que relampagueaba como un escaparate de joyería- es el alma de esta empresa reivindicatoria. Merced a él, se encamina al éxito y tenemos la certidumbre de coronarla.

Se le ocurrió a la Baronesa que su postrer castillo había sido ocupado por dementes, pero la augusta presencia de Monsignore, que aprobaba con rítmicas oscilaciones de cráneo, le hizo descartar esa desazón. Por otra parte, el diácono altivo, de físico tan atrayente, proseguía su perorata.

-Es fuerza que agradezcamos al Mariscal de Rais, Señor de Laval y Conde de Brienne, su contribución a poblar el Cielo. El Cielo, Illustrissima Signora, está escaso de querubines. La época es mala; la juventud se pierde; la guerra de Cien Años ha sido fecunda en tentaciones; los niños juegan solamente a la guerra y a ser grandes; sueñan con matar, con forzar, con raptar, con violar, con estuprar. Decae la provisión angélica, como resultado. No hay querubines nuevos, flamantes. La producción está en baja. Y el Barón ha facilitado, en mínimo tiempo, unos doscientos cincuenta querubines. De sus manos ascendieron, directamente, a los predios divinos. ¿Cómo no manifestarle nuestra gratitud por su aporte valioso? Función de santo, es la de colonizar el Cielo con almas puras. Si no hubiera actuado él con tan veloz eficacia, tengamos la seguridad de que hubiesen caído, a su debido tiempo, en las garras crueles del Diablo. Hubieran llegado, sin duda, a la madurez y a la edad senecta, y se hubieran despedido del mundo henchidos de légamo pecaminoso. Lo evitó la caridad comprensiva de Messire de Rais. Él los ofreció, no puedo decir que corporalmente intactos pero sí intactos espiritualmente (que es lo que importa) a los escuadrones del Cielo. Ha sido un reclutador incomparable y un proveedor refinado, y gracias a él las milicias bienaventuradas se enriquecieron con un dulce enjambre de adolescentes, que hoy ciñen alas tersas y las utilizan para ir y venir en el Paraíso y agradar a Dios. El Barón Gilles de Rais procedió con singular sabiduría. Pueden algunos, errados (y entre ellos sobresalen quienes lo sometieron a inicuos tribunales), criticar sus métodos. No así Monsignore Belfega. Monsignore Belfega es un maestro. No hay más que mirarlo para admirarlo. Monsignore Belfega desenredó, con exquisita perseverancia, la urdimbre del proceso y de la vida del óptimo amigo de la que será Santa Juana. En su inteligencia insomne se engendró el pensamiento de la canonización del Señor de Laval, ínclito despensero celeste. Ese pensamiento ha encontrado la más cálida de las acogidas, en los lugares que hemos visitado ya, y la imagen de San Gilles de Rais comienza a pintarse, a grabarse, a esculpirse y a repartirse en las casas discretas y devotas. Como es natural, un proyecto tan grandioso no aspira a concretarse de inmediato. Transcurrirá tiempo, todavía, antes de que sedimente con la solidez de una roca. Pero nosotros no cejaremos; antes bien proseguiremos, como sus apóstoles, con el auxilio inmaterial de nuestros querubines, andando por la vasta tierra, y recopilando más y más firmas, que avalen nuestra feliz demanda. Estas son, Signora Baronesa, las que hasta ahora hemos reunido.

Golpeó las manos, y Leviatán y Belcebú desplegaron a la distancia, un larguísimo pergamino cuyo rollo rodó por el aposento, y en el cual el propio Lucifer se había entretenido en garabatear enredadas rúbricas.

Se oscurecía la habitación y las damas trajeron tres cirios, que le agregaron una claridad indecisa.

-Nunca, nunca tres velas -protestó Mammón-; por nada, pues entrañan un mal presagio. En la Antigüedad se reconocía en ellas al símbolo de las Parcas. Además, significan un gasto inútil.

Dio unos pasos y apagó dos.

Madama Catalina de Thouars se retorció los dedos exangües. Su palidez había sido suplantada por el rubor que le encendía las facciones. Notándolo, los demonios la abanicaron con los flabelos de avestruz.

-Lo que el Señor Diácono me dice, en nombre de Monseigneur Belfega, es tan especial, tan inesperado, que me cuesta digerirlo inmediatamente. Ruego a Uds. que acepten la hospitalidad de Tiffauges, por mezquina que sea, para que conversemos sobre el asunto. Desde ya, les aseguro que estoy conmovida. ¡Ya decía yo que no desbarré al casarme con Gilles! ¡Me dejé raptar por él a los dieciséis años! ¡Esos jueces! ¡Ese Obispo de Nantes! ¡Ese Duque maldito de Bretaña! Por ahora me siento débil y próxima al síncope...

-Nos instalaremos aquí el tiempo necesario.

La dama besó el guante yerto, una vez más, y los demonios se retiraron, precedidos por los alabarderos. Antes pudieron observar que la Baronesa requería el espejo y el peine. Dedicaron la noche al turismo castellano, porque les pareció utópico dormir en las habitaciones, llenas de escombros y huérfanas de muebles, que les fueron asignadas. En uno de los desvanes, encontraron un pequeño húmero, un pequeño peroné y un delicado metacarpo, que Leviatán recogió para hacerse un collar, pues supuso que traerían suerte. Luego los príncipes infernales emborracharon a los alabarderos y jugaron con ellos a los dados, ganándoles lo poco que poseían.

Por la mañana, Madama Catalina requirió su presencia y allá acudieron, sin haber pegado el ojo, pero con igual pompa. Belfegor no había despertado; no despertó desde que abandonaron el bosque.

Se encontraron con que la Baronesa había introducido ciertas modificaciones en su aspecto. Ella y sus viejas damas habían trocado los rojos vestidos por otros blancos, los de la viudez, y Madama había desenterrado, vaya a saber de dónde, unas modestas alhajas, hurtadas a la rapiña de los usureros. Había distribuido su cabellera en trenzas enroscadas y se advertía que usó de afeites para combatir la languidez.

Ubicáronse los demonios como el día anterior; Belcebú facilitó un opíparo desayuno; alimentó Satanás la chimenea; las moscas demoníacas se posaron sobre la mitra de Belfegor a la que disfrazaron de colmena verde; y Lucifer, a requerimiento de la Mariscala, reiteró su oratoria, adornándola con algunos anexos.

-Es incalculable -señaló- a qué límites fastuosos hubiera alcanzado el seráfico acopio del Barón, si no hubiera intervenido la mano impía del verdugo, cortando su carrera equipadora. Quizás a mil, a dos mil tiernos infantes alígeros. Lo impidió la baja envidia -aquí Lucifer miró de reojo a Leviatán- de sus enemigos. No le perdonaron ni su hábil provecho ni su alta intención. ¿Qué? Además de haber bebido el viento de la gloria en Orleáns, en Patay, en Jargeau; además de haber presidido la coronación de Carlos VIII, con Santa Juana; además de haber poseído y desembolsado a su gusto la fortuna más prodigiosa del reino; además de haber casado con la señora más ilustre de la tierra francesa; y de haber dispuesto, según su antojo, de las más bellas criaturas de tres provincias: ¿todavía iba a ser suya la aureola inmarcesible de la santidad? No, no, había que poner término cuanto antes al

brillo de esa biografía. Había que eliminarlo, que estorbar que continuase acumulando méritos. Y por celos, lo ejecutaron. No quisiéramos estar dentro de la ropa de fantasmas de sus acusadores, de sus jueces, cuando les toque rendir cuentas ante Dios.

Madama de Thouars devoraba sus palabras. Se enderezaba en el taburete; sin proponérselo, adoptaba actitudes pictóricas; la sangre fluía, cálida, en sus venas; centelleaba el acero de sus ojos. Entre tanto, en el salón principal, se oían las toses y los rezongos de los dos soldados quienes, valiéndose de altos plumeros, combatían las telarañas. Se oía también los golpes de los baldes, el atronar de los chorros, los chillidos de los roedores. Adecantaban el aposento; limpiaban los escudos, bruñían las panoplias, higienizaban las esculturas de los condestables antepasados.

-Esta plática -dijo la Baronesa- me hace un enorme bien.

-Sírvase unos bocadillos -le sugirió Belcebú.

Los días siguientes, los demonios fueron testigos de la maduración y del florecimiento de la planta de la soberbia, en el ánimo de la señora. Coincidió dicho progreso con la intensificación del colorete. Se pintaba los ojos, las mejillas, la boca. Complicaba su peinado. Había hecho subir de la bodega la negra armadura que Gilles lució en Reims, cuando condujo la Santa Ampolla de Saint Rémy. La mandó frotar y lustrar hasta que arrojó chispas, y en torno, como en un altar, se prendieron largos cirios. También dispuso que trajeran el trono dorado que Gilles encargó para que el Rey lo ocupase, durante el estreno del "Misterio del sitio de Orleáns", y en él se sentó, arropándose en unos armiños que festoneaba la polilla. Madama Catalina echaba lumbre, como la armadura, o como si estuviera hecha de esmaltes, de amatistas, de lapislázuli, de ópalos. Deliraba de orgullo. Ya no besaba los anillos de Monsignore Belfega; los demonios, al entrar, debían besarle las manos.

-¡Santo, santo, santo -cantaba-, santo es el Señor de Rais! ¡Benditos los que esclarecen su nombre!

-Y santa asimismo -le propuso Lucifer- Madama de Thouars.

-¡También santa! Los Thouars hemos contribuido a las cruzadas con tres vizcondes. Las flores de lis siembran nuestro blasón. ¡Santos todos! ¡Pero más santo que ninguno, Gilles de Rais!

La vanidad la ahogaba. No cabía en sí. Había que hablarle de rodillas. Respiraba, ensanchando las narices y mareándose, el delicioso aroma del desquite, de la venganza.

A esa altura, Lucifer opinó que se había dado suficientemente en el blanco. Había transcurrido en Tiffauges una semana entera y convenía reanudar el viaje. Acudieron, pues, a despedirse. Casi tuvo lugar entonces un incidente ingrato, algo que hubiera deslucido la cortesanía de la escena. Belfegor, sin contenerse y sin despertar, soltó un ruido que procedía de lo más profundo de las entrañas. Pusiéronse los demonios a estornudar, a taconear, a mover los leños; luego, serenados, desfilaron delante de la señora. Ella quiso retenerlos. No le daba abasto la retórica ponderativa de Lucifer; exigía más y más. Parecía un ídolo, en su trono que envolvían las bocanadas del incienso. Le significaron que debían partir, pues lo exigía su misión.

-Antes -solicitó la Baronesa- les ruego que asistan a un corto espectáculo ineludible.

Alzó la voz, dio una orden, y entraron los alabarderos. Arrastraban a las octogenarias damas de honor por los cabellos y desnudas de la cintura arriba.

-Estas dos hechiceras, estas dos erinias, estas dos furias hipócritas, me han atormentado durante tres años, exactamente desde que el cuerpo de San Gilles se inmobilizó en la horca. Me acosaron con sus lloriqueos y suspiros; me enloquecieron con sus silencios lamentosos; pretendieron reducirme a su repugnante condición de villanas plañideras; me hicieron sentir miserable, a mí, a la Baronesa de Rais, Condesa de Brienne, Señora de Laval, de Tiffauges... Ahora recibirán su castigo.

Blandieron los de alabarda unas disciplinas -acaso empleadas por el Barón sobre carnes más jóvenes- y se entregaron al deleite de azotarlas. Fue evidente, por su entusiasmo, que satisfacían así un antiguo deseo. Los gritos de las viejas, mezclados con la risa estridente de Madama Catalina, escoltaron a los demonios, mientras descendían la tortuosa escalera de caracol. En el patio, felicitaron efusivamente a Lucifer (Leviatán fue el más sobrio). Después retomaron la senda que conducía al claro del bosque en el cual habían dejado sus cabalgaduras. De camino, Belfegor se despabiló; llevó las manos a la cabeza; tocó, en vez de los cuernos, la mitra; se vio rodeado de eclesiásticos; e inquirió, sorprendido y todavía embotado:

-¿Qué es esto? ¿quiénes son ustedes?

-Buona sera, Monsignore Belfega -le dijo Lucifer.

TRES EL VIAJE

Vueltos ya a sus habituales trazas, ocupáronse los siete demonios de sus medios de transporte. Los encontraron donde los dejaran. El grifo seguía paciando, pacientemente. Aunque era mitad águila y mitad león, prefería el régimen vegetariano. La sierpe, enroscada en un tronco, jugaba a la tentación del Edén, ondulando y silbando con incitante empeño, mientras que el sapo jugaba al sapo consigo mismo y atrapaba guijarros en el aire. Soledoso, el Vellochino a motor añoraba un combustible sin mezcla. La novedad era ofrecida por las caballerías de Asmodeo y Belcebú. Fue manifiesto que la intimidad de la sirena y del toro había dado su fruto. La gestación, entre las sirenas, es, por lo que se vio, muy rápida, pues nuestra ninfa amamantaba cariñosamente a un vástago, con sirenio cuerpo, que había sacado las barbas y la nariz asiria de su padre.

Formaron un círculo los demonios, alrededor de la pareja amorosa, y resolvieron que, puesto que el retoño debía seguir con ellos el viaje, por exigencias alimenticias, le darían un nombre, y como el padre se llamaba Asurbanipal y la madre Superunda, le pusieron Supernipal, sin exigir demasiado a la imaginación. Belcebú le tomó inmediato cariño, y el toro tuvo que intervenir y hasta amenazarlo con sus patadas poderosas, para evitar que indigestase al primogénito.

No distrajo el intermezzo idílico a los viandantes, de su esencial obligación, y se aprestaron a partir. Previamente, Lucifer les descubrió la sorpresa que les reservara. Había llevado consigo a Tiffauges, oculta, la andariega máquina de fotografiar, cuando allá se trasladaron los siete, y la dejó proceder a su guisa. La consecuencia fueron varios retratos que les mostró. Quien más se entusiasmó fue Belfegor, para quien aquellas imágenes constituían algo completamente desconocido.

Comprendía la colección ocho piezas: 1ª) una foto de conjunto, en el bosque, con Monsignore Belfega en el centro y en andas, movidos todos menos él; 2ª) la de Madama Catalina, el día en que llegaron, anémica, triste, entre sus damas de honor desfallecientes; 3ª) la de Belcebú, sirviendo un opíparo desayuno; 4ª) la de los personajes femeninos, un tiempo después (se intensificó la policromía, y la música acompañante dejó de ser patética, para tornarse triunfal); 5ª) la de los alabarderos, en ocasión en que plumereaban las telarañas, asfixiados por la masa polvorienta; 6ª) la de Lucifer, disertando, como un profesor que dicta clase; 7ª) otra de Lucifer, frente al objetivo, con cinematográfica sonrisa (ésta parecía retocada); y 8ª) la de las damas de honor recibiendo la tunda, que presenciaba Madama Catalina desde su trono.

-Yo aparezco sólo una vez y fuera de foco -se enojó Satanás-, mientras que Su Excelencia figura tres veces, bastante mejor que lo que es verdaderamente.

-Asunto de la máquina. Declino cualquier responsabilidad. Por otra parte, creo que estoy muy parecido. En fin... no discutamos. Lo importante es que las fotos existan. He pensado formar un álbum con ellas, para presentárselo al Señor Diablo a nuestro regreso. Documentaremos la gira, como hacen los turistas. Ya contamos con once imágenes.

Aprobaron los otros la idea, si bien impusieron, por sugestión de Satanás, que se hiciese saber a la máquina que debía rechazar cualquier insinuación de favoritismo y actuar con independencia.

En seguida, se arrojaron a volar, ufanos, luego de una semana de tránsito terrestre. Desentumeciáanse las alas. La sirena conducía en brazos a Supernipal, y el toro, de tanto en tanto, mugía su paterna arrogancia. Debajo, giraba el mundo, exhibiendo el diseño de los continentes, la crestería de las cordilleras, la limpidez de los mares. Se afanaban las moscas por seguirlos. Y ellos cantaban, a plenos pulmones, la marcha demonista.

-La vie est belle! -exclamó Asmodeo.

En eso, el despertador del Diablo rompió a sonar. Frenaron sus bestias en el aire. El reloj les indicó que estaban en el año 79.

-¿Después de ..? -preguntó Leviatán.

-Sí, después de... -respondió Asmodeo-; el pecado sólo se considera como tal, a partir de...

Les informó el mapa que sobrevolaban el golfo de Nápoles. Iniciaron el descenso y abarcaron la gran sombra del Vesubio, la transparencia de la bahía. Lucifer introdujo la garra en la caja japonesa:

-"Avaricia" -leyó-. Toca el turno a Su Excelencia Mammón, a cuya actividad define San Pablo como "raíz de todos los males".

-Pablo exagera -se ruborizó el demonio codicioso-; su elogio es excesivo.

-Deseo a Su Excelencia -continuó el soberbio, regodeándose- que alcance tanto éxito como yo.

-Así lo espero. Espero también que el monto de la operación no sea desmesurado. Trataré de realizarla económicamente.

Espolearon a las bestias. Supernipal esbozó unos vagidos, porque tenía hambre, pero Superunda lo consoló con el generoso pecho. Fueron descendiendo, planeando, ensayando piruetas acrobáticas. Brillaba el sol en el mar.

-Nápoles... no oigo las mandolinas -meditó Belcebú, en voz alta.

-No se han inventado aún -pronunció Leviatán. -Entonces esto si no me equivoco -interrogó el de la gula- ¿forma parte del Imperio Romano?

-Su Excelencia, compañero, acierta con sutil sagacidad -dijo Lucifer. Se detuvieron en los alrededores de Pompeya.

CUATRO MAMMÓN O LA AVARICIA

Se habían instalado en una de las mejores casas de la pequeña y próspera ciudad. La lograron sin esfuerzo. Desde que, por la puerta de Herculano, ingresaran en Pompeya, llamaron la atención del señorío y de la plebe. No era para menos, en verdad. Lo mismo que hicieran al emprender la aventura del castillo de Tiffauges, habíanse disfrazado con destreza histriónica y, tal como entonces, resolvieron utilizar la pasiva figura de Belfegor para centrar en ella su decorativo conjunto. Era éste digno de admiración. El demonio de la pereza se había transformado en una opulenta patricia que, enojada y morosa, avanzaba hacia el foro, en recamada litera, a hombros de cuatro esclavos nubios, es decir acarreada por los cuatro monos perseverantes. Flanqueábanla sus aduladores clientes, magníficos también, que proclamaban a voz en cuello la alcurnia y los títulos de su dueña, luciendo con pompa las togas blancas. De ese modo, enteráronse los pompeyanos de que Quieta Fulvia de la ilustre gens de los Belfus, honraba a Pompeya con su visita. Y entre los acompañantes, contradecía con su atuendo Mammón, pues su mezquindad no había consentido que trocasen -pese a que no le hubiese costado un cobre- sus ropas laceriosas por la majestad del atavío ciudadano, y daba la impresión de ser un filósofo estoico, de esos que nunca faltan, por contraste, en los cortejos ricos.

En torno bullía la población mañanera, bajo el sol intenso del verano. Los vendedores de carne y hortalizas dejaban sus carros y sus mulas en los hospedajes vecinos de la puerta, pues estaba prohibido su tránsito dentro de la urbe, y continuaban, cargados con sus mercancías, hacia los comercios. Asomábanse los negociantes a la entrada de covachuelas y tenderetes, encastrados a la sombra de las grandes mansiones; y los dueños de las múltiples thermopolia, que ofrecían vinos cálidos y comida cocinada en vasos de bronce, se quitaban las capuchas para saludar al paso de la espléndida compañía. Algunos patricios jóvenes, venidos desde Roma para respirar el aire marino y para gozar de las atracciones que prometía un paraje famoso por su divorcio de la virtud y por el patrocinio de Venus -jóvenes que integraban las ociosas cofradías de los "dormilones" y de los "bebedores tardíos"- no recataban su curiosidad, ante un lujo tan obvio, y las bellas prostitutas de complejos peinados, reían y hacían sonar sus brazaletes de cornalina y ámbar. Pronto, el aroma de los vinos, de las frutas, de los pescados, de las ostras, de los hongos, de los repollos, de la célebre salsa llamada garum, se sumó al recio olor del Mediterráneo, produciendo una gastronómica mezcla que Belcebú husmeaba con fruición augurándose succulencias ignotas. Pompeya se brindaba, como un banquete. Se la sentía plena de vigor, de ansias de placer. Era fácil inferir que detrás de las fachadas graves y simples que recubrían las residencias, se vivía con holgura. Regía el Imperio, sucediendo a Vespasiano, hacía apenas un mes, su hijo Tito, y en todas partes sobresalía su flamante prodigalidad. La pasión por la política -pasatiempo de próceres acaudalados- se evidenciaba en las inscripciones ocre y negras vinculadas con la reciente elección de duunviro y edil, que embadurnaban doquier las paredes, y que los raspadores que de noche trabajaban, a la luz de la luna o de una linterna, no habían tenido tiempo de borrar aún.

Leyéndolas, los demonios apreciaban hasta dónde alcanza el anhelo de poder, entre los hombres rivales, hambrientos de prebendas, y eso les hacía augurar el éxito del diablo de la avaricia.

Llegaron así, abriéndose camino a codazos y gritando el nombre sonoro de Quieta Fulvia, hasta el Foro, corazón de Pompeya, donde se intensificaba el movimiento, pues era no sólo el punto de cita de activos y holgazanes, como en todo municipio creado a imagen de Grecia y de Roma, sino también el eje religioso y civil del lugar. Pompeya había sufrido, dieciséis años atrás, las consecuencias de un fuerte temblor de tierra, y desde entonces, gracias a los aportes del Senado imperial y de los particulares, se la reconstruía. Muchas familias, temerosas, la habían abandonado, a raíz de la catástrofe, pero otras las reemplazaron. Estaban constituidas éstas, a menudo, por nuevos ricos, por libertos ambiciosos, y su vanidad advenediza se afirmó en breve por el lujo palaciego que imprimieron a sus restauradas habitaciones. Sin embargo, el trabajo, lento y tenaz, de recuperación, seguía advirtiéndose, especialmente en el Foro, donde los mercaderes, panaderos, sastres, zapateros, feriantes de pescado y de fruta, circulaban entre los fragmentos de mármol y las caídas columnas de travertino.

A un promontorio, formado por la acumulación de residuos preciosos, subió el séquito improvisado, con el pretexto de admirar la vista, que era muy hermosa, y abarcaba, según se mirase, hasta la isla de Capri o hasta el Vesubio, por cuyas laderas trepaban los viñedos. Estaban allí, abanicándose con las togas y apartando las infaltables moscas verdes, mientras que alrededor zumbaban los comentarios que suscitaba su presencia, cuando se les acercó una dama cincuentona, que los saludó con amabilidad, les tendió un puñado de higos y prolongó el saludo con un "Augusto feliciter!" -¡viva el Emperador!-, testimonio de su adhesión oficialista. Respondieron los diablos como convenía, y en breve se entabló un diálogo vivaz, armónicamente sustentado por el crujir de los higos, y provocado por el fisgoneo de la dama, ya que fue ella quien formuló, una tras otra, la mayoría de las preguntas. Con todo, lograron los del Infierno averiguar que se llamaba Nonia Imenea, y que era hermana del pudiente Publius Cornelius Tegetus. La fortuna de dicho Tegetus parecía haber sido acumulada, según dedujeron, en los tiempos últimos, merced a la fabricación en gran escala de la salsa de garum, como dedujeron también el entusiasmo que suscitaba en su interlocutora cuanto se relacionase con la vieja aristocracia. Al advertirlo, los diablos, y en especial Lucifer, multiplicaron las manifestaciones de la significación de Quieta Fulvia, de la estirpe de los Belfus, a quien hicieron descender de Tarquino el Antiguo y de otros reyes de Roma, lo que la hermana de Tegetus oyó con reverente complacencia. Le explicaron que Fulvia deseaba adquirir una propiedad importante, y que hasta que lo consiguiera debía alquilar alguna, o acaso alojarse en una posada. Puso la voz en el Olimpo la señora (viuda tres veces, por lo que informó): era imposible que personajes de la calidad de quien llevaba la sangre de Tarquino, y sus acompañantes prestigiosos, condescendieran a morar en una pocilga, reducto de compraventeros y de ladrones. Levantó la mirada hacia la patricia remota, quien entornaba los párpados, a causa del sueño, que no del resplandor solar, y la vio tan solemne, tan linajuda y alhajada, que se atrevió, respetuosamente, a decir:

-Han querido los dioses y la munificencia de Publius Cornelius que yo usufructúe una de las casas principales de Pompeya. Está no lejos de aquí,

sobre la vía de Nola, y es memorable por su mosaico de la batalla de Alejandro Magno. Vivo allí en soledad absoluta, con mi servidumbre. Háganme ustedes el honor de aceptar mi hospitalidad, hasta que encuentren lo que buscan.

Observaron los demonios más atentamente a Nonia Imenea, que era menuda, angulosa, rugosa, inquieta como una ardilla y terca devoradora de higos. Calcularon las ventajas de admitir su propuesta, y resolvieron aceptarla de buen grado, barruntando que por su intermedio podrían lograr los fines de esa etapa, pero se interpuso la torpe usura de Mammón, quien inquirió el precio del convite. Se ofendió Nonia. Señaló que, por suerte, el dinero le sobraba, y que para ella bastaba con la prez que sobre su casa redundaría de la familiaridad de una dama tan egregia, Adelantóse Satanás, sofocado por la cólera y exclamó:

-Perdone a nuestro amigo Parco Mammonio. Es, como usted habrá quizás intuido, un filósofo, empeñado en regenerar al mundo y en imponerle normas austeras. Su utopía nos divierte, y por eso toleramos que nos acompañe. Quieta Fulvia, como los demás Belfus, gusta de los filósofos y de los bufones. Por lo demás, Parco Mammonio se consagra actualmente a un proyecto de largo alcance, de cuyo triunfo depende su destino. Olvidémoslo y gocemos del techo y agasajo que con tanta generosidad se nos facilita.

Aclarado el pequeño incidente, requirió Nonia su litera y juntos se encaminaron hasta su casa. No cesó de hablar la señora, a los gritos, durante el paseo. Llamaba a Fulvia por su nombre y recordaba los de sus reales antepasados, despereciéndose porque el vulgo -y más aún los caballeros que encontraba a su paso- se enterasen de la jerarquía excepcional de la que ya consideraba, no obstante su inalterable mutismo, su estrecha amiga.

-Este episodio -susurró Belcebú, saboreando un higo- se anuncia bien. Quien come con tanto deleite, merece nuestro franco apoyo.

Condecía la casa con las alabanzas de su moradora. Un "AVE" de mosaicos daba la bienvenida a los convidados, en el acceso, y los demonios retribuyeron el saludo, haciendo aparecer el extremo del pulgar, entre el índice y el dedo mayor, lo cual, interpretado por Nonia como una moda metropolitana, fue copiado por ella, acatadamente. Seguían dos atrios, uno, el del estanque, encuadrado por cuatro columnas. Circundábanlos los aposentos destinados a la recepción; el comedor provisto de varios triclinios orientales; y las alcobas. Veinticuatro columnas más, con capiteles jónicos, prestaban marco al jardín de rosas y mirtos. En la exedra -el último vestíbulo abierto- se explayaba el maravilloso mosaico que pintaba la batalla de Issus, entre Darío y Alejandro. Se había roto, en parte, durante el sismo del año 63, y aunque no lo retocaron, resplandecía. No era ésa, por lo demás, la única taracea valiosa de la mansión: fulgían allí también las dedicadas a Baco, al gato y a las desazonantes máscaras. Todo ello fue recorrido, avaluado y elogiado por los visitantes, con excepción de Quieta Fulvia. Su prescindencia terminó por acuciar la inquietud de Nonia Imenea.

-¿Duerme? -osó preguntar.

-Nunca -le contestó el Almirante Leviatán-. Es su manera de ser. Medita. Evoca a sus inolvidables antecesores. Está en contacto permanente con ellos.

Esta aseveración llevó al colmo el rendimiento de la hermana del fabricante de salsa de pescado. Mostró, pues, a los huéspedes, sus respectivas habitaciones y se retiró a la suya, trémula de alegría.

Desde entonces, los demonios fueron los auténticos señores de la casa. Mammón y Asmodeo la abandonaban a diario, ambos con el pretexto de descubrir una residencia permanente, pero, en realidad, el primero para indagar los progresos pompeyanos de la avaricia, y el segundo para inspeccionar las tabernas y lupanares. Los otros quedaban en la exedra, o en el atrio del impluvium, tomando fresco, a diferencia de los ciudadanos, que pasaban el día fuera de sus moradas. Solía Belcebú demorarse en la cocina, donde probaba las cocciones. Nonia Imenea, que se entendía perfectamente con él, anotaba las recetas curiosas dictadas por el demonio. Cuando regresaban los ausentes, encantábase la señora con la noticia de que aún no habían hallado nada digno de la grandeza de Fulvia. No bien desaparecía Nonia y se iban sus esclavos, los diablos, recoletos, intercambiaban impresiones.

-Los institutos de placer -decía el libidinoso Asmodeo sobreabundan y están bie, bien surtidos. En ellos trabé relación con mucha gente, y ya empiezo a ser popular. Convoco a viejos y jóvenes, de los tres sexos, y me divierto enseñándoles entrelazamientos y ensambladuras que no podían imaginar, como ciertas pirámides y el uso de adminículos raros, que suplen y complementan artísticamente a los órganos habituales. Creo que estoy encabezando una verdadera revolución de las costumbres. Me complace difundir con la práctica lo que concierne a mi ramo. Soy un misionero.

-Su Excelencia se divierte -refunfuñó Satanás-, mientras que nosotros aburrirnos. Estoy harto de los frutos de la higuera. El Almirante nos comenzó a leer "Los últimos días de Pompeya", pero a las treinta páginas desertamos a Lord Lytton. A más, se corría el riesgo de que Nonia se presentase inesperadamente -cosa que hace, por prudencia, cada vez menos- y que se emperrase en saber de qué se trataba. ¿Se da cuenta Su Excelencia de su asombro, de su espanto, ante un libro impreso... y en inglés? Debemos cuidarnos y evitar, sobre todo, el anacronismo. Dada la ineficacia del novelón, el Almirante recurrió a la literatura erudita y materializó dos volúmenes en alemán sobre temas pictóricos de esta región: "Komposition der pompeianischen Wandgemälde" y "Geschichte der decorativen Wandmalerei in Pompeji". Tampoco nos entretuvieron.

-A mí -declaró Lucifer- me interesó lo que trae el otro libro, el de Gaston Boissier, cuando reproduce la opinión de Petronio y de Plinio sobre las pinturas pompeyanas. Declaran ambos, al estudiar esas obras y compararlas con las del pasado, que "la pintura ha muerto". Es fatal, pero dicho juicio se repite de época en época, y la pintura sobrevive a sus censores. La prueba la tenemos, sin ir más lejos, en el retrato de Goethe, con orejas de burro, que adorna el Pandemónium infernal. Es una obra notable, y sin embargo ha sido pintada recientemente.

-Sospecho -manifestó Leviatán- que a ese retrato lo pintó el propio Diablo. El Diablo es un artista de primer orden, aunque pintor ingenuo.

-¡Muy bien, muy bien! -gimió Satanás-. Estoy conforme. Pero esto no resuelve nada. Lo indiscutible es que nos fastidiamos aquí... todos, fuera del incansable Asmodeo y de Belcebú, a quien pretende Nonia Imenea.

-¿Y esa novedad? -interrogó el de la lujuria.

-Ha dejado de serlo. Andan siempre juntos. Pasean por el jardín. Vagan y divagan. La triple viuda acabará por seducirlo.

Enrojeció hasta las orejas el mencionado, y dejó de alimentarse. La toga convenía a sus redondeces, y sus labios parecían cerezas.

-Hablamos de cocina -balbuceó-, de cocina...

-En fin -prosiguió Satanás- nos hastiamos. Y la culpa recae sobre Mammón, quien no cumple como debe. Pierde el tiempo; los días transcurren; y aquí estamos, aguardando que lleve a cabo su tarea.

-Ocuparse del asunto de Tiffauges -reclamó el demonio frugal- fue incomparablemente más hacedero. Había allí sólo dos personajes: Gilles de Rais y Madama Catalina. Y Barba Azul había muerto. Era imposible errar.

Se enfadó el soberbio:

-Recuerdo que Sus Excelencias (me parece que quien lo puntualizó fue Su Excelencia Satanás) señalaron entonces lo arduo que sería tentar con el desenfreno del orgullo a una mujer definitivamente humillada.

-Sí, y Su Excelencia dirigió muy bien la operación -acordó el otro-. Pero sabía, de entrada, a dónde dirigir su empeño, mientras que aquí falta aún el blanco donde ejercitar la puntería. Los pompeyanos ¡ay! no piensan más que en dilapidar y en exhibir su grosero fausto. Empero -y sacó una libreta- he recogido apuntes que me llenan de esperanza. Oigan éste; es una inscripción que adorna el umbral de la casa del negociante Siricus: "Salve Lucrum" y esta otra inscripción: "La ganancia es la felicidad". Son pistas. Hay que seguir buscando. Hay que acertar con algo gordo.

-Y encuéntralo a prisa, Excelencia -dijo Satanás-. A prisa, antes de que el tedio nos torne impotentes.

La vida continuó desarrollándose, monocorde, en la casa de la vía de Nola. Se inició el mes de agosto, y los pompeyanos reclamaban sin éxito el auxilio de la brisa del mar. Los combates de gladiadores se efectuaban bajo toldo. Nonia Imenea ofreció una comida, preparada por Belcebú, sin un higo, en honor de sus huéspedes. Asistió a ella Publius Cornelius Tegetus, el de la salsa, a quien los demonios tacharon de ordinario y grandilocuente. Habló de su casa, de su efebo de áureo bronce, que iluminaba, como portalámpara, los nocturnos simposios del jardín; de sus estatuas pequeñas, que sostenían vasos argénteos, destinados a contener el condimento de su elaboración. Su mal gusto desbordaba en los ademanes. Redimió a los demonios el esplendor de los aprestos culinarios inventados por Belcebú. Presidía la fiesta Quieta Fulvia, quien sólo se desentendía del sueño para nutrirse. Llameaba su pectoral de oro macizo, con entrecruzadas flores de loto, bellotas y máscaras de Sileno. Su refinada diadema, labrada en una lámina de oro, estaba compuesta de hojas de roble. Mammón espiaba esas joyas de hito en hito, y se retorció las manos, como si las tuviese que pagar. La hermana de Tegetus, que con cualquier motivo rozaba a Belcebú, no le iba en zaga a la bisnieta presunta de los reyes de Roma. Lucía un pesado collar de raíces de esmeralda y perlas; en cada dedo un anillo; y largos pendientes de filigrana, que sonaban y se estremecían con los menores movimientos. Fulvia Belfegor (de los Belfus), a quien Publius Cornelius trataba de "augusta", pronunció, en el curso del extenso festín, una solitaria frase, que aclamaron los de la provinciana Pompeya, sin entender su significado, ciertamente, pero que atribuyeron al lenguaje de la vieja corte:

-Dormir -dijo, entrecerrando los ojos-, that is the question.

Durante la comida se mostró, visible para los de allende el Aqueronte, la máquina de fotografiar. Caminaba sobre su trípode, como una zancuda que

fuese un cíclope también, pues fijó su pupila impar sobre los comensales, y luego desapareció, brincando. Los siete del Hades, conscientes de la trascendencia documental de la cámara, le presentaron, para la eternidad, sus nobles perfiles romanos, sus impecables narices, de medalla, de moneda, de camafeo, de busto. Asimismo se mostraron las moscas verdes, que vanamente manoteó Tegetus.

-¿De dónde saldrán tantas moscas, Nonia Imenea? -protestó-. No las hay en ninguna parte.

-Han invadido la casa, y no me explico su origen.

Los diablos clavaron los ojos reprobadores en Belcebú, Señor de las Moscas. Las detestaban, molestas y sucias, y habían ensayado mil medios infructuosos para librarse de ellas, pero los seguían rondando.

-La mosca -proclamó Belcebú, ante la sorpresa unánime- es el mejor amigo del hombre -y apartó con avergonzado melindre una, que se había posado sobre el filete, desbordante del garum de Publius.

-Original opinión, procediendo de un maestro de la cocina -comentó Nonia, y añadió, con un suspiro hondo que le hizo tintinear los pendientes-: Me encanta la originalidad.

A Tegetus, esa extravagancia lo desconcertaba. No podía ubicar a los forasteros. Mientras se alejaba, precedido de antorchas, se confesó amargamente que todavía le faltaba mucho para ser un patricio. Tal vez sus hijos lo consiguiesen. Tal vez ellos empleasen el arcaico idioma de Quieta Fulvia y mantuvieran con las moscas una amistad sincera.

Los días se estiraron, y Asmodeo renunció a salir. Ya no lo solazaban los lupanares. Los asiduos eran muy inhábiles y, en consecuencia, reproducían desmañadamente sus sutiles combinaciones. Resolvió aplicar sus dotes plásticas, que pulía por imitar al Diablo, a sacudir la modorra, y plasmar una estatua de Lucifer. Éste se prestó, no ocultando su ufanía. Realizaron la obra en la exedra, abierta hacia el jardín y sus blancos pavones. Acomodaban en un diván a la hipnótica Fulvia; Leviatán retomó, por zanganería, el primer tomo aborrecido de "Los últimos días de Pompeya", y leyó en voz alta; Satanás y Belcebú jugaban a las damas, al "ludus lutruncolorum". Quería Asmodeo lograr un fauno danzante, y para ello Lucifer recobró su aspecto habitual. El artista le suprimió las pezuñas, substituyéndolas por afinados pies; redujo su cola; curvó sus brazos; le adelantó una pierna; infundió un ritmo jocundo y sensual a ese cuerpo admirable. Esculpía como si acariciara. Y la obra se fue definiendo, para envidia de Leviatán, quien hubiera deseado servir de modelo del semidiós campestre, a pesar de su cabeza de cocodrilo. Trajinaba la cámara entre las columnas. Al examinar sus fotografías, Satanás reprodujo las lamentaciones:

-La parcialidad es clara. El que siempre aparece bien es Lucifer. ¡Mírenme a mí! ¡qué expresión! ¡qué cejas! Esta máquina, o ha sucumbido frente al soborno, o padece un defecto visual. Tendría que usar monóculo.

Estaban una tarde entregados a la tarea escultórica y a la lectura, aprovechando que Nonia había ido a lo de su hermano, cuando pasaron un gran susto, porque casi los pescó uno de los esclavos negros. Dispusieron de segundos para que Lucifer se enfundase en su toga y cíñese su rostro cesáreo, y para que se hiciese humo el libro delator. Oyeron al siervo que les anunciaba una visita. Deletreó su nombre, con inseguridad africana:

-Marcus Molochius Potenter.

Ignoraban los de la exedra quién podría ser, pues carecían de relaciones en el golfo de Nápoles y en la Campania toda. Se les ocurrió que acaso fuese un enviado de Mammón, un posible avariento, a quien les convendría examinar, y dieron orden de que entrase. Previamente se refirieron a la novela inglesa que su prestidigitación había escamoteado.

-Que desaparezca in aeternum -mandó Lucifer-. Digamos un categórico adiós a Lord Lytton. A mí me empalaga.

-A mí me pone nervioso y no me deja trabajar -vituperó Asmodeo.

De esa suerte se evaporaron, rumbo al perpetuo exilio, "Los últimos días de Pompeya", en tanto que el desconocido ingresaba en el intercolumnio.

No obstante la articulada careta, descubrieron al punto de quién se trataba, y consiguientemente que no venía en nombre de Mammón. Lo vendían los rasgos de ternero, que prevalecían sobre el falso físico romano. Era Moloch, miembro del Consejo Infernal. Calcularon que estaba de paso por Pompeya, camino del país de los amonitas, donde se le tributaba especial adoración y le sacrificaban criaturas y lo acogieron afablemente, como a un colega que gozaba del favoritismo del Diablo Mayor. Le escanciaron una copa de Falerno y lo convidaron con una bandeja de higos, pero presto los desengañó el visitante, quien rechazó las invitaciones. Sin sentarse siquiera, oscilante la cabezota vacuna, embarazado por la toga, les comunicó:

-Excelencias, me manda el Señor Diablo. Su Majestad les comunica, por mi intermedio, que en ningún instante, desde que emprendieron su gira, ha cesado de ejercer una vigilancia minuciosa sobre Sus Excelencias. El Diablo mismo organizó un servicio de información tan perfecto que ni siquiera ustedes, con ser algunos muy ladinos, han podido sospechar que los acompañaban investigadores sagaces. La genial invención de seres invisibles que son invisibles para los invisibles, ha permitido a Su Majestad ponerse al corriente, de continuo, sobre el desarrollo de su misión. Ahora bien, y eso motiva mi presencia, el Señor Diablo me ha ordenado que les transmita su descontento. Es su parecer indiscutible que la segunda etapa de su faena progresa muy mal. Sus Excelencias desperdician el tiempo. Se retrasan aquí, comiendo, bebiendo, holgando, recreándose en lupanares y con lecturas fútiles. Si no desean incurrir en la cólera de nuestro amo, se les avisa que se den maña y que se apresuren. Recuerden que Su Majestad no los destacó a la Tierra para que se distraigan, sino para que trabajen.

Dicho esto, y sin permitir que le replicaran o que lo escoltasen hasta la puerta, el demonio ternero volvió sobre sus pasos, mugió despreciativamente, y se desvaneció en la penumbra.

Angustiados, perplejos, fríos, pese a la canícula cruel, quedaron los jefes de los Siete Pecados, ante la severidad de las noticias. ¿Quién se creía este Moloch, para dirigirse a ellos así? ¡Allá él, sus amonitas y su facha de becerro enmascarado! ¡Cómo! ¿a los príncipes se los vigilaba? ¿De qué valían sus fueros, sus servicios a la causa diabólica? ¿No había sido intachable la aventura de Tiffauges? Ojearon alrededor, recelosos; aguzaron su sensibilidad susceptible, hasta el extremo, y no captaron nada. Se creían libres y estaban cercados. Entonces Satanás, violento, se encaró con el de la lujuria:

-El delito (si delito hay) en buena proporción recae sobre Su Excelencia. ¿Qué lo impulsó a ambular por los prostíbulos, en desmedro de su función diplomática? Se refocilaba, sin duda, retozando entre las rameras y los

rufianes, enseñándoles figuras eróticas. ¡Muy mal! Le repito palabras regias: éste no es un viaje de placer, sino un viaje de estudios y de trabajo.

-Yo no hice más que ocuparme de mis cosas, como si no hubiese abandonado mi dirección general, en el Infierno.

-En cuanto a las lecturas -dijo Leviatán-, el Diablo, si lo han instruido correctamente de lo que nos atañe, estará al tanto de que no han sido fuentes de satisfacción, sino de bostezos y de esplín. Nos hemos martirizado, leyendo, en aras del mejoramiento espiritual. Y ya estará al tanto de que nos hemos despedido de Lord Lytton para siempre.

-¡Para siempre! -se alivió el eco de Belcebú-. Y convengan en que si yo me quemé las pestañas frente a las ollas, ha sido porque no sólo de pan viven los demonios, sino, precisamente por su exquisita condición, de supremas dulzuras.

-Por lo menos -reflexionó Lucifer-, el Señor Diablo no formuló críticas al procedimiento seguido en el caso de Madama de Thouars.

-Tampoco lo encomió -dijo el Almirante-. Yo deduzco de esto que la envidia, mi Envidia, gana adeptos en el pandemónium, lo cual, como es lógico, me complace sobremanera.

-¿A qué seguir hablando y justificándonos? -resumió el soberbio-. La verdad es que único culpable es Mammón. Sus ahorros estúpidos, su feroz tacañería, han producido nuestro estancamiento. Vegetamos aquí, a la espera de que se sacuda. No habrá más remedio que salir a la calle y hostigarlo, hasta que satisfaga su deber.

Como si lo hubiesen invocado, apareció Parco Mammonio. Alcanzaban sus harapos y su delgadez al límite de la transparencia, pero también se traslucía su buen humor. Se frotaba las manos huesudas.

-¡Ave, príncipes! -exclamó, enseñando los colmillos huérfanos de dentista-. Supuse que estarían extasiados, leyendo "Los últimos días de Pompeya".

-No leemos más -lo interrumpió la aspereza de Asmodeo, quien citó el verso célebre de Francesca da Rimini: "Quel giorno piú non vi leggemo avante".

-Su Excelencia irradia satisfacción -vociferó Satanás-. Sin duda viene a referirnos que halló por fin el blanco pecador de sus flechas.

-No, todavía no. Pero, ya falta poco. En cambio...

Y el parsimonioso les reveló la causa de su júbilo. En el Foro lo habían confundido con un pordiosero, mientras tomaba sol, sentado sobre un caído capitel, y examinaba a los paseantes. Las monedas habían afluído alrededor, y él las fue recogiendo. Volcó su cosecha, en el peristilo, cuidando que ninguna rodase y se escapase, y se deleitó sopesando las piezas que ostentaban las efigies de los Césares.

Eso enfureció a Satanás. Cuando se enfurecía, era temible.

-¡Su Excelencia -gritó- nos exhibe la prueba contraria de la que busca, es decir el testimonio de la caridad, y eso lo regocija! ¡Su Excelencia permite que su modesto vicio deje atrás a la misión que se le ha encargado!

-La sabiduría nos enseña -dijo Mammón- a unir lo útil con lo agradable.

Sumáronse los otros a Satanás y se produjo una loca algarabía. Empujaron al codicioso, como si lo fuesen a golpear; Leviatán aprovechó el tumulto para morderle una oreja, y en la batahola, con voz doliente, el mísero que se cubría el rostro con los brazos, acertó a plañir:

-¡Excelencias, Excelencias! ¡Por favor! ¡calma! Hay un medio, un solo medio, de sacar a la luz la pompeyana avaricia... pero es tan costoso... tan opuesto a mi filosofía... que hasta ahora no me atreví a proponerlo...

-Expóngalo cuanto antes -lo conminó Lucifer.

-Todavía no. Es un medio demasiado drástico, un precio demasiado subido. Todavía no. Concédanme Sus Excelencias dos días. Se lo ruego. Dos días, y si en su curso no hallo otra manera, se los expondré.

Se miraron los demonios.

-Bien -otorgó Satanás, por los restantes-, accedemos. Pero no dispone Su Excelencia Parco Mammonio más que de dos días. Es un ultimátum.

El acuerdo produjo una distensión nerviosa. Como Diógenes en su tonel, Mammón se acurrucó dentro de una inmensa vasija tumbada y allí quedó, frotándose la oreja y jugando con los cobres; Lucifer reasumió la actitud que le impusiera la creación casi concluida de Asmodeo; éste manejó su barro y sus utensilios; Satanás, que no conseguía serenarse, se puso a pasear a largos trancos por la exedra y a cavilar sobre los imperceptibles espías diabólicos; Leviatán y Belcebú se consolaron, convirtiendo a la yacente Quieta Fulvia, ya en una esfinge de pórvido, ya en una tumba etrusca, ya en un busto de Sócrates; y la industriosa cámara saltó sobre sus patas de avestruz, inmortalizando fotográficamente a los inmortales.

Estaba escrito que aquella sería la tarde de las sorpresas. La bonanza se había enseñoreado de los espíritus, merced a la digna atmósfera del arte, que es la gran pacificadora, cuando abandonaron todos sus ocupaciones y levantaron simultáneamente las cabezas, porque en el jardín se oía un liviano aleteo. Penetraron con sus ojos sobrenaturales el territorio prohibido a la tosca humanidad, y reconocieron a la sirena Superunda, quien bajaba, sostenida por alas de mariposa, con su crío en brazos. Gruesas lágrimas empapaban sus tersas mejillas. Corrieron hacia ella, temerosos de que algún percance hubiese acaecido a las cabalgaduras que dejaron en el camino de Herculano, pero pronto supieron que la razón de ese gimoteo era exclusivamente personal.

-Señores -sollozó- les conjuro que toleren que Supernipal y yo permanezcamos aquí. Les prometo no incomodarlos. ¡Sálvenme, por amor del Diablo, del toro asirio! No me deja tranquila ni un momento. Me acosa, me lengüetea, me babea, me pincha con sus barbas, me propone obscenidades. ¡Socórranme! Si el toro repite la hazaña del bosque de Tiffauges, no deberé transportar un párvulo, sino dos (y acaso tres) y eso es superior a mis fuerzas...

-Apruebo su venida, Superunda -la confortó Belcebú-. Instálese con nosotros.

-¡Ah no! -prohibió Asmodeo, propietario de la sirena-. Nadie ignora que detesto la organización familiar, enemiga de mi conducta y de mis ideales. Vuélvete... pero antes relátanos, sin esquivar pormenores, lo que Asurbanipal quiere hacer contigo. Eso nos desenojará y aventará sombras.

-No me lo pida, Excelencia. Es demasiado feo.

-Nada es demasiado feo, en ese orden. En fin, vete...

Recrudeció el llanto de la cuitada, y el glotón sugirió al de la lujuria una idea que abrigaba desde que partieron del Pandemónium:

-¿Qué le parece, Excelencia, que cambiemos nuestros transportes? Usted montará a Asurbanipal, que es rijoso e inquieto, y por ende perturba a

mi permanente digestión, y yo cabalgaré a la suave sirena. A mí me encantan los niños. Me encanta atiborrarlos de azúcar, verlos enmelarse, escuchar cómo exigen más y más y se preparan para un futuro de pertinaces lameplatos.

Asmodeo aceptó, sin prolongar los trámites, y Belcebú se dedicó a hacer reír al pequeño barbudo de cara de pez, embadurnándolo con chocolate y haciendo que las moscas volasen en aeronáutica formación y descendiesen en picada o en espiral.

-¡Las moscas! ¡las moscas verdes! -vibró Satanás, de súbito-. ¡He ahí a los espías, a los traidores! Ellas nos siguen de continuo y conocen cuanto nos pasa. ¡Las moscas! -Y, pegando grandes saltos, arremetió con la túnica contra los insectos.

Por primera vez, Belcebú perdió la paciencia. Cierto es que el apóstrofe coincidió con que, por casualidad, no comía.

-¡Deje a mis moscas! -farfulló-. ¡No le permito que toque a mis moscas! ¡Las moscas son mías! ¡Me acompañan desde que el Diablo me otorgó la corona de príncipe! ¡Y son fieles!

El inusitado tono del comilón apaciguó a Satanás.

-Sosiéguese, Excelencia Satánica -le dijo el Almirante-. Tenga en cuenta que, según Moloch, los espías son invisibles aun para los invisibles, y hasta las moscas de Belcebú las vemos y las sentimos.

-¡Hasta en la sopa! -bufó el de la ira.

-Sí, hasta en la sopa -declaró Belcebú-, a cuyo gusto contribuyen.

Surgieron, a la carrera, los monos de Belfegor, para anunciar con gruñidos el regreso de Nonia, y los infernales hicieron desaparecer la estatua, al par que Lucifer cubría su desnudez. Venía la señora bruñida de frivolidad. Cantaban sus ajorcas, sus sartas, sus sortijas. Traía una fuente de higos.

-Espero -habló como si declamase- que hayan gozado de la tarde en paz. El día se ha puesto precioso. That is the question. Deberían ustedes salir a respirar el aire de la bahía. ¡Cuántas moscas!

Se sentó junto a Quieta Fulvia, y desde allí arrojó unos higos a los pavos reales. Luego, con exclamaciones de placer, detalló ante la pétrea matrona la maravilla de las compras últimas de Publius Cornelius Tegetus, que a los demás les parecieron horribles.

Se insinuaba el crepúsculo, entre los cipreses, y los esclavos encendieron lámparas. Supernipal aplicó los labios a uno de los pezones de Superunda. Volvióse Nonia Imenea, elegantemente, hacia Mammón:

-¿Qué discurre el filósofo? ¿Qué opina de este crepúsculo?

Como un caracol, Parco Mammonio asomó la cabeza calva, desde su tonel de desterrado:

-Opino que lo apreciaríamos mejor si apagasen las luces.

Dos días después, el 19 de agosto del año 79, ajustándose a lo convenido, el avaro se reunió con sus colegas, en torno del pavimento de la batalla de Issus, cuyos mosaicos brillaban como las escamas de un pez fantástico, en la claridad del atardecer. Meneando la cabeza monda, acusó su ineficacia:

-Me he desempeñado vanamente. La avaricia existe, pero se esconde, en esta hipócrita ciudad. Hay que sacar sus tesoros a la luz, hacer que la avaricia surja, tal como yo he enseñado a los hombres a extraer los metales de

la tierra. Se halla en todas partes y en ninguna. Suplico, pues, a Sus Excelencias, que alarguen mi plazo.

-No -replicó Satanás-, lo resuelto, resuelto está. Su Excelencia mencionó, la vez pasada, un medio drástico para descubrirla. Puesto que no hay otro, lo aplicaremos.

-Drástico y costoso.

-No interesa el costo, que corre por cuenta del Diablo. Lo que importa es salir de esta ciénaga, y continuar el viaje.

-La responsabilidad será de ustedes.

-La compartiremos.

Mammón se recogió un minuto y prosiguió, con voz delgada:

-Dieciséis años atrás, hubo en esta zona un terremoto. Los habitantes lo atribuyeron a los dioses olímpicos y a los gigantes. Son razones poéticas. He analizado prolijamente el fenómeno, y he llegado a la conclusión de que el sismo tuvo por causa a un estertor volcánico. El Vesubio desató, subterráneamente, sus viejos odios. Ahora bien, lo que yo propongo es que, uniendo nuestros ímpetus, provoquemos algo similar, pero más suave, harto más suave. En una palabra, que les demos un susto a los pompeyanos, sin destruir, sin que, por favor, nada se rompa o se pierda. Conduzcámonos como si estuviésemos en un bazar japonés. Nos limitaremos a sacudir blandamente el suelo. El terror hará que los moradores huyan de sus casas. Entonces mostrarán su verdadero rostro, el rostro que el miedo desnuda y que encubren bajo la apariencia del lujo dadivoso. Se producirán escenas de pánico. Aunque benignas, aunque cortas, las cuidadas convulsiones darán pie para que los que colocan a sus bienes materiales por encima de sus vidas, se denuncien. Abandonarán sus ídolos, desertarán sus penates, y salvarán sus riquezas. En seguida renacerá la calma, pero se habrán delatado. Puede ser que algunos, pocos, poquísimos, mueran en la confusión. No sólo éstos serán los que brindaremos en holocausto al Señor del Infierno, sino también los demás, cuando suene su hora, porque conservarán el estigma. Yo, personalmente, estoy en contra del procedimiento. Para mí, la avaricia es una virtud, es la madre del orden, la abuela de la tranquilidad económica, la bisabuela del austero y frugal dominio. Pero si aplicaran mis ideas, eso iría en contra del progreso demográfico de las provincias diabólicas, y en contra también del prestigio de mi dirección general. Me resigno, pues, y acato. Ya que el Infierno necesita avaros, para reforzar su administración, avaros le vamos a conseguir. Y malicio que en Pompeya serán muchos.

-¡Su Excelencia se ha lucido! ¡Valía la pena aguardar! -aplaudió Lucifer, fervoroso, y los demás lo siguieron.

-¡Felicitó a Su Excelencia! ¡El plan es notable! -coreó Satanás-. Me gusta porque nos ofrece la ocasión de usar los músculos y los pulmones, tras tan largo y estéril entumecimiento. Prepararemos en realidad un espectáculo, una función gimnástica, deportiva. Mañana mismo ascenderemos al Vesubio, y en seguida, a cosechar.

-Sí, pero con medida, tiernamente, preservando, defendiendo, evitando la exageración. Apenas unas agitaciones ligeras...

En la distancia, el Vesubio hizo oír su apagada voz, y un alegre tintineo de cristales la conservó dentro de la casa.

-El volcán nos oye -señaló Leviatán-. Es de los nuestros.

Espumó el champagne de Belcebú. Nonia Imenea, atraída por el alboroto, probó la hipotética bebida de la corte cesárea, estornudó y dijo que encargaría varias ánforas a Roma.

-Dudo de que las encuentre -cuestionó el goloso-. Son raras. Si las obtiene, sívalo helado.

-Mañana partimos, señora -le advirtió Asmodeo-. Hemos descubierto lo que buscábamos, aunque no podemos revelarles aún de qué se trata.

Nonia reclamó. Se había habituado a tenerlos en su casa, a la que conferían tanto lustre. Precisamente, proyectaba una gran fiesta. ¿Noistirían su estada, hasta que ella tuviese lugar? ¿Se irá también usted? -y entornó los párpados hacia el sonrojado Belcebú.

-También él. Pero ya nos veremos -insistió el demonio-. Previamente, sin embargo, queremos dejarle una demostración de nuestro agradecimiento.

Se alejó Asmodeo hacia su alcoba; materializó allí la estatua del fauno; la abrazó voluptuosamente, y con ello el barro gris se endureció y se mudó en bronce luminoso. Volvió con su carga estética, y Nonia se pasmó, deslumbrada, agradecida, ante su hermosura:

-¡Es mejor que cuanto posee mi hermano Publius Cornelius! Se pondrá verde de envidia.

-Y hará muy bien -dijo el Almirante.

-Quieta Fulvia -terminó el lascivo- la adquirió ayer, de un mercader griego.

-No hay nada mejor en Pompeya. La mandaré poner en el impluvium.

Llamó a sus esclavos. Alzaron éstos la escultura; se metieron en el agua del estanque, y la ubicaron en su centro. Resplandecía, graciosa, esbelta, sensual, entre los lotos.

-¡Qué fauno!, ¡qué hombre! -encareció Nonia.

-El modelo -dijo Lucifer, imponente- debió tener un cuerpo admirable.

-Sólo en Grecia se producen cuerpos así.

-No sólo en Grecia, señora mía.

Aproximóse la hermana del fabricante de adobo de pescado a la patricia Quieta Fulvia, que abanicaban sus negros, y le besó la diestra.

-Es un regalo digno de quien lleva tan noble sangre -ronroneó la señora, y Belfegor se limitó a gruñir-. Me extraña que Publius no la haya visto antes que ustedes. Sé que esta casa -profetizó, sin medir hasta dónde alcanzaba su don vidente- se llamará en adelante "la Casa del Fauno".

La máquina de fotografiar fijó la bella escena.

Al alba, cuando Pompeya no se había desadormecido, y reposaba en un silencio que apenas rompía el hogareño trompeteo de los gallos, pues no la ensordecían aún los primeros portadores de viandas, agrupáronse los demonios en el impluvium, donde el Fauno mantenía su danza inmóvil y, tendidos los brazos, invocaba al sol. Encima, se velaban las estrellas, y una tímida palidez bosquejábbase en el rectángulo de cielo. Tornaron los infernales a revestir sus envolturas corrientes; se desperezó el desnudo Lucifer, libre de la toga; el Almirante pulió sus condecoraciones; acostaron a Belfegor en las andas, que conducían los simios; Belcebú se acomodó sobre la grupa de la sirena; desplegaron las alas y, bandada fabulosa, volaron hacia la majestad del Vesubio. Desde su cono truncado, llamaron, con misteriosos silbidos, a sus bestias, que presto se les reunieron. Montaron y dieron la vuelta al volcán, de cuyo seno escapaba una tenue columna de vapor. La bahía rodeaba, abajo,

en su semicírculo, desde Misenum hasta el promontorio de Minerva. Distinguían a la espléndida Nápoles, a la pequeña Herculano, a la Pompeya familiar, a Stabia. Empezaban a vacilar, en los caseríos, ligeros humos.

-¡Manos a la obra! -dijo, exultante, Lucifer.

Desensillaron, dejaron a Belfegor en un saliente rocoso y rodearon, con militar estrategia, el cráter. Luego, a una, comenzaron a soplar.

-¡Espacio, Excelencias, espacio! -exhortaba Mammón.

Obedeciéndole, ya que le correspondía dirigir la maniobra, frenaron sus impulsos. Unos estremecimientos fueron su sola recompensa. En las poblaciones, apiñóse la gente, escrutando la montaña. Discutían, vacilaban, apuntando al cielo.

-Creo que con esto bastará -recomendó el cuentamonedas-. Aguárdenme aquí. Yo bajaré, para verificar las consecuencias.

Los abandonó, y los otros intercambiaron su escepticismo.

-Es poco -trinaban-; de esa suerte desembocaremos en el fracaso. A su vuelta, de seguro habrá que intensificar los fuelles.

Tres días de calma chicha transcurrieron sin que retornase. Cabrilleaba en la atmósfera el ígneo carro de Apolo, cuyo auriga los observó, estupefacto. Entre tanto, el Vesubio maullaba, como un gato colosal. Afinó Belcebú la oreja:

-Los pájaros han callado; ladran los perros; los bueyes mugen.

-En los establos -dijo el Almirante, tras el catalejo-- los animales se impacientan.

-Mínimas señales. Nada -abrevió Satanás-. Tendremos que recurrir a nuestra plena energía, para que esto no se malogre.

No bien se restituyó el avaro, leyeron en su cara la frustración. Parecía más feo, más pobre y más desarrapado que nunca.

-Hay que insistir -musitó.

Estalló la furia de Satanás:

-¡Su Excelencia, con su pusilanimidad miserable, nos guía a la derrota! ¡No lo toleraremos! ¡Desde ahora, asumo la jefatura de la operación! Su Excelencia elaboró la idea; nosotros sabremos llevarla a cabo. Príncipes -añadió, encarándose con el resto-, exijo un esfuerzo común y total. Cada uno deberá contribuir con el máximo de su poder.

-Les ruego -lloriqueó Mammón-, con dulzura...

Lo hizo a un lado el colérico:

-Habrá que despertar a Belfegor. Procúrenos, Su Excelencia Belcebú, un jarro de agua.

El gastrónomo engendró un plateado recipiente, bonito, de los que en las comidas se usan para mojarse los dedos, en el cual flotaban dos pétalos de rosa.

-¿Y esos pétalos?

-Decoración.

-¡Bah!

Tomó Satanás la taza, llegóse hasta la matrona que dormía, hecha ovillo en su concha de tortuga y, con ademán rápido, le bañó el rostro. Belfegor lanzó un grito y se sacudió; luego, pausadamente, reasumió su posición encogida.

-Conozco un arbitrio más adecuado -dijo Asmodeo-. Vengan acá, Excelencias. Traigan a la Bella Durmiente.

Los trasladó hasta un espacio llano, una plataforma que asomaba en balcón hacia el abismo, y los hizo sentar en redondo. A Belfegor lo sostenían los chimpancés. Enrolló el lujurioso, entre sus palmas sutiles, unas hierbas oscuras, y armó un cigarrillo. Emitió una bocanada, y lo ofreció al más próximo. El pitillo circuló así, de mano en mano, como si fuese una pipa de piel roja. Obligaron a Belfegor a pitar. Asmodeo prendió un segundo, un tercer, un cuarto cigarro, que fumaron sucesivamente, mientras se satinaban sus ojos. Curiosamente, les brotaron collares de artesanía.

-Vamos, Excelencia -le pidió el radiante Asmodeo a Belfegor-, hay que trabajar. Ayúdenos.

Se incorporó el remolón; bramó un postrimer ronquido; desanudó los brazos inertes; y siguió a sus colegas. Sus iris del color maravilloso de las esmeraldas, arrojaron chispas.

-¡Ahora -comandó Satanás-, a crecer! ¡a crecer todos!

Llenáronse los pulmones de aire, espigáronse, incrementaron hasta lo gigantesco su henchida proporción.

-¡Más, más! -ordenaba el demonio.

Se desarrollaban, se multiplicaban. Estaban alrededor del cráter, que se abría como un brasero, y continuaban empinándose, robusteciéndose, engrosando. Eran Babeles, eran titanes, eran colosos, eran Atlas, eran Polifemo, eran unos monstruos sublimes y, a la distancia, el brasero se contraía, se metamorfoseaba en rescoldo diminuto.

-¡Soplemos, Excelencias!

Se tomaron de las manos enormes, inhalaron, espiraron, y bailaron el vértigo de una ronda. Volaban, detrás, sus cabalgaduras; también las moscas, desmesuradas como vacunos; y la máquina de fotografiar se contorsionaba en el aire, como un ave prehistórica. Entre los resuellos restalló la gloria de la "Marcha de las juventudes Demonistas". La zarabanda continuaba, frenética.

-¡A la una, a las dos, a las tres! ¡Sople con más ahínco, Excelencia Mammón!

Jadeaban y saltaban, girando, girando. El efecto estimulante de los cigarrillos de Asmodeo, enloquecedor, se hacía sentir.

-¡Esta vez -se desgañó Leviatán- los pompeyanos habrán visto a los gigantes!

Su campaña fue premiada ampliamente- A sus pies, el volcán dilató la boca negra, como un sapo prodigioso, y vomitó fuego y escoria. Reventó un trueno inaudito; lloviendo rocas, guijarros, terrones; desgarráronse las cataratas celestes; una masa de lodo se precipitó sobre Herculano; sobre Pompeya, diluviaron pedruscos y cenizas. Hervía el Mediterráneo. Se oscureció la tarde, espantada, y rayos y relámpagos fustigaron su viudez. Su fulgor y el de las llamas furibundas, que desembuchaba el cráter, proyectaron las móviles sombras demoníacas, iluminando aquí y allá, con veloz enfoque, la palpitante cordillera de alas; el torso y la corona diamantífera de Lucifer; la roja coraza y el pelo rojo de Satanás; la jeta porcina de Asmodeo; las fauces de cocodrilo de Leviatán; el esqueleto y los guiñapos de Mammón, atropellado, sollozante; la guirnalda de descomunales uvas que ceñía la frente de Belcebú; el caparazón de tortuga, grande como el escudo de un cíclope, de Belfegor.

-¡Más rápido! ¡más rápido!

Resoplaban, sin que cesasen las cabriolas. Retumbaban las descargas eléctricas, y las centellas florecían, cegadoras.

-La vie est belle! Sursum corda! -aulló Asmodeo, sin interrumpir el baile demente, mientras que Lucifer, con el cetro de ébano, atizaba la hoguera triunfal, que no lo requería en absoluto.

-¡Que aprendan los espías! -rugió Satanás-. ¡Váyanse ahora con chismes al Diablo!

Se derrumbaron, como torres. Vueltos en sí, notaron que las llamas del Vesubio se retorcían como una antorcha quimérica, y que no se aplacaba la fogosidad de la erupción. Entonces se aprestaron a descender. Perdieron estatura, hasta reducirse a la habitual, y cuando estaban por iniciar el vuelo, los detuvo el envidioso.

-¿No sería oportuno que adoptásemos la facha solemne de los dioses olímpicos? Le haríamos una jugarreta a su alucinación absurda. ¿Dónde están? ¿Para qué sirven, si no para adornar poemas? Yo, fuera de Febo, no he posado los ojos sobre ninguno. Ahora les tocaría el turno de corresponder a tantas oraciones y sacrificios, pero seguramente se entregan, como siempre, en sus elíseos campos, al toma y daca del amor. Nosotros somos incomparablemente más formales, más competentes.

Juzgaron óptima la idea, puesto que había que disfrazarse, y es así como Júpiter, Venus, Juno, Apolo, Marte y Baco, interpretados teatralmente por los demonios, se presentaron en el tumulto de Pompeya. Era éste terrible. A diferencia de Herculano, la mayoría de cuya población se había dado a la fuga, su vecina asistía a la destrucción de sus hijos. Doquier, se reeditaban la escenas de horror, y en casi todos los casos, comprobaron alegremente las falsas divinidades, su tremendo fin se debía a la avaricia. El sacerdote de Isis había sucumbido en la vía de la Abundancia, postrado por el peso de los sacos de sestercios y de nummus aureus imperiales; los aristocráticos Pansa, murieron por no dejar su estatua de Baco y el Sátiro; la mujer de Caius Sallustius, por salvar un espejo de oro; Publius Cornelius Tegetus, por no desprenderse de su efebo de bronce; Nonia Imenea cayó, arrastrada por sus diez collares macizos, sus diademas amontonadas sobre la frente, el cofre en el que se hundieron sus uñas; la esposa y la hija del mercader de vinos, cubiertas de oro, expiraron en la bodega de las ánforas. Muchos, que consiguieron salir a las calles, remolcando unas jofainas de fino cincel, un busto de plata, un pebetero de alabastro, dieron la vida, al respirar los letales vapores sulfurosos. Y entre los que sobrevivían se mostraban, de repente, como proyectados por una linterna mágica, los siete dioses estáticos, a quienes imploraban sin éxito, hasta que la visión adquiría un lento ritmo de cinematógrafo, y los siete meneaban las cabezas con negativa gravedad.

-Buena cosecha -dijo Satanás-Neptuno a Júpiter-Lucifer.

-Anótelo Su Excelencia -añadió Leviatán-Marte, dirigiéndose a Mercurio-Mammón.

-Sí -convino el avaro-, pero ¡cuántas pérdidas!

Sus desolados ojos recogían la escena atroz; los techos partidos, las tumbadas columnas, las estatuas rotas. Más de ocho metros de ceniza y guijarros fueron la sepultura de Pompeya.

-Se les fue la mano, Excelencias -lloriqueó secándose las mejillas con la clámide.

-Diga más bien -rió escandalosamente Satanás- que se nos fue el soplo.

-¿Qué habrá sido de mi Fauno de bronce? -preguntó Asmodeo-Venus.

-¡Pobre Nonia Imenea! -se lamentó Belcebú-Baco-¡Tanto como le gustaba!

-Ya volverá a la luz -soñó Asmodeo-. Lo desenterrarán y, como auguró ella misma, su casa será la "Casa del Fauno". De Nonia no se acordará nadie.

-Yo sí -protestó Belcebú-... de ella... de su cocina...

No quedaba más por hacer. Todavía ambulaban unas horas, sin embargo, como jefes que recorren el campo de batalla, triunfantes. En el cuartel de los gladiadores, avistaron a una dama de calidad, muy alhajada, semidesnuda, exánime entre los cadáveres de los mirmillones y de los reciarios; y en la vía de los sepulcros, a una difunta familia que participaba de un banquete fúnebre, sin imaginar que celebraba su propia muerte.

-Estos últimos tuvieron la agonía mejor -se admiró el de la gula.

-¡Ay! ¡se nos fue la mano! -hipaba Mammón.

-Nos hemos portado bien con estos avaros de provincia -lo confortó Lucifer-: gozaron, al partir, de un magnífico simulacro de gigantes y de dioses. Los creyentes supérstites se enorgullecerán.

Silbaron a sus transportes, se desembarazaron de las prendas del vestuario pagano, y remontaron vuelo. Desde la altura, el espectáculo era todavía peor. Habíanse borrado Pompeya, Herculano, Oplontis, Tora, Sora, Taurania, Cossa, Leucopetra... Las nubes de cenizas asombraron a Roma, a Egipto. Escapaban, como hormigas, hacia Nápoles, hacia el mar, los que prefirieron sus huesos y su piel a sus tesoros.

-No lagrimee, Excelencia -palmeó Satanás a Mammón-. Tengo la certidumbre de que una buena parte de lo que hoy falta, concluirá en los museos.

-Ojalá -se exaltó la democracia de Belcebú-, porque serán del pueblo, en ese caso.

-Y su Excelencia Mammón -terminó el de la ira- llevó a cabo un trabajo ejemplar. La suya ha sido la tentación del más alto nivel, de esas en las cuales se juega el todo por el todo: dio a elegir, como un bandido clásico, entre la bolsa y la vida, y en Pompeya numerosos fueron, para su condenación, quienes optaron por la bolsa.

Batían las alas a compás. Las moscas les prestaban zumbante palio, bajo el cual se agazapó Belfegor, en su lecho portátil. Tosía y tosía, escupía y se humedecía las barbas, el niño Supernipal.

-¿Qué le pasa? -inquirió, solícito, el preeminente tragón, inclinándose sobre los cabellos de la sirena, que olían a mariscos y a algas.

-Es por el humo -le respondió Superunda.

CINCO EL VIAJE

Volaron, volaron. La canción de los demonistas, victoriosa, trompeteaba en los espacios infinitos. Tan alto ascendieron, que no veían a la Tierra, bajo sus frazadas y sus edredones de nubes. Y la Tierra, sin resignarse a dormir en el abrigado lecho, seguía girando, girando, cumpliendo su misteriosa misión, que es girar, girar, con su carga de hombres, de bestias, de ríos, de montañas, de selvas, de ambición, de sueños, de fatiga. Ellos, los siete, se fatigaron también (en verdad no los siete, sino los seis, porque Belfegor no se cansaba nunca, merced a sus acumuladas reservas de reposo). Callaban los comentarios. No repetían ya los pormenores de sus éxitos, en Pompeya, en Poitou. Miraban hacia adelante, hacia lo mucho que todavía les faltaba por recorrer en la inquietud del Mundo, antes de regresar a la paz del Infierno. Ni el carro de Apolo se presentó, agraviado su auriga por la befa de que habían sido objeto los olímpicos, ni escucharon la música de la rueda zodiacal, pues las nubes, y otras que no lo eran, sino espumosas acumulaciones mágicas, les vedaban distinguir los con tornos.

Galopaban en silencio, a través de la inmensidad irrespirable, arrastrando consigo jirones blancos y grises.

No lo resistió la debilidad de la sirena y de su vástago, que sufrían del mal de la altura.

-Bajemos, señor -le suplicó ella al caballero Belcebú-. El niño no soporta una presión tan cruel.

Efectivamente, Supernipal, congestionado, luchaba por serenar su jadeo y se mesaba las barbas tiernas.

Se condolió el goloso y descendió miles de leguas en segundos. Los demás lo imitaron, felices del pretexto que se les ofrecía para abandonar regiones tan inhóspitas, sin desmedro de su cacareada condición de invulnerables. Entonces la Tierra se perfiló, hogareña, como una áspera y sin embargo codiciable fruta. Continuaron el descenso, aspirando a plenos pulmones.

-¿Qué es aquello? -preguntó Lucifer.

Estiró Leviatán el catalejo, y su cristal captó una cumbre montañosa.

-Diviso unas peñas que parecen ruinas. También hay allí plumones y velos de nubes. Y en esas rocas veo un hombre, un prisionero, que se debate.

-Présteme Su Excelencia el antejo.

El prismático circuló, como otras veces, por las zarpas demoníacas.

-Éste -calculó Satanás- debe ser el Cáucaso, y el que forcejea en su cumbre será Prometeo, de quien tanto hemos oído hablar.

-¿Quién? -inquirió Belcebú, ruborizándose.

-Prometeo, Excelencia. El demiurgo. El que robó el fuego de Zeus para la humanidad, por lo que la cólera divina lo encadenó en el Cáucaso. Lo encontrará en cualquier manual de mitología. Algunos quieren que rapiñase la chispa del propio corazón de Zeus, y algunos que la consiguiese arrimando su antorcha a una rueda del carro del Sol. Esquilo discrepa con tales autores.

En eso, un águila se llegó hasta el cautivo y se dedicó a roerle las entrañas.

-¿Se fija, Excelencia? Esto sucede cotidianamente. Por mandato del dios, un águila le devora los hígados, que durante la noche tornan a crecer. Es el suplicio que le impuso Zeus.

-No demostró mucha imaginación el Padre de los Dioses... de los otros dioses -dijo Lucifer-. En nuestro infierno nos hemos ingeniado más.

-Empero, el sistema es barato, autárquico -comentó Mammón-, y como tal, recomendable.

-Convenga, Excelencia -le refutó Asmodeo--, que el martirio que yo imaginé para Paolo Malatesta y Francesca da Rimini, es superior. Recuérdelo: tres veces por día, todos los días...

-Y me parece -se atrevió a decir Belcebú- que Zeus no tuvo en cuenta la tortura a la que sometió a un águila inocente. Ella, a mi entender, padece mucho más que el ladrón Prometeo. ¿Acaso cabe algo peor que comer lo mismo el lunes, el martes, el miércoles... y así hasta la eternidad? Hígado... hígado... hígado... ¡Ay, águila sin fortuna! Siquiera lo preparasen en varias formas. Para mí, la receta preferible es la más sencilla. Se corta el hígado en tajadas; luego se lo hace saltar con aceite, sal, pimienta, perejil picado y una nada de cebolla; cuando se dora, se lo coloca en un aceitado papel, se agrega una tajada de tocino y también la salsa en la cual se lo saltó; por fin se envuelve en papel y durante media hora se pone al horno. Es lo que se llama el hígado de ternera en "papillotes". Supongo que se puede aplicar a este caso. Y ¿para qué considerar el hígado a la burguesa, que se corta como un bistec...?

-¡Vamos, Excelencia! -lo interrumpió Satanás-. Estamos perdiendo el tiempo.

Dejaron a Prometeo, que se escabullía y gemía, desnudo, entre picotazos y aletazos, y reanudaron la andanza. Al sapo de Leviatán se le habían inflamado los ojos protuberantes, de modo que de vez en vez era necesario aminorar el aéreo galope, para colocarle unas gotas de colirio. Al cabo de un rato, el Cielo comenzó a decorarse con extrañas figuras. A horcajadas sobre un tigre, pasó una dama, que llevaba un odre y, a la grupa, a un mozalbete portador de una regadera.

-Debemos hallarnos en la atmósfera de China -opinó Lucifer-. Creo reconocer a estos dos personajes de biombo, pues es mi obligación, ya que presido cuanto se vincula con el Oriente terrenal. Ella ha de ser Feng-Po-Po, la vieja señora del Viento, y él Yu-Si, el joven Señor de la Lluvia. Ambos son taoístas, y dependen del Ministerio del Trueno. Estarán preparando una tormenta.

No se equivocaba el demonio, pese a que la enormidad de seres superiores que pueblan el Paraíso y el Infierno de los budistas, taoístas y discípulos de Confucio, torna difícil acertar con sus identidades. La Vieja Señora abrió el odre, del cual escaparon unas ráfagas, el joven Señor empuñó la regadera de plata y, como si la Tierra fuese un jardín, con ademanes graciosos, volcó sobre ella los hilos de la lluvia. Luego saludaron, sonrientes, a los viajeros, y prosiguieron su gira. Había sido sólo un chubasco, pero se aclaró el celaje. Separándolo, surgió, a manera de una barca translúcida, una nube redonda, que ostentaba, en la proa, una desaliñada testa de ogro, y que sostenían los cuatro animales benévolos de la leyenda asiática: el unicornio, el dragón, la tortuga y el fénix. Encima, acomodados como si las masas de vapor fuesen almohadones, estaban ocho personajes, quienes tomaban té,

prodigándose admirables cortesías. Asimismo los reconoció Lucifer, con ciertas vacilaciones, y los fue señalando a sus compañeros.

-He aquí -les dijo- una prueba de la exagerada variedad y multiplicidad de quienes habitan los cielos de los chinos. Veán, Excelencias. Si no me engaña la memoria, aquella es Tou-Sen, protectora de los enfermos de viruela; el otro es San-Sen, quien cuida de los atacados por la escarlatina; y el de más allá, Cen-Sen, socorro de los que sufren de hepatitis. Se explica que paseen juntos, por sus afinidades. Lo curioso es que compartan el rito del té con Pacá, destructor de las langostas y demás insectos nocivos; con Ma-Sen, que comenzó por ser el dios de los caballos y terminó siéndolo de los veterinarios; con Huo-Sen, patrono de los fabricantes de fuegos artificiales; con el General Sun-Pin, auxilio de los zapateros, pues inventó el calzado ortopédico; y con uno de los Ocho Dioses Borrachos, bienhechores de los ídem, y cuyo culto se inició bajo la dinastía T'ang, no obstante que siempre hubo aficionados a las repetidas libaciones.

Maravilláronse los demonios de los conocimientos y de la retentiva de Lucifer, sobre todo cuando les confesó que hacía varias centurias que no se ocupaba de la China, y también los pasmó que los del navío nuboso evidentemente hubiesen identificado al de la soberbia, ya que reiteraron las genuflexiones amistosas y las indicaciones de que los invitaban a tomar el té. Abordaron, en consecuencia, los del Averno, a la embarcación hospitalaria; hicieron que cabalgaduras (inclusive el Vellochino mecánico) secundasen a las cuatro bestias benignas en la tarea de acarrear el navegante pabellón, lo que originó un injerto de pintorescas cariátides; apartó Belcebú a las moscas, para evitar que cayesen bajo las garras de la insectívora Pacá; y pronto participaron del elegante cotorreo mundano y del ir y venir de las tazas, aromadas con madreselvas secas, flores de jazmín y otras delicias.

El semidiós de los veterinarios recordó los versos de Secchió, poeta Zen de la dinastía Sung, quien pinta al bebedor de té, "solo entre el Cielo y la Tierra, enfrentando a infinidad de seres", y subrayó que, sin embargo, el sabor del té gana si se lo sorbe en compañía. Asmodeo, el voluptuoso, el refinado, el experto, el escultor del "Fauno Danzante", alzó con delicadeza uno de los recipientes, descifró sus marcas, y dijo:

-De la época de Ch'ien Lung, siglo XVIII, "familia rosa". Las porcelanas más sutiles.

Y pidió a la semidiosa de los escogidos por la viruela, que le sirviese una segunda taza.

Se la tendió ésta, repitiendo el texto que se supone ser la absoluta palabra de Buda:

-Toma una taza de té, ¡oh hermano monje!

La agradeció el lascivo, asombrado de que lo llamasen de esa suerte. Así estaban, encantados, haciéndose monerías, y entre tanto la nube continuaba su excursión, trémula de gorjeos y de reverencias. Cantaban unos grillos, dentro de una caja de jade, y el señor de la hepatitis acompañaba las voces, tañendo las siete cuerdas de un "ku ch'in". Desgraciadamente, fue el propio Asmodeo, quien se sahumaba de felicidad en esa atmósfera exquisita, el que tuvo la mala idea de retribuir el agasajo, y brindó a sus nuevos amigos algunos de sus cigarrillos excitantes, de fabricación personal. De chupada en chupada, pasaron de mano en mano, iluminando los rasgados ojos chinescos, y su efecto se hizo sentir pronto, porque el cabello rojo y la cara azul del

General Sun-Pin, el de la ortopedia, acentuaron esas tonalidades hasta lograr las del púrpura y el añil intensos, y Huo-Sen, el de los fuegos artificiales, lanzó unas girándulas multicolores, que reventaron en prodigiosos cohetes. De súbito, el semidiós de los beodos, con quien Belcebú había entablado un diálogo cordialísimo, pareció experimentar el simultáneo efecto del vino que ingería sin tregua y de la droga fumada y, con lengua pastosa, se echó a decir que en el Infierno del Diablo, como en el Nirvana búdico, se debían anular las jerarquías y establecer un régimen igualitario.

Irritáronse sobremanera los monárquicos principios de Satanás y de Luzbel.

-Su Excelencia -exclamó este último, en el chino de la mandarina aristocracia- propone la República.

-Más aún -respondió el ebrio-, mucho más.

-No lo entiendo.

Entonces los restantes orientales blandieron, cada uno, en la izquierda, un librito igual, que no alcanzaron a distinguir los otros, mientras que levantaban arrogantemente el puño derecho.

-¡Revolución! -gritaban al unísono los señores de la Viruela, de la Escarlatina, de la Hepatitis, de las Langostas, de los Veterinarios, de los Fuegos de Artificio, de los Zapateros, de la Borrachera-. ¡Revolución! ¡Somos los dioses del futuro!

-¡Tradicición! -replicaron los huéspedes, fuera de Belcebú, que guardaba un silencio contrito, y de Belfegor, arropado en su mansa indiferencia-. ¡Tradicición! ¡Somos los demonios de siempre!

Y la "Marcha de las juventudes Demonistas" berreó, partidaria. Saltaron por los aires las tazas y las teteras de tiempos del Emperador Ch'ien Lung. Rompiéronse en añicos.

-¡Ay! ¡ay! -rogaba Mammón, el avaro, por razones económicas.

-¡Ay! ¡ay! -rogaba Asmodeo, el esteta, por razones artísticas.

Quién sabe qué hubiera sucedido; probablemente se hubieran ido a las manos, si en ese instante crucial no hubiese repiqueteado la campanilla del despertador, sacudiendo a Belfegor, que mimaba su pereza en un repliegue de la nube.

-¡Firmes! ¡Orden del Diablo! -mandó Lucifer, y se cuadraron los infernales-. El mapa indica que nos encontramos sobre la ciudad de Pekín, y el reloj avisa que corre el año 1898. ¡Adiós, señores! ¡No podemos retrasarnos más! ¡Los dejamos con su dudoso porvenir! ¡Tengan cuidado! ¡El Mundo es muy viejo y muy frágil!

Retomaron sus transportes e iniciaron el descenso. Detrás, los semidioses seguían mostrando los libritos rojos y cerrando los puños rebeldes. Bajaron con los demonios, como pétalos, los fragmentos rosas de las porcelanas dieciochescas, que Asmodeo trataba en vano de retener. Un viento irresistible los alejó de la capital, en tanto que, por todas partes, subían, tremolaban y agitaban las colas, las cometas de papeles policromos, con formas de pájaros, de peces, de murciélagos, que los siete tenían que manotear, porque entorpecían la visión de su aterrizaje. Un conjunto de edificios cubiertos de tejas amarillas, con trazas de tiendas suntuosas, un sinfín de pagodas, de kioscos, de patios, de puentes y de jardines y un lago brillante, se extendían y ondulaban a sus pies.

-Es el Palacio de Verano de los Emperadores manchúes -informó el soberbio-. La carretera lo comunica con Pekín. Noten en ella el hormigueo de los carruajes, de los palanquines llevados por seis hombres rápidos, de los caballos con gualdrapas, de los camiones con imperiales banderas.

Sólo en ese momento, abrió la caja de laca y sacó la ficha correspondiente.

-Le toca el turno a la Envidia; a Su Excelencia, Señor Almirante Leviatán. Good luck.

SEIS LEVIATÁN O LA ENVIDIA

Cinco años hacía a la sazón que Tzu-Hsi, la Emperatriz Viuda, residía en el Parque de la Paz y de la Armonía en la Ancianidad, o sea la Montaña de los Diez Mil Años de Longevidad, o, por fin, el Palacio de Verano. Desde el comienzo del reino del Emperador Kuang-Hsü, su sobrino e hijo de adopción, había actuado como regente, pero en 1888 renunció a esas funciones, al anunciarse el próximo matrimonio del soberano. Quizás pensaba la señora que, puesto que Kuang-Hsü tenía edad suficiente para casarse y dirigir un hogar, era probable que la tuviese también para gobernar a sus cuatrocientos millones de súbditos.

Se retiró, entonces, al Palacio de Verano, cuyos tejados numerosos avistaron nuestros demonios. Como ese Palacio -o, mejor dicho, esos palacios- habían sufrido mucho y alternaban la desolación con las ruinas, decidió la Emperatriz (que algunos designan con el nombre venerable de "Vieja Buda") refrescarlos, reconstruirlos, aumentarlos y enriquecerlos, de acuerdo con la condición ilustre de quien sería su moradora. Para ello, valiéndose de una plumada de su pulcra caligrafía, descontó del presupuesto del Estado la hermosa cantidad de veinticuatro millones de taels, que se destinaban a la Marina de Guerra. Al proceder así, no dio muestras de una inventiva exagerada. Múltiples y constantes son, efectivamente, los ejemplos de actitudes paralelas, por parte de quienes usufructúan el manejo de los dineros públicos, y el que no puede, como ella, todopoderosa, encauzar tal o cual partida hacia una construcción palaciega, los distrae, más modestamente, hacia la compra y realce de una quinta o de un departamento. Si la Marina de Guerra experimentó una pérdida sensible, como se comprobó luego, en cambio la Vieja Buda gozó de los halagos y comodidades que creía merecer. Lo importante, lo que prevalecía sobre la vulgaridad odiosa de los armamentos de las flotas occidentales, que aspiraba a copiar la de China, era que la Emperatriz Viuda estuviese contenta. Lo estuvo mientras, accediendo a su pasión por el ornato, se consagró a alhajar la Montaña de los Diez Mil Años de Longevidad, esperando, tal vez, pues se lo hacían entrever los aduladores, alcanzar a esa avanzada senectud. ¿Acaso no se consideraba ella, como el Dalai-Lama del Tibet, un "Buda Viviente", una encarnación divina?

Erraría el lector, si pensara que, al entregar las riendas a su sobrino, la Viuda se resignó a hacer abandono total de su ejercicio autoritario. Nada de eso. Fue al revés: su posición continuó siendo superior a la de Kuang-Hsü. Pero esto es arduo de aclarar, porque implica adentrarse en el laberinto de las precedencias genealógicas y dinásticas de los manchúes. Para ellos, monarcas de la China, quien pertenecía a una generación previa conservaba siempre la prioridad sobre los más jóvenes, fuesen lo que fuesen. Es extraño, pero es así. Asombrará, hasta en China, a las díscolas promociones actuales. La Emperatriz Viuda, quinta esposa del tío abuelo de Kuang-Hsü -y como tal, una de sus diversas mujeres secundarias- aventajaba en mando al Emperador, por el solo hecho de haber integrado, antes que él, a la familia reinante, y de haber sobrevivido a los distintos miembros mayores de la misma a quienes eliminó el escamoteo de la muerte. Cuesta comprenderlo. Cuesta comprender que una señora que no llevaba en las venas la sangre de los autócratas, puesto que procedía de un linaje de la Segunda Bandera manchú, mientras

que los emperadores derivaban de la Primera (y hasta se llegó a murmurar que había sido una esclava), pudiese imponer su voluntad sobre la de alguien que descendía en línea recta de esos grandes príncipes, y era, además, el Hijo del Cielo. Claro que fue viuda y madre de dos emperadores -ambos asaz oscuros-, pero eso, en cualquier otro país, le hubiera asignado un mero papel decorativo, semejante al de las ancianas que dormitan bajo las diademas, en las fotografías reales de conjunto, prodigadas por los periódicos europeos. Allá Tzu-Hsi, la Vieja Buda, era el amo indiscutible y lo sería mientras viviese, cosa que ella computaba sin término. De modo que si, como dijimos, resignó sus atribuciones oficiales, éstas siguieron en pie, intactas, latentes, omnímodas, allende toda irrespetuosa controversia, susceptibles de retomarse no bien se le antojara, en tanto que, en la paz del Palacio de Verano, se entregaba al ocio frívolo, entre sus dos mil eunucos, sus damas de honor, sus músicos, sus actores y sus perros enanos, ensayando arreglos florales, cambiando de vestidos y de joyas, recibiendo visitas, pintando versos y gastando los taels de la Marina de Guerra.

Hubiérase dicho, al verla dedicada a sus femeninas ocupaciones, que el ejercicio del gobierno había dejado de interesarle. Y como prueba, sólo intervenía en los asuntos vinculados con la etiqueta cortesana, que dominaba harto mejor que la ciencia política, y en la distribución de recompensas y castigos a aquellos que, en la Ciudad Prohibida de Pekín, sede imperial, acataban o desvirtuaban los usos tradicionales. En una palabra, de no haber contraído enlace -como quinta esposa- con el Emperador tío abuelo; de no haber dado a luz al Emperador primo; y de no haber enterrado, en sucesivos sepulcros, a varias señoras aliadas a la estirpe manchú, Tzu-Hsi hubiese sido una mujer como muchas, que parecía, según algunos, una paisana del Piamonte, conversadora, cuidadora de su jardín y orgullosa de su buena letra. Mas el Destino estableció los acontecimientos de tal manera, que de su capricho, de que dejara caer el abanico o el pañuelo, dependía la suerte de uno de los países más antiguos, vastos y poblados del Mundo. Era, en fin, inatacable, inaccesible. Quizás la asistiera cierta razón, cuando se juzgaba el Buda Viviente, y desde su trono de laca, hacía pasear sus ojos negros y deslumbrantes sobre las siete categorías de mandarines que tocaban con las frentes el suelo, en su presencia.

Un lustro había transcurrido desde que se instalara en el Palacio de Verano, y dos lustros, desde que pareció aflojar las bridas y ponerlas en la diestra de Kuang-Hsü. La mañana del arribo de los siete demonios, ignorante, por supuesto, de su curioso vecindario, la Emperatriz Viuda se aprestó a afrontar el día, como si no fuese un día excepcional. Lo era. Se despertó, en su lecho de la Sala de la Vejez Feliz, a la que engalanaba una pintura de murciélagos multicolores, porque el murciélago, en China (accediendo a un fácil juego de palabras), es uno de los símbolos afortunados. Los quince relojes de su aposento cantaron simultáneamente, tintineando seis campanadas, y entraron las doncellas, portadoras de un tazón de leche caliente y un potaje de raíz de loto. Luego, despacio, la lavaron y la vistieron, ciñéndole una bata de seda amarilla, estival, y colocándole una tiara con varios fénix áureos e hilos de perlas que hasta los hombros le bajaban. Cuando le pusieron los zapatos manchúes, zancudos, ganó quince centímetros, lo cual le convenía, pues era muy pequeña. Los seis eunucos que guardaban la antecámara, desenvainados los sables, abrieron las puertas, y

en la habitación próxima aparecieron, de hinojos, las Princesas y las damas de honor que no tenían acceso a la alcoba y que, desde el exterior, asistían a la ceremonia invisible del despertar y el vestir del Buda Viviente. La saludaron con los vocablos rituales: "Lao-Tzu-Tzung Chee-Siang" (Gran Antepasada, sé feliz), y juntas procedieron, pomposas, hasta la Sala de Audiencias.

No tuvo tiempo la Emperatriz Viuda para conversar con sus damas. Sin embargo, algo, instintivo, le indicó cierta vaga singularidad en ellas. Tal vez fuera la forma en que pronunciaron el saludo, porque Tzu-Hsi extremaba la exigencia pedante en lo que atañe al rigor fonético. De cualquier modo, ya se sucedía la recepción de sus parientes y favoritos, adornados con botones jerárquicos y con plumas de pavo real, que rozaban nueve veces con la cabeza el piso de mármol y que, según su costumbre, iban a pedirle otras dádivas y a referirle patrañas, comadreo e intrigas. Todos ellos integraban el sector más cerrado, apegado a los usos y celoso de privilegios, de la Corte. Desde la altura de su sitial, la Vieja Buda los observaba, fingiendo una arrogante indiferencia, cuando la verdad es que nada la fascinaba tanto como la murmuración, y que después, durante horas, no cesaría de rumiar esas habladurías cortesanas, de las cuales estaban tan hambrientos sus oídos como de los poemas de Li-Tai. Sus ojos inquisidores iban también hacia el grupo de las Princesas, quienes permanecían inmóviles, a un lado, en esa confusa habitación donde las piezas magníficas de épocas remotas, los monstruos de bronce, los pebeteros, los vasos con lirios, lotos y orquídeas, los rollos con gigantescas inscripciones, trazadas por emperadores y por sabios, se mezclaban con objetos mediocres o feos, traídos de Europa por viajeros chinos, y con tres pianos, dos de ellos verticales, que no sonaban nunca. Y se detenían en especial sobre el grupo familiar y femenino, porque todavía no acertaba a discernir la razón de su extrañeza. La Princesa Crisantemo de Confucio, tan bien educada, le pareció menos rígida, menos solemne, que en otras ocasiones. Se apoyaba en sus vecinas y oscilaba apenas, como si la dominase el sueño. Se propuso, en consecuencia, escrutarlas en el paseo habitual, y averiguar qué acontecía. Cuanto se saliese del ritmo áulico la enfurecía y la desconcertaba, como un crimen de lesa majestad, y era obvio que las Princesas (las viudas y las vírgenes) no actuaban normalmente. Quizás cabía atribuirlo a su nervioso estado de mujeres privadas del intercambio que la naturaleza impone y rodeadas por una afligente miriada de eunucos. Eso era, sin duda, lo más susceptible de irritar a la Emperatriz. Para ella, una Princesa debía suprimir las alegrías y las pesadumbres del sexo, que no condecían con el lujo desdeñoso de su sangre.

De la Sala de Audiencias se trasladaron a la del Trono, ya que ninguna fuerza humana era capaz de romper el protocolo milenario. Y allí también la señora tuvo ocasión de apreciar la irregularidad patente, porque a las once en punto, hora establecida para el paseo, cuando los ochenta y cinco relojes - muchos de ellos obsequiados por reyes occidentales- rompieron a sonar, colmando la cámara de repicante y cascabeleante música, con andar de procesiones liliputienses, cantos de gallos y de ruiseñores, correr de agua y demás maravillas, las Princesas dieron un coincidente respingo, como si por primera vez los oyesen, ellas que cada mañana atendían al mismo rutinario y bullicioso concierto. Eso sobrepasó los límites. Un segundo, cruzó por el ánimo de la Emperatriz Viuda la idea trivial de mandarles cortar las cabezas, por trastornar las normas, pero pensó que, de hacerlo, se quedaría sin

acompañantes, ya que nadie, fuera de quienes actuaban tan inquietantemente, poseía la nobleza imprescindible para compartir su augusto aislamiento.

No bien se retiraron las últimas visitas, las llamó a su lado. Suponía que, contraviniendo sus órdenes y abandonando su general prudencia, se habían extralimitado en el beber, a hora tan temprana, o en fumar opio, lo cual prohibía en absoluto. Una a una les hizo abrir la boca; arrimó a ella su inquisitiva nariz; comprobó que el aliento era el común, con un leve dejo de azufre, que tal vez procediera de una pasta de dientes novedosa; les olió los vestidos; refunfuñó, desilusionada, y, como empezaba a llover, porque el joven Señor Yu-Si seguía ambulando con su regadera, resolvió vengarse de una desatención que ocultaba su origen, obligándolas a participar de su ejercicio. A ella no le importaba mojarse. Eunucos con enormes sombrillas la protegían, por lo demás, de la lluvia, mientras que su séquito carecía de reparo. Y prolongó la marcha más que de costumbre, deteniéndose aquí y allá a examinar una plantación o las obras de un kiosco, hasta que, con las Princesas que chorreaban y estornudaban, regresó al punto de partida. Almorzó sola, flanqueada por treinta bandejas de plata, en las que sobresalían los nidos de pájaros, las lenguas de aves, los cerebros de pescados, los huevos de camarones, las aletas de tiburón y otras exquisiteces, y se retiró a dormir una siesta intranquila. No conseguía desterrar de su mente la certidumbre de que las Princesas habían cambiado hasta físicamente, pues la mandíbula de una se alargaba, recordando las fauces del cocodrilo, y el rostro de la otra, que se había puesto a cojear, evocaba las facciones del cerdo. Dichas damas, a su turno, aprovecharon el reposo de la sexagenaria Emperatriz, para encerrarse en su residencia, la cual se titulaba Pabellón de las Nubes Favorables. Allí rivalizaron en procurarse baños de pie, con agua hirviendo y mostaza, para conjurar el resfrío. Con ella se metió en el pabellón una verde espiral de moscas que, pese a la incomodidad, contribuyó a que se sintieran en su casa.

Sería ingenuo que pretendiéramos sorprender ahora al lector con las causas de la modificación que se había producido en la apariencia y en la actitud de las damas. Hasta el menos avisado se habrá dado cuenta, gracias a los datos pequeños y útiles que hemos ido sembrando a lo largo de esta última descripción, de la trascendente responsabilidad que incumbía a los demonios, en el proceso que tanto desazonaba a la Emperatriz Viuda. En efecto, lector astuto, las Princesas no eran tales Princesas, sino los demonios. Es decir que lo eran y no lo eran, coetáneamente.

Expliquémonos. Ese día, al alba, los siete se posaron en el Belvedere de la Gran Felicidad, al cual solía ascender Tzu-Hsi, las noches claras, para contemplar la luna, con dos eunucos cantores que le ronroneaban poemas. El mirador estaba vacío y desde él se abarcaba gran parte de las construcciones y de los jardines. Allí, el Almirante pidió a Lucifer, por su carácter de experto en lo relacionado con el Extremo Oriente, que le procurase un plano del Palacio de Verano, lo que el soberbio facilitó al segundo, y valiéndose de éste y del catalejo, los infernales fueron ubicando las distintas residencias. Supieron de ese modo dónde dormía la Vieja Buda; dónde sus damas de honor; dónde Li Lien Ying, jefe de los eunucos; y así sucesivamente. A continuación, Leviatán, que no cesaba de lamentar el dinero extraído a la Marina de Guerra, y quien dirigía las operaciones como desde el puente de mando de un acorazado, declaró que, antes de proceder al ataque,

correspondía informarse plenamente de los detalles de la operación. Dispuso que para ello se encaminasen al Pabellón de las Nubes Favorables, morada de las Princesas. A él volaron, en sigilosa formación, precedidos por el Almirante, quien en el aire les suministró sus instrucciones. De acuerdo con éstas, descendieron en la roca que se encuentra frente a la fachada de las habitaciones de Tzu-Hsi, y que se designa con el nombre de Roca Donde Crecen las Plantas Verdes de la Inmortalidad. Desde allí se corrieron hasta el pabellón de las damas.

Ingresaron en el edificio en fila india; pasaron, imperceptibles, entre los eunucos vigilantes; y descubrieron a las siete Princesas entregadas al sueño (las ex esposas y las que a serlo no llegaron). Las contemplaron un momento, alargadas en sus almohadones que rellenaban las aromáticas hojas de té; aguardaron el instante en que todas, como peces, descerrarían los labios; juntaron las palmas, estiraron los brazos, empujaron a Belfegor y, al mismo tiempo, de un salto veloz y seguro, digno de nadadores olímpicos, se zambulleron dentro de la penumbra de los ofrecidos paladares. Fueron, por su sincronización y por su elegancia, por la exactitud con que se redujeron y adelgazaron, un brinco y una inmersión perfectos, máxime si se calculan los diámetros de los conductos que recibieron a sus sutiles estructuras. Las Princesas apenas cabecearon, al ingerir a sus inesperados huéspedes filiformes, los cuales se instalaron en el interior de cada una, como el buzo en su escafandra. Entiéndanos el lector (porque los procedimientos demoníacos suelen ser complejos): los siete se aposentaron dentro de las siete, a cuyas personalidades amodorradas desplazaron hacia la zona glútea de sus cuerpos respectivos, de modo que convivieron con ellas en sus intimidades más íntimas, sin que se percatasen, substituyéndolas pero no anulándolas; conservando las trazas de las siete, sus gestos habituales y hasta sus conocimientos. Claro está que la individualidad de los demonios, tan fuerte, pugnó por no desaparecer, aun en lo pertinente a la constitución física, y es por eso que la Vieja Buda se asombró al discernir ciertos rasgos como los cocodrilescos, los porcinos, etc., que superaban a los propios de las Princesas, y se espantó al observar que la aristocrática Crisantemo de Confucio, en quien se había encarnado Belfegor, se mantenía malamente en pie. Esperamos que el lector habrá captado nuestras indicaciones, acerca de la técnica aplicada por Leviatán y demás Excelencias, para asumir las individualidades de las damas de honor de la Emperatriz, quienes seguían durmiendo, mientras los intrusos las suplantaban con la holgura de quien reviste un disfraz, más completo que cualquier máscara imaginable. No les recomendamos, eso sí, el sencillo procedimiento de la zambullida material y espiritual, porque para llevarlo a fin es menester ser muy, muy diablo. Conviene señalar que los mismos sumergidos, para obtener resultados tan magistrales, siguieron cursos de especialización ultra-yogui, en el gimnasio y piscina gélidos del Pandemónium.

Ahora, de vuelta del lluvioso paseo, distribuidos en dos grupos, en torno de grandes ollas antiguas, en las que humeaba el agua hirviente, recogidos hasta los muslos los ropajes de seda amarilla y hundidos los pies en el líquido bienhechor, los siete Demonios Princesas fumaban el cigarrillo de Asmodeo y enumeraban impresiones.

-Si de lo que se trata -dijo Leviatán- es de inculcar la envidia a la Emperatriz Viuda, la tarea es superior a la capacidad de cualquier diablo. Esa

mujer no puede, indiscutiblemente, envidiar a nadie. No hay lugar para la envidia, en el corazón de un ser excepcional, que lo tiene todo, y a quien le bastaría desear para conseguir de inmediato lo que desease; pero no puede desear, cuando se adelantan a sus caprichos. Para ella la envidia no existe sino como una debilidad ajena y como un testimonio más de su diferenciación intocable. Ni siquiera envidia a la juventud, que ya no posee, porque se juzga inmortal, es decir más permanente que los jóvenes; ni envidia a los santos, puesto que cree ser un Buda Vivo; ni tampoco a los sensuales, ya que considera a su castidad agresiva como inseparable de su divina y de su regia condición. Como es dueña de una inteligencia limitada, su ambición no va más allá de ciertos límites, y en ese perímetro nada le falta para que su ambición esté satisfecha. Quizás se la podría tentar, procurando torcer su psicología y que envidiase a los humildes, dueños de lo único de lo cual ella carece: la capacidad de adelanto, de evolución, de conquista, pero es obvio que la Emperatriz Viuda está muy cómoda así, y probablemente opina que la Envidia (la Envidia, motor del progreso del Mundo, hija del Orgullo y de la Malquerencia) es hija del Hambre y de la Vulgaridad. Comprenderán que me desespere.

-Goethe, en su "Fausto" -citó Lucifer- le hace decir a Mefistófeles que no hay nada más ridículo que un diablo que se desespera.

-A ése no me lo nombre. Es un diablo de pacotilla. Lo prefiero en la ópera. Y le aseguro, Excelencia, que no me siento ridículo porque no puedo abrir una puerta que desafía a las ganzúas. Su Excelencia debió encarar un caso muchísimo más fácil, como le señaló Mammón. La viuda de Gilles de Rais había sido despojada de todo, y podía acceder a la soberbia, si se le hacía entrever que recuperaba lo perdido, mientras que la viuda del Emperador WënTsong lo tiene todo, y no goza de la capacidad de envidiar. Acaso envidió, cuando era la quinta esposa, a la cuarta, a la tercera, a la segunda y a la primera, mas hoy es la Emperatriz Tzu-Hsi, el Buda Viviente, sin que exista nadie más alto, fuera del propio Buda, que ella imagina ser, de modo que no lo envidia, pues caería en el disparate de envidiarse a sí misma. Resulta, entonces, el reverso de la medalla, cuyo anverso ocupa la mujer humillada de Gilles de Rais, a quien tentó Su Excelencia.

-Su Excelencia me envidia -lo azuzó Lucifer, cuya vanidad había crecido desde la escultura del "Fauno Danzante".

-Es mi profesión y no la niego. También envidio a Mammón, quien no vaciló en destruir varias ciudades, para alcanzar su meta.

-¡Ay, Excelencia! -protestó el avaricioso-. ¡No me lo recuerde! ¡Y yo que ansiaba lograr el éxito con poco gasto!

-Estimo -dijo Satanás, añadiendo mostaza a su olla- que el Señor Almirante se desanima demasiado pronto. Somos apenas unos recién llegados, y Su Excelencia sin duda necesita más elementos de juicio. No desespere todavía.

-¡Remember! -cantó Lucifer, burlón-. ¡Remember Mefistófeles!

¡Qué espectáculo extravagante hubieran ofrecido las siete Princesas a cualquier curioso que se hubiese atrevido a espiarlas, si le fuera dado entender su idioma! Puestas alrededor de las calderas, semiocultas por el vapor que de ellas emanaba, parecían seres sobrenaturales (y lo eran, en verdad) o brujas (y participaban de su alianza amistosa), pero no bien un soplo de aire disipaba el humo, resurgían, finas, delicadas, frescas: siete

damas de la Corte más señorial, sin afeites ni pinturas, lo cual hacía resplandecer sus cabelleras y sus pieles; siete Princesas manchúes, que en vez de hablar de crisantemos, de perlas, de poesía y de vestidos, analizaban las posibilidades del triunfo de la Envidia y mencionaban a Pompeya y al Mariscal de Rais...

-Lo más oportuno -propuso el cojo Asmodeo- será que nos dividamos. Vaya el Señor Almirante a Pekín y acopie allá informaciones. Nosotros, entre tanto, nos esmeraremos en representar nuestros papeles aquí, con más arte que hasta ahora, pues es evidente que la Vieja Buda husmea un tufo raro, aunque jamás podría adivinar qué lo origina.

-Sí -reflexionó Leviatán-, iré a Pekín. Apruebo la idea. Tal vez encuentre, en la Ciudad Prohibida, un indicio, lo cual me parece difícil. Esta mujer no puede envidiar. No puede envidiar ni al Emperador, que de ella depende.

-Vaya y examine -prosiguió el demonio de la lujuria-. A Su Excelencia, sagacidad le sobra. Y Belfegor debe hacer un esfuerzo para secundarnos -terminó, dirigiéndose al de la pereza, que roncaba con ambos pies metidos en la olla, y a quien despabiló un codazo de Belcebú-. De no ser así, el Diablo recibirá nuestras quejas. Tenga en cuenta que nos circundan espías invisibles.

Belfegor murmuró que su esencia misma le prohibía combatir el ocio, pero que, dadas las circunstancias, haría cuanto de él dependiese, dentro de sus restricciones.

-En resumen -dijo Lucifer-, le comunicaremos a la Emperatriz que la Princesa Sauce Otoñal, o sea el Señor Almirante, debió permanecer en cama, por no sentirse bien. Es lo que en realidad tendríamos que hacer todos, luego del remojón. Y Su Excelencia viajará a Pekín. Acelere el regreso, por favor, porque nuestra situación dista de ser confortable. Nosotros, por nuestro lado, continuaremos nuestra tarea cortesana... nada digna de envidia, créame.

Acababa de pronunciar esas palabras, cuando una servidora acudió, para que no olvidasen que la Emperatriz ofrecía esa tarde un té a las damas de las legaciones. Al punto, Leviatán salió del cuerpo que hasta entonces habitara, al que colocó, auténticamente resfriado, en un lecho. Las otras seis Princesas se secaron, se calzaron y corrieron (hasta la torpe Crisantemo de Confucio), entre nubes de mariposas, cuchicheando, piando, riendo, arreglándose las flores de los tocados y haciendo aletear los abanicos, con los cuales se despedían del Almirante, quien ya volaba sobre los techos del Parque de la Paz y de la Armonía, indistinguible para los demás.

Las damas de honor aguardaron a Tzu-Hsi en la antecámara de su alcoba. No bien apareció hicieron, correctísimamente, el saludo ritual. La Gran Antepasada las observó y olió un buen rato. Se regocijó, al saber que Sauce Otoñal cuidaba en su lecho el resfrío provocado por ella. Era, de todas las Princesas, la que la intrigaba más, por las facciones de lagarto que creía haber visto despuntar en su rostro. Optimista, luego del examen, pensó que habría que atribuir aquellas mudanzas y trastornos al rigor del estío, y que la normalidad ceremoniosa había vuelto a establecerse, y encabezó al pequeño grupo, en su marcha hacia la Sala de Audiencias. En lugar de sentarse en el trono, ocupó una silla, y ordenó que las extranjeras entrasen. Éstas hicieron la reverencia de Europa, y a poco la vasta habitación resonó con el vibrante parloteo de las inglesas, las francesas, las alemanas, las italianas y las norteamericanas, contrastando con el timbre suave y dulcemente atiplado de

las manchúes, que emitía el talento imitativo de los demonios. Hay que reconocer que estos últimos se condujeron en forma irreprochable. Ni una vez, maguer que dominaban todos los idiomas, sucumbieron ante la seducción de usarlos y lucirse, sino se limitaron a menear las cabezas, como autómatas efusivos, cuando los intérpretes traducían sus frases floridas, y dedicaron la mayor parte del tiempo a reír agradablemente, tapándose las caras con las flotantes mangas de seda. Fueron de un extremo al otro del salón, con breves pasos y urbanas inclinaciones, cuidando de no derribar las chucherías, sirviendo docenas de tazas de té y ofreciendo, en bandejas de laca, dulces primorosos. La Emperatriz, de tanto en tanto, abandonaba su sitio, se acercaba a un corro, como una ardilla embozada en ropas imperiales, ponderaba un sombrero norteamericano o un vestido alemán, equivocándose casi siempre, a menos que lo hiciera a propósito, pues elegía los peores. Sus ojos negros, plantados sobre una noble nariz y una boca ancha y firme, trajinaban; se fijaban un instante en la Princesa Crisantemo de Confucio, quien se mantenía en pie con bastante corrección, o en la Princesa Murciélago Granate, la cual no era otra que Belcebú y, a juicio de la Vieja Buda, se alimentaba demasiado. Las invitadas refulgían de orgullo, atisbándose entre sí, para comprobar si la francesa lucía alhajas mejores y si la inglesa era objeto de halagos especiales por parte de la Emperatriz. Los celos resultaban tan evidentes, que la educación y el largo oficio diplomático no contribuían a disimular la pugna. Se afanaban las señoras, como las gallinas en torno del gallo, por cloquear alrededor del Buda Viviente, en este caso con expresiones políglotas. Y el Buda, sahumado, adoptaba actitudes hieráticas y bebía su té como si orase.

-Nuestra anciana -le susurró Satanás a Lucifer, detrás de la manga amarilla- es una hipócrita. En realidad, detesta a sus huéspedes.

No pudo contestarle el otro, porque había llegado la hora de distribuir los obsequios. Los ochenta y cinco relojes rompieron a sonar, y el chismorreo subió de tono, como si la sala fuese una colosal pajarera, mientras que las Princesas del Averno recorrían la sala, repartiendo abanicos, cajas de bambú, palillos para comer, sortijas de ámbar, prendedores de turquesa y demás chinerías. Se divertieron entregando los presentes menos significativos a las damas a quienes Tzu-Hsi había agasajado más, y la inglesa al comparar sus flores de papel con la pulsera de corales de la italiana, se atragantó por producir una estudiada sonrisa que a nadie engañó. Así transcurría la fiesta, amenamente. Se sirvieron ciento doce tazas de té.

El piano de cola estaba abierto, y al pasar a su lado, Lucifer no resistió a la tentación de deslizar sobre el marfil sus dedos finos. Como eso coincidió con el instante en que habían callado los gárrulos relojes; en que cada una había deshecho el moño de su regalo y había experimentado la correspondiente desilusión, pues el departamento del Tsen Li Yamen, el de las Relaciones Exteriores, le había aconsejado a la Viuda que no extremase las ofrendas, ya que nunca lograban entender los de Pekín qué era considerado de buen gusto por los europeos; y como flaqueaban las conversaciones, porque nadie tenía qué decirse, y el té causaba horror, aplaudieron las señoras, rodearon al demonio y le rogaron que interpretase algo, intensificando de tal suerte el bullicio que ninguna escuchó a la Emperatriz, quien proclamaba que la Princesa de las Glicinas no sabía tocar.

La Soberbia incitó y excitó a su demonio. Fue inútil que sus compañeros le dirigiesen miradas de alarma, puesto que ya se había afirmado en el taburete; ya poseía, pese a que las manos y los pies no eran suyos, teclas y pedales; ya echaba hacia atrás la cabeza; y ya vibraba, impetuoso, conmoviendo la atmósfera caliente con más energía que los altos flabelos de plumas de pavo real, agitados por los eunucos, el inicial allegro de la Sonata en Si Bemol Opus 35 de Chopin. Volaban los dedos ágiles, fluía la cascada de las notas, y las señoras no escondían su admiración. El scherzo estremeció a los relojes, algunos de los cuales cantaron fuera de hora, crimen inaudito. Entre tanto, inmóvil en su sillón, la Emperatriz hacía esfuerzos para que los ojos no se le cayesen de las órbitas. Sin embargo, es justo decir que no envidiaba a la ejecutante; la odiaba, por haberle ocultado un dominio tan excelso, a ella, a quien nada se le debía encubrir. Por fin, no resistiendo más, lanzó un grito, quebró varios de sus porta-uñas de esmalte y perlas, e impidió que la Marcha Fúnebre imprimiese su cadencia final a la reunión. Ésta concluyó al punto, y la despedida de las damas de las legaciones, embarazadas por sus modestos paquetes, y obstinadas en murmurar amabilidades, fue más rápida que su acceso a la Sala de Audiencias.

Abundaron, como se supondrá, las explicaciones entre Tzu-Hsi y Lucifer, quien le dijo que había estudiado el piano a solas, en secreto, para sorprenderla en el momento oportuno. Y aunque se resistía a creerlo, debió la Emperatriz aceptar esa aclaración, por ser la única lógica, pero se quedó rumiando, masticando sus perlas y dando vueltas en la cabeza a los incidentes de ese día. En cuanto a los demonios, no bien se reintegraron al Pabellón de las Nubes Favorables, recriminaron al soberbio por su actitud inconsulta, que hubo de echarlo todo a perder.

-Se me fueron las manos -les respondió-. La tentación pudo más.

-No es Su Excelencia quien debe ser tentado, sino la Viuda.

Y además... ¡hace tanto tiempo que no tocaba Chopin! En el Infierno, cuando el frío no ha destruido los pianos, el Diablo los manda desafinar y luego invita a los maestros pecadores, que son legión, a dar conciertos.

Tarareó la Marcha Fúnebre, a la que no había llegado a interpretar, y se fueron acostando. Así transcurrió la primera jornada de los demonios, en la Montaña de los Diez Mil Años de Longevidad.

A la mañana siguiente, Leviatán regresó en su sapo volandero. Venía pletórico de noticias.

Harto diferente era la existencia que se llevaba en la Ciudad Prohibida de Pekín de la que transcurría en el Palacio de Verano. Aquí, se deslizaba entre paseos y recepciones; allá, se meditaba y se conspiraba. El joven Emperador, duodécimo de la dinastía manchú, le había gustado al Almirante. Era un mozo de aspecto ascético, que usaba el cabello largo y cuidaba sus manos nobles. Vestía con pulcra sencillez. Se descontaba que, encerrado en su palacio, entre hombres doctos a quienes confería un trato de cortesía ejemplar, sólo se ocupaba de leer, de componer mecanismos relojeros y de oír música. Otra era la realidad, aunque se la ignoraba, y Leviatán, merced a su don ubicuo, la descubrió en breve. El Emperador, cabeza del Estado, preparaba un golpe de estado. Quienes rodeaban al Hijo del Cielo no eran, como parecían, poetas, médicos y astrólogos, sino políticos y políticos de vanguardia, liberales. Aspiraban a construir una China nueva y, desde la altura vertiginosa del Trono del Dragón, Kuang-Hsü compartía sus aspiraciones.

Ansiaban colocar a China en el mismo nivel de los países progresistas de Europa, y para ello era menester una revolución de fondo que, al sacudir los cimientos, modificase las instituciones y las costumbres. Pero si se quería lograr el éxito, había que actuar con sumo sigilo y obtener la victoria por sorpresa. Sobre todo, se requería que el Buda Viviente, el único capaz de desbaratar la confabulación, no se enterase de que ésta se tramaba. Por eso andaban a veces de puntillas y a veces con pies de plomo. Ya habían empezado a difundirse, con el sello imperial, los decretos iniciales, de apariencia inocua. Pronto surgirían los restantes, más y más perturbadores. Hasta ese momento, la Emperatriz Viuda no se había dado por aludida. Acaso, puesto que no se vinculaban con el ceremonial, no le importaban; acaso, también, sus entretenimientos habían concluido por alejar a Tzu-Hsi y a su camarilla de esos problemas.

-¿Y los extranjeros? -preguntó Satanás-. ¿Qué opinan los extranjeros..? ¿los maridos de esas señoras charlatanas con quienes tomamos el té?

-Están divididos. Hay quienes calculan que sacarán ventajas de una China más moderna, y hay quienes piensan que les conviene que no salga de su marasmo actual. Estos últimos forman la inmensa mayoría.

-Lo que Su Excelencia nos refiere es muy interesante, como capítulo de la historia contemporánea y de la evolución de sus órganos constitucionales -dijo Lucifer-, mas no veo qué provecho le podemos sacar, del punto de vista de nuestra tarea. No distingo dónde asoma la envidia de la Emperatriz, en ese intrínquilis. La Emperatriz es intangible y está muy contenta.

-Yo sí lo veo -replicó el cocodrilo-. Debemos afirmar en su ánimo la impresión (aunque sea falsa) de que las potencias de Europa miran con entusiasmo al joven Hijo del Cielo; de que lo consideran superior a ella, al propio Buda Viviente, y más digno de ejercer el mando. En una palabra: debemos procurar que envidie al Emperador, convenciéndola de que Kuang-Hsü causa más admiración que ella a esos forasteros... forasteros a quienes la Emperatriz juzga inferiores, pero cuya supremacía evidente la Viuda ha tenido que sufrir. Es la única posibilidad de envidia que se me ocurre. Pero habrá que proceder con sumo cuidado, lentamente y etapa a etapa. Por lo pronto, ahora mismo y antes de su despertar, le organizaremos un sueño.

-¿Un sueño?

-Ya verán, Excelencias. Será el primer toque de atención, y como tal, muy leve. Y muy chino, señores: recuerden que nos hallamos en un país de sueño.

Golpeó las manos, y las camas se colmaron de revistas ilustradas del Viejo Mundo. Desbordaban, encima de las colchas, las pilas de tapas con el abigarramiento de fotografías y cromos. Mientras los demonios daban vuelta a las páginas, Leviatán les fue comunicando su idea. De acuerdo con ésta, cada uno eligió al soberano reinante más acorde con su manera de ser o que se le antojaba más decorativo, y se aprestaron a representar la pantomima que les trazara el envidioso. Comenzaron por desvestirse de los cuerpos de las Princesas, y luego, aplicando su ciencia de la metamorfosis y ajustándose a los modelos facilitados por las revistas, procedieron a la transformación. El Almirante, por su jerarquía de jefe de la maniobra, asumió el papel de Kuang Hsü, Emperador de la China y figura central del cuadro que aspiraban a componer. Satanás interpretó la parte de Guillermo II, Emperador de Alemania; Lucifer, la de Nicolás II, Zar de Rusia; Mammón, la de Humberto I, Rey de Italia;

y Asmodeo, la de Alfonso XIII, rey niño de España. A Belfegor, para que estuviese sentado durante la que denominaban "operación sueño", lo convirtieron en la Reina Victoria de Inglaterra. En cuanto a Belcebú, se negó terminantemente a doblar la parte de un monarca, pues se lo impedían sus principios republicanos, y optó por caracterizar a Mr. William McKinley, Presidente de los Estados Unidos. Es justo decir que no perdieron el tiempo, si se abarca la multitud de detalles que debieron tener en cuenta, al estructurar las fisonomías, los uniformes, las condecoraciones, etc., porque eran prolijos y puntillosos y se esmeraban en que sus trabajos salieran bien. Iban y venían, los siete, de los periódicos a los espejos, retocando minucias, enmendando errores, añadiendo aquí un galón y allá una charretera, criticándose y auxiliándose. Cuando Leviatán estimó que estaban listos, abandonaron el pabellón y, el uno tras el otro, se encaminaron al palacio donde dormía la Emperatriz.

Las brumas del amanecer velaban exquisitamente los cerezos, las lápidas y las esculturas de monstruos, en tanto que los siete cruzaron los patios tranquilos. Nadie los vio. Nadie pudo verlos, ni los eunucos guardianes, ni los pájaros que despertaban entre las hojas a la mañana de calor. Ni pudo oír el metálico chasquido de los sables y de las espuelas, ni el fru-frú de los ropajes de Belfegor Victoria, porque sólo ellos poseían sentidos suficientemente agudos como para captar el arco iris de sus colores y para escuchar el sonido de sus pasos y de sus armas. Llegaron a la cámara de Tzu-Hsi y se metieron en ella silenciosamente. La Viuda reposaba en su lecho. Frente a él, guiados por Leviatán, quien actuaba como un régisseur de larga experiencia, armaron su pequeño teatro.

A Belfegor se lo ubicó en una silla; a ambos lados, de pie, se distribuyeron Lucifer, Satanás, Mammón, Asmodeo y Belcebú; Leviatán se situó en la zona más alta de la simbólica composición. En seguida, simultáneamente, obedeciendo a una señal del cocodrilo, estornudaron. La Vieja Buda saltó sobre sus almohadones y se restregó los ojos.

Delante de ella, envuelta en la neblina de los sahumeros, se elevaba una compleja imagen, en la cual la Emperatriz reconoció el estilo atroz de las ingenuas estampas alegóricas que solían traer los semanarios intrusos. Uno a uno, fue identificando a los personajes. El de arriba, liviano, espiritual, era el Hijo del Cielo; la gruesa señora sentada, que ostentaba una corona diminuta, ridícula, algo así como un tapón de frasco de perfume, era la Reina Victoria; aquel, de los engomados bigotes, era el Káiser alemán; el del gorro de piel y la mirada triste, era el Autócrata de Todas las Rusias; el otro, el Rey de Italia; el chicuelo de la gran mandíbula, el monarca español; y el que vestía de particular y casi desaparecía en medio de tantos oros y plumas, debía ser el Presidente de los Estados Unidos. Sonreían, vueltos hacia Kuang-Hsü (el llamado "Continuación del Esplendor") y tendían hacia él los brazos, tributándole su homenaje. La litografía policroma -tan diversa, por sus tintas bárbaras, de los matices delicados propios de las pinturas del Celeste Imperio- resplandecía, colosal. Relampagueaban los aceros, los cascos, los collares y cruces. Y el déspota chino recibía las sumisas atenciones sin mover un músculo, lejano y altanero, de modo que se dijera que él -y no la dama que se retorció sobre la seda de los cojines- era el Buda Viviente, el Dios Encarnado. Escondida detrás de la Emperatriz y evitando que un solo clic la traicionara, la máquina de fotografiar del Infierno documentó para siempre la

escena admirable, y registró el perfume de los incensarios, agregando a fin de completar el efecto, unos compases de "Tanhäuser".

Sopló Leviatán quedamente, y los párpados le pesaron a la Emperatriz, así que volvió a estirarse en el lecho y a poco dormía. Los demonios lo explotaron para escapar, pues en breve llamaría el reloj y las servidoras acudirían a despertarla. Escaparon, pues, los reyes y el presidente norteamericano, por patios, galerías y corredores, entre la indiferencia de los dragones marmóreos. Las espadas les azotaban las piernas; se les enredaban las bandas y los alamares; perdían los cetros; vacilaba y tanguaba la británica coronita; había que llevarle la cola de luto a Belfegor, evitando que vacilase y cayese. Y el tiempo les alcanzó justo para mudar el marcial atavío y recuperar la frágil traza de Princesas manchúes, porque ya repicaban los relojes de todos los países, anunciando las seis; y al punto se abrían las puertas de la Sala de la Vejez Feliz; la Viuda se mostraba, rozagante, con esclavas y eunucos; empinábanse los quitasoles; y las siete damas de honor, jadeando, se inclinaban delante de la señora. En vano su disimulo escrutó, detrás de las mangas y de los abanicos, el rostro imperial. Nada traslucía la inquietud originada por su raro sueño. Parecía, al revés de lo que esperaban, más alegre, más conversadora, y ese tono persistió, a lo largo del día, durante las audiencias, durante el paseo.

Realizóse este último en una gran barca, a través del lago de lapislázuli. Los diablos, para sentirse (inexactamente) en carácter, y aunque Leviatán les previno de que esa melodía traía mala suerte, modularon el coro "a bocca chiusa" de "Madama Butterfly". Sólo cuando callaron, mientras los eunucos remaban, la orgullosa Emperatriz mencionó su visión mañanera porque, volviéndose hacia las Princesas deferentes, desde el trono que ocupaba en la proa, les dijo:

-He tenido hoy un sueño muy hermoso. Los soberanos del Mundo rodeaban al Emperador y le rendían homenaje. Veo en ello un buen augurio, y veo, indirectamente, un homenaje a mí misma, la Emperatriz Viuda, la Gran Madre de China, puesto que el Emperador es para mí un vasallo más, el primer vasallo.

Mordiéronse los labios los demonios, y cuando pudieron censuraron a Leviatán la ineficacia de su cuadro vivo, pero el Almirante les recordó que aquél había sido un toque inicial de atención y que, no obstante la actitud de Tzu-Hsi, estaba satisfecho del resultado.

Una semana entera transcurrió sin novedad. Se reprodujeron las ceremonias, los banquetes, los espectáculos de extensos dramas históricos (en los que los demonios se aburrían a cual más), las caminatas, los paseos por el lago, las ascensiones a kioscos y templos. Leviatán voló a Pekín y narró después que allí la cosa ardía, pues las leyes renovadoras se multiplicaban con vehemente profusión. No lo ignoraba la Emperatriz, informada por sus adictos, los de la línea tradicional, mas les restaba trascendencia. Lo que la desazonaba, por el momento, era pulir una serie de poemas cortos, en los cuales describía los amores de una lagartija y de un tigre de porcelana de celadon, lo cual es arduo de describir, pero indiscutiblemente oriental.

-Ha llegado la ocasión -declaró por fin el Almirante- de intentar una segunda experiencia en el plano onírico. Armaremos otro sueño, acentuando la nota. Esta vez lo suprimiremos a Mr. McKinley, que se salía de la lámina, y Belcebú tendrá a su cargo el papel de la Emperatriz.

Pretendió el goloso resistirse, aduciendo su carencia de dotes teatrales y que ya le costaba bastante personificar a una Princesa virgen de Manchuria, y el cocodrilo no cedió.

Había que obedecer y colaborar, si se deseaba llegar a puerto.

Cada uno endosó las ropas que luciera en la pasada oportunidad; entre todos pintaron y disfrazaron a Belcebú, quien los dejaba hacer de mala gana, hasta que, con su espléndida bata amarilla y su tocado de perlas y rubíes, reprodujo los rasgos y el atuendo del modelo perseguido; y, calladamente, la regia procesión precedida por una Queen Victoria de silueta de trompo, ganó el aposento donde descansaba Tzu-Hsi. Leviatán los repartió; estornudaron coralmente y, como la mañana anterior, la Vieja Buda pegó un brinco. Había en la habitación unos perritos pekineses, de duros ojos desafiantes, que rompieron a ladrar.

Superaba esta escena de sueño a la que ya pintamos. La Emperatriz la contempló, azorada, porque, siempre con la misma técnica de imaginería popular y grosera, pero ahora con un refuerzo mímico, el cuadro la incluía, y la parte que en él representaba no era la mejor.

El Emperador Leviatán seguía planeando, cerca del techo y de sus vigas. Llameaban de vanidad sus ojos, semejantes a los de los perritos. A sus pies resollaba y bizqueaba, echada en el suelo, la Emperatriz Belcebú, víctima del pisoteo de Lucifer, Satanás, Asmodeo y Mammón, monarcas de Rusia, Alemania, España e Italia, quienes habían acrecido el número de sus condecoraciones; y a un lado, la opulenta y menuda Victoria Belfegor aplaudía con solemnidad. A diferencia de la vez precedente, la composición no era estática, sino estaba dotada de un despacioso movimiento, como el que suele incorporarse a algunos maniqués, en los museos de cera, ya que eso es lo que más evocaba: los autómatas de los museos de cera, exhibidos en situaciones famosas. El Káiser, el Zar y los Reyes posaban las botas con mecánico ritmo sobre el cuerpo yacente de la Emperatriz; las alzaban y las descendían; las alzaban y las descendían; y la Reina de Inglaterra reiteraba su aplauso con unas palmas de rígida inexpresión; levantaba la cabeza hacia el divino Kuang-Hsü, le sonreía y suspiraba.

Era demasiado. La Emperatriz auténtica lanzó un grito, y no fue menester que Leviatán la durmiese, pues cayó desmayada sobre el lecho suntuoso. Frotáronse las manos los siete astros del "Almanaque de Gotha" y salieron sin apresurarse ni enmarañarse en sus lujos. Sabían que Tzu-Hsi se levantaría tarde.

-¡Buena suerte, Majestad! -le repetían al cocodrilo, y el Emperador se enjugó una lágrima de placer, con la manga de seda.

-Espero que no haya que reiterar el cuadro -le dijo Belcebú-, porque recibí unos cuantos puntapiés de Sus Excelencias en el estómago, que es lo que más cuido.

También los había recibido Tzu-Hsi, en el alma. Su arrogancia crepitaba y chispeaba como yesca, no de envidia, sin embargo, sino de cólera. Su furia célebre se manifestó no bien abrió los ojos, y la experimentaron los cachorros pekineses, airadamente desterrados de su alcoba, y las cerámicas que destruyó, conservando, empero, la lucidez necesaria para que no fuesen las de la época Ming.

Las siete Princesas valoraron el nivel de esa rabia. Durante todo el día las hostigó, y ellas acataron su ira pacientemente, viendo en su intensidad un

testimonio de que flaqueaba. No hubo paseo, ni recolección de orquídeas, ni té verde, ni meditación a la luz de la luna. Los poemas sobre los amores de la lagartija y el tigre de porcelana fueron abandonados para siempre. Inmóvil como un ídolo en su trono, más Buda que nunca, la Emperatriz se observaba los dedos enjorjados. De tanto en tanto, revolvía unos papeles, la copia de los famosos decretos sobre construcción de ferrocarriles y buques y fundación de escuelas de corte occidental, que le traían en cofres cubiertos de paños amarillos.

-No obstante -subrayó Satanás- no envidia al Emperador. Lo odia, lo está odiando, eso es evidente.

-Hemos dado un paso de importancia -le respondió el Almirante, con aire profesional-. Pronto daremos el definitivo.

Lo dieron la semana siguiente. Entre tanto, la Emperatriz continuó amasando su despecho, como si preparase un delicado pastel. Diariamente, le añadía condimentos. La memoria del ultraje que en sueños recibiera, constituía la base de su salsa. Había envejecido en escaso tiempo, y no se preocupaba tanto de su pulcritud. Por nada, tiraba de las trenzas a sus circundantes esclavas o mandarines, y a ella las mechales se le escapaban, bajo la toca y sus largos alfileres. Si alguien cometía la indiscreción de nombrar a un extranjero en su presencia, chispeaban sus ojos negros y prorrumplía en insultos tan antiguos que sólo lograban comprenderlos los más sabios.

Llegó así la hora en la que la Emperatriz recibió a los Príncipes de Tartaria. Leviatán había combinado esa audiencia con cariño de artista, sin descartar ni un pormenor, para que resultara impecable. Después de encarnar a los soberanos de Europa, los demonios tendrían que hacer otro tanto con una embajada mogol. Ensayaron sus partes y combinaron su guardarropía. Era ésta maravillosa. Cerraban sus cinturones, sobre las telas de oro, con broches de jaspe, y de ellos pendían bordados estuches para los abanicos, las dagas y los relojes exornados con alhajas. Aunque apretaba el estío, no renunciaron a las pieles de zorro, que completaban el carácter. Fulguraban, sobre todo Lucifer, cuya atlética figura crecía con la pompa entre pulida y brutal.

-Esto es otra cosa -le aseguró el soberbio al envidioso-, y le agradezco la modificación. Le confieso que estaba harto de hacer de Princesa manchú. Ya empezaba a afeminarme y es difícil eliminar ciertos gestos. Aquí, uno puede explayarse, ser uno mismo.

Ponía una mano en la cintura y se admiraba en el espejo.

El día fijado, luego de convertir a sus transportes en caballos bravíos, entraron en el Palacio de Verano con gran estrépito de arneses. En un palanquín, los seguía el sapo de Leviatán, y el cocodrilo cabalgaba a uno de los monos de Belfegor, mudado en potro de flotante cola. También el sapo había sido objeto de una transformación. Era ahora de marfil, sin dejar por ello su roja casaca Luis XIV, lo cual hacía de él una pieza única.

Cuando Li Lien Ying, jefe de los eunucos, los admitió en la Sala de Audiencias, previo pago del acostumbrado soborno, se prosternaron con suelta elegancia; golpearon las losas del piso con las frentes, usando de tal vigor que parecían prestos a romperlas; y se hincaron en los almohadones que se reservaban a los privilegiados. Fue como si con ellos se introdujese en la refinada quietud del Parque de los Diez Mil Años una ráfaga de las estepas y sus hordas, vital y varonil.

Leviatán habló y esclareció el motivo de su visita. De lejos venían, portadores de saludos y de regalos. Asimismo, ansiaban elevar al Trono la razón de su desasosiego. Y barbotó que, pese a la distancia y a la hosca soledad en que vivían hasta ellos habían alcanzado rumores que los asombraban y los perturbaban. Lo extraño es que no los habían conocido a través de los huéspedes chinos y manchúes, sino por intermedio de los misioneros británicos. Los bárbaros exóticos, los predicadores de la inmortalidad y la pujanza de un dios absurdo, el Dios de Occidente, se habían deshecho en loas al Emperador, lo que los había colmado de satisfacción, a ellos, Príncipes mogoles, pues eran fieles súbditos del Hijo del Cielo, pero en cambio se habían expresado irrespetuosamente, con referencia a la Emperatriz Viuda. Alababan los foráneos la perspectiva de Kuang-Hsü, quien conduciría la civilización europea, por dobles vías de hierro, de un extremo al otro de la vasta China, mientras que la Emperatriz entretenía su ocio con los placeres fútiles del Palacio de Verano. Y eso, naturalmente, desazonaba a los señores de Mongolia, porque si bien insistían en su lealtad al Emperador, más aún apreciaban los méritos de la Gran Antepasada, en quien veían a la depositaria de la excelsas virtudes del Imperio.

-Los monjes ambulantes cristianos -prosiguió Leviatán, haciendo espejear sus pedrerías y medio caracoleando, pues eso le parecía mogol-, porfían en repetir que los reyes principales de allende el mar consideran al Hijo del Cielo como el único soberano posible del País Amarillo, ya que de su inteligencia, abierta a las innovaciones, depende su progreso, y juzgan que la sola piedra que se opone al adelanto chino es la Emperatriz Viuda, la Venerable, de modo que sugieren que se la aparte de la ruta, para que ellos traten, directa y exclusivamente, con el sagrado Emperador, y con él analicen las mejoras de las cuales procederá su mutua conveniencia. Dichos reyes son astutos y poderosos, y creen que nuestro Emperador es poderoso y astuto también. Se obstinan en decir que con Su Majestad Kuang-Hsü conversarán de igual a igual, y que entre todos salvarán a la retrógrada China.

Aunque apenas iluminaban a la Sala de Audiencias las poliédricas linternas de papel que colgaban del maderaje, fue fácil advertir que la Vieja Buda cambiaba de color. Un tinte sutilmente verdoso, en el que la sagacidad del Almirante distinguió el matiz insinuado de la envidia, comenzó a extenderse sobre sus facciones.

Y él continuó perorando, transpirando, agitando el gorro de piel, reiterando lo que había manifestado ya, desempeñando su parte de caballero de las llanuras, primitivo y fastuoso, ignorante de las zalamerías de la Corte y apto para propagar ingenuos exabruptos. Alrededor, sus compañeros se limitaban a menear las cabezas y a prorrumpir en roncós gemidos y en bruscos ademanes que estremecían sus armas.

Ni palabra contestó la Viuda. Altiva, remota, escrutaba al orador como si ella fuese una más, entre las fabulosas bestias de bronce que rodeaban su trono, pero la gama de los verdes se intensificaba en su semblante, de suerte que, si semejaba un dragón, ese dragón había sido tallado en una aceituna colosal.

-Os hemos traído -terminó el Almirante-, en recuerdo de una visita que esperamos placentera y rica en informaciones atrayentes, un obsequio curioso.

Dio una orden, y los eunucos hicieron entrar al gran sapo de marfil. Abrió éste la boca, y de su interior brotaron cien pajaritos, pequeños y deliciosos como colibríes, que revolotearon por la amplia habitación. Muchos de ellos se posaron sobre los hombros y la cofia de la Emperatriz quien, tenaceada por la cólera y por la envidia, no acertó a alejarlos. Piaban, aleteaban y tornaban a envolver, como una vocinglera nube, a la compacta señora verdemar.

Había concluido la entrevista, y los tártaros se retiraron de espaldas. Entonces Tzu-Hsi dio rienda suelta a su pasión. A manotones, como solían hacer los demonios con las moscas, desbandó a los pajaritos. Los eunucos los corrieron con los abanicos de plumas de pavón. Algunos se refugiaron en la techumbre y otro cayeron muertos, mas quedaron varios que se encapricharon en acosar a la señora con sus vuelos y sus trinos, y Tzu-Hsi siguió oyendo, en sus pío-píos encantadores, las frases tremendas de Leviatán. Hasta la noche, hasta su cámara, donde consiguieron cazar al último y terco colibrí, debió escuchar el gorjeado mensaje que azuzaba su envidia. A esa hora, el color de la piel de la Emperatriz era verde botella.

El día siguiente, mandó llamar al Emperador. No reconstruiremos aquí su histórico diálogo, o mejor dicho su feroz monólogo, que consignan numerosos textos. Nos ceñiremos a recordar que arrolló al joven liberal, como un huracán que arrastra a una hoja quebradiza. De rodillas, temblando ante la autoridad máxima del Imperio, que retomaba la plenitud de su prepotencia, Kuang-Hsü se sometió. Traicionado, abandonado, nada pudo hacer. Demasiados siglos inexorables pesaban sobre sus frágiles huesos. Desde esa fecha hasta su fallecimiento, diez años más tarde, fue un prisionero, un esclavo, un títere, obligado a escoltar a su tía irresistible y cruel, cuando se trasladaba del Palacio de Verano a la Ciudad Prohibida. Ni la rebelión campesina de los Boxers, ni el asesinato del ministro alemán, ni el asedio de las legaciones y la entrada de las fuerzas europeas en Pekín, ni cuanto se lee en memorias y novelas y recogieron los films de cinerama, consiguieron salvarlo. La Emperatriz lo humilló y lo envidió hasta el final. Envidiaba su calma, su distancia, su misteriosa y resignada filosofía, lo que tenía de intocable, de auténticamente imperial, luego que recuperó el equilibrio y la quietud. Ella, entre tanto, se debatía bajo los golpes sufridos por la China anonadada.

Los demonios habían puesto punto a su tercer trabajo. Lograron que la envidia corroyese y devorase a Tzu-Hsi, lo cual, al principio, se les antojó imposible, tan recia simulaba ser su presuntuosa armadura. Rescataron al sapo, apretaron sus vehículos y se decidieron a partir. Estaban contentos de irse, en pos de nuevas aventuras. Lo mismo que a Lucifer, a los restantes los había fastidiado la larga substitución de las Princesas manchúes, con sus obligados melindres.

-Me envidio a mí mismo -dijo Leviatán-. Mi tarea resultó muy bien.

Volaban, sobre las nubes, felicitándolo, impulsando a Belfegor, que dormía en andas de los cuatro monos, cuando, insólitamente, cayó sobre ellos una lluvia de flechas. Pusiéronse en orden de combate, y a poco descubrieron a sus enemigos. Eran los semidioses de la Viruela, la Escarlatina, la Hepatitis, las Langostas, los Veterinarios, los Borrachos, los Fuegos Artificiales y los Zapateros, quienes se parapetaban tras una madeja de cirios, y desde allí

soltaban sus dardos agudos. El General Sun-Pin, a quien adoran los fabricantes de calzado, les espetó:

-¡Defiéndanse, miserables! ¡Por culpa de ustedes y de sus embrollos, la Emperatriz maldita ha anulado al Emperador Kuang-Hsü y ha postergado el mejoramiento y la elevación de nuestra patria! ¡Por culpa de ustedes, retrocedemos! ¡Habrá que aguardar años y años, antes de que triunfen en China las reformas!

-¡Pero ya triunfaremos! -intervino Cen-Sen, protector de los que el hígado tortura-. ¡Y no sólo tendremos ferrocarriles! ¡China para los chinos! ¡China para el Mundo!

-¡Viva la revolución! -exclamaron a coro.

-¡Viva la tradición! -les contestaron los del Infierno.

El de los veterinarios blandía una gruesa jeringa; el de las langostas, un fumigador; el de los fuegos de artificio los lanzaba, giratorios y quemantes. Diluviaban las flechas, mezcladas con libritos rojos. Tou-Sen, deidad de las víctimas de pústulas, arrojó una taza de té rosada, supérstite milagrosa, quizás, de su pasado encuentro. Quisieron el irritado Satanás y el jactancioso Lucifer resistir la agresión, pero los disuadió Asmodeo, quien separó con gracia la flechera lluvia, como si fuera una cortina de bambúes.

-Vamos, Excelencias -les dijo-. Dejemos a estos anarquistas, que destruiríamos cómodamente. No despoblemos un cielo mitológico, que eso traería cola. No nos corresponde inmiscuirnos en los problemas de la política nacional. Con lo que hicimos en el Palacio de Verano, basta.

Comprendieron los otros que lo asistía la razón, y subieron a inaccesible altura. Para distraerlos, durante el viaje, Leviatán les relató el desenlace de la vida de la emperatriz Viuda, que averiguara robando una página del Libro de los Horóscopos, en la Torre de la junta de Astrología de Pekín... una página que los estudiosos de las figuras celestes no osaron mostrarle a la Viuda.

-Ocurrirá dentro de un decenio, exactamente el día después de la muerte de Kuang-Hsü, de modo que se susurrará que la señora mandará a sus eunucos que lo envenenen, para evitar así que la sobreviva. Y el fallecimiento de la Emperatriz se deberá a un hecho singular, a una superposición... ¿cómo llamarlo?... a una eliminación por rechazo. Se enfrentarán entonces dos poderes, en apariencia iguales, pero uno de ellos será más pujante y vencerá al otro. La Viuda recibirá la visita, en esa época, del Dalai-Lama. Ahora bien, tanto Tzu-Hsi como el Lama Supremo del Tibet, se enorgullecen de ser la orgánica encarnación de Buda, pero es inaceptable, teológica y técnicamente, que dos encarnaciones de la divinidad se manifiesten en forma simultánea, en el mismo sitio. Se repudian, se desconocen, se descartan. En ese caso, una de ellas debe, forzosamente, ceder, retirarse al trasmundo, y hacer tiempo allí hasta que el proceso de la metempsicosis la devuelva a la Tierra. El mecanismo funciona con inflexible rigor. Prueba de ello es que la Emperatriz, menos Buda que el Dalai, se despedirá de este suelo, escasas semanas luego de esa entrevista. Se encontrará con la horma de su zapato. De nada le servirá sostener sus derechos búdicos. Si el Emperador Kuang-Hsü fue débil, el Lama tibetano, celoso de su jerarquía sacra, no se rendirá. O se es, o no se es el Gran Buda; y no hay vuelta. Pongo sobre aviso a Sus Excelencias, por si, alguna vez, se les ocurre alardear de Budas. No se sabe jamás cuándo puede surgir un Buda más Buda que el que uno pretende ser.

Nutriéronse piadosamente los demonios de tan higiénica sabiduría y, batiendo las alas, se alejaron del país donde los dragones se alimentan con flores de loto, y donde espera la lagartija la presencia de un poeta que narre sus amores con un tigre de porcelana.

-La Emperatriz vivirá diez años más -dijo Asmodeo-. Imaginen Sus Excelencias lo verde, lo reverde, archiverde y poliverde que estará a la sazón.

La ocurrencia los hizo pensar. Como fruto, explayaron su lirismo, excitado por su estada en la China versificante.

-Verde como el bronce de Pompeya, tras siglos de sepultura -sugirió Lucifer, en honor de su "Fauno".

-Verde como el oro que se guarda en los sótanos húmedos -declaró Mammón.

-Verde como yo, que soy un cocodrilo -cantó Leviatán-, y como el lago que las ramas sombrean en el cual el cocodrilo flota.

-Verde como la coraza de la Guerra -rugió Satanás-, cubierta de Gorgonas serpentíferas.

-Verde como la cetrina palidez de los voluptuosos, como los cuerpos desnudos que se abrazan bajo la luna -se deleitó Asmodeo.

-Verde como un puré de espinacas -propuso Belcebú-, salteadas, hasta evaporar el agua, en una sartén con manteca.

Entreabrió Belfegor los ojos:

-Verde como un colchón tapizado de terciopelo verde; como una cobija glauca; como una almohada en la que han bordado hojas de vid y saltamontes; como un sueño por el cual pasan ejércitos de ranas con cestas de verduras; como...

Y se volvió a dormir.

SIETE EL VIAJE

También era verde, de un verde diáfano, acuático, tembloroso, el cielo que atravesaban ahora. Las estrellas últimas se despintaban, y el sol, débil, reñía por surgir, una vez más, un día más, como un cachorro de león todavía indeciso. El grifo que montaba Lucifer se puso a gambetear y la serpiente de escamas azules, sobre la cual Satanás erguía la fogata de su armadura roja, lanzó fuego por la boca muy abierta. El sapo de Leviatán gargajeó unos espumarajos insolentes; mugió y coceó el toro barbudo, donde iba Asmodeo; y los cuadrumanos, tan dóciles, que sostenían, en las parihuelas, la abundancia resoplante de Belfegor encogido (o encogida) en el hueco de su concha de tortuga, comenzaron a mecer locamente el lecho volátil.

-Nos enfrentamos con una anormalidad -dijo el soberbio-. Algo, parecido a una rebelión, trastorna a nuestros servidores.

-Será la rebelión de las masas -gruñó el de la lujuria, aplicando un rebencazo al toro, y aprovechando el fuego que proyectaba la sierpe, como un encendedor original, para prender uno de sus cigarrillos caseros.

-Hagamos como si no lo notáramos -cuchicheó el Almirante-. Ya se calmarán.

Pero no se calmaron. El mecánico Vellochino de Mammón dio en despatarrarse, en brincar y en emitir ruidos descompuestos. Y el desorden subió a tal punto que los chimpancés, confabulados, sacudieron las andas, corno si fueran a mantear al perezoso, y lo arrojaron y tornaron a arrojar por el aire. Dormido, Belfegor no acertó a utilizar las alas de piel de marmota que pendían inertes a sus lados, y empezó a caer en el vacío, girando con intestinas detonaciones, sobre su caparazón. Al advertirlo, los demonios acudieron en su ayuda. Picaron con las espuelas a los monstruos; rodearon al colega precipitante; lo sostuvieron con mucho batir de alas de murciélago, de buitre, de cantárida, de algodón económico, de lona y de miel, hasta improvisar una suerte de helicóptero, poblado de hélices, y descendieron, transportando al haragán, a quien depositaron por fin, sano y salvo, en tierra.

Allí ganó incandescencia la cólera ilustre de Satanás. Los pelos flavos que le cubrían la cara terrible, se erizaron y vibraron con vida propia.

-¿Qué sucede? -rugió-. ¡Expliquen qué sucede! ¿Olvidan que el Gran Diablo los ha sometido a nuestras órdenes, y que cualquier acto de insubordinación contra nosotros, implica sublevarse contra él?

Confusos, se miraron los monos y se rascaron las axilas. El grifo, el toro Asurbanipal, la serpiente y el sapo, optaron por fingirse distraídos. Entonces Superunda, la única que poseía el don de hablar, apartó a Supernipal, lactante perpetuo; se cubrió con la cabellera los pechos desnudos que, sin disimular su hambre, codiciaba el toro asirio, y sollozó:

-Es por la máquina de Su Excelencia Mammón, señores. Ya no podemos tolerar que se la trate así.

Solidarias, las demás cabalgaduras inclinaron las testas confirmadoras.

-Pero ¿de qué se queja? -le preguntó dulcemente Belcebú.

-No acierta a funcionar sólo con aire, y se está desintegrando.

-¡Ya lo he repetido yo! -exclamó el soberbio-. ¡Mammón extrema su avaricia! La abstinencia terminará por destruir a su Vellochino.

Éste, dorado, cornudo, desfallecía. Un riesgoso estertor agitaba sus engranajes.

-Anda muy bien -reclamó su amo-. Le gusta llamar la atención.

-Y ¿con qué lo hace marchar? -interrogó Asmodeo.

-No recuerdo. Creo que con nafta.

-En tal caso, nafta tendrá.

Se volvió el maestro en libidínés hacia Belcebú, e inquirió si dentro de su dominio se encontraba la producción de ese combustible, a lo que el de la gula replicó, airado, que la nafta no figura en las recetas de cocina.

-Quizás -sugirió- pueda andar con vino. Eso sí estoy en condiciones de facilitarles, y a torrentes.

-Probemos.

-¿Qué vino prefieren Sus Excelencias?

-Cualquiera -rogó Mammón-, un vino modesto, barato.

-No, las cosas hay que hacerlas bien -continuó Belcebú-. Yo aconsejo el admirable Haut-Brion del año 1914.

Abrió las manos, y en cada una floreció una botella, que cubrían las telarañas. Las descorchó, las husmeó, entornó los ojos, musitó "¡Ahhh!" y, desencajando las mandíbulas del carnero, volcó en su interior el contenido de los dos recipientes. Luego produjo un par de botellas más, que siguieron idéntico camino, y así en sucesión, hasta colmar la máquina.

-Ahora, hay que inflamarlo -dijo Satanás.

Tomó a su serpiente ígnea; la enchufó en la boca de oro; apretó el cable escamoso, clavándole las uñas; se retorció el ofidio; la llamarada fue tan intensa que escapó del vientre metálico e iluminó al vehículo de Mammón, y éste se puso a ronronear, a roncar y a balar, estremeciéndose y dando pruebas de una satisfacción nutrida.

-Funciona perfectamente -anunció Lucifer-. La actitud de Su Excelencia Mammón es imperdonable. Estaba matándolo de sed.

-También yo -declaró Belcebú- la siento. ¿Qué opinan Sus Excelencias de una copa o unas copas?

Volvieron a brotar de sus manos las vasijas oscuras y a saltar los corchos. Repartiéronse finos cristales de Venecia. Brindaron y reiteraron los brindis. A poco, les brillaban los ojos, vacilaban y se abrazaban. Mammón bebió llorando.

-Ha sido subsanado el deterioro -proclamó Satanás-. En cuanto a ustedes -dijo, dirigiéndose a los transportes-, han cometido una falta gravísima. Se amotinaron, y por culpa suya, Belfegor corrió serio peligro. Por esta vez, los excusaremos, dada la causa, pero si se repite, experimentarán el peso de mi ira.

Se adelantó la sirena, impulsando su curva con la de nácares.

-Hemos decidido -murmuró- agremiarnos, en defensa de nuestros derechos.

-¿Qué?

-Las ventajas son evidentes, puesto que gracias a ello hemos resuelto el problema de nuestro compañero el Vellochino.

Se sonrojó y añadió:

-Mis compañeros me han designado delegada obrera ante Sus Excelencias. No lo quise aceptar, pero tanto insistieron y tanto hicieron valer

la circunstancia de que soy la única susceptible de comunicar nuestras aspiraciones, que no me ha quedado más remedio que acceder.

-¡Ah! -vociferó Lucifer-. Ya comienza a actuar sobre ustedes la nefasta influencia terráquea. ¡Un sindicato!

-En mi opinión -intervino Belcebú-, lo que han determinado es justo, protegen sus intereses.

-¡No me ataque los nervios, Excelencia, con sus innovaciones! ¡Y no discutamos! Más bien, sírvanos otra copa.

Hízolo Belcebú, de buen talante, y hasta distribuyó el noble liquido entre los monstruos, pese a las protestas de Mammón.

-¿Dónde estaremos? -demandó Leviatán, oteando en torno.

Se hallaban en un sendero, circundado por una vasta llanura verde, que manchaban vegetaciones grises y nudosas, elefantinas. Sembrados de cereales, alternaban con campos en los que pastaban vacunos. Algún flaco molino rotaba lánguidamente, con crujidos herrumbrosos. Multitud de pájaros se balanceaban en los alambres telefónicos y en los que dividían las propiedades. Buena parte de ellos, habitaban nidos de barro, redondos, como hornos diminutos.

-Ésta debe ser la República Argentina -calculó Lucifer.

-¿Las célebres pampas?

-Las célebres pampas.

Enormes nubes circulaban por el cielo, como si se empujasen. Las contemplaron, haciendo visera con las palmas, porque ya reinaba el sol. El Haut-Brion de 1914 fluía en sus venas diabólicas, haciéndolos tropezar y reír. Por el camino vieron avanzar a una mujer vieja, una paisana, que llevaba un caballo de la brida. Vestía de negro, y se cubría la cabeza con un pañuelo negro también, anudado bajo el mentón.

-Divirtámonos -propuso Asmodeo- y démosle un susto. Con mostrarnos tal cual somos, bastará.

Aprobaron, gozosos, felices de adaptarse al estímulo infantil que es inseparable de todo demonio. Apostáronse en una encrucijada de la senda, a la sombra de un ombú, y adoptaron las posiciones y los gestos que juzgaban más terribles. Sus alas se encresparon; se descubrieron las fauces del cocodrilo y la jeta del cerdo; silbó la serpiente; se enarcó el grifo; empináronse los monos; fulguró el cetro de Lucifer; las moscas construyeron una masa fantasmal; relampaguearon las garras; tintineó el esqueleto de Mammón. Formaban un fabuloso relieve, una pesadilla, un ensamblaje de horrores, más temible aún por su contraste con la bucólica paz que los enmarcaba.

Y, por el sendero, la vieja seguía adelantándose. Tironeaba del caballito, y sólo entonces advirtieron los infernales que éste era cojo y que venía muy cargado de bolsas de pasto.

Hasta que se encontró a escasos metros del pavoroso grupo, no lo notó la mujer, pues se lo impedía la dura claridad fronterá. Se detuvo, se frotó los ojos que velaban las lágrimas, permaneció silenciosa un instante y después los increpó:

-¡Ah, mandingas! ¿Nunca concluye el Carnaval para ustedes? ¡Vagos, inútiles! ¡Muchachones desgraciados! ¡Vuélvase al pueblo! O ¡váyanse a levantar la cosecha, en lugar de salirle con bromas a una vieja ocupada! ¡Arre, arre, Juancito!

Se inclinó, hurgó en el suelo, halló una piedra, dos piedras, y se las arrojó, desmañadamente. Dobló por el camino de la izquierda, con el caballo cojitranco, y los dejó absortos, mientras se afanaban en sacar el pecho, en fruncir las cejas y en emitir unos bufidos ineficaces. Pronto desapareció entre los cardos, y ellos, sin resignarse a ser desdeñados y vencidos, persistieron en sus posturas, hasta que Belcebú, oscilando por efecto del alcohol, dijo:

-Nos reconoció. ¿Observaron, Excelencias, que nos llamó mandingas?

-Es una exclamación, un apóstrofe -lo corrigió Asmodeo-. Y una casualidad. Lo que pienso es que aquí deben inventar unos disfraces formidables.

-Eso sucede en el Brasil -le señaló Leviatán-, un país limítrofe. El Carnaval de Río.

Estiró Satanás los brazos, en brusco desperezo y rugió:

-¡Larguémonos! ¿Para qué perder el tiempo con una loca insensible? ¡Ganas tengo de liquidarle el jaco!

-¡Déjela Excelencia! -lo tranquilizó Asmodeo-. ¡Partamos ya!

Imprimieron a las alas un ritmo creciente y se elevaron, espantando a la pajarería para vengarse de su desilusión. El soberbio pretendió iniciar la "Marcha de las juventudes Demonistas", pero no lo secundaron los otros. Volaban solemnemente, imbuidos de su excelsa condición de embajadores del Diablo. Vieron pasar, a la distancia, un racimo de duendes opalinos, trémulos como mariposas. Vieron también a una cuadrilla de ángeles, hermosos, transparentes, con palmas e incensarios, que se taparon las caras con las mangas flotantes, al distinguirlos.

Meditó Belcebú:

-Son, si bien se mira, nuestros hermanos. Salimos del mismo tronco. ¿Creen ustedes que alguna vez tornaremos a ser ángeles?

-¿Para qué, Excelencias? -le contestó Lucifer-. Estamos bien así.

-Yo imagino que cuando el Mundo no exista ya, si es cierto que el Mundo está destinado a perecer, todos regresaremos al Paraíso.

-¿También el Diablo?

-También.

-Su Excelencia ha leído a Giovanni Papini.

-Yo no leo nada. Confieso, eso sí, que me agradaría cocinar en el Cielo, preparar suspiros de monja, panecillos de San Roque, cabellos de ángel..., en una cocina donde todo fuese de azulejos blancos, pero no frío como en el Pandemónium... Sí... se me ocurre que al término del Mundo, se cerrarán las puertas del Infierno, que lo despoblarán, y que, como no tendremos nada que hacer, nos llevarán al Paraíso...

-¡Clausurar el Infierno! ¡Eliminarnos! Su Excelencia es un anarquista, como los semidioses chinos. Y divaga. El Haut-Brion se le subió a la cabeza.

Se deshacía la tarde. ¿Qué tarde era aquella? ¿Qué día, de qué año? Y los demonios continuaron su migración, encima de las nubes.

De repente, el timbre del reloj quebró su ensueño. Lo consultaron; consultaron el mapa luminoso; sacaron la ficha.

-¡A trabajar! -resumió el Almirante-. La vieja pampeana tendría que estar presente ahora. ¡A ver si nos tildaba de inútiles! ¡Vieja maldita! ¡Qué falta de sentido de lo tétrico! Estamos en Bolivia; vivimos el año 1865; y a Su Excelencia Belcebú le toca ocuparse. Nos chuparemos los dedos, sin duda. ¡No nos vaya a salir con nostalgias angélicas! ¡Nada de cabellos de ángel!

Iniciaron, como cigüeñas seguras, el retorno a la Tierra. Cuando ésta apareció, divisaron un lago tan extenso que el de Ch'ien Lung, en el Palacio de Verano, se les antojó un centro de mesa con patos de porcelanas multicolores.

-Es el lago Titicaca -dijo Mammón.

-Le lac de Titicaca -improvisó Asmodeo, con bufonería estudiantil, acentuando en francés la última sílaba:

-Le lar de Titicaca

-Oú condor fait caca.

El viento misterioso que impulsaba su viaje los arrebató, sobre el techo accidentado del globo, haciendo contraerse, retorcerse y agrietarse a sus pies, como espinazos de bestias anteriores al Diluvio, inmovilizadas en medio de un feroz combate, a las cumbres de la cordillera andina. Bajo esa confusión de vértebras azules, celestes, rojas y grises, que coronaba el blancor de la nieve, como una espuma de rabia, serpenteaban los desfiladeros ofidios. Aquí y allá, se apelotonaban las aldeas. Algunas poblaciones de más cuantía, pastoreadas por sus campanarios, abrevaban en los ríos sus majadas de tejas. Por fin se detuvieron los demonios, y Lucifer consultó el planisferio.

-Nos hallamos -dijo- encima de la Villa Imperial de Potosí. Ese, pardo y cónico, debe ser el Cerro Rico, el Cerro de la Plata.

El Almirante rebuscó en su memoria:

-En doscientos ochenta y cinco años les produjo a los españoles quince mil setecientos noventa millones de pesos fuertes, el quinto de los cuales fue para la Corona. No está mal. Pero ahora... ¿en qué año vivimos?

-En 1865.

-Ahora, Potosí es una ciudad muerta, o letárgica...

-No lo parece -intervino Satanás, quien la indicó durante el descenso.

Efectivamente, mientras caía la tarde, Potosí se animaba. Encendíanse luces en sus callejas y, en las plazas, las antorchas llameaban y se apagaban, como cerillas. Un alegre rumor de músicas escoltó a los viajeros que se aproximaban a la Tierra. Pero no se posaron en el centro de la villa, como imaginaron al principio. El vendaval los empujó hasta las faldas del cerro "que llora plata" -según reza su nombre indígena-, donde se escalonaban oscuras chozas, y allí los abandonó. Superunda y su crío, que no habían sufrido el mal de la altura cuando volaban, por razones difíciles de explicar (si explicación tienen), no bien se asentaron en el suelo, sangraron de las narices. A casi cuatro mil metros encima del mar, los aquejaba el soroche, y Belcebú medicinó a la delegada obrera y a su hijo con unas píldoras de coca.

Los siete demonios se habían perchado, como aves de presa, sobre la más mísera de las cabañas. Abajo, en el laberinto callejero, crecían la iluminación y los sonos. Sin duda, una banda militar alternaba las marchas guerreras con los valeses, y a esa bulla se añadía, doloroso, agonizante, el doblar de las campanas, en las treinta y dos iglesias, en los diez conventos... en los que conservaron las campanas... porque los había en ruinas...

OCHO BELCEBÚ O LA GULA

La chocita sobre cuyo techo de paja pesaban tan poco los siete emisarios del Averno y sus siete cabalgaduras, albergaba a un solo morador: Don Antonino Robles. Dicho con más justicia, cobijaba a dos: a Don Antonino y a su Ángel de la Guarda. En esos momentos del despertar de la noche, mientras rivalizaban las campanas y la orquesta para atraer a los habitantes de Potosí -las unas, hacia el rezo piadoso; la otra, hacia el pagano zapateo-, Don Antonino, como siempre, optaba por las primeras y, los brazos en cruz, de rodillas en el duro piso, recitaba, una tras otra, las avemarías interminables. Un cabo de vela, también puesto en el piso, iluminaba apenas la única habitación, y pincelaba de leve amarillo el altarejo delante del cual el anacoreta repetía sus devociones. Mostraba éste, cuando la debilidad del resplandor lo permitía, una acumulación de elementos dispares: pobres y truncas imágenes de yeso; estampas del santoral, que orlaban viejos cadáveres de moscas; flores y festones de papel; alguna insólita pintura colonial, cuyos oros desaparecían bajo la capa de mugre; restos de muñecos infantiles, de trapo, apolillados y colgados de las vigas; barquichuelos de madera, rosarios de cobre; el latón de tristes exvotos: miembros, orejas y bocas; y hasta un escarpín extrañamente nuevo, que pocas horas antes había calzado a un niño de meses, y que se balanceaba en el aire frío, delante de un cráneo de vicuña. Esa profusión abigarrada absorbía el interés de Don Antonino, y si de súbito un soplo de viento acentuaba la ronquera del trombón, el tronar del bombo o el escándalo de las risas, el penitente apartaba aquellos ecos de la mundana salacidad, con un movimiento de su seca mano y, transportado por el tañir de los bronces, reanudaba su oración. Al alzar reiteradamente la cabeza monda, liviana, de pájaro, en la que brillaban los ojos como otros cirios, hacia el desorden del altar, y al levantar las palmas juntas, se advertía la extrema delgadez de su cuerpo, en el que la ropa pendía como si no le perteneciera. Hubiese sido imposible pretender asignarle una edad concreta, y por otra parte él mismo ignoraba la que le correspondía. Entre cuarenta y setenta años podía tener Don Antonino. Lo indiscutible, en cambio, era la mezcla de sus sangres. Rasgos indios y españoles afloraban en su rostro arrugado, cobrizo, y de la combinación provenía un fruto inesperadamente aristocrático, en el cual estaban presentes la impasibilidad incaica y el orgullo peninsular. Pero los largos decenios de lucha contra las pasiones habían suavizado su expresión, y si alguna huella prevalecía de sus procesos lejanos, Don Antonino la disimulaba bien. Menudo, endeble, descarnado, enteco: así lo entrevieron los demonios, por las fisuras de la choza, cuando por primera vez se enteraron de su existencia. Parecía formar parte del altar que había inventado y adornado. A su izquierda, en el suelo, un cántaro de agua y un puñado de granos y raíces explicaban su escualidez. La verdad es que hacía años y años que no probaba más alimento, y que en ciertas ocasiones, si el frío arreciaba mucho y también la furia de las tormentas de nieve, ni siquiera ése se llevaba a la boca, porque las buenas mujeres que lo dejaban a su puerta y que le pedían que rogase por ellas y por el pequeño que les abultaba el vientre, no conseguían escalar el cerro hasta la terraza donde se escondía su tugurio.

El Ángel de la Guarda resultaba entonces el único compañero del solitario. Morocho, ceñida la frente por una vincha de dibujos geométricos, compartía su cabaña, en cumplimiento de la misión que se le asignara desde que nació el eremita, y si bien no formulaba queja alguna, con referencia a su trabajo, pues era sinceramente angélico, acaso se le ocurriera, a veces, que podía haberle tocado una tarea menos monótona, porque lo cierto es que tenía muy poco que hacer. Su función se reducía a contemplar al contemplativo; a verlo enriquecer, con aportes dudosos, la indigencia de su retablo; a observarlo cuando malcomía, hundiendo los dedos agudos en la escudilla áspera, y sin abandonar por eso, entre un bocado y otro, el silabeo de la oración. Al principio, el Ángel se presentaba en el Cielo, semanalmente, con informes minuciosos de la actividad de Don Antonino, pero estos eran tan idénticos entre sí, que a cierta altura no hubo quien atendiese allá, donde están harto ocupados, la repetición de sus comunicaciones. Espació, pues, más y más, esas gacetillas, para que no lo consideraran fastidioso, hasta que terminó por suprimir las crónicas iguales. Consecuentemente, y a fin de llenar las horas, se materializó ante Don Antonino, quien acogió ese portento como una prueba de la divina generosidad. Múltiples fueron las conversaciones que iniciaron, mas era tal la diferencia de su preparación, que el custodio concluyó por renunciar a elevarlas al plano de la teología, en el cual se movía con holgura, y por limitarlas al nivel de las cuestiones caseras, que Don Antonino dominaba mucho mejor. Y dentro de éste, se redujo también, con angelical modestia, más que al ejercicio de la cotidiana discusión, al de las faenas prácticas, ayudando a su protegido a barrer, a lavar, a hervir los alimentos y a decorar la capilla, no obstante que ésta no le gustaba demasiado. De esa suerte se estableció entre ellos una respetuosa camaradería, y llegó a ser tan honda la confianza que el Ángel cifró en Don Antonino, alejado, por lo demás, de la probabilidad del pecado, que el querube no vacilaba en abandonar, pasajeramente, su puesto de centinela, para distraerse de uniformidad tan beata con paseos por el contorno. Esa tranquila certidumbre enmoheció un tanto la eficacia patrullante del policía celeste quien, cómodamente seguro, algo desatendió sus obligaciones. Sólo con estos antecedentes se justifica lo que después se referirá. Y los refirma el hecho de que en la ocasión excepcional en que sobre el techo de la choza de Don Antonino se posaran siete demonios, con sus siete monstruos respectivos, el Ángel de la Guarda no los reconociera, y que si le pareció que individualidades extrañas perturbaban la paz de su refugio, lo atribuyó, como otros días, a grandes pajarracos hambrientos, de aquellos que solían merodear por la zona.

Afuera, soplaban el viento filoso, y Supernipal y Superunda se quejaron. Resolvieron los demonios trasladarlos a una cabaña próxima, abandonada, y los extendieron sobre las andas de Belfegor, previo desalojo de la dama tortuga, quien por supuesto protestó y se indignó de que la hubieran conducido a un sitio donde el común denominador era la incomodidad. Encendieron fuego allí. Agrupados en torno del sirenito barbudo, que hipaba y resoplaba en los brazos maternos, y a quien alumbraba un suave fulgor que parecía emanar de él, los demonios componían en el rancho una mágica imagen primitiva, suerte de desconcertante pintura en la que un maestro, flamenco o alemán, hubiese substituido, adrede e irreverentemente, los personajes. Las figuras del grifo y el toro, recortada la una y la otra espesa, encuadraban, dentro de la estética combinación, las manos diabólicas,

garrudas, cruzadas sobre los pechos o estiradas con aflicción teatral, rodeando las cuales palpitaba el temblor de las alas membranosas, plumosas y textiles (estas últimas pertenecientes a Mammón y a Leviatán), como un follaje multicolor que estremeciera la brisa.

Obviamente, no bastaban, para tranquilizar a los enfermos, las píldoras de Belcebú, de modo que el de la gula, recordando que en el panteón babilónico lo adoraban -nunca entendió por qué- como patrono de los médicos, produjo el "Larousse Médical", en la edición de 1924.

-No he conseguido una más nueva -se disculpó-, pero todo está en este libro. Este libro es el mejor diploma... y yo no soy muy librista... A ver...

Dio vuelta a las páginas, espiado por los otros.

-Soroche -deletreó-. ¿Quizás, en francés, soroshe o sorroche? No está. ¿Mal de la altura? ¿de hauteur? Haute fréquence, ver électrothérapie. No es esto. Haut mal, sinónimo de epilepsia. Tampoco.

-Busque presión -le sugirió Luzbel-, pression...

-Ver hipertensión. No es eso. ¡Cuántas fotografías horribles! ¿Y atmosphère? "La pression atmosphérique a une action sur la santé et probablement sur les épidémies." Nos hallamos como al principio. ¿El mal de la altura se relaciona con la hipertensión arterial? Creo que no y confieso mi ignorancia.

-Me asombra -dijo Satanás- que Su Excelencia pueda ser el patrono de los médicos.

-Lo fui entre los asirios, y las cosas se han modificado bastante, desde aquella época.

-Lo más indicado -interrumpió Belfegor, entre dos bostezos-, será darles coramina y dejarlos descansar. La presión, en estos casos, baja y no sube. En consecuencia, hay que tonificar al corazón. Aquí tengo coramina; nunca me separo de ella.

Admirados, se pasaron, reverentemente, la caja. Belcebú leyó el prospecto, destacando los vocablos, como si fuese una invocación secreta:

-Dietilamida del ácido piridino B carbónico. ¡Qué hermosas palabras!

Las salmodió Asmodeo; los demás le hicieron coro y, mientras suministraban las pastillas a los dolientes, sus voces se elevaron, con fondos de campanas y de tambores, saturando el aire con gregorianas cadencias:

-Dietilamida del ácido.

-Dietilamida del ácido...

-La poesía -declaró Leviatán- anida en lugares oscuros.

Poco a poco, se calmaron los indispuestos. Cerráronse sus ojos y respiraron con regularidad. Entonces los demonios salieron en puntas de pies, confiando la vigilancia de Superunda y su vástago a la seriedad del grifo. En el exterior, el frío apretaba. Se llegaron hasta la choza del eremita; comprobaron que todo seguía igual. El Ángel de la Guarda dormitaba y Don Antonino también.

-Es a Don Antonino -dijo Belcebú- a quien tengo que tentar.

-¡Qué tema para Flaubert! -comentó Asmodeo-: "La Tentación de Don Antonino".

-Y éste -puntualizó Satanás, señalando al ángel moreno de la vincha aborigen- debe ser uno de los ángeles negros que reclaman las canciones. Dejémoslos y vayámonos al centro de Potosí, a averiguar la razón de tanta bulla.

Abrieron las alas y planearon, unánimes, mayestáticos, sobre la Villa Imperial. Luego aprovecharon las penumbras de una calleja soledosa, para cambiar su aspecto por el de siete indios. Se ajustaron los gorros, que les tapaban las orejas; calzaron ojotas; cubriéronse con ponchitos y, lentamente, pues en esa región no conviene apresurarse, ganaron la Plaza del Regocijo, donde se intensificaban el fulgor de las luminarias y el estruendo de la fiesta. Pronto se mezclaron con la multitud que merodeaba, comiendo y bebiendo, entre los puestos de venta de carne de oveja y de buey, de aguamiel y tortas fritas, de alfeñiques, de mazapán, de roscas de chuño, de charqui, de chicha y licores. Asmodeo requebraba a las cholitas, escaparatadas de pintorescas alhajas y, al volverse, risueñas, las mujeres hacían tintinear las caravanas de oro. Sumábanse allá el lujo arcaico con la pobreza inconcebible, porque así como relumbraba el bárbaro barroquismo de las joyas, brillaban las exhibidas pústulas de los mendigos.

-Algunos de éstos -susurró Belcebú- parecen ilustraciones del "Larousse Médical".

-Y algunas de éstas -añadió el de la lujuria- son más comestibles que tanta oveja.

Lanzóse a resoplar la banda, y se reanudó el baile, que invadía los patios de la Casa de la Moneda y los de las casas vecinas, hasta los de aquellas, muy hidalgas, que ostentaban todavía, sobre los portales, la cuartelada pompa de los escudos españoles. Numerosos militares, flamígeros de entorchados y medallas, danzaban y brincaban con las indias. Oyéndolos hablar, enteráronse los demonios de que hacía un mes que duraba el holgorio, exactamente desde que el Capitán General Mariano Melgarejo, Presidente y Protector de la República, se había establecido en Potosí, tras derrotar al General Acha en la batalla de Cantería. De Melgarejo se narraban prodigios y sus soldados no se cansaban de reiterarlos. Ebrios, locos, gritaban su nombre, que restallaba como una bomba más o como un carajo soez, y apenas se reunían tres o cuatro, mixturando los pantalones de tela blanca, las casacas verdes, amarillas y rojas -colores nacionales- y los pies semidesnudos, los potosinos hacían rueda para no perder los fabulosos relatos que desgranaban entre regüeldos. No había transcurrido un año, desde que el general mestizo y cuarentón comenzó a gobernar a la zarandeada Bolivia, y en tan escaso tiempo se había transformado en personaje de leyenda. Se lo juzgaba invencible. El país ardía por los cuatro costados, multiplicando los motines y las revoluciones, y él, con su pequeño ejército, lo cruzaba sin fatiga de punta a punta, desafiando a los caudillos rebeldes y a la naturaleza hosca, para imponer la ley feroz de su bravura. Dejaba una orgía, beodo, saltaba sobre su negro caballo Holofernes, y galopaba en pos de enemigos. Era inexorable. Fusilaba, acuchillaba, actuando él mismo de verdugo, si fuera (o no fuera) necesario, con el arma siempre lista. Su capa púrpura flameaba sobre los cadáveres. Y seguía, borracho de vino y de orgullo. Casi no sabía leer, pero si lo requerían las circunstancias, electrificaba a sus tropas con discursos violentos, Su peor adversario había sido Belzú (no confundirlo con Belcebú), a quien apodaban "el Árabe", por la atezada elegancia de su físico, y cuando Belzú, ídolo del pueblo, logró apoderarse de La Paz, sacando provecho de su ausencia, y desde el balcón del Palacio, flanqueado por generales traidores, recibía las aclamaciones de la muchedumbre, Melgarejo atravesó la plaza, fingiéndose prisionero, en medio

de la plebe atónita, entró en la habitación donde el Árabe le abría los brazos, lo mató con su oculto revólver, salió al balcón a su vez y allí, después de unos segundos de asombro, oyó vitorear su nombre a los mismos que habían coreado, frenéticos, el de su opositor. Después mandó servir un banquete, del cual participaron los oficiales que lo habían abandonado, mientras que en otra parte de la casona el populacho lloroso desfilaba por la capilla de Belzú.

-Me gusta este individuo -acotó el demonio de la ira-. Me entendería perfectamente con él. Me gustaría verlo.

No fue menester que lo repitiera, porque el Capitán General apareció, caballero en Holofernes, desmontó y se allegó a los danzantes. Era un hombre espléndido, alto, garboso, robusto, de anchas espaldas, de pecho fuerte. Alargándole el rostro mate, de facciones finas, la barba negra, sedosa y oval, se le derramaba sobre el dormán azul, constelado de alamares y de condecoraciones, que relampagueaban menos que sus ojos, ya tiernos, ya terribles. Se movía con elasticidad felina, y en los giros del baile, su capa roja tremolaba como una bandera.

-¡Bravo! -exclamó Satanás, sin retenerse-. ¡Si un tigre pudiera bailar, bailarían así!

Tenía por compañera a una muchacha pálida, bellísima, de cuerpo voluptuoso, grandes ojos negros y grave mirar. La multitud se apartó, para darles sitio, y continuaron rotando, incomparables, como si no fuesen dos personas sino sólo una, armoniosa y resuelta. Asmodeo indagó la identidad de la niña, y la comunicó a sus camaradas:

-Es Juana Sánchez, su amante, a quien adora. La madre, viuda de un coronel, se la entregó a cambio de una pensión. Después llovieron sobre ellas las dádivas. El primer encuentro amoroso de estos dos seres estupendos duró tres días, durante los cuales los edecanes aterrados escucharon, a través de la puerta cerrada, sus rugidos de pasión. Estoy de acuerdo con Su Excelencia -agregó, dirigiéndose a Satanás y tocándose el gorro tejido en breve saludo-: es un individuo maravilloso.

El individuo, entre tanto, seguía bailando. Bailaba desde la niñez, desde su Tarata natal, en la que los indios le enseñaron a hacerlo, al son de las queñas; y desde la Cochabamba de su adolescencia, donde los ciegos ritmaban sus pasos con la guitarra y el salterio. En La Paz, ya Presidente, por obra de su fogosidad, de su crueldad y de su astucia, organizaba bailongos a los que sólo concurrían hombres, pues las señoras no se resignaban aún a compartir el jaleo con la Sánchez, y donde los viejos funcionarios hacían cabriolas, abrazados por los tenientes, al par que Melgarejo los estimulaba a tiros. Y en Potosí, la Plaza del Regocijo entera y las adyacentes, sobre todo la Plaza del Gato, se estremecían, como si los caserones intervinieran también en las mudanzas. Por fin, la banda calló, y en el intervalo trajeron más vino. Entonces, empujado por sus colegas, Belcebú comprendió que había llegado el momento de actuar. Arrastró a los suyos hasta la calleja de las Siete Vueltas, despoblada a la sazón, y en la Plaza de la Ollería, frente a San Agustín, les propuso que formasen una pirámide humana, no sin sembrar sus ropas, previamente, de lentejuelas, y de proveer a cada uno de una antorcha.

Sobre los hombros firmes de Lucifer, se encaramó Satanás, quien sostuvo con ambos brazos a Belfegor y al cocodrilo; iban encima de éstos, de la misma manera, Asmodeo y Mammón y, coronando la construcción en forma de cruz de Caravaca, el gordo Belcebú blandía dos teas. Aquella extraña

arquitectura bípida se trasladó, rozando las fachadas con las lumbres, hasta el dilatado espacio abierto en el que la orquesta militar se aprestaba a reanudar los compases. Al verla, detuviéronse los músicos y enmudecieron las parejas. El propio Melgarejo y su divina Juana, que ocupaban sendas sillas, pusiéronse de pie y se restregaron los ojos, porque por la plaza procedía una nunca vista columna ofuscante, con chisporroteo de lentejuelas y llamear de hachones, acentuando el color de los trajes indígenas y los gestos absortos. Delante del dictador, se deshizo, con ágiles piruetas la torre de volatines, y como el Presidente otorgó su aplauso a los siete acróbatas que permanecían de hinojos frente a él, la muchedumbre palmoteó, entusiasta. Magnánimo, el Capitán General mandó que les sirvieran chicha y arrojó a cada uno un "melgarejo", que era falsa moneda. Después, movido por la curiosidad, interrogó a los saltimbanquis, pues lo dejaba estupefacto, con harta razón, que unos pobres indios fueran capaces de esos juegos.

-Parece cosa diabólica -dijo, sin equivocarse.

Belcebú se le acercó, con mil bufonerías, y el Protector de la República, que como todo aprendiz de César era afecto a los histriones, presto se echó a reír y hasta olvidó, por escucharlo, la seducción del baile, que recomenzaba con fresca furia, ahora interpretado por mimos enmascarados de gallos y de cornúpetos. Conviene señalar que Belcebú se esmeró hasta lograr su conquista, amansando al tigre por medio de un diluvio de bromas y de anécdotas, inventadas o reales, las que -por aquello de que el diablo sabe menos por diablo que por viejo- fascinaron al dictador, goloso de narraciones. Y entre sus donaires, Belcebú se ingenió para introducir la descripción del altar de Don Antonino Robles, y para indicar al Presidente que lo único que faltaba allí era una imagen de Melgarejo. ¿Por qué no llevársela? Reverenciado constantemente por él, junto a sus santos, el Capitán General ganaría el Cielo como fruto de tantas oraciones.

La idea encantó al Presidente; era el supremo complemento del cual carecía: un lugar entre los elegidos del Señor, Y como sobresalía por sus dictámenes rápidos, ordenó que en seguida buscaran, en su equipaje, una enmarcada litografía que lo mostraba en la majestad de su atuendo de héroe sudamericano. Alabáronla los demonios, Y Melgarejo, bajo el impulso del alcohol y de la vanidad, dispuso que de inmediato se dirigieran al Cerro, para presentar al ermitaño su obsequio prestigioso. Hizose así, y el Capitán General se entretuvo en combinar el desfile, con el arte que usaba al planear sus expediciones bélicas.

Escasos minutos fueron necesarios para que partiese la comitiva. Iba adelante la banda, martirizando los instrumentos. La seguía la pirámide de los demonios, cuyas antorchas hacían resplandecer el retrato del jefe, mantenido en lo alto, como una reliquia, por Belcebú. A continuación, Melgarejo cabalgaba a su Holofernes de larga cola, con Juana, revestida de la capa púrpura, en ancas. Y detrás hormigueaban los capitanes y los soldados, con los cuales se entreveraron algunos bailarines, de caretas crestadas y cornudas. Como la totalidad de la procesión estaba compuesta de ebrios, el trastorno de sus filas ondulaba y tropezaba, en las callecitas, donde las iglesias ilustres y las blasonadas puertas encuadraban su desarrollo, y a medida que iniciaba la ascensión del Cerro, el dédalo de montañas que cerca a Potosí -del Karikari y sus lagunas al Colquechaca y el Turqui, hasta los eslabones de Chinguipaya- se fue asociando, despabilada por la luna y por las

estrellas frías, a la rareza del espectáculo, al que contribuyó con sus azules, turquesas, bermejos y grises. Continuaron así, sonando y cantando, rumbo a la choza de Don Antonino. Llamas y vicuñas, espantadas, los precedían.

El Ángel de la Guarda despertó, alertado por el alboroto. Se acomodó la vincha y salió, para investigar su motivo, y vio evolucionar, camino de la ermita, sorteando rocas y eludiendo precipicios, a una serpiente luminosa que erguía sobre su cabeza una cruz ardiente. Por acostumbrado que estuviera a los portentos y a las miríficas alegorías, no dejó de sorprenderlo la singularidad de la peregrinación, cuyo símbolo no acertó a reconocer, pues hacía ya muchos años que vivía en retirada soledad, pero su inocencia calculó que aquél, tan fantástico, era el premio sobrenatural que correspondía a Don Antonino, como recompensa de sus beatos desvelos. Se apresuró, pues, a sacudir al varón bienaventurado, y al reaparecer ambos a la puerta, se encararon con la mamada vanguardia melgareja, que alternaba las preces con los canturreos rijosos. También Robles, azuzado por su Ángel, imaginó que venía hacia él el galardón celeste, y cayó de rodillas, al paso que el famoso Melgarejo, tomándola de manos de Belcebú, se internaba con su efigie en la cabaña, y la colocaba en el medio del altar, desplazando los yesos de la Virgen María y de San José. Sólo en ese instante, cuando el gentío invadió y rodeó la choza, el de la Guarda se dio cuenta de la gravedad sacrílega de su error. Asustado, se remontó en el aire, en demanda de refuerzos, pues creyó advertir que en la turba de soldadesca y de enmascarados, se disimulaban varios demonios. No le alcanzó el tiempo para prevenir al magro e ingenuo Don Antonino, quien rendía el tributo de su devoción a la imagen del caudillo, con el mismo fervor que dedicaba a todo su excéntrico santuario.

El vino no cesaba de fluir, y Melgarejo encabezaba el frenesí de los bebedores. Abarcando con un brazo la ancha cintura de Belcebú, imprimía a su corpachón un balanceado meneo y canturreaba los latines que había aprendido del cura de Tarata, y a los que las quenas adicionaban su comentario melancólico. El de la gula explotó la oportunidad para proponerle que agasajara con un festín a Don Antonino.

-Permitame Su Excelencia, como un favor especial, encargarme de la comida -le dijo en un quechua vago-. Le juro que no se arrepentirá. Soy un cocinero notable.

El tigre estaba de buen humor. Su inclusión en el retablo abría ante él perspectivas novedosas, en el dominio eterno. Acarició a Juana y lanzó una risotada, que acompañaron los más próximos.

-No habrá cordero ni buey -continuó Belcebú-. Concédame Su Excelencia quince minutos.

-Está bien -le replicó el jefe, previendo una travesura del bufón-, pero si no cumples, te cortaré la cabeza.

Desaparecieron los siete demonios, en el tugurio en el que habían dejado a la delegada obrera y a Supernipal, en tanto que la tropa derribaba las ruinas del tercer bohío existente en esos contornos, y las utilizaba para armar una hoguera enorme.

-El indio está loco -dijo Melgarejo, y desenvainó la espada-. Dentro de un cuarto de hora, se despedirá de este mundo; antes, nos procurará una diversión.

Los siete encontraron a Superunda y su hijo muy serenos. Los monstruos los velaban con solicitud familiar. Belcebú se arremangó, meditó un instante, e informó:

-Les daremos buey y cordero, mas no los reconocerán.

Menos del tiempo solicitado le sobró, para aderezar unas viandas cuya cocción le hubiese requerido la noche, si hubiera sido posible hallar los múltiples elementos imprescindibles, en el aislado Potosí. Bajo sus manos hábiles, inspiradas, surgieron obesas ollas y preclaras sartenes, y en ellas la delicia del "boeuf mode", sazonado con lonjas de tocino fresco, pimienta, tomillo, zanahorias, cebollas, hierbas aromáticas y laurel. Lo regó con vino blanco y coñac e inflamó a este último. También aprestó el buey braseado con aceitunas, mechado con ajo y perejil, sobre el cual volcó, murmurando frases cabalísticas, el Madera seco; las chuletas de cordero asadas, con puré de cardo; las asadas a la Soubise; el cordero entero con salsa de pimienta. El perfume exquisito sahumó la estancia. Relamiéronse los demonios, los machacos, el grifo, la serpiente y el sapo (nada herbívoros ni insectívoros), que trajinaban, cortando puntas de espárragos y arrojando puñados de guisantes y de trufas. Superunda y Supernipal abrieron los ojos y se extasiaron. Y Belcebú, en el corazón del ajeteo, se destacaba, triunfal, haciendo brotar de la nada las botellas de su Haut-Brion preferido y del champagne de la Viuda; probando, aquí y allá, los condimentos, con un redondo cucharón que hacía las veces de varita mágica; tarareando la "Marcha de las juventudes Demonistas"; y tornando a enriquecer y a revolver las ollas. Se excedió en los postres, libre ya de la restricción que le imponía la uniformidad de las carnes patrias. Los macarrones de pistacho, avellana y chocolate; las rosquillas de frambuesas; los bizcochos bañados en café, en fresas y en kirsch; los merengues de piña; las pastillas de grosella; las bombas de albaricoque y marrasquino; el queso helado de crema y naranja; la "mousse au chocolat praliné" y el "clafoutis" del Limosín, logrado con cerezas oscuras, desbordaron de las fuentes. Eran éstas de plata maciza y de porcelana de Limoges, y Belcebú extremó su refinamiento, como en los cubiertos y en los platos, hasta imprimir en la vajilla las iniciales del Capitán General. En cuanto a las servilletas de damasco, con tal sabiduría las plegó que semejaban veleros, liebres y tricornios. Cuando todo estuvo listo, distribuido y ornamentado, salieron los diablos a la meseta, portadores del banquete.

Se pasmó el público, pese a la embriaguez, ante el espectáculo, y el Presidente Provisional perdió el uso de la palabra, porque aquel cortejo que avanzaba, en la noche, entre el vapor de los manjares vistosos, como si fuese una comitiva quimérica, exhumada del seno de un volcán, sobrepasaba de lejos, lo mismo que la anterior pirámide de antorchas, las creaciones de la boliviana alucinación. Al día siguiente, no bien el héroe y su hueste recuperaron la lucidez, se entabló una polémica acerca del increíble caso. El servicio y los roídos restos de los comestibles se habían esfumado; otro tanto aconteció con los siete indios misteriosos; y se sucedieron las tesis más diversas, para explicar el fenómeno. Alguno, más leído, se inclinó por la sugestión colectiva; algunos, por los efectos de un sueño utópico, atribuible al abuso de los brebajes; hubo quienes optaron por la reproducción del milagro del maná, imputable a la santidad de Don Antonino y a la omnipotencia de Melgarejo; y Melgarejo opinó que era cosa de brujas.

Pero eso fue al día siguiente, luego de que se levantaron, vidriosa la mirada y ácida la lengua. Esa noche, cuando atestiguaron la presencia de vituallas tan finas como distintas, dimanadas de una casuca enclenque, en lo único que pensaron fue en gozar de su sabor. Su estado, la niebla que les forraba los cerebros, no les permitía discusiones. El dictador, zigzagueando, guió al abismado Don Antonino Robles hasta la fogata; le otorgó el sitio de honor, sobre una piedra cóncava; y se sentó a su lado, con Juana Sánchez a su derecha. Los demás se desparramaron según su antojo, y la fabulosa sucesión de vitaminas y suavidades, de picantes y dulzuras, de sorpresas y satisfacciones, se produjo mientras hincaban los dientes, hacían crujir las mandíbulas, halagaban los paladares y sentían ambular, por sus canales digestivos, entre eructos y rumores varios, el caudal líquido y sólido que alegraba su humanidad. Prorrumpían en vítores, anticipados por los del exuberante Melgarejo, quien, como es lógico, no cercenaba su admiración. La banda, en cuanto trocaba los bocados por los trombones, y los tenedores por los palillos de tambor, insistía soplando y batiendo. Y los monstruos invisibles e infernales -más que ninguno, el toro asirio- zampaban cuanto podían. Oponíase al arretrato, la paz adusta del paraje, bajo el cielo estelar. Melgarejo, antes de comer, hacía probar una tajada, por temor de que lo envenenasen, al Coronel Aurelio Sánchez, hermano de su querida, un rufián, el mismo que lo asesinó en Lima, seis años después, sin que Juana abandonara, ante el crimen, su dura indiferencia.

Como nunca necesitó Don Antonino, la noche en que recibió el retrato del Protector, el apoyo material y moral de su custodio. Chirriaban y silbaban sus entrañas famélicas, hartas de elementos míseros, frente a la gloria de la excelsa gastronomía. Los ojos se le saltaban de las órbitas, en pos del "boeuf mode", que olía a coñac, del cordero espolvoreado con pimienta y de los merengues al kirsch, y los apartaba dolorosamente. Musitaba antiguas oraciones, apretando los labios, al par que Melgarejo le tendía unos platos monumentales. Puestos alrededor, los demonios lo codeaban; le describían las recetas; le servían cucharas derramadoras de salsas epicúreas. En especial, Belcebú lo asediaba con sabrosas instigaciones. El pobrecito se retorció las manos, e indagaba con inútil ansiedad por su Ángel ausente. Y entretanto insistía la disimilitud de los aromas, que le sitiaba la nariz; de las formas y los tonos, que le atormentaban la imaginación y le humedecían la boca con saliva amarga. Por fin dejó escapar un quejido casi infantil, puso en blanco los ojos, y se arrojó a comer. Comió de todo y varias veces; comió como quien se tira al agua, a nadar con fruición; comió con el cuerpo entero, extinguendo nostalgias, indemnizando angustias, corporizando ensueños terribles. Y bebió, bebió; se duchó en champaña; se sumergió en vino tinto; se roció con licores. El desquite jamás pensado, subconscientemente añorado, le hizo latir el corazón y florecer las venas. Sufría, al principio, bajo las tenazas del remordimiento, pero la felicidad que le procuraba la represalia tardía, ahogaba su inquietud.

-Este hombre -le dijo Belcebú a Lucifer- no ha pecado hasta ahora por falta de oportunidad y porque no le alcanzaron los medios. Observe qué pronto ha caído.

-No se quite méritos -le respondió el soberbioso-. Su Excelencia ha trabajado más que bien, y ¡a qué velocidad!

Melgarejo, simultáneamente, redoblaba las libaciones. Como otras veces, sucumbió ante la tentación sensual del exhibicionismo. Era sabido que, en la cúspide de la borrachera, caía en la extravagancia salvaje de desnudar a su hembra en público. Más aún, había establecido una especie de liturgia fetichista del cuerpo de Juana, a quien debían rendir culto sus ministros y sus generales. Sin ropas, la muchacha presidía los consejos republicanos, y los miembros del gabinete se inclinaban y arrodillaban en torno. El tirano los acechaba, para detectar el menor signo de deseo, pronto, si éste se manifestara, a abatirlos, de modo que los funcionarios actuaban como si la carne de la joven, tan vital, correspondiese a una inanimada escultura. Le arrancó, pues, los vestidos a tirones, hasta que quedó como vino al mundo, o como Lucifer en apariencia de demonio. Parecía sumisa, pero si levantaba los párpados, por su mirar cruzaban relámpagos de odio y de vergüenza. De pie junto a la hoguera, encima de una roca, exponía el esplendor de sus pechos, de su vientre, de sus piernas, cuya áurea lisura lamían las llamaradas. Detrás, de mármol negro, Holofernes relinchó y sacudió las crines. Nadie, por alcoholizado que estuviese, osó decir palabra. El fuego enrojecía la inmovilidad de las siluetas en cuclillas, a las que transformaba en huacos vetustos. Las emplumadas caretas de los bailarines auguraban desenfrenos abominables. Don Antonino se cubrió el rostro con ambas manos y sollozó. Le destapó la cara, de un ponchazo, el Capitán General, pero el ex asceta no dio pruebas de interesarse por la mujer. Belcebú le ofreció más "mousse au chocolat".

-Me equivoqué -se corrigió el demonio, dirigiéndose a Lucifer, nuevamente-, Don Antonino no pecaría con Doña Juana, aunque se le brindara la ocasión. Es cierto, sin embargo, que todos los órganos no tardan el mismo tiempo en herrumbrarse.

-Si yo me hubiese encargado del asunto -intervino el lujurioso Asmodeo-, supongo que lo hubiera convencido, mas no me corresponde esa tarea. Prosiga Su Excelencia con la suya, que cumple de manera ejemplar.

Y Belcebú prosiguió, hasta que la panza del ermitaño se negó a embarcar más alimentos; se retorció su organismo frágil, de marcada osamenta, tan delgado como el del avaro Mammón, y vomitó lo que había ingerido.

Melgarejo cubría a Juana, que prorrumpía en estornudos, con la capa roja. La abrazó tiernamente.

-Insista, Excelencia -le reconoció Satanás al goloso-. Ahora su candidato está vacío.

Hízolo Belcebú, y Don Antonino, sin poner reparos en el orden del menú, tornó a devorar bombas de albaricoques y "blanquette" de mollejas de cordero, rosquillas a la Soubise y biftecs con naranjas, todo ello empapado en Haut-Brion. Se incorporó, y con lengua torpe, ensayo un brindis:

-¡A la salud del General Mariano Melgarejo! Desde que su imagen está en mi cabaña, cambió mi vida. ¡Es el santo de la abundancia, loado sea Dios!

Lo aplaudieron; el flamante santo se regodeó; tiró de la brida de Holofernes y le escanció una copa de champagne, que el bruto chupó sin dejar gota.

-¡Cómo lo hubiera atraído nuestro General a Suetonio, y qué acertadamente hubiese completado su galería! -suspiró Asmodeo-. Es un

César de la decadencia, con toda su petulancia y su delirio. A mí me gusta más y más.

-En mi opinión -dijo Leviatán- este asunto está resuelto. No cabe duda de que Don Antonino ha pecado. Mírenlo, Excelencias.

Las Excelencias lo miraron, con interés impertinente, aunque el cuadro que componía no era de los que regocijan el alma. Si ellos reflejaron un júbilo que pocos hubiesen compartido, fue por razones profesionales. Don Antonino yacía, como muerto, entre el producto informe de sus arcadas y un derrumbe de vasijas y de sobras. Manchado, embadurnado, la causa de su desbarajuste no había eliminado su lividez, antes bien la había convertido, con toques realistas, de virtuosa en culpable. El viento del altiplano, que se desató, hubiera podido acarrearlo en su cólera glacial -tan escurridiza y tenue resultaba su estructura-, de no mediar los cuerpos tumbados en derredor, que plasmaban con el suyo una trabazón de miembros, algo así como un pulpo inconcebible. Dicho pulpo estiraba sus tentáculos numerosos en el páramo, y promiscuaba la vanidad de los uniformes militares con la modestia de los ponchos groseros, interpolando condecoraciones y ojotas, hasta suscitar también la ficción de un campo montañoso, después de un combate. Contribuían a esta última impresión los ayes que, aquí y allá, se oían y, a veces, el titubear incierto de un brazo o el deslizarse gemebundo de una sombra. Melgarejo, acurrucado sobre los pechos desnudos y ateridos de Juana, roncaba como si agonizase. Sólo Holofernes, sólo el intacto terciopelo radiante de Holofernes, quedaba en pie, en medio de la derrota. Coceaba, fogoso, y erguía el belfo despreciativo.

-Ha llegado la hora de partir -porfió Leviatán-. Excelencias, partamos.

No quedaba nada por hacer, y Belcebú aceptó su consejo. En la cabaña vecina, aprontaron sus cabalgaduras, y se echaron a volar, elegantes como águilas.

-Hemos comido incomparablemente -dijo Belfegor, acomodándose en sus parihuelas-. Los macarrones de pistacho fueron magistrales. ¡Pobre Don Antonino! ¡Pensar que supone que por haber albergado la efigie de ese gran barbudo, seguirá comiendo así! ¿Cuándo volverán a comer así, en la Tierra?

-Nunca, se lo aseguro -le respondió Belcebú con sonriente humildad.

Se despedían a tiempo del Cerro de la Plata. Ya descendía, por la parte opuesta, desplazando jirones de nubes, el batallón de los ángeles. Bajaban, como un bloque de mármol blanquísimo que pudiera suspenderse en la atmósfera, sin mover un ala, enarbolados los aceros de serpentina hoja. Su centelleo era tal, que se dijera que una chispa del sol descendía, despaciosa, callada, solemne. El Ángel de la Guarda de Don Antonino descendía con ellos, ladeada la vincha. Detuviéronse en el núcleo del desastre, y lo contemplaron, acentuando la compostura. Vibraba en torno el "Ave María" de Schubert. Pronto advirtieron que, a la distancia, se perdía el apretado grupo de los demonios.

-No vale la pena perseguirlos -dijo el que comandaba el batallón-. No nos corresponde. Al fin y al cabo, no han hecho más que cumplir con su deber.

Marcharon levemente entre los despojos, recogiendo la orla de las túnicas, y enderezaron a Don Antonino.

-Enderezar su cuerpo es fácil -tornó a hablar el jefe-; el otro enderezamiento, el del espíritu, costará. No podrás realizarlo tú -añadió, enfrentándose con el de la vincha-. Se te releva de tu empleo.

Sopló sobre la aureola del desventurado, y ésta se apagó.

-Estás cesante -repitió-, pero no jubilado. Vuelve con nosotros. Ya veremos de qué se te encarga. Astur, te entrego la salvación de Don Antonino Robles.

Se elevaron a un tiempo, como habían bajado, siempre con música de Schubert, reconstituyendo el bloque inmarcesible de inmóviles figuras, en cuyo centro gimoteaba el ángel proscrito. Y Astur, rubio, de iris celestes, mojó el extremo de su alba vestidura, en una botella de agua de Seltz, y refrescó con seráfica bondad las sienas del eremita desquiciado.

NUEVE EL VIAJE

-El trabajo ha sido rápido y limpio -resumió el envidioso, en tanto que volaban-, sin embargo me pregunto si habrá sido eficaz. Evidentemente, Don Antonino ha pecado, mas le queda el resto de la vida para arrepentirse. Ni Madama Catalina de Thouars, ni la Emperatriz Tzu-Hsi, se arrepentirán de sus actitudes, de sus pasiones. Tampoco los habitantes de Pompeya, que prefirieron sus bienes a sus vidas, pues el tiempo no les alcanzó para ello. En cambio, Don Antonino Robles puede arrepentirse, y ganar el Cielo, en tal caso.

-No creo -arguyó Belcebú- que lo consiga. No creo que su vida se prolongue mucho. Aun más, creo que debe estar diciéndole adiós, entre náuseas, porque será incapaz de reducir al motín desencadenado en sus débiles vísceras. Y esas condiciones no son las más oportunas para el arrepentimiento.

-Es decir -agregó Lucifer- que acaso se arrepentirá de haber comido desafortadamente, pero no por haber roto la austeridad de su ayuno, sino por haberse privado con ello de la vida y, en consecuencia, de la posibilidad de gozar de otros festines.

-Presumo, no obstante -continuó Leviatán-, que los ángeles lo habrán provisto de un nuevo custodio. Quizás éste -continuó, insidioso- posea unas nociones más claras de la medicina que las de Su Excelencia Belcebú y, siendo así, lo alivie, y le brinde la ocasión de una penitencia total.

-Si intervienen los milagros -subrayó el libidinoso-, el juego es desparejo. Se utilizan cartas marcadas. Nosotros no vamos más allá de ciertas prestidigitaciones y ciertos disfraces. El "travesti" es de buena ley.

-Lo del Vesubio no fue prestidigitación -protestó el cocodrilo.

-¿Para qué disputar Excelencia? Fue prestidigitación en gran escala.

-Claro -dijo Satanás- que con los de arriba nunca sabe uno a qué atenerse... A veces adoptan resoluciones curiosas. Recuerden que Don Antonino llamó "santo" al General Melgarejo, como efecto de su voracidad, lo cual complica su situación, pero recuerden también que, según parece, todavía no se ha resuelto el destino del Mariscal de Rais, por aquello de su contrición extrema. El Cielo, justificadamente, tiene hambre de almas. Debe padecer problemas de despoblamiento, contra lo que le sucede al Orco. La demografía...

-Yo hice lo que pude -lo cortó Belcebú.

-Y ¡muy bien! -aprobo Belfegor, insomne, tal vez por inquietudes digestivas-. Esos macarrones de pistacho...

La reminiscencia conmovió al demonio de la gula, y provocó su sonrisa, bajo la guirnalda de frutos de la vid. Abrió sus repletas alforjas, y sacó de ellas el postre aludido, que ofreció al holgazán. El perfume de las almendras, del kirsch, del verde vegetal, estremeció a los restantes, que participaron del convite. Alborotáronse las moscas.

Así, masticando y discutiendo como escolásticos, volaron encima de la nocturna ciudad de Nueva York. Se estacionaron en la plataforma del piso 102 del Empire State Building, y desde allí, valiéndose del catalejo de Leviatán, contemplaron la isla de Manhattan, y allende, el Hudson y sus buques. Turistas y curiosos se asomaban a las vidrieras del observatorio. Comparaban lo que veían con las tarjetas postales que acababan de adquirir y sobre las

cuales inscribían pensamientos inmortales. Fotografiaban tumultuosamente. Ninguna de las fotografías que obtuvieron fue tan singular como las que logró la máquina independiente del Infierno, ya que ésta incorporó las imágenes revoloteantes de los demonios al fondo arquitectónico de la metrópolis, obligando a los siete a salir y a "posar" en las nubes. ¡Qué espléndidamente se hubieran vendido, en los negocios del piso 86! Abajo, el tránsito de termitas y de orugas se debatía, entre los edificios gigantescos. Una bruma opaca, el controvertido "smog", flotaba sobre las construcciones, sobre las cuadriculadas luces infinitas.

-¡Qué distinto de Potosí! -reflexionó Belcebú, de vuelta en la plataforma-. ¡Cuánto bien hace viajar!

-De esta diversidad -dijo Mammón- es justo inferir que el hombre es una creación divina.

-Sin duda -se apresuró Lucifer-: el hombre es una creación de Dios, retocada por el Diablo.

-Los retoques -completó Mammón- han hecho desaparecer la obra inicial. Casi no se la distingue. Excepcionalmente...

Bostezaron y, como lo bebido y devorado los obnubilaba todavía, se echaron a dormir. Hacia calor, y la noche desplegab tapices de estrellas.

Al despertar, muy temprano, se encontraron con la novedad de que los monos habían hecho abandono de sus funciones. Por más que aplicaran el antejo de larga vista hacia todos los rumbos de la brújula, les fue imposible localizarlos. Superunda, delegada obrera, les comunicó que habían resuelto tomarse unas vacaciones, cansados de transportar a Belfegor.

-Debieron consultarnos previamente -se amoscó Satanás-. Nos quejaremos al Diablo. ¿Adónde han ido?

La sirena meneó la cabeza, tímida:

-No lo sé.

-Esto es contrario a cualquier disposición legal -dijo Lucifer, impaciente-. Los necesitamos para proseguir el viaje, y ellos no lo ignoran. Pudieron esperar a que eligiésemos el momento, a conveniencia de unos y otros. Desaprobamos formalmente su actitud.

-El estatuto... -musitó la sirena.

-¿Qué estatuto?

-Hemos redactado un estatuto.

-Es ridículo. Ningún estatuto que se vincule con la actividad de ustedes tiene valor, sin la conformidad del Diablo.

-Lo hemos compuesto "ad referendum Diaboli".

-¡Bah! ¡latines!

-Lo grave del asunto es que en seguida seguiremos viajando -añadió Mammón-, y que no se me ocurre cómo acarreamos a Su Excelencia Belfegor.

Belfegor, como siempre, dormía, sin inmiscuirse en el diálogo, sin sospechar que éste se relacionaba tan estrechamente con él. Encogido en su caparazón, soñaba que soñaba, y que ese segundo sueño era el sueño de un segundo soñador, quien soñaba que estaba soñando. De modo que para alcanzar a su conciencia, era menester atravesar varias murallas de sueños. Ni intentaron los demonios el cruce del bosque de la Bella Durmiente. Empezaron a surgir los primeros visitantes del Empire State, tragones de vistas. Circulaban entre los demonios invisibles, señalando la Quinta Avenida,

la Estación de Pennsylvania, el Times Square, el Central Park, la Radio City, la Biblioteca Pública, y a menudo equivocándose.

-Quizás exista una forma de organizar el traslado de nuestro colega - reflexionó Asmodeo-. Nada cuesta ensayarla.

Ahucó las manos capaces, dominadoras del arte de la caricia, y en ellas fueron haciéndose evidentes unos pequeños sobres. Los desgarró, y sus cofrades reconocieron los comunes implementos de goma que pretenden inmunizar a los combatientes, en las batallas del sexo. Los había de fina transparencia, y también rosados, verdosos, de un agresivo naranja, de un suave limón. Algunos se adornaban con crestas, con espolones.

-Su Excelencia anda bien protegido -rió Satanás.

-Me lo exige mi actividad intrínseca. La verdad es que detesto estos velos.

Asmodeo se puso a inflarlos, aplicando su boca, dibujada para el placer, a esas bolsas livianas. Los demás lo secundaron, atando como él las aberturas con fuertes hilos, hasta que diez, quince, veinte, treinta globos multicolores fueron sujetos a las parihuelas sobre las cuales yacía la mujer tortuga. Impulsaron luego el curioso aerostato hacia el exterior, y comprobaron con júbilo que se mantenía en la atmósfera, sostenido por una proliferación de esferas, a las que colmaba el poder de sus aspiraciones sobrenaturales. Bogaba el vehículo en el éter, con suave balanceo, y sus montgolfieras asumían la forma de abundosos pechos femeninos, pero de tan raros tintes que hacían pensar en los senos pintados de las antiguas prostitutas más refinadas. Los demonios salieron detrás, en sus mágicas bestias. Se asieron a las andas, dieron impulso a los remos emplumados y, remolcando las angarillas de Belfegor, reanudaron la expedición tentadora. Encima, las bolas plásticas oscilaban alegremente, felices tal vez de la suerte que les había asignado el Destino, tan distinta, por su ejercicio al aire libre, de aquella para la cual habían sido inventadas, aunque cabe suponer que algunas -si poseían una aguda sensibilidad y una tendencia voluptuosa- acaso lamentasen el divorcio de su uso primigenio.

Atravesaron el mar, y pronto se hallaron sobre la tierra cultivada de Francia. Cuando aleteaban sobre París, con su lirón amodorrado, Asmodeo los detuvo.

-Otórguenme unos instantes -les pidió a sus compañeros-. Entre tanto, distráiganse mirando la ciudad perfecta.

Se separó del grupo, en los lomos de Asurbanipal, y lo vieron descender hacia los techos del Museo del Louvre. A poco, estaba de regreso.

-Conseguí otra postal del cuadro de Ary Scheffer, "Paolo y Francesca", para llevársela a los interesados, no bien tornemos al punto de partida. Me preocupa la idea de que, de tanto sobarla y mojarla con su llanto, la hayan destruido.

La cartulina pasó de mano en mano. Los enlazados cuerpos de los grandes amantes resplandecían.

-¡Qué poética imaginación! -dijo Asmodeo-. ¡Qué diferencia con la exacta realidad! Evóquenla, Príncipes.

Brotó en la memoria de éstos la estampa de los ancianos, que se aman físicamente tres veces por día, en el cautiverio infernal, lo mismo que Sísifo empuja su piedra, la cual torna a caer desde la altura, y que las Danaides llenan su vasija sin fondo.

-¡Ah! -murmuró Leviatán-. ¡Afortunadamente la del amor, que es la peor de las torturas, no entró en el amasijo de nuestras personalidades!

Venecia se reflejó a la distancia, en la reverberación de sus lagunas, como un espejismo.

-Ojalá nos toque permanecer aquí -suspiró Lucifer-. Siempre he deseado morar en esta ciudad soberbia. Como obedeciendo a su solicitud, sonó el despertador, y los ojos del bello serafín diabólico brillaron. Supieron que estaban viviendo en el año 1764, y que la tarea incumbía esa vez a Satanás, Señor de la Ira.

DIEZ SATANÁS O LA IRA

-La ira -dijo Satanás, alzándose la máscara y aspirando con elegancia una pulgarada de rapé-, como la soberbia, con la cual se vincula íntimamente, es un pecado espléndido, limpio, vibrante, relampagueante, a diferencia de lo que con otros pecados capitales sucede, a los que prefiero no nombrar, por no ofender a Sus Excelencias. Un pecado aristocrático.

-Probablemente -le respondió Mammón-, Su Excelencia pensará que la avaricia no lo es; que es un pecado de gente de medio pelo. Por ese camino, hasta sería capaz de tachar a la avaricia de pecado de pobres. ¡Qué absurdo!

Satanás desdeñó la réplica. A través de la máscara, agregó:

-Cuando se habla de la ira, se suele citar a Horacio: "la ira es una breve locura". ¡Eso sí que es absurdo! Si hubiese dicho que es una magnífica, una lujosa locura, casi estaríamos de acuerdo. Y como la locura es poética, porque es un estado de gracia, que como la poesía enlaza y amiga imágenes dispares y hasta antitéticas, y pasa en un instante del murmullo al estallido, habrá que deducir que la cólera es una forma de la poesía.

Hubiera podido continuar hablando así largamente, enhebrando paradojas. Su buen humor exultaba, admirable. Todo contribuía a provocarlo: el sol del atardecer, que brillaba en las aguas oscuras del Gran Canal; la nobleza de los palacios multicolores; el ritmo de la góndola en la que bogaban; los trajes maravillosos que vestían. El suyo se destacaba por el amarillo canelado; el de Lucifer, por el cereza; el de Asmodeo, por el verdegay; el de Mammón, por el zafíreo; el de Belcebú, por el cárdeno; y el de Belfegor, por el ajedrezado naranja y negro. Llevaban largas capas sombrías; unos tricornos de terciopelo; y antifaces blancos de exageradas narices. Belfegor y Asmodeo habían optado por el atuendo femenino. Reían unánimemente, de acuerdo con la moda veneciana, pues en Venecia nadie dejaba entonces de reír, o por lo menos de sonreír. Las risas saltaban de una góndola a la otra, al compás de las guitarras, de los laúdes. El Gran Canal entero resonaba como una sola y larga risa. A su lado, se deslizó una barca, colmada por un enjambre de polichinelas gibosos y sombreroños, que añoraban el pincel del Tiépolo.

-Al fin y al cabo -dijo Belcebú-, el mundo de los humanos es hermoso. Un mundo de tías y parientes, de versos y esculturas, de cocinas, de calor. A veces me oprime la nostalgia de ser humano.

-Porque no lo es -le contestó Leviatán, jugando con el abanico de encajes de Asmodeo-. Su Excelencia ha sido ángel y es demonio. No puede quejarse de su carrera. Es inmortal... inmortal para siempre, no como los académicos, que son lo más próximo a los inmortales que inventó la flaca imaginación del hombre. Toda esta gente que nos rodea y que simula divertirse, vive bajo la angustia de su mortalidad. La Muerte es la reina de la Vida. Y Su Excelencia encara al Mundo superficialmente: hay en él más sombras que luces.

-Sin embargo...

-No sea macabro, Excelencia -terció Lucifer, dirigiéndose a Leviatán- y goce del instante. Haga como éstos... como ésos...

Y mostraba al azar, con el monóculo, a las otras góndolas, las cuales llenaban el Canal de tal manera que casi no se veía el agua, y que los

gondoleros, ceñidos por el terciopelo púrpura con pasamanería de oro, suspendidos graciosamente en el aire, se imprecaban para evitar los choques, gritando: ¡Aoi! ¡aoí!

-En esta ciudad -añadió Lucifer, quien dejaba arrastrar en la estela el guante de seda azul-, el Carnaval dura ahora seis meses.

-Es la Pompeya del siglo XVIII -puntualizó Mammón-. ¡Ojalá no termine como la Pompeya que conocimos!

-Felizmente -le contestó Leviatán-, no hay volcanes en la zona.

-Pero está el mar, Excelencia -continuó el avaro-. Venecia es la cautiva del mar. Y el mar puede ser peor que los volcanes.

-O proceder disimuladamente, obstinadamente -interrumpió Satanás-, poco a poco, socavando, y conseguir los mismos efectos destructores de una erupción.

-No sean aguafiestas -les reclamó Lucifer-. Miren alrededor. Tomen ejemplo.

Siguieron su consejo los demonios, y avistaron al Bucentauro, la nave ducal, de vuelta de alguna ceremonia, que avanzaba majestuosamente, empavesado con los estandartes del león evangélico y con las rosas heráldicas del Dux. Entre el meneo de los oficiales y los escuderos, se distinguía en el puente al viejo príncipe, cuyos cabellos blancos asomaban bajo el "corno" de pedrerías, y que parecía bendecir a la multitud. Era un Mocénigo, el sexto de ese linaje que desempeñaba tan augusta función, de modo que la cumplía como si fuese algo familiar, y como si la rama de rosas de su escudo fuera inseparable para siempre de los gonfalones de Venecia. Y ¡qué poco, qué poco faltaba para que las banderas intrusas substituyeran a las de San Marco! ¿Lo presentiría la turba de apariencia indiferente? ¿Sería por eso que reían tanto, como si rieran por última vez? Los esquifes de toldos rayados tiritaban alrededor, como frágiles insectos, y una música simultáneamente cortesana y popular, mezcla de violines de Vivaldi y de zarabanda con tamboriles, prestaba su cadencia a las máscaras incontables - los moros, los turcos, los húngaros, los tártaros, los chinos, los diablos (que los verdaderos diablos no reconocieron)- y a los que revestían ropas extravagantes y pelucas de teatro, quienes se llamaban en el rumor de los remos y se daban citas para más tarde, porque la noche de verano no tendría fin.

-¿A dónde nos conducirá nuestra góndola? -preguntó uno de los enviados del Pandemónium.

Habían embarcado en el muelle de la Piazzetta, sin fijarse en el batelero ni asignarle rumbo, deseosos, como turistas, de participar inmediatamente del bullicio, y de súbito los inquietaba la noción del deber que debían cumplir. Nada les marcaba, todavía, un objetivo concreto. Satanás, imbuido de su obligación principal en ese caso, se volvió hacia el gondolero y se demudó, al identificar al punto a quien los guiaba. Pese al disfraz -por lo demás bastante torpe-, hubiera sido imposible no descubrirlo, por la cara vacuna. Era Moloch, el miembro del Consejo Infernal, el demonio amonestador que los había visitado agriamente en Pompeya. Codeó el iracundo a los más próximos, y éstos hicieron lo mismo con los restantes:

-Es Moloch -susurró Satanás-. Simulemos ignorarlo. -Y se puso a silbar, suavemente, la "Marcha de las juventudes Demonistas",

Los otros lo imitaron, fijas las miradas adelante, derechitos, como si hubiesen sido un grupo de escolares juiciosos, a quienes su preceptor hubiera sacado a pasear, aprovechando el día de asueto. Detrás, mudo, braceaba el fantasmón.

Lucifer encontró en sus ropas el "Guide Bleu" del Touring Club de Italia, del año 1956; buscó en el índice alfabético, llegó a la página 211, y les fue anunciando las residencias célebres, a medida que su proa sorteaba los obstáculos:

-À gauche, el Palacio Dario, de 1487; á droite, el Palacio Corner della Ca'Grande, del Sansovino; a la izquierda, el Palacio Loredan, del siglo XVI; a la derecha, dos palacios Bárbaros, uno del XVII, otro del XV. Más adelante veremos el Palacio Mocénigo, donde Byron vivirá en 1818, y al final del recorrido, el palacio Vendramin-Calergi, donde Wagner morirá en 1883.

No los vieron; no se estiraron hasta allí. Las fachadas desfilaban, imponentes, enjorjadas como meretrices. El Tiempo había matizado exquisitamente sus entonaciones. Semejaban enormes ópalos.

-El Palacio Rezzónico, del Longhena, completado por Massari, que en el siglo XX encerrará el museo dieciochesco.

A su siniestra, se irguió la espesa mole flamante. El blasón de los Rezzónico -la cruz y las torres- se ufanaba, áureo, bajo la tiara papal, en el ancho balcón del centro, porque en esa época uno de la familia, Clemente XIII, ocupaba el trono pontificio. La góndola torció hacia él, abandonando el medio del Canal.

-Hay que convenir -musitó el Almirante- en que Moloch rema bien.

Dulcemente, el extremo de su transporte, en forma de instrumento musical, serpenteó en el tumulto de los navegantes; abordó el extremo de los escalones de piedra de la Ca'Rezzónico, que el agua batía con tembloroso vaivén, y los siete descendieron, sin girar las cabezas.

-Parece que la cosa es aquí -dijo Satanás.

-Por suerte nos hemos desembarazado de ese espía -dijo Asmodeo-. Que se vaya, el desgraciado, a que sus amonitas lo adoren. Al palacio de Wagner lo conoceremos otra vez. Creo que es allí donde compuso el segundo acto de "Tristán".

Y, terciando la capa y canturriando el dúo de amor más bello del mundo, entró en el pórtico de graves columnas, en cuyo extremo triunfaba, una vez más, inmenso y ahora de mármol, el consabido blasón. El lujurioso remedaba sin destreza las voces del tenor y de la soprano. Lo mandaron callar y se volvieron invisibles, pero de común acuerdo, resolvieron conservar sus atavíos, que si no ocupaban el campo de los sentidos de los mortales, por lo menos estarían al alcance de su propia sutileza sensorial. No se resignaban a abandonar esos trajes refinados, que se acordaban tan bien con la atmósfera y que realizaban sus figuras.

-Nunca hemos vestido mejor, desde que empezamos el viaje -comentaban.

Subieron a los saltos, tironeándose de las narices de cartón, el primer tramo de la escalinata, ideada por Massari, y se pararon en seco, porque por ella procedía, glorioso, el amo de la casa, el opulento Ludovico Rezzónico, Procurador de Venecia. Balanceábanse las virutas de su triangular peluca barroca, que acariciaban sus manos pulidas, ensortijadas, y el orgullo de su perfil exigía los buriles numismáticos. Titilaban sus dijes, sus cadenas. En

torno, flotaba una nube de criados, portadores del bastón, del sombrero de tres picos, de carpetas. Sobre uno de ellos, bajó de las alturas, señalándolo, inesperada, una flecha roja, algo así como un artificio de neón radiante, como un aviso eléctrico, que se apagaba y se encendía, hasta que desapareció.

-Ese de la flechita -dedujo Satanás-, debe ser mi hombre.

Cuando el Procurador llegó frente al emblema marmóreo de su linaje, se detuvo brevemente a considerarlo. Ganó entonces en pompa. Se puso el sombrero, que tomó de la punta de los dedos del servidor distinguido por la saeta; se apoyó en la caña de puño de marfil; y se alejó por el "cortile", cuyas losas resonaron bajo la magnificencia de sus zapatones. Quedaba, en el aire, el rastro de su perfume de almizcle, sumado al fuerte olor de los fámulos.

Los demonios resolvieron aguardar su retorno, pero no regresó. Regresaron, en cambio, mayordomo y pajes. Fue fácil inferir, a la sazón, que el individuo de la flecha estaba al frente de los domésticos. Lo proclamaban su dignidad y su tono que sólo les iban en zaga a las características soberbias del Procurador, y también el respeto con que le dirigían la palabra los demás. Pronto se enteraron asimismo, los del Averno, de que se llamaba el Sior Leonardo.

El Sior Leonardo progresaba hacia la cincuentena. Recio y de mediana estatura, la enaltecía con los tacos ambiciosos, además de fajar su talle para reducir su grosor. Si a ello se añade un rostro cetrino y austero, cuyos pequeños ojos pinchones se borraban en el juego espectacular de las cejas espinosas, de la nariz imperativa y de la floja papada, se comprenderá que con su casaca de amplios faldones, roja y negra, colores de los Rezzónico, por momentos diese la impresión de un ave de corral de precio, una de esas aves que conocen su significación, altaneras, y que en el gallinero mandan. Nada más distante de la realidad, sin embargo, como presto verificaron los demonios.

Era el Sior Leonardo tímido y dulce. Su natural aspecto exterior, formidable, le servía de muralla contra los embates de la vida. Obviamente, los criados que dependían de él se habían percatado de ese contraste, de esa flaqueza, y aunque en su presencia aparentaban una consideración honorífica, que les imponía dicho aspecto protocolario, ausente él no escatimaban mofas al mayordomo.

De esto se dieron cuenta los viajeros, a medida que el tiempo transcurría y que lo aprovechaban para recorrer el palacio.

-La Ca'Rezzónico -concretó Lucifer- es un monumento elevado a la vanidad de una familia.

Lo dijo en el colosal Salón de Baile del primer piso, cubierto de frescos y de revestimientos dorados, en cuyo techo se explayaba el símbolo pictórico de las cuatro partes del Mundo, entre las cuales volaba, fulgurante y piafante, el carro del Sol. Allí, por tercera vez, grandioso y ahora multicolor, el escudo de la casa recordaba sus diseños a los visitantes, por si hubiesen incurrido en la imperdonable "gaffe" de olvidarlo. Y en el techo de la Sala de la Alegoría Nupcial, Giambattista Tiépolo y su hijo Dominico habían pintado a Ludovico y a su esposa, Faustina Savorgnan (a la que titulaban los venecianos, exageradamente, "la Principessa"), transportados por otro carro solar, que acompañaba Apolo, y que precedía un anciano coronado, quien empuñaba un cetro y hacía flamear una bandera, en la que se aunaban los ovalados e insistentes blasones de las dos familias.

-Los Rezzónico -continuó Lucifer- parecen imaginar que son el eje del Mundo, de las cuatro partes del Mundo, y que el Sol asoma, diariamente, para alumbrarlos.

-Y el caballero a quien vimos salir, el Ludovico -añadió Asmodeo-, actúa como si él fuese el astro alrededor del cual rota la sinfonía de los planetas.

Rieron los demás, concedores directos, por las etapas de su viaje, de los sistemas astronómicos, y de la displicente distancia con que seguían su curso, a millones de leguas de interesarse por las humanas inquietudes.

-La infinita pequeñez del hombre -concluyó el soberbio-, es sólo comparable con su infinita arrogancia. Algo he contribuido yo a establecer ese equilibrio, sin el cual el hombre sucumbiría, aplastado por el horror de los abismos que lo flanquean. Le he sido más útil que los predicadores que le remachan, constantemente, desoladamente, la evidencia de su mediocridad. Sin mí, se elimina la idea de progreso.

-También sin mí -dijo el avaro.

-También sin mí -dijo el envidioso.

-No es este el momento oportuno -habló Satanás- para dirimir quién de nosotros ha sido más filántropo. Repartiré ahora las tareas, aplicando el económico principio de la división del trabajo, que tantas ventajas reporta. Para ubicarnos, Lucifer se ocupará de hacer acopio de cuanto se relaciona con los Rezzónico; yo haré lo mismo, con referencia al Sior Leonardo; y Sus Excelencias nos traerán las noticias sobre los pormenores de la casa, que juzguen provechosas.

Aprobaron los otros el procedimiento, y se diseminaron en las estancias, cada uno empeñado en el quehacer que se le asignó. Esos trabajos insumieron varios días, porque Lucifer debió escrutar documentos; Satanás, indagar en la mente del mayordomo, la cual, por ser éste apocado, multiplicaba el dédalo de sus encrucijadas y penumbras; y Asmodeo, Leviatán, Belcebú y Mammón (con Belfegor contaron poco) tuvieron que recabar, de las cocinas a los salones, los testimonios dignos de atención de la vida palaciega. Esta última, entre tanto, alternó sus ritmos aparatosos, con mucho florecer de afectación y reverencias, mucho anotar de prerrogativas y mucho acumular de tiquismiquis, acentuando la certidumbre de que, en aquel recinto, los valores dependían de esquemas en los que la jactancia, la coquetería y la liviandad organizaban sus inflexibles normas. Por fin opinaron los demonios que había llegado la ocasión de cotejar el fruto de sus investigaciones. Reuniéronse, con ese objeto, junto al soberano retrato de Clemente XIII, al que optaron por dar la espalda, por razones de jurisdicción (cada uno la suya), que no es necesario detallar.

Primero expuso Lucifer:

-Los Rezzónico no son naturales de Venecia, sino de los alrededores del Lago de Como, circunstancia que preferirían que se esfumase de las memorias. Uno de ellos, a principios del siglo pasado, se trasladó a Génova, buscando un medio más propicio para el desarrollo de sus empresas mercantiles. Porque eso es lo que eran: comerciantes. Ni príncipes, ni legisladores, ni guerreros: comerciantes. Tanto prosperó, que el Dux de Génova le concedió la dispensa de permanecer cubierto y aun sentado, estando él presente. Estimulado su engrimiento así, Carlo Rezzónico no vaciló en apodarse "el magnífico". Su hermano Aurelio, sopesó a su vez el provecho de establecer en Venecia una filial de su negocio, y se vino acá.

Maestro en la ciencia del toma y daca, ducho en enredos bancarios, tanto medró que el Magnífico decidió seguir sus huellas, conservando, eso sí, contactos numerosos con los genoveses, y acá se vino también. Los deslumbraba esta ciudad de señores y de artistas. Pagaron su acogida rumbosamente. Donaron sesenta mil escudos para el Hospital de los Mendigos, y para la guerra de Candia, cien mil. La beneficencia abre las puertas que la insolente aristocracia clausura, y por ellas se cuele la vanidad. Es difícil resistir a las dádivas. Multitud de damas, ansiosas de éxitos mundanos, lo saben. La República oligárquica, cuya nobleza -no lo descartemos, en este esbozo general- participó, en sus orígenes remotos, de actividades especulativas similares, que por lo demás practica aún, abonó su ayuda con lo único que podía compensarlos: en 1687, les otorgó el Patriciado Veneciano y los inscribió en el Libro de Oro, cuyos integrantes, desde el siglo XIII, forman su Gran Consejo. ¿Miden Sus Excelencias el rápido adelanto, la promoción de nuestros traficantes? ¿Aprecian la comba de sus pechos, el fruncir de sus frentes, la trascendencia dinástica de sus actitudes? ¿Comprenden por qué se hacen pintar en el carro de Febo? Trataron de igual a igual a los que llevaban la sangre que expandiera el imperio de Venecia sobre el Mundo.

-¿Hasta a los almirantes? -preguntó, incrédulo, el Almirante Leviatán.

-Por supuesto. Hasta a los almirantes, a los senadores y a los Dux Serenísimos. Casi siete decenios después (o sea hace seis años) se produjo un inesperado, fabuloso acontecimiento, que confirió a su nombre importancia internacional. Uno de los suyos, un Obispo de Pavía, fue exaltado al solio pontificio. Es Clemente XIII. La tiara agregó una cúpula incomparable al escudo de los Rezzónico, puesto que el sueño de toda gran familia italiana, así sea la de Colonna o la de Orsini, es contar por lo menos con un Papa (y mejor dos o tres) en su genealogía. En la fachada de este palacio, hemos visto esa triple diadema. ¿Qué les parece? Los Rezzónico no caben dentro de sí. Y aprovechan el favor del Cielo: uno de ellos fue nombrado Caballero Perpetuo de San Marco; el otro, Cardenal; el otro, Príncipe Asistente al Solio y Gonfaloniero del Senado y del Pueblo de Roma; el otro, Protonotario Apostólico. En el andar de un breve lustro, los Rezzónico centuplicaron los collares, los ropajes de ceremonia, los títulos y las rentas. Hoy, nadie les quita de la cabeza que proceden de un héroe de las Cruzadas. Seguramente, lo encontrarán. Hemos visto a Ludovico, Procurador de Venecia, cargo para el cual ya había sido designado su padre (por casualidad, el año siguiente de la iniciación del papado de Clemente XIII). Lo hemos visto descender la escalinata de este palacio, como desciende el sol en la gloria del crepúsculo. Es un hombre que no le cede el paso a ninguno.

-¿Y el palacio? -inquirió Asmodeo.

-Al palacio lo necesitaban. Era su encuadre lujoso, su perspectiva, el fondo decorativo de su triunfo, algo equiparable a esas nubes espléndidas que completan las pinturas de batallas victoriosas. Se lo compraron en 1750 a unos nobles de verdad, los Bon di San Barnaba, que se arruinaron antes de alcanzar su terminación. Querían colocarse aquí, en el Canal Regio. Lo restauraron, lo ampliaron, lo enriquecieron; lo inundaron de frescos, de luminarias, de su heráldica y de su fortuna. Luego lo perfeccionaron con las insignias de su Santo Padre. Lo convirtieron en su imagen arquitectónica. Ahora es inseparable de ellos. Y pese a que su posesión de este sitio, como

su inscripción en el Libro de Oro, son muy jóvenes, los Rezzónico aspiran a transmitir la impresión de una divina eternidad.

-Su Excelencia -dijo la Señora Belfegor semidormida, sacudiendo su miriñaque- pudo sintetizar su discurso, diciéndonos que los Rezzónico son unos nuevos ricos.

-Unos nuevos nobles.

-Esas condiciones con frecuencia andan juntas.

-Los nuevos ricos y los nuevos nobles son inevitables -pronunció el demócrata Belcebú-. Desgraciadamente, no lo consiguen sino oprimiendo a los proletarios.

-¡No embrome con los proletarios, Excelencia! -refunfuñó el soberbio-. Es paradójico que el demonio de la gula se preocupe tanto por ellos, cuando uno de sus problemas básicos consiste, precisamente, en las penurias de la alimentación.

-Yo he inventado un sinfín de recetas baratas.

-Substitutivos, Excelencia, sucedáneos, artificios, disfraces del hambre...

Satanás, a su turno, comunicó lo pertinente a sus indagaciones vinculadas con el Sior Leonardo.

-No fue cómodo -empezó- reunirlos, porque los criados abundan en anécdotas y teorías sobre su jefe, pero lo cierto es que no saben nada esencial. Es un hombre escurridizo, y debí internarme en su cabeza, a riesgo de extraviarme en sus vericuetos, para descubrir sus íntimas ansiedades. Fundamentalmente, se trata de un resentido y un desubicado. Dos siglos después, hubiera dejado sus sueldos en manos de un psicoanalista. Una preocupación máxima lo sofoca. El Sior Leonardo es hijo de una famosa meretriz, la Ancilla, que vendió sus encantos al mejor postor. La visitaban los vástagos del procerato de Venecia, quienes encontraban en su lecho el alivio de sus físicas desazones. En consecuencia, el Sior Leonardo sabe que tiene por padre a un noble veneciano, pero no podría decir cuál, con exactitud. ¿Un Mocénigo? ¿un Morosini? ¿un Contarini? Uno de los tres debe ser, porque los tres se turnaban para transitar asiduamente por las sábanas de Ancilla, en esa época, y ninguno, por descontento, se apresuró a reconocerlo. ¿De quién procede, pues, nuestro mayordomo? ¿de los Mocénigo y su rama de rosas y sus seis Dux, entre los cuales se halla el actual? ¿de los Morosini, su faja de plata y sus cuatro Dux? ¿de los Contarini y su escala de argento, que elevan la cifra de los Dux a ocho? That is the question, como decía en Pompeya nuestra amiga Nonia Imenea. Puede elegir y no se atreve. De noche, lo acosan visiones coronadas. Y su razón vacila, tironeada, de una parte, por la cortesana y sus huéspedes egregios, entre quienes su progenitor se oculta, y de la otra, por los Rezzónico, sus amos, a quienes sirve y desdeña, pues se siente más príncipe que ellos. Curiosa situación.

-¿Hace mucho -interrogó Leviatán- que sirve en esta casa?

-Mucho; casi desde siempre. El Sior Leonardo pretendió meterse a fraile y apartarse del Mundo, pero el Mundo lo atraía demasiado. Luego aspiró a ser actor, quizás por desembarazarse así de su verdadera identidad, y durante su juventud desempeñó a menudo el papel de Arlequín, usufructuando su destreza acrobática, en uno de los siete teatros de Venecia, el de San Samuele. Había oído referir que los Emperadores de Alemania y los Grandes Electores ennoblecían a la gente farandulera, y se le ocurrió que por ese

medio alcanzaría la posición que añoraba, pero, como no consiguió incorporarse el nombre del padre oculto, tampoco logró el favor muy especial de los soberanos. Veinte años tenía, cuando un palo de otro de los actores, uno que interpretaba al Signor Pantalone, durante una de las grescas fingidas del proscenio, le quebró una pierna. Entonces ingresó en la servidumbre de los Rezzónico, quienes habitaban a la sazón el Palacio Fontana, en San Felice. Fue, sucesivamente, pese a la cojera, paje, alabardero, macero (o sea portador de la maza que simboliza la dignidad), maestro de cámara y, por fin, al instalarse en el Canal Grande, mayordomo, con autoridad sobre todo el famulato. Adelantó, indiscutiblemente, pero no eran esos los adelantos que anhelaba el ex Arlequín. Siempre, la obsesión de los Mocénigo, Morosini o Contarini, que por su sangre circulan, gracias a la galantería materna, picotea su alma. Se ve pequeño y se presiente eximio, harto más eximio que los Rezzónico cuyas órdenes acata. He ahí su problema. Hay, plantadas en su interior, como Sus Excelencias inferirán, semillas de ira muy hermosas. Son las que me corresponde regar y hacer que florezcan. Parece fácil, pero no lo es, por la timidez innata que lo aflige, fabricación de su confusa bastardía, y por el afán de paz, de esfumarse, de eliminarse, de que lo olviden y de que, como corolario, no angustien a su sensibilidad con el peso de la diferencia que resulta de su pequeñez y de la magnitud rezzónica.

Calló Sátanas, y Leviatán tomó la palabra.

-Ya conocemos, pues, a los Rezzónico, a su palacio y a su mayordomo, indicado por la flecha de neón infernal, para la operación que nos incumbe. En cuanto a las circunstancias presentes, lo único de importancia que hemos cosechado nosotros, y que es obvio destacar, pues Sus Excelencias Satanás y Lucifer se habrán enterado también de ello, en el curso de sus exploraciones, es que exactamente dentro de una semana, el 7 de junio de 1764, habrá aquí una fiesta excepcional, en honor del Duque de York, hermano del Rey Jorge III de Inglaterra. Ludovico Rezzónico planea tirar la casa por la ventana. Nunca, desde el casamiento de dicho Ludovico con la Principessa Faustina Savorgnan, y desde las visitas de ceremonia suscitadas por la proclamación del deudo Pontífice, habrá refulgido este palacio con tanto esplendor. A ello obedece el arribo de cajas con vinos deliciosos; el exagerado acaparamiento de ceras para los candelabros y las arañas; el retapizar; el lustrar de platerías; el barnizar de cuadros; el frotar de muebles; el encargar de flores; el discutir de manjares. El Procurador y Donna Faustina actúan como dos mariscales prontos a dar una batalla. Lo será la fiesta del 7 de junio, y Venecia entera pende de su triunfo.

-Así es -comentó Satanás-. Y a mí me toca conectar a la mencionada fiesta y al Sior Leonardo, bajo los laureles de la ira. Tendré que estudiar cómo, en el andar de esta semana.

Se separaron, y se dedicó cada uno a pasarla lo mejor posible. Belfegor se acostó en el lecho olímpico de los Procuradores; Belcebú se deleitó en sus cocinas; Asmodeo admiró las desnudeces de sus pinturas; Mammón calculó su costo; Leviatán consideró a los salones como un invernáculo propicio para el madurar de las frutas de la envidia; Lucifer se ingenió para retocar y ampliar los escudos; y Satanás no apartó sus labios intangibles del oído de Donna Faustina Savorgnan.

Efecto de la elocuencia de este último, fue la resolución que los Rezzónico adoptaron: después del banquete, agasajarían al Duque con un

espectáculo teatral. Sabedores de que en Inglaterra se apreciaba sobradamente a la Commedia dell'Arte, dispusieron a brindar al hermano del Rey una representación auténtica, algo característico del espíritu italiano, y como estaban al corriente del talento de su mayordomo, le confiaron la puesta en escena. Vano fue que el Sior Leonardo se esforzase por escabullirse. Cuando el Procurador y su Principessa se trazaban un propósito, no había poder en la Tierra capaz de oponérseles. Arguyó que ni su edad ni su paso claudicante tolerarían ya que asumiera el papel de Arlequín, y le respondieron que en ese caso encarnara al viejo Signore Pantalone. Protestó que no contaba con actores para la función, y le contestaron que los buscara, sin ahorrar cequíes ni ducados. Intentó un argumento más, y Ludovico sacudió la peluca y le gritó que no lo importunara, pues demasiadas cosas tenía en la mente, para distraerse disputando con su mayordomo. En seguida, los Rezzónico se retiraron, como si marchasen sobre nubes y se aprestasen a subir a uno de sus techos mitológicos, y el triste Sior Leonardo debió enfrentar la contingencia de presentar, dos días después, un ensayo del espectáculo -aunque ese teatro no se ensayaba-, a fin de que los señores le impartiesen su aprobación. Salió, pues, desesperado, en pos de cómicos ocasionales, y Satanás, que ya no lo dejaba solo, salió con él.

Harto conocida es la técnica de la Commedia dell'Arte, para que reiteremos aquí sus minucias. Con todo, le recordaremos al lector que lo esencial de ella consistía en que los actores, a partir de un enredo dado, improvisaban el texto, de modo que su éxito dependía tanto de las dotes histriónicas de los farsantes como de su inventiva y facundia. El número de sus personajes solía ser corto, pero como la presunción de Ludovico le había exigido al Sior Leonardo que reuniese sobre las tablas la mayor cantidad posible, éste entresacó, de los diversos teatros, a un Arlequín, un Scapino, un Doctor Graziano, un tartamudo Tartaglia, un Polichinela, un Capitán Sangue e Fuoco, un Horacio, una Isabella, una Flaminia, una Angélica y una Eulalia, puesto que él mismo tendría a su cargo los discursos del Signore Pantalone. Acudieron al día siguiente, muy de mañana, al palacio, donde los criados habían compuesto, en el Salón de Baile, un escenario cuya simple decoración simulaba tres fachadas.

Traía cada uno sus vestiduras y sus elementos tradicionales: Arlequín, el sayo de bobo, el de losanges multicolores, con el garrote por arma segura; Scapino, la casaca blanca, a la que realzaban cintas verdes, sin olvidar el guitarrón; el Doctor, la ropa talar negra, el soletto y el birrete de su oficio; el napolitano Polichinela, el sombrero cónico y las dos jorobas; el Capitán de las bravatas huecas, la espada nunca temible; y los enamorados, que hablaban, a diferencia del resto, en un toscano exquisito, los trajes a la moda. Todos, menos los apasionados jóvenes, llevaban máscaras ridículas.

El Sior Leonardo, a quien incumbía la tarea de guía o "corago", les leyó una breve trama, consistente en el resumen de lo acaecido antes de que la obra comenzase. Era ésta una comedia antigua, en la cual Isabella, hija del Signore Pantalone, y prendada de Horacio, quien la amaba a su vez, tropezaba con la paterna oposición, pues el Signore, persuadido de su nobleza ilustre, no se resignaba a entregar a su hija a un plebeyo. Los demás participantes complicaban la acción con el entrelazamiento de episodios que el guía enumeró. Después de oírlos, los cómicos se fueron, para meditar en sus

respectivos papeles, comprometiéndose a volver el otro día y a realizar el ensayo delante de los Procuradores...

Éstos, aguijoneados por Satanás, imaginaron ofrecer con ello, a ciertos íntimos, un gusto anticipado de la fiesta, y mandaron repartir las invitaciones. Les interesaba, en particular, que concurriese una tía de Donna Faustina, Donna Loredana, prez y copete de los Savorgnan de Údine, a quien Ludovico veneraba por su alto fuste y ejemplar fortuna. Los demás serían los parientes y amigos más próximos.

Luego de combinados los prolegómenos que nos hemos esmerado en enunciar, dispuso el demonio de la ira lo que harían sus colegas, y él mismo se consagró a preparar al Sior Leonardo. Durante la entera noche, hostigó su tendencia a sentirse ofendido por una vida injusta. El contacto con los actores, al rejuvenecerlo, le había devuelto una dosis del vigor impetuoso que evidenció en sus tiempos de Arlequín, e hizo recrudescer su certeza de que era víctima de un oprobio impropio, ocasionado por los Rezzónico míseros. ¡Ah, cuánto hubiera deseado colocar sus armas en ese palacio, las de los Contarini, los Morosini, los Mocénigo o las que fuesen, en lugar de las odiadas de los Rezzónico! Aunque le hubieran tocado en suerte las muy extrañas de los Colleoni de Bérgamo, que Casanova describe en el capítulo 11 del tomo 11 de sus "Memorias" ("les deux glandes génératrices") ¡con qué gusto las hubiera hecho colgar, jactanciosas, de los intercolumnios, como entre dos piernas colosales! Su pusilanimidad, su retraimiento, lo mucho que adentro llevaba, amasado por las derrotas, intentaron luchar contra el renacer de viejas querellas, y así pasó la noche, debatiéndose, hasta que el alba lo obligó a esmerarse en acomodar el ropaje sobrio, la daga y la máscara marrón oscura, con nariz de pajarraco y barba filosa, que ceñiría. A continuación tuvo que preocuparse por aderezar sus parlamentos, y así transcurrió la tarde.

Una hora antes de la fijada para el espectáculo, Donna Loredana subió en su góndola, a la que distinguía el gallardete plata y negro de los Savorgnan. La anciana se sentó, rígida como un autómatas. Los coloretos, el blanco y rojo que le enyesaban la cara; las cejas entintadas por el agua de China, bajo el cabello empolvado, y el raro fulgor de los dientes postizos, contribuían a afirmar su aspecto de muñeco de feria. A ello cooperaba también su afán por mantener distancias, que le infligía un mutismo casi total. Pese al calor de junio, ostentaba un manto de terciopelo escarlata. Como a toda dama, fuese o no de pro, la escoltaba su "sigisbéé", "cavalier servant", chichisbeo, o como se prefiera llamarlo, ese -tolerado por el marido e impuesto por la moda- cuya función única fincaba en adorar platónicamente y estar siempre a las órdenes de la elegida. Los había hasta en los locutorios conventuales, en las cocinas y en los mercados: ¡cómo iba a faltarle uno a Donna Loredana! El suyo era un decrepito Senador, a quien agobiaba la peluca piramidal de encrespado merengue, y destacaba el párpado derecho semicaído y como entoldado. Alrededor, se ubicaron varias sobrinas de pocos años, entre ellas dos monjas de ésas que abandonaban la clausura cuando se les ocurría, y que jugaban con un monito, o mimaban a sus falderos inseparables. Cada una iba acompañada por su respectivo y suspirante chichisbeo. En momentos en que se aprestaban a zarpar, irrumpió dentro de la góndola una banda alegre, compuesta por cuatro abates y por dos señoras, todos ellos con antifaces. Como la remota Donna Loredana Savorgnan no les dirigió la palabra, pues su soberbia se lo impedía, las sobrinas calcularon que, si los toleraba, serían

amigos suyos, mientras que Donna Loredana infirió que lo serían de sus parientas, las que, felices de la diversión que los seis huéspedes les prometían, los acogieron con entusiasmo. De esa manera viajaron los seis demonios, una vez más, por el Canal Regio, hasta el Palacio Rezzónico, santificado por la tiara de Clemente XIII.

Juntos ascendieron la escalinata. Pausados, cardíacos, enlazadas las puntas de los dedos, entre zarandeos y repicar de bastones, la treparon los proyectos amantes, que apartaban con ademanes violentos a los perritos, al mono y a las moscas verdes de Belcebú. En el rellano, doblado cortesanamente, los recibió el Procurador de Venecia (quien también barruntó que los seis intrusos pertenecerían al grupo de su tía política, y como tales eran muy bienvenidos), y detrás de él ingresaron en el Salón de las Cuatro Partes del Mundo.

Ardía, éste, como una hoguera. En un extremo, titilaba el teatrejo, delante del cual, sobre sillas y almohadones, se diseminaba una treintena de invitados, lo más conspicuo de la ciudad, los nombres célebres, las mujeres bellas, los funcionarios prestigiosos. Habían reservado la primera fila para Donna Loredana, la cual, sin que se lo indicasen, ocupó el sillón central, una especie de trono, encima de cuyo respaldo arrojó la capa escarlata, como un manto de reina. Estaban a su lado el Senador "servente", ofrendándole bombones con reverencias del párpado caído, mariposeante; Donna Faustina y el Procurador; y en torno, sus sobrinas, el mono, los perros, los otros "cavaliers servants", los apócrifos abates y sus damas apócrifas (Belfegor y Asmodeo).

Los criados pasaron bandejas con refrescos y pastas de caramelo y almendras; por los ventanales abiertos al río de San Barnaba, colábase el olor de Venecia, corrupto y sutil como ella misma; y hasta que dio comienzo el espectáculo, los allá reunidos rivalizaron en gracia, en elegancia, en dimes y directes, en retruécanos, en risas y en perseguir de moscas, sobresaliendo los abates por su original ironía. Ludovico se declaró en favor del teatro de Goldoni, y su esposa por el de Carlo Gozzi (que además era conde), cuya fantasía la fascinaba. Charlaban en el aire y para el aire, y los vestidos se explayaban como enormes glicinas y crisantemos. El nombre del Duque de York iba y venía en las conversaciones. Encontraban las mujeres que la Orden de la jarretera, que le abrazaba la pierna, bajo la rodilla, con su liga y su lema dorado, le sentaba mucho, y proponían adoptar algo así. Y los susurros hacían estremecer las llamas de los candelabros. Fue aquello un modelo de cortesía, de distinción, de dandismo. Los personajes que volaban en el techo pintado por Giovanni Crosato parecían participar de la amenidad del perfecto coloquio, en una tertulia en la que resultaba difícil diferenciar a los humanos y a los dioses. El Senador caduco, por no perder la costumbre, pellizcaba a las jovencitas y a los jovencitos, espíandolos a través del párpado, sin duda transparente, y luego tornaba a suministrar bombones a la silenciosa Donna Loredana que, si no hubiera masticado con tenacidad, hubiera dado a sus deudos la ilusión de que había muerto por fin.

Apareció primero, tras las candilejas, un moro cantor, a quien unánimemente conocían, pues no había plaza, calle ni callecita veneciana que no recorriese con su tamboril. Vestía de mujer, y los regocijó con sus estrofas picantes. Lo aplaudieron, y en el lapso que precedió al principio de la comedia, la máquina fotográfica infernal surgió en el proscenio, brincando

sobre sus gambas finas, e imperceptible para todos, fuera de los demonios. Tomó numerosas instantáneas de la concurrencia, fijando cada arruga de Donna Loredana; cada rizo derramado sobre los hombros de Ludovico y del Senador; cada sonrisa fotogénica de los diablos. Sus fogonazos fugaces algo perturbaron al auditorio, que los atribuyó, empero, a un artificio más de los Rezzónico Savorgnan, pero presto los relegaron, porque ya avanzaba la policromía de Arlequín, entre un coro de ladridos y de carcajadas.

Los tres actos de la obra se desarrollaron con el ritmo previsible, así que el público, como era habitual, le prestó escasa atención. En tanto que sobre las tablas se sucedían las frases pintorescas, las mímicas absurdas y los golpes sonoros, prolongábanse en el salón los diálogos amorosos y mundanos, con intervención de los canes y del simio y mucho crujir de pastas y caramelos entre los dientes. Declara un escritor especializado que, para cumplir su cometido, los actores debían aplicar metáforas, metonimias, sinécdoques, catacresis, metalepsis, alegorías, prótasis, aféresis, sínkopas, paragogs, apócopes, antítesis, sístoles, etc., y la comparsa recurrió a cuantas astucias arbitraron la gramática y la retórica (con otras de su personal cosecha) a fin de enriquecer el asunto. Por lo demás, cada prototipo representaba siempre la misma parte, y el concurso, con sólo verlos evolucionar, sabía, sin caer en error, a qué atenerse. El Signore Pantalone (Leonardo) renqueaba y gemía, quitándose y ajustándose los anteojos; el Doctor Graziano usaba el dialecto boloñés; Arlequín el bergamasco; Scapino tocaba la guitarra; Polichinela multiplicaba las bufonerías; el Capitán Sangue e Fuoco pretendía haber guerreado en las batallas de julio César; los enamorados se repetían dulzuras; y el aparato de la comedia funcionaba como un reloj, en el que las horas sonaban a su turno, evitando cualquier imprudencia, cualquier entorpecimiento. De súbito, desde la distancia del Gran Canal o desde la proximidad del río de San Barnaba, sumábase a las réplicas un largo grito de gondolero -¡aoí!-, y era como si Venecia participase del espectáculo. Pero las señoras y sus chichisbeos estaban demasiado pendientes del alambique de su propio lenguaje, para advertir la intromisión.

Sin embargo, al promediar el acto tercero, algo aconteció que hizo enmudecer al público. Se hubiera oído, como consecuencia, volar una mosca - y se oyó no sólo a una, sino a muchas moscas, porque las verdes zumbaban doquiera-, y si un retrasado espectador hubiese entrado entonces en el Salón de Baile, hubiérase sorprendido ante la callada quietud, tan contraria a lo corriente, con que los invitados escuchaban a los actores. En efecto, los huéspedes ya no parloteaban, ni trituraban, ni pellizcaban, ni reían, ni siquiera ladraban. Clavaban los ojos en el proscenio; tendían las orejas, desacomodándose las agobiantes pelucas. Ello se debía a que en mitad de una perorata del Signore, había vibrado, nítido, el apellido Rezzónico, y resultaba tan fuera de lugar y de tono que se mentase a los magnos Rezzónico de la familia papal, en el curso de una comedia bufa, por la extraordinaria, incomparable dignidad que a los Rezzónico enorgullecía, que los concurrentes hicieron de lado toda otra preocupación, para centrar su vigilancia en el escenario.

Se estrechaba allí el nudo de la obra. El Signore Pantalone apostrofaba a Horacio, aspirante a la mano de su hija, por la pretensión de enlazar su baja estirpe con la muy alta de los Pantalone. Detrás, Isabella lloriqueaba; el

Capitán Sangue e Fuoco blandía su espadón; Arlequín, Polichinela y Scapino, hacían piruetas; meneaba la cabeza el Doctor Graziano.

¿Rezzónico? ¿Rezzónico? ¿Habían oído bien? ¿No los habría engañado la distracción? Sí, habían oído bien, superlativamente bien, pues al dirigirse de nuevo al atribulado Horacio, Pantalone tornó a llamarlo Rezzónico.

Fue entonces como si una cascada, una catarata de insultos brotase de labios del Signore. Sacudía a Horacio y ultrajaba, recriminaba, zahería a los Rezzónico. El pobre mozo no acertaba a responder, y los demás intérpretes, desconcertados, permanecían inmóviles. El Sior Leonardo se había arrancado la máscara, y su fisonomía se mostró, roja, incandescente. Los demonios fueron los únicos que divisaron a Satanás, de pie, a su lado, azuzándolo y sosteniéndolo. Y el Sior Leonardo zamarreaba al joven y le enrostraba que un Rezzónico, sangre de mercaderes, de mercachifles del Lago de Como, osara encumbrar su linaje hasta las cúspides nobiliarias de Venecia.

El Procurador y la Principessa Faustina se habían incorporado, sin otorgar crédito todavía a sus órganos auditivos. Estiraban los brazos, resoplando como focas, y no acertaban a hablar. Por fin pudo modular Ludovico:

-E pazzo! ¡Está loco!

-E pazzo! -exclamaron las sobrinas monjas.

Y como, en la Serenísima República, nadie que se considerase elegante empleaba más idioma que el francés, añadieron:

-Il est fou! Monsieur Leonardo est fou!

Los grandes Rezzónico trataron de avanzar hacia su mayordomo, deteriorada su majestad, pero al Sior Leonardo ya no lo detenía ninguno. La desatada cólera, que será diabólica y un pecado, pero que siempre encierra una chispa divina, se había apoderado de él, espléndida. Triunfaba, lo agigantaba, lo convertía en un semidiós, lo elevaba a la condición de los héroes mitológicos circundantes, con más títulos que los que los Rezzónico podían aducir. Dijérase que de él emanaban centellas. Emanaban en verdad, porque resplandecía. Era un ascua trémula. La ira hacía reventar sus añejos agravios. Blandía el puño hacia el escudo de la cruz y las torres, que allí arriba planeaba, ave fúnebre. Escupía, bramaba, regurgitaba. El demonio de la ira le soplaba palabras hirientes, como un apuntador. La mezquindad de los Rezzónico, falsos príncipes, advenedizos, plebeyos, aprovechadores del Papa, negociantes, aventureros, compraventeros, prestamistas, desfilaba por el tablado, transformando la comedia pueril en sátira, en diatriba, en libelo, en vejación.

El Procurador y la Principessa seguían parados, cubiertos de moscas, incapaces de poner vallas a la tormenta. Donna Loredana se echó a reír, haciendo castañetear la dentadura postiza; rieron por imitarla, el Senador, las sobrinas, los "cavaliers servants"; rieron asimismo los cómicos; y quienes rieron más fueron los abates y sus dos damas, que contemplaban encantados la escena desde la primera fila, como quien presencia un encuentro de box desde el ring-side. Pataleaban e incitaban al Sior Leonardo con palabras arameas, babilónicas, persas. Las risas se comunicaron a las mujeres hermosas, a los magistrados pudientes, a los maestros de cámara, a los alabarderos, a los criados. De una parte reverberaba y explotaba el furor, la exacerbación inmensa, y de la otra le contestaba la hilaridad. En cuanto a los perritos, contagiados del desorden, mordían porfiadamente al mono.

Por Fin, Ludovico Rezzónico logró romper las trabas incomprensibles que envaraban su locomoción. Dio dos pasos, tres pasos; enrojeció, pero no como el Sior Leonardo; de un manotazo se despojó de la peluca, exhibiendo una calva sudorosa, reluciente; quiso ascender a las tablas, para propinar al mayordomo lenguaraz su merecido; mas no contó con que éste había desenvainado la daga de madera. Vaciló el Procurador; le volvió la espalda y echó a correr, con la Principessa -a correr gravemente, buscando conservar el empaque-, mientras que los invitados y los demonios, desdeñando el juego de la cortesía y de la etiqueta, de los frufrúes, de los abanicos, de las frases que debieran acompasar los violines, se retorcían en sus asientos, más que nadie Donna Loredana, que parecía haber rejuvenecido por milagro, y reía abrazada al Senador. Los que mantuvieron la compostura fueron Apolo y los Cupidos que en el techo se asomaban, aunque las arañas iluminaron su felicidad.

Naturalmente, no bien reaccionaron los circunstantes, el Sior Leonardo fue desarmado y maniatado. Hubo que ponerle mordaza y que tatarle los ojos, porque despedían fuego. Lo expulsaron como a un sacrílego, culpable de un delito de lesa Pontífice. Donna Faustina y Ludovico guardaron cama, hasta que se realizó la fiesta en obsequio del Duque de York, en la que ni quisieron recordar a la Commedia dell'Arte, a despecho de los reclamos de Donna Loredana. Refieren las crónicas que esa recepción fue magnífica. Empero, hasta que partió el Duque, los Rezzónico no recuperaron una relativa tranquilidad. Lo cierto es que no la recobraron nunca. El Sior Leonardo había desaparecido, bajo la protección de Satanás, quien lo cubrió con sus alas de buitre, y por eso fue imposible enviarlo a la cárcel, a que se pudriese en la tétrica prisión de los Plomos. Los del palacio habían ordenado a su gente que estuviera alerta, por si pretendía colarse en el banquete. No lo hizo el iracundo, pero, repetimos, hasta que partió el Duque inglés, los Rezzónico no cesaron de ojear en torno; de levantar cortinajes; de espiar bajo los muebles; de observar la estructura de los escudos y de los retratos familiares, especialmente el del Papa; de contar los latidos de sus corazones, temerosos de un desaguisado, de que se presentase el fiero espectro acusador.

Por esa fecha, hacía días que los demonios volaban en el éter.

-¿Qué le pareció Venecia? -le preguntó Satanás a Lucifer.

-No me alcanzó el tiempo para visitarla, pero la considero una ciudad divertida.

Belcebú acarició a Superunda:

-Compañeros ¡qué susto se llevaron los Rezzónico! ¿piensan que les servirá de algo, que se enmendarán?

-No, en buena hora, pues eso implicaría una contrición y una redención inatacables -le respondió el de la ira-. Tampoco creo que olviden al Sior Leonardo.

-¿Y el Sior Leonardo? ¿qué ha sido de él? ¿Recayó en la mansedumbre?

-El Sior Leonardo es, para siempre, un recluta de la benéfica rabia. Le he conseguido un empleo en Mantua, en una fábrica de cohetes. Y cada vez que uno de ellos se lanza a las nubes y estalla, estalla él también, ebrio de furia y de alborozo. Ahora se llama Leonardo Mocénico-Contarini-Morosini. Lo ganó. Ganó tres padres, en lugar de uno.

ONCE EL VIAJE

A poco de partir de Venecia, habían recuperado a los cuatro chimpancés volátiles, encargados de conducir las andas de la gruesa Belfegor, quienes abandonaran su trabajo en el Empire State Building, cansados de servir de transportes. Retornaron con las cabezas gachas y el aire sumiso. Sus traseros habían cambiado de estructura y de color pues, en vez de los naturales, mostraban la consistencia callosa, agrietada, y los tonos rojos y azules que caracterizan a las asentaderas de los mandriles. Pronto supieron los demonios, por la delegada obrera, que esa mudanza se debía a su presentación, en el Infierno y "ad referendum Diaboli", del proyecto de estatuto que con Superunda habían redactado, a fin de reglamentar sus funciones. Parece ser que el propio Gran Diablo, sin más instrumento persuasivo que sus pezuñas personales, había operado dicha transformación en las conmovidas nalgas simiescas.

-Han traído la respuesta de nuestro amo, tatuada y cromada en los asientos -expresó Lucifer-. El mensaje es claro. Evidentemente, el Señor del Pandemónium no está de acuerdo con el estatuto.

-Nosotros -musitó entre pucheros Superunda- no cejaremos en nuestras pretensiones. Toda reivindicación de tipo social exige insistencia y tiempo.

-Es difícil -opinó Satanás- que el Gran Diablo modifique una opinión que tiene a los glúteos de los monos por exhibida proclama. Lo mejor que pueden hacer éstos es quedarse tranquilos y acarrear a Belfegor sin protestas. Por ahora, el hecho de que ostenten en sus mofletes posteriores un testimonio palpable de su física intimidad con el Diablo, constituye, a mi ver, un gran honor. ¡A transportar, pues!

Así lo hicieron los muy pateados, y nunca anduvo con tanta comodidad el demonio de la pereza.

Los viajeros se remontaron, fabulosamente. Dejaron atrás, lejos, lejos, la estratosfera, y reconocieron las zonas en las que los astros del sistema solar giran con grave ritmo. Vieron pasar por ellas a distintas naves extraterrestres. Una, que apuntaba la proa hacia Marte, les llamó la atención. Numerosas inscripciones informaban, en su casco, de que sus tripulantes realizaban una excursión de placer, con el objeto de asistir a la apertura de la primera sucursal de los Hoteles Hilton, en aquel planeta. Por las ventanillas, pudieron observar que los turistas bebían champagne y llevaban ramos de flores. Un guía, provisto de un amplificador, les señalaba el cosmorama externo, la lluvia de las estrellas, la huida de los luceros errantes. Muchos, dentro del pasaje, serían norteamericanos. Desgraciadamente, no estaban en condiciones de captar, a su vez, al grupo volador de los demonios y sus cabalgaduras que, con ser tan ameno el resto, era lo más atractivo y singular del espectáculo. También los siete advirtieron a otras naves, que procedían de Saturno, de Urano y de Júpiter, las cuales conducían a más curiosos a la inauguración del Hotel Hilton. Sus ocupantes eran hartamente diversos, materialmente, de los originarios de la Tierra, y asimismo las flores que exhibían, pero como en el caso anterior, las leyendas alegres que decoraban sus vehículos estaban escritas en inglés o, por ser más precisos, en yankee.

Sin embargo, lo que más cautivó a los demonios fue un largo cohete en forma de ninfa y adornado con lujo, enviado igualmente desde nuestro suelo,

que, de acuerdo con los textos luminosos que lo destacaban, iba a instalar en Venus una cadena de lenocinios. Vibrantes músicas lo circuían; lo llenaban mujeres hermosas y caballeros solemnes.

-Dicen -manifestó Leviatán- que la atmósfera de Venus es la más propicia para el florecer de las actividades de la sensualidad. Serios investigadores científicos han alcanzado a esa útil conclusión.

-Lo indiscutible -puntualizó Asmodeo- es que el progreso llega a todas partes, y que el hombre tiene el privilegio de ser su abanderado.

-Me hubiera gustado, Excelencias, traerlo al Sior Leonardo con nosotros -meditó Satanás-. Es muy agradable.

-Si sigue rabiando así -fue la contestación de Belcebú, no dude de que en breve podrá dialogar con él en el Infierno.

-Seguirá, estoy seguro. Una vez que la estupenda cólera rompe el dique, su frenético fluir no se estanca. Se torna imprescindible, inevitable, como el alcohol, como el cigarrillo, para quienes los frecuentan. Y es higiénica, gimnástica; contribuye al buen curso de la sangre y a la disolución de las secreciones malignas.

-A propósito de cigarrillos... -dijo Asmodeo.

Armó uno de los suyos, tan especiales, aspiró el humo y lo pasó a sus colegas. Así, pitando, pitando, enderezaron hacia el mundo terráqueo, porque el reloj daba muestras de inquietud y, aunque no campanilleaba todavía, soltaba suaves tintines, precursores del toque definitivo. El globo que la humanidad tiene por precaria hostería, se les ofreció en colchón de nubes. Perdieron más y más altura, y divisaron un mar verde, salpicado de escollos. El Almirante Leviatán estiró profesionalmente el catalejo:

-Volamos sobre el Mar de los Caribes, antropófagos conocidos. Esas son las Indias Occidentales; hacia allá, las Islas de Sotavento, y éstas, a la derecha, las de Barlovento, las Grandes y Pequeñas Antillas.

Fue indicando las últimas:

-Santa Lucía, la Martinica, Guadalupe, Puerto Rico...

Parecían cetáceos o sirenas, en el agua espumosa.

-Las Antillas -continuó el Almirante-... palmeras, sargazos, buenas playas.

-Ron -añadió Belcebú.

-Música tropical -dijo Asmodeo- y voluptuosidades. Les belles créoles...

El despertador sonó, empecinado, pero ni con ello volvió en sí el demonio del ocio. Su aguja marcaba el año 1647.

-1647 -observó Satanás-... Richelieu murió en 1642, y Luis XIII en 1643. Atravesamos la minoría de Luis XIV... Ana de Austria... Mazarino... o sea que nos situamos, históricamente, algo después de "Los Tres Mosqueteros".

Viraron con suave inclinación, impulsados por el Destino, y siguieron bajando, hasta columbrar una nave que surcaba el estrecho separador de las actuales Cuba y Haití.

-Tres puentes y gran castillo de popa: un galeón -verificó Leviatán-. En los mástiles, banderas blancas, sembradas de flores de lis, y banderas rojas con blancas cruces: la Francia real y la Orden de Malta.

-Interpreto por la porfía y estruendo de nuestro reloj -dedujo Lucifer-, que ahí debe viajar la razón de nuestra próxima etapa. No nos quedan más que dos fichas, las correspondientes a la Pereza y a la Lujuria. Puesto que Su

Excelencia Belfegor no se libra de la trampa de Morfeo, le sugiero, Excelencia Libidinosa, que saque la suerte.

Asmodeo introdujo en la caja los dedos sensibilísimos:

-Me ha tocado a mí -comunicó-: las Antillas, 1647 y la Lujuria; mezcla picante.

-Como la cocina de por aquí -añadió Belcebú.

-Descendamos, y que el Gran Diablo nos asista.

Se situaron, como gaviotas, en la arboladura. Contorneaban, en la Española, el cabo de los Locos y el cabo San Nicolás. Ensayando equilibrios en el palo de mesana, cantó un grumete:

-¡A estribor, la isla de la Tortuga!

Y, haciendo pantalla con las manos, mientras respiraban el fresco olor salino, vieron surgir el islote de los filibusteros, el baluarte de la Cofradía de los Hermanos de la Costa.

-Estamos -sonrió Satanás- en pleno Stevenson: "La Isla del Tesoro".

-Plegue al Infierno que encontremos uno -se relamió el demonio de la avaricia.

DOCE

ASMODEO O LA LUJURIA

Hasta Belcebú, que aseguraba, ufanamente, no haber posado los ojos en más papel impreso que en los que traen recetas culinarias y de cocktails, había leído "La Isla del Tesoro", de manera que la ubicación de los demonios dentro de la atmósfera piratería, fue cómoda y general. Sin embargo, advirtieron notables desemejanzas entre la geografía de Robert Louis Stevenson y la correspondiente a la Tortuga. La isla del primero es descrita como un lugar húmedo, afiebrado e insalubre, cubierto por una profusión insólita de pinos y de sauces, mientras que la que avistaban, y que debía su nombre a su traza parecida a la del acorazado reptil, se defendía de la pesadez del calor merced a la brisa obstinada del océano, y se ocultaba bajo un enredo de plátanos, de cocoteros, de tamarindos, de mangos, de caobas, de árboles del pan, de colosales sagúes y de higueras, ensamblados en extraña cúpula por las trepadoras y los bejucos sarmentosos.

El galeón lanzó siete cañonazos ceremoniales ("¿será para anunciar la presencia de nosotros siete?" -preguntó, por burla, el de la soberbia), y desde los acantilados le respondieron. Todavía tardaron una hora en atracar, pues fue menester deslizarse con cuidado por el canal al que sirven de paredes los corales sumergidos. Los demonios aprovecharon ese lapso para descender al puente, conocer a los personajes superiores del navío, y tal vez enterarse de la causa de su traslado a un paraje de apariencia tan pobre.

El principal del conjunto era Monsieur Philippe de Lonvilliers de Poincy, Mayordomo de la Orden de Malta, a quien el Cardenal de Richelieu había mandado como gobernador a la isla, mitad francesa y mitad inglesa, de San Cristóbal, y que contaba unos sesenta años. Tratábase de un señor de escasa estatura, muy delgado, pero de mucho porte, sobre cuyo peto negro se explayaba la cruz nevada de ocho puntas de los caballeros malteses. En un medio de filibusteros y de bucaneros, él -que por cierto no lo era, sino lo más contrario- llamaba la atención, por ser el único que disimulaba uno de los ojos bajo un parche oscuro, de tal suerte que, sin fijarse en los demás, cualquier lector de novelas de piratería, se hubiera dirigido a este hidalgo, para solicitarle un autógrafo, creyéndolo un corsario, y no el Excelentísimo Señor Gobernador, lo que lo hubiese irritado mucho. Verdad es que le faltaban, para completar la clásica figura, la pata de palo y el papagayo sobre el hombro. Asimismo, oponiéndose a lo que destacó a los piratas auténticos, sobresalía por las maneras corteses y por el hablar refinado, que hasta exageraba un poco, deseoso, probablemente, de marcar bien la disimilitud. Calábase hasta las orejas un sombrero de anchas alas, al que favorecía un plumaje blanquinegro, bajo el cual aparecía el triángulo de su cara aguda y sus cabellos, perilla y bigote, que habían dejado de ser grises. En resumen, sólo dos colores se conjugaban para combinar su imagen fina: el negro y el blanco, y eso contrastaba con la policromía de los circundantes, casi todos hombrachos o mocetones, que se ceñían las cabezas con pañuelos variopintos y que llevaban unas camisas y unas fajas deslumbradoras. Uno, empero, ya cuarentón, se separaba también del resto por la calidad de su ropaje, que siendo de tonos vivos, evidenciaba una pulcra preocupación. Era Monsieur de Fontenay, a quien el Mayordomo de Malta llevaba como segundo jefe, en su visita a la isla de la Tortuga.

Habíanse reunido en la playa todos los pobladores. El galeón se detuvo a unas cincuenta brazas de la ribera, en el punto de desembarco. Todavía no hemos mencionado la singularidad de ese fondeadero, allende el cual no podían arriesgarse las naos de alto bordo. La suscitaba una flotilla, integrada por transportes muy diversos. Allí veíanse dos galeones, de menos calado que el de Monsieur Philippe, y unas cuantas fragatas, corbetas y galeras, que izaban en sus mástiles los pabellones surtidos de Europa (fuera del español), mezclados, generalmente, con banderines de calaveras, tibias cruzadas, jabalíes o esqueletos. Aquí y allá, una tripulación se entregaba a faenas de limpieza o de simplificación, quitándoles los opulentos adornos dorados, para disminuir su peso. Las casuales marinerías no pararon mientes en la dignidad con que Monsieur de Lonvilliers de Poincy, seguido por Monsieur de Fontenay, bajó la escalerilla de su nave, y se ubicó en un bote, pero desde una de las embarcaciones ancladas, a medida que el frágil bastimento, escoltado por dos otros del galeón, cruzó entre las proas decorativas, le dio la bienvenida un grupo de músicos discordantes, de éstos que llevaban las flotas para distracción de quienes las servían, y para contribuir al barullo, durante los abordajes feroces.

De pie en su falúa, Monsieur Philippe se quitó el sombrero, con amplio ademán cortesano, cuando enarbolaron en la isla la enseña de las lises. Así llegó a la playa, donde Monsieur Levasseur, Gobernador de la Tortuga, le tendió una mano para ayudarlo a descender a tierra. Por supuesto, los demonios lo habían acompañado en el náutico recorrido, y no cesaban de sorprenderse de la miseria del territorio adonde iban a parar múltiples y mal habidos tesoros.

Efectivamente, éste dejaba mucho que desear, como sitio de placer y de holganza. Lo comprobaron los huéspedes, al acceder, con harta fatiga, al pináculo en el que se escondía "El Palomar", casa-fuerte construida por Monsieur Levasseur, para alcanzar a la cual era menester el uso de escalones tallados en la piedra y de peldaños de hierro. Los demonios volaron hasta la cumbre, pero el prócer maltés no tuvo más remedio que valerse de sus flacas piernas, protestando contra la aspereza de esas soledades y añorando su castillejo de la isla de San Cristóbal, al que trescientos esclavos atendían. Agonizaba la tarde, y en breve titilaron las admirables estrellas del trópico; luego se levantó la luna, redonda, teatral, a cuyo claror los siete divisaron las miserables casucas donde los filibusteros vivían, y sus tabernas pordioseras.

Sublevábanse contra tanta mezquindad y contra los trajes deslucidos de los habitantes, las fantásticas alhajas que lucían éstos. Largos collares de perlas, broches de esmeraldas, pendientes de rubíes, ajorcas de oro, realizaban aquellas fachas de patíbulo, y Monsieur Philippe, al caminar por una senda de cocoteros hacia el fuerte y sus cañones, ojeó con su único ojo, las joyas, dignas de las mujeres más bellas del Mundo. Sabía que la Tortuga no albergaba ni una sola mujer, pues lo prohibía la severidad de su reglamento, y su puritano espíritu se rebelaba contra un lujo al que consideraba testimonio de desorden.

Pronto se percataron los diablos de la estrictez intolerante del Excelentísimo Gobernador de San Cristóbal. Era acendradamente católico, en tanto que el Excelentísimo Gobernador de la Tortuga era hugonote sin discusión. Lo raro es que el último fuera de sobra más indulgente que Monsieur Philippe, de quien, por asuntos de la burocracia borbónica y del

escalafón colonial, dependía. No ignoraba Monsieur Levasseur los matices psicológicos de Monsieur Philippe; lo que sí ignoraba, es que venía a reemplazarlo, despojándolo de su opípara prebenda. Por eso lo acogió agradablemente, en su primera visita a la Tortuga, y se esforzó por que ésta fuese lo más cordial posible. Se la ofreció en bandeja, como un convite de frutas, y lo dejó reposar en la habitación que le asignara. Allí, Monsieur de Poincy meditó sobre la misión (o el desquite) que le incumbía, los cuales, siendo desagradables, no dejaban de ser de su agrado. Esa reflexiva actitud, con los planteos retrospectivos incluso, auxilió a los demonios, acechantes en torno del funcionario austero, para formarse una idea cabal de la situación.

Desde que el Cardenal Ministro le confió el gobierno de San Cristóbal, Monsieur de Lonvilliers de Poincy debió debatirse contra elementos complejos. Los ingleses habían sido sus iniciales ocupantes, en 1623. A fin de lograrlo, tuvieron que luchar contra los caribes, sus amos bravíos. No les hubiera ido demasiado bien en la empresa, pues los indios, que conocían cada recoveco, menudeaban las estratagemas y escaramuzas, de no haberse presentado, por azar, los franceses. Los comandaba Monsieur Pierre Belain d'Esnambuc, segundón de una familia noble, quien había probado fortuna, sin éxito, en las lides de la piratería, hasta que frente a la isla zozobró su nave. Allí, Mr. Thomas Warner, el Gobernador inglés, le abrió los brazos y le propuso una alianza, que d'Esnambuc aceptó con regocijo. Juntos, se dedicaron a explotar a San Cristóbal, hasta que, al cabo de dos años, el francés retornó a su patria, opulento. Richelieu lo escuchó; valoró las ventajas que podían derivar, para la Corona, de su experiencia y astucia; y lo mandó de vuelta, con la orden de eliminar a los ingleses y de ocupar la totalidad de las Pequeñas Antillas. En lugar de suprimir a su amigo Warner, d'Esnambuc llegó a un acuerdo con él, y el resultado fue la repartición, entre ambos, de la isla. Empero, un año más tarde, el inglés se vio obligado a expulsar a su socio, aplicando a regañadientes ordenanzas venidas de Londres. Reaccionó el caballero (quizás de concierto con el británico), lo atacó y lo redujo. Warner partió para su país, a informar de lo acontecido, y d'Esnambuc quedó de absoluto dueño. Hubo entonces una incursión bélica de los españoles, a raíz de la cual ingleses y franceses, solidarizados, probaron la acidez de la derrota. Sin embargo, los españoles se fueron pronto, luego de una inútil quemazón, y d'Esnambuc regresó a su señorío. También regresó Warner, con lo que se restableció la división isleña, esta vez bajo la égida de sus respectivas naciones. Pese a que los de Francia llevaron adelante el plan que fijara Richelieu, y se apropiaron de la Martinica y de Guadalupe, el Cardenal consideró que la fraternidad de Warner y d'Esnambuc no condecía con el espíritu de sus proyectos, y resolvió descartar a su representante. Consecuentemente, Monsieur Philippe de Lonvilliers de Poincy, designado Gobernador de San Cristóbal, entró en escena. Monsieur Philippe era un hombre harto distinto de Monsieur Pierre. Este último dormía en una hamaca, sujeta de dos palmeras, mientras que el nuevo administrador requirió un castillo de dos pisos, rodeado de jardines. En él albergó su soledad altiva, que únicamente abandonó para apoderarse, con ejemplar eficacia, de catorce islas más. Mientras las coleccionaba, como un filatélico colecciona sellos antillanos, lo circundaron inquietantes rumores relativos a la Tortuga. Vivía en ella, a escasas millas al noroeste de la Española, un puñado de aventureros sin patria, quienes habían constituido una curiosa suerte de república, bajo el

nombre de Cofradía de Hermanos de la Costa, y practicaban desenfadadamente el próspero filibusterismo. No era Monsieur de Poincy un señor a quien arredaban los desmanes. Sin vacilar destacó en 1640, para que de la Tortuga se adueñase, a Monsieur Levasseur, uno de los curtidos capitanes de d'Esnambuc. Dijimos que Levasseur era hugonote. Al desprenderse de él, el católico Monsieur Philippe aprovechó para deshacerse de otros herejes, quienes acompañaron al presunto conquistador. Levasseur fue muy hábil. En lugar de conquistar la isla, conquistó a los piratas, y se hizo elegir gobernador, barriendo con el que desempeñaba esas funciones. No obstante, no juzgó oportuno anexar la Tortuga a Francia, todavía. Levantó el fuerte, y en realidad se convirtió en un filibustero más, con lo que eso entraña de provecho, ya que percibió tajadas suculentas, de los botines. Al remoto Monsieur de Poincy lo mantuvo alejado con embustes zalameros. Lo ayudó la circunstancia de que el nuevo Ministro, el Cardenal Mazarino, valorase los rendimientos que para su política procedían de la amistad de los piratas, quienes infligían notables pérdidas a los españoles. Y de Poincy, desterrado, vejado, olvidado en San Cristóbal, en tanto Levasseur gobernaba espléndidamente a la Tortuga, enfermó de encono. El odio es uno de los supremos motores del Mundo, y Monsieur Philippe aceitó al suyo, con prolija pasión, durante años. Hasta que sonó su hora. En 1647, las potencias europeas se distribuyeron las Antillas; y la Tortuga no correspondió ni a Francia ni a Inglaterra sino, precisamente -como si Monsieur de Lonvilliers de Poincy hubiese presidido la mesa de las diplomáticas deliberaciones- a la Orden de Malta, junto con San Cristóbal, San Bartolomé y la mitad de San Martín. Tantos santos enardecieron al piadoso Gobernador, espectacular dignatario maltés. De inmediato, designó a Monsieur de Fontenay, para que relevase a Levasseur, el desleal. Y con él, ebrio de pompa., desplegadas las banderas de Malta entre las de su tierra de origen, fija sobre el pecho la heráldica y autoritaria cruz, navegó hacia la Tortuga. A punto de desembarcar, lo hallaron los demonios, cuando rezumaba venganza y orgullo. Ahora fumaba su pipa, en "El Palomar", como si estuviera en la Ciudad Prohibida de Pekín y si este peñón no midiese cuarenta kilómetros de largo por ocho de ancho, sino abarcase la magnitud de la China entera. Le brillaban los ojos como el cielo tropical. Se frotaba las manos. Reía.

-¿Es a Monsieur Philippe a quien debe tentar Su Excelencia? -preguntó Mammón.

-No lo sé -respondió Asmodeo.

-Me parece más propenso al odio que a la lujuria -intervino Lucifer.

-Si nuestro jefe escogió a este candidato -añadió Asmodeo-, la lujuria se encargará de Monsieur Philippe.

-Ha de ser duro de pelar -suspiró Belcebú.

-No existe hombre demasiado duro para el ariete de la lujuria, Excelencia. A los santos no los cuento; están hechos de una pasta especial. En mis laboratorios, hemos acondicionado artificios interesantes, resultado de investigaciones milenarias. Hay allí técnicos muy capaces, científicos de primer orden. En esta ocasión me propongo no utilizar más recursos que los que suministra la Tierra, con algún toque propio. Ya veremos.

Esa misma noche, el Capitán Levasseur agasajó con un banquete a Monsieur de Lonvilliers de Poincy. Participaron del mismo, además de

Monsieur de Fontenay, varios piratas que se decoraban con la jerarquía de almirantes y con joyas de princesas.

-Aquí cualquiera es almirante -los desdeñó Leviatán, que con sus compañeros presenciaba el festín.

A los postres, el Capitán brindó a la salud del Gobernador de San Cristóbal. Monsieur Philippe brindó, a su vez, por el Gobernador de la Tortuga. Para agradecerse, pusieron de pie, simultáneamente, Levasseur y de Fontenay. De ese modo original y abreviado, se enteró el primero de la modificación de su destino, lo que le cayó muy mal. Se ensombreció, masculló vocablos incomprensibles, y siguió bebiendo. Entre tanto, de Poincy y de Fontenay alzaron sus copas en honor de la Orden de Malta. Ambos eran nobles y católicos; eso erguía, entre ellos y Levasseur, un espeso muro, enriquecido por el detalle enjundioso de que la victoria estaba de su lado. Los piratas, que aparentemente seguían al de más éxito, les hicieron coro.

-¿Cuál de estos tres, si alguno, será su personaje? -tornó a inquirir Mammón, encarándose con Asmodeo.

Como contestación, enmarcó a Monsieur de Poincy una aureola de chispas, sólo visibles para los demonios.

-Le voilà, Excellence.

El Capitán Levasseur se retiró temprano, sin despedirse. Iba, sin duda, a preparar su represalia. Amaneció misteriosamente asesinado, quizás por sus lugartenientes, y el Gobernador de Fontenay mandó que le rezaran una misa. Aclarado así el paisaje, Monsieur de Poincy se dedicó a recorrer la isla, que se recorría rápido. Vio el mercado de robos, frecuentado por clientes de todo el archipiélago; vio las tabernas (sin entrar); elogió los sembradíos; alabó la ausencia de mujeres; conversó con maestros de velámenes, con pilotos, con cirujanos, con artilleros; le maravilló que los Hermanos de la Costa pagasen con seiscientas piezas de ocho o con seis esclavos, la pérdida del brazo derecho, y con cien piezas o un esclavo, la pérdida de un ojo: como él conservaba uno, sobreviviente junto al del parche negro, computó exigua la tasación. Respiraba hondamente, feliz y tranquilo. Su frialdad adusta se entibiaba al sol del triunfo. Anunció que zarparía, rumbo a San Cristóbal, tres días más tarde.

-Excelencia -le dijo Satanás a Asmodeo-, si no quiere que viajemos y que esto se estire, tendrá que actuar en breve.

-Esta noche será.

Solicitó el de la libidine la colaboración del de la gula, pues necesitaba aderezar unas cocciones. Se metieron en la cocina y trabajaron con asiduidad.

-La comida -comentó Asmodeo- es mi gran aliado. ¿Conoce el "De re coquinaria" de Apicius, un romano del siglo I?

-¿Después de ..?

-Sí, después de.

-Lo ignoro.

-Me sorprende, Excelencia. Apicius debiera integrar su bibliografía, porque le corresponde. He aquí las hierbas que, según él, provocan reacciones sensuales: el comino, el eneldo, el anís, el laurel, la semilla de apio, la alcaparra, la alcaravea, el sésamo, la mostaza, el chalote (o ascalonia), el nardo, el tomillo, el jengibre, el ajeno, la albahaca, el perejil, el orégano, el poleo, el jaramago, el alazor (o cártamo), la ruda, la malva, el ajo, el hisopo y el ligustro.

A medida que los nombraba, golpeaba las manos y aparecían, de suerte que la mesa se fue colmando de colores y de sahumeros.

-Es absurdo -dijo Belcebú- que muchos comestibles que figuran en la canasta familiar más simple, sean considerados por este romano como estimulantes eróticos.

-Tal vez gracias a su divulgación y popularidad -le respondió Asmodeo-, se siga poblando el Mundo con entusiasmo inocente. ¡Quién sabe si los problemas que causa la superprocreación, y que tanto desasosiegan a los confeccionadores de estadísticas, no tienen por motivo al abuso del perejil, del laurel y del ajo! Recurramos ahora a las verduras que aconseja Apicius: la alcachofa, las habas, el espárrago, el nabo, la trufa, la chirivía (o pastinaca), la remolacha, la nueza, el repollo, la achicoria, el pepino, el fenogreco (o alholva), el rábano y la lechuga.

-¿También la ingenua lechuga?

-También.

Como en la ocasión pasada, las hortalizas desbordaron sobre la mesa, que daba gusto ver.

-Vaya, por favor, preparando una ensalada -suplicó Asmodeo-. No se quejará de carencia de materiales. Yo, entre tanto, sin abandonar el texto del sabio Apicius, acumularé las "frutti di mare" que el "De re coquinaria" propone para el mismo fin. Recordemos: los pulpos, los mejillones, los erizos, las ostras, las jibias, los cangrejos y los torpedos (o rayas eléctricas). Aquí están. Con ellos, Su Excelencia conseguirá esplendores.

Afanábase Belcebú, cortando, limpiando, abriendo, mezclando, sazonando, mientras que Asmodeo batía, en un alto recipiente, el brebaje predestinado a inquietar la boca y las entrañas de Monsieur de Poincy.

-Para la bebida -explicó- desamparo a la antigua Roma y me asilo en la India, que pretende, candorosamente, ser inmemorial. Necesito substancias curiosas: la raíz de la planta de ucchata y la pimienta de chaba. El resto es sencillo: leche, azúcar y orozuz (o alcacuz o regaliz). Los hindúes son buenos alumnos míos, en lo que al erotismo atañe.

Belcebú anotó la receta, minuciosamente, en un cuaderno lleno de apuntes. Se estremecieron, lúbricas, las ollas. El pulpo y el calamar asomaban sus tentáculos. Coronaba el laurel a la celebridad del ajenjo.

-Ah... -murmuraba el tragón- ah...

-Ya me arreglaré yo -le manifestó su colega-, para que cuando acuda el cocinero de Monsieur Philippe le sirva esto, comparado con lo cual, a pesar de su modestia, el banquete del extinto Monsieur Levasseur será papilla infantil. Al instante me voy a la cámara de yantar, donde soltaré los perfumes lascivos que, para obtener un armónico conjunto, asimismo reclamaré a la India.

No se resignó el goloso a perder ese espectáculo. Tras él fuese, y atestiguó cómo mixturaba, en una cazoleta de bronce, inclinándose con reverencias rituales y murmurando en sánscrito literario, idénticas proporciones de cardamomo, de olíbano, de la planta llamada garuwel, de madera de sándalo, de jazmines y de rubiáceas de Bengala. Al cabo de minutos, ese salón y la cocina se metamorfosearon en baterías de la concupiscencia alimenticia y aromosa. Sin fuego, ardía el caserón.

-Finalmente -dijo Asmodeo-, falta la música, el fondo musical: la música, complemento incitador de las mejores escenas que culminan en el deleite de la carne. Las restantes Excelencias no se negarán, espero, a realizar esa tarea

artística. Conviene la muy suave y lánguida, atravesada, aquí y allá, por latigazos, por zarpazos melódicos.

Monsieur Philippe de Lonvilliers de Poincy, comía protocolarmente solo, frente al ventanal que abría a la terraza. Zumbaban los insectos luminosos, perseguidos por las moscas verdes de Belcebú y aventados por un grumete bizco, que movía una hoja de palmera. Lejanos, oíanse estampidos, pero el Gobernador estaba al corriente de qué se trataba, y sabía que no era menester preocuparse. Algunos bucaneros jugaban a la pistola. Era un juego barato, cómodo y eficaz: varios se metían en una pequeña habitación; uno de ellos se sentaba en el piso, frente a dos pistolas o trabucos; los demás circulaban, arrimados a las paredes; de súbito, el del centro apagaba las velas y quedaban totalmente a oscuras; tomaba las armas, las cruzaba y tiraba al azar; los gritos sacudían la noche; caían heridos o muertos. Cada uno se distrae como puede y según sus preferencias. Aburríanse los piratas, en su isla sin mujeres, y recurrían a fáciles procedimientos, en pos de diversión. Sin embargo, la mayoría, más cauta, optaba por emborracharse, y sus disputas, sus cánticos, sus maldiciones y sus eructos, ascendían, entre el gruñir y el aullar de las bestias salvajes, famélicas o en celo, hasta la cámara donde Monsieur Philippe atesoraba bocados sorprendentes. No era el Gobernador un gastrónomo. Por lo demás, hacía años que, en San Cristóbal, su estricta ración fundamental consistía en carne de puerco y sopa de tortuga. Otro, al hacer frente al imposible menú romano-índico que imaginara Asmodeo, se hubiera asombrado. Él no. Mientras trituraba e ingería, se limitó a pensar que allí la culinaria diversidad era bastante mayor que en San Cristóbal, y que tal vez le conviniese llevar un cocinero de vuelta. Y siguió saboreando y embuchando. Una sensación imprevista lo recorrió en breve; algo que lo impelía hacia la ternura, hacia el comercio de sus semejantes, hacia un intercambio comprensivo. Miró al grumete, y pensó que si no fuera bizco, no sería feo, y que aun bizco, tenía gracia. Pero al punto su cuidada frialdad, su sequedad congénita, impuso su reacción, y Monsieur Philippe, como el quelónido al cual la isla debía su nombre, se encerró dentro de sí mismo y desterró esas ideas intrusas, tal como el grumete aventaba los insectos. El extraño perfume de la cazoleta parecía ser el aliento nocturno. No llegaba a marearlo, pero de repente sumía al Mayordomo de Malta en una dulce debilidad.

Alrededor, los demonios no se otorgaban descanso. Asmodeo sobrecogió a Monsieur de Poincy, pues le colmó la cabeza de citas del Kama Sutra de Vatsyayana Malanaga, de Petronio, del Aretino, del Marqués de Sade, de Maurice Sachs, de "The Pearl", de libritos pornográficos de éstos que venden en Nueva York, en la zona de Broadway, que no había leído nunca y que, en ciertos casos obvios, no hubiera podido leer. Apabullado, arañado y tironeado por el despertar de emociones que ni siquiera dormían, pues estuvieron siempre ausentes de su ánimo, Monsieur Philippe se paró. Sacudiéndose, como un perro empapado de agua turbia, supuso que la isla estaba embrujada, y lo estaba en verdad.

En ese momento entró Monsieur de Fontenay con el tablero de ajedrez bajo el brazo, listo para la diaria partida.

-Singular aroma -expresó, alzando la nariz.

El Gobernador de San Cristóbal lo recibió con alivio:

-No sé qué me ocurre. Una opresión... Quizás sea la atmósfera de esta isla herética. juguemos. El Diablo anda suelto aquí -añadió, sin equivocarse.

Se acomodaron. El jengibre, el nabo, el pepino, la mostaza, el sésamo, la raya y el pulpo, se reconocían en los conductos interiores de Su Excelencia, y apresuraban convenios agresivos. Las piezas diseminadas en el tablero, adquirirían trazas anormales, sobre todo porque Asmodeo recurría ahora a las ilustraciones de los libros japoneses consagrados a los múltiples montajes del amor.

Inesperadamente, sin conseguir evitarlo, Monsieur de Poincy cogió una mano de Monsieur de Fontenay, que levantaba una torre:

-Tenéis las manos hermosas -le dijo.

El Gobernador de la Tortuga se miró las manos, atónito. Eran bastas, cortas. En el anular derecho, el anillo con el escudo de los ocho mirlos de gules se divorciaba de las otras gruesas falanges.

-¿Habéis notado -añadió Monsieur Philippe, señalándole al grumete- las caderas de ese pirata? Es raro que haya gente tan fina, en estos contornos.

Por cortesía, de Fontenay se volvió hacia el papamoscas y comprobó su bizquera.

-Es bizco -apuntó, por decir algo-. Los bizcos traen mala suerte. -Luego sugirió-: Creo que su merced debiera acostarse. Está fatigado. Los trajines fueron excesivos. Y esa muerte... la muerte del Capitán Levasseur...

Monsieur Philippe recordó al asesinado. Lo vio caído, pero desnudo, la piel de nácar. Se pasó la mano sobre la frente:

-Sí, me acostaré.

Monsieur de Fontenay lo escoltó hasta su aposento, en alto el candelabro, barruntando que si el señor le rodeaba con el brazo la cintura y se la oprimía, era para no vacilar. Le dio las buenas noches, se inclinó, cerró la puerta, y lo dejó adentro, con los siete demonios. Se fue, deduciendo que los sesenta años deben ser una edad peligrosa, pero después concluyó que lo son todas las edades.

El dignatario de Malta se desvistió, como si soñase que se estaba desvistiendo. Quitóse el parche, y su cuenca se mostró vacía. Antes de deslizarse entre las sábanas, un espejo, traído de quién sabe qué despojo de filibustería, lo reflejó, escuálido, huesudo. Le alcanzó el tiempo para decirse que, al fin y al cabo, físicamente, no estaba tan mal. ¡Ah, si él hubiera osado, antes...! Pero no. No se atrevió jamás. A nada. Él había sido, invariablemente, el riguroso, el áspero, el inflexible, el intolerante, el perfecto Monsieur Philippe de Lonvilliers de Poincy. Murmuró unas vagas oraciones, que se resistían a salir de sus labios.

-¡Música! -ordenó Asmodeo.

Los demonios, llevando a la práctica lo que concertaran, revistieron unos pantalones negros, apretadísimos, y unas blusas naranjadas, transparentes, de amplias mangas, ceñidas en las muñecas con floridos encajes. Se proponían improvisar una orquesta antillana, pero como no poseían ni la menor idea de su instrumental, decidieron recurrir al banjo, a la marimba, al marimbao, a la maraca, al serrucho y a la guarura, que es una caracola. Cuando apareció el botuto, trompeta de guerra de los indios del Orinoco, Asmodeo lo despidió con ademán imperioso.

-¡A tocar! Suavemente...

Fue tal el estruendo, que Monsieur Philippe pegó un salto.

-¡Suavemente! -exigió Asmodeo-. ¡Violines y serruchos! Una... una habanera... y canten... con suavidad...

Los ejecutantes acataron su mandato y se dividieron en dos grupos, los serruchos por aquí, y los violines por allá. Fijas entre las piernas las sierras de afilados dientes, las hacían vibrar, sollozantes, dolorosas, y los violines marcaban la cadencia con agudos y bajos gemidos. Les pareció que lo oportuno, puesto que estaban en la isla de la Tortuga, sería entonar una canción de piratas, y como la única que conocían era la que Stevenson incluye en "La Isla del Tesoro", la modularon, adelgazando las voces, hasta que sonaron como las de los "castrati":

"Fifteen men on the dead man's chest,
Yo-ho-ho, and a bottle of rum,
And a bottle of rum."

Eso, entornando los ojos, contoneándose y aproximándose al balanceado ritmo de la habanera.

Encaramado en el dosel del lecho, con la cazoleta humeante en una mano y en la otra una batuta, Asmodeo asomó la jeta porcina y las orejas de conejo entre los cortinajes, y agitó las alas verdosas, de provocante cantárida, hasta desprender unas tenues limaduras que, espolvoreando al yacente cíclope, contribuyeron a su enajenación. Dio dos golpes con la batuta, acentuó el tono de falsete, y comenzó a cantar:

"Cuandó... salí de La Habana, brillaba el sol..."

Los restantes lo siguieron:

"¡Ay chiquita que sí,
ay chiquita que no... ay!"

Monsieur Philippe, en cueros como vino al mundo, pero menos bien, respiraba el espeso olor, y bebía la música y las voces que, entreveradas con el rezongo de los ebrios, simulaban proceder de la campiña. Los serruchos maullaban quedamente, remedando el venéreo apetito de los gatos; deliraba la fruición de los violines. Asmodeo vislumbró que Monsieur de Poincy estaba suficientemente adobado para dar principio al gran show.

Dejó que los musicantes interpretaran, en sordina, algunos bailes con ambición de exóticos -la zamacueca, la conga, el bambuco, la rumba, el cumbé-, y lo aprovechó para intensificar la presión de la atmósfera, tan extrema que el maltés resoplaba con dificultad. Entonces el demonio probó hasta qué punto lo era. De un brinco, se situó en el medio del aposento, encuadrado, como un teatrillo, por las columnas de la cama, y allí, sucesivamente, retozando con erudita holgura por encima de los siglos y de los países, fue una geisha del Japón, un efebo espartano, una hetaira de Corinto, un travesti brasileño, Safo de Lesbos, el amante de Lady Chatterley, una Emperatriz de Bizancio, el Príncipe de los Lirios de Creta, una prostituta de Hamburgo, un paje del Renacimiento, las dos majas de Goya, Lord Alfred Douglas, un hada de "Las Mil y Una Noches", un hermafrodita de cualquier parte, Don Juan y la Bella Otero. La orquesta acompañó el aparecer y desaparecer de personajes tan distintos, con compases adecuados que se escalonaron desde "Madama Butterfly" (para la geisha) hasta un vals de Strauss (para la Bella Otero), y Asmodeo se ingenió para que antes de

esfumarse el uno, el otro surgiera, de modo que desnudeces de tan distinta laya se mezclaron, y que en determinado instante el travesti del Brasil, el amante de Lady Chatterley, Safo y el Príncipe de los Lirios -por citar un pequeño ejemplo-, combinándose, ensamblándose y acoplándose, organizaron la estructura de un humano y voluptuoso pulpo, lleno de posibilidades, que suscitó la reacción afín del pulpo habitante del canal digestivo de Monsieur Philippe, con lo que ambos pulpos, el visible y el invisible coadyuvaron con pasión estrecha en favor de lo que concienzudamente perseguía Asmodeo.

A de Poincy no le alcanzaba su ojo huérfano. Añoraba los de Argos. La geisha se desató el obi y abrió su kimono; el efebo se exhibió como en la palestra, es decir como bajo la ducha; la hetaira evidenció y no evidenció, astutamente, lo que le convenía; el travesti conservó apenas cubierto lo que lo hubiese delatado; el de la Lady se descubrió el pecho velludo y algo más importante; la Emperatriz patentizó que el manto, pesado como una dalmática, era su única ropa; el Príncipe se encaprichó y mantuvo su tocado de plumas, libre del resto; la pecadora de Hamburgo, hizo lo mismo, pero con las medias negras y las ligas de brillantes falsos; el paje se ajustó con tal ahínco y habilidad, que no necesitó desvestirse; la Maja Vestida copió a su "pendant"; Lord Douglas se limitó a sonreír y fue como si se desnudase; el hada lanzó a volar sus velos y testimonió que las hadas (las de Oriente) plagian las tersuras de la doncellil anatomía; el hermafrodita reiteró la posición del andrógino del Museo Vaticano, que es la clásica, por época y por andrógino. Don Juan recalentó el ambiente, sin más calorífero que su presencia; y la Otero tardó tanto en despojarse del corsé, las enaguas, los calzones y etc., que se quedó a mitad de camino de un "strip-tease" ilustre, porque las mutaciones se producían con ladina velocidad.

"Yo-ho-ho, and a bottle of a rum...
Cuandó... salí de La Habana..."

¡Desventurado, acribillado Monsieur de Poincy! Las furias ardientes se habían desencadenado y zapateaban, descalzas, sobre su miseria. Todo él era una sola ascua y una sola rigidez. ¿Es justo, entonces, que nos choque, que nos disguste, que recurriese al exclusivo procedimiento que conocía y del cual podía echar mano -ya que aquella comparsa consistía en meras sombras-, para desagotar su angustia? A él apeló el sexagenario, remontando torpemente el luengo camino que de su adolescencia lo separaba. Quedó exhausto, pero fue grande su alivio. Las cosas no terminaron, sin embargo allí. Durante dos días, no logró abandonar su cámara, entreabriendo apenas la puerta para recibir algún alimento, y rechazando a Monsieur de Fontenay y a los oficiales que acudían, solícitos, y se pasmaban al divisar, por el resquicio vedado, la flaca desnudez del Gobernador. Durante dos días, dos días enteros, Asmodeo lo hostigó renovando las imágenes, multiplicando las composiciones, azuzando a la orquesta y al cocinero Belcebú, obligando al caballero a prolongar su orgía solitaria, desembocadura de una vida de rigor, de aislamiento. Y aun en esa ocasión, impuso el Destino cruel que el Mayordomo de Malta actuase bajo el signo de la incomunicación, y que la que debió ser su plática amorosa, fuese un monólogo.

Por fin, la mañana elegida para hacerse a la mar, franqueó Monsieur Philippe el acceso a su alcoba. ¡Con qué espectáculo toparon sus gentes! El señor de Lonvilliers de Poincy estaba postrado en el desorden del lecho, pálido e inmóvil como la misma Muerte, enseñando como ella los dientes y las costillas, y mucho más, tan laxo y destruido que el piadoso Monsieur de Fontenay se apresuró a cubrirlo con la capa negra y su cruz de ocho puntas. Lo lavaron, peinaron, trajearon y calzaron. El Gobernador de la Tortuga lo alzó en sus brazos fuertes y, mientras rompían la calma los cañonazos ceremoniales, lo condujo al galeón. El famoso grumete bizco le llevaba el emplumado sombrero. Los pobladores fueron detrás. No imaginaba nadie a qué causa atribuir el desfallecimiento del Gobernador de San Cristóbal, quien tartamudeaba y, cuando se lo conseguía entender, profería palabras tan obscenas que era mejor que tartamudease. También le dieron escolta los siete demonios, encabezados por el cojo Asmodeo, al que palmoteaban sus cofrades. Inmensas mariposas reverberaban al sol.

Lucifer, empero, dijo:

-A riesgo de que se me tilde de pesado, por mi insistencia, me permito destacar, señores, que la Soberbia, mi Soberbia, y en ciertos casos la Vanidad, su hermana menor, son la fuente común de todos los grandes pecados. Por soberbia, sucumbió Madama Catalina de Thouars, en el castillo de Tiffauges; por vanidad, perecieron Nonia Imenea y los demás pompeyanos que, avaramente, no se resignaron, durante la erupción, a separarse de los testimonios de su prestigio; por soberbia la envidiosa Emperatriz Tzu-Hsi abatió al Hijo del Cielo. El ermitaño Don Antonino Robles no pecó por soberbia, en Potosí, mas a su lado resplandeció el terrible orgullo del Capitán General Melgarejo, mientras lo incitaba a caer con él bajo la provocación de la gula. El Sior Leonardo fue una víctima de la vanidad, como lo fueron los Rezzónico venecianos, con quienes se ensañó su ira. Y en cuanto a Monsieur Philippe ¿quién duda de que su soberbia, disfrazada de cristiana austeridad, lo guió a perderse en las desazones de la lujuria?

-Como Su Excelencia comprenderá -le contestó Asmodeo-, estoy algo cansado. No me exija que arguya ahora.

-Permítame, Excelencia... Lejos de mí pretender menoscabar su trabajo, que ha sido magnífico. Las pruebas sobran allí.

Y Lucifer señaló al Mayordomo de Malta, que abandonaba el bote y ascendía la escalera del galeón, transportado por Monsieur de Fontenay. Volvió en sí en la toldilla, y casi no le bastó el aliento para ordenar' que el grumete se incorporara a la tripulación.

Sentáronse los demonios en unas peñas y permanecieron largo espacio, fumando y observando las maniobras. Izaban las velas; levaban anclas; soltaban estampidos; saludaban estandartes. Se iban, se iban ya. La nave ganó el viento, viró, reviró, sotaventeó, guiñó, escapuló, e hizo otras cosas de nave.

-Partamos nosotros también -invitó Satanás-. Aquí llegan nuestros transportes, esta vez íntegramente fieles. ¿Cómo? el toro Asurbanipal se afeitó la barba. Nos queda por remachar nuestra obra, con el episodio del último pecado. Le ha correspondido a la Pereza, como era lógico, afanarse cuando no hay más remedio.

-Yo debo confesar -dijo Belcebú- que deploro que nuestro viaje se aproxime a su fin.

-Yo también -lo apoyó Asmodeo-. Comparto la opinión del Gran Diablo, según el cual Tomás de Aquino se quedó corto, al reducir a siete los pecados capitales.

-Por ejemplo -intervino Lucifer- se me ocurre que el resentimiento (que no es la envidia) es un pecado bastante peor que la gula.

-No me menosprecie, Excelencia -rogó Belcebú.

-¿Y la adulación? -preguntó Satanás-. ¿No es peor que la pereza?

-¿Y la hipocresía... que no es la mentira? -preguntó Mammón.

-¿Y el odio... que no es la cólera? -preguntó Leviatán.

-A ése lo han tenido en cuenta -le contestó Lucifer-. Recuerde aquello de "amarás a tu prójimo", etc. Hubiera sido una distracción imperdonable.

Desplegaron las alas y subieron, saturados de elegancia. Abajo, cabeceaba el galeón.

-El Gobernador de San Cristóbal -concluyó Asmodeo- lleva consigo un álbum en colores, del cual no se separará hasta la conclusión de su vida. Lo seguirá hojeando, hojeando, manipulando, noche a noche. No creo que viva demasiado.

TRECE EL VIAJE

Por capricho o por instinto, ascendieron exageradamente. Fraternizaron con las galaxias. Lucifer, henchido de vanidad, dejaba flotar y abrirse su manto inmenso, que los cubría a todos, como un delgado velamen, de modo que podían imaginar que viajaban en el galeón de Monsieur Philippe, bajo una tela restallante, translúcida.

Asmodeo quiso saber por qué se había afeitado Asurbanipal. El toro asirio parecía disminuido, sin su venerable apéndice. Coronado e imberbe, el poderoso cuadrúpedo de fuertes ancas era difícil de clasificar, y permitía valorar la importancia que siempre se acordó (Sansón, los reyes francos, los que recurrieron a la peluca), al elemento piloso, símbolo de vigor viril. No lo hubiesen admitido así, por falso, en el Museo del Louvre.

Explicó la sirena:

-Es una consecuencia del conflicto básico de las generaciones. Observe, señor Asmodeo, a nuestro hijo: cada día tiene más barba, que ya le alcanza al pecho, aunque todavía lo amamantó. El toro ha tratado, sin éxito, de que Supernipal se rasurase y pretendiese ser lampiño, para marcar de esa manera la distancia que media entre la impericia infantil y la experiencia que otorga la madurez. No lo ha conseguido; entonces se ha resignado a sacrificar su propia y espléndida barba. Asurbanipal, como buen primitivo, otorga mucha significación a los emblemas, y para él, ahora, la barba, contra la costumbre, es testimonio de mocedad. Piensa el babilonio que ha inaugurado una moda, desbarbándose y afirmando así su preeminencia, y está contento. A mí me parece que le queda bien. Lo rejuvenece... pero yo no se lo diría por nada, sino le repito que junto al barbón lactante que tiene por hijo, se ve que él es el patriarca, el gran toro sin pelos largos en los mofletes.

-A mí no me gusta en absoluto cómo le queda -replicó Asmodeo-. En una época, se usó que los servidores ostentasen anchas patillas. La barba de Asurbanipal representaba para mí, que soy su amo, las patillas de los antiguos maîtres-d'hôtel. Afeitado, no reconozco a mi servidor. Se me parece demasiado.

-Ya no hay servicio, Excelencia -le recordó Satanás-. Hacen lo que quieren. Si le exige que deje crecer su barba o sus patillas, se irá, y reeditaremos la comedia del estatuto. Además, reclamará indemnizaciones. Olvídese de la barba y adáptese a los tiempos. Imagine, al revés, a un mucamo de lengua barba, entrando en el comedor con la fuente, y dígame si eso conferiría dignidad a la diaria ceremonia.

-Sí -refunfuñó Asmodeo-, ahora quien debería dejarse la barba soy yo.

Rieron los otros, concibiendo la figura de una mezcla de cabrón y de cerdo. Los distrajo de estas fruslerías la presencia de un cometa, que pasaba a velocidad loca, trazando su parábola, su hipérbola o su elipse, y exhibiendo, jactancioso, sus tres elementos: la estrella del núcleo, la nebulosa de la cabellera, y la dilatación atemorizante de la cola.

-Los cometas -dijo Leviatán- anuncian la muerte de los reyes.

-Esa es una invención de los reyes -dijo el populachero Belcebú-. Quieren creer que los astros están pendientes de sus biografías, y los astros prosiguen sus evoluciones, inmutables. En cambio es cierto que los cometas

ejercen una influencia notable sobre los vinos. El primer "grand cru" del Château-Lafitte se vincula con el cometa de 1811. Me consta.

-Sería interesante probarlo -propuso Lucifer.

-¿Probar qué?

-Probar el "grand cru".

Belcebú no necesitó que se lo reiterasen. Manifestó copas y botella y, en la inconcebible altura, los demonios se alborozaron, merced al Château-Lafitte de 1811, que les recalentaba las venas diabólicas. Sucedieron a esa botella, otra y otra y varias más.

-¡Admirable, admirable! -paladeaban los viajeros.

Por bondad de Belcebú, los transportes participaron de la invitación. Pronto oscilaron en el espacio; giraron sobre sí mismos, como derviches del aire; emprendieron carreras dementes; se dejaron caer con saltos de trapecistas. Hasta las moscas zumbaban con distinto acento.

-Declara Asurbanipal -expresó Superunda, entre dos hipos- que se dejará nuevamente la barba.

-No... no... -protestó Asmodeo-, yo... yo me la dejaré. ¡Mueran el jabón, la brocha y la rapadura!

-El vino -proclamó Belcebú- es el mejor amigo del hombre.. .

-¿Mejor que el caballo... que el perro? -inquirió Mammón.

-Mejor, mucho mejor. Los suple, los sobrepasa. Si hubiera bastante vino en el Mundo, se eliminarían las guerras. No comprendo cómo no estudian ese asunto los gobernantes y los enólogos.

-Siempre habrá guerras, Excelencia -suspiró Mammón-. En ese caso, estallaría la guerra entre los fabricantes de armamentos y los fabricantes de vino.

Eufóricos, se abrazaron Asmodeo y Asurbanipal, a riesgo de que el primero saliese de la grupa y de que no lo sostuvieran sus alas entumecidas.

Púsose a sonar el reloj, devolviéndoles una ficticia sobriedad, lo que certificaba los méritos alcohólicos del "grand cru". Leyó Lucifer el año: 2273.

-El Tiempo... -hociqueó Asmodeo- venimos y vamos... vamos y venimos...

Se precipitaron como flechas, aguijonándose en carrera vertiginosa. Despertáronse los vientos, y pretendieron detener su galope, engarfiándose en sus ropas, en sus alas, en sus cabellos chiflados. Bramaba el motor del Vellochino. Asmodeo pudo desplegar el mapa y vio que se encendía en la parte correspondiente a la ciudad de Bêt-Bêt, ubicada en el corazón de Siberia. Luego la rabia de Eolo se lo arrebató. Partió el planisferio volando, azotando el aire, doblándose, desdoblándose, feliz porque finalmente lograba vida propia. Lo dejaron retozar. No lo necesitaban. Lucifer, más por hábito que por requerimiento, pues quedaba en su interior sólo una ficha, abrió la caja del japonés. Extrañamente, envolvía un papel a la pieza restante, tan fino que no se lo notaba al tacto. Lo consiguió desplegar, reconoció la zarpa caligráfica del Diablo Supremo, y lo pasó a Leviatán, quien le dio lectura: "Cuidado con Belfegor".

Se ingeniaron para sacudir al de la pereza, con auxilio de sus monos, que hicieron bambolear las andas. Lo dificultaban la celeridad de la caída, la cólera de los torbellinos, la lucha contra los carrillos inflados de Austro y Bóreas, de Siroco y Mistral. Pellizcaron, cachetearon a la durmiente; agitaron su caparazón. Ya se distinguían, en la llanura, las luces interminables de Bêt-

Bêt. Ya subía el humo de sus chimeneas sin límite. Ya los rozaban, como peces ciegos, los aeróstatos de toda laya que vigilaban y purificaban su atmósfera.

-¡Belfegor! ¡Belfegor!

Abrió los ojos la hija del Sueño y de la Noche, por fin. Su bostezo fue comparable a la oscuridad decorada de las cavernas famosas, con pinturas rupestres. Toda ella bostezaba, repentinamente hueca y troglodítica; toda ella, hasta la cóncava coraza de tortuga, hasta las alas de piel de marmota, que se curvaban y dilataban y bostezaban también. Desgarró el tejido de telarañas que la envolvía, y se incorporó.

CATORCE

BELFEGOR O LA PEREZA

Mucho se hablaba en el infierno, de la ciudad de Bêt-Bêt, fundada el año 2250. Los demonios numerosos que la atendían, cuando regresaban para disfrutar de sus vacaciones en el señorío del Diablo, difundían noticias entusiastas acerca de los triunfos de su espíritu progresista. Allí no se perdía ni un centímetro de espacio, y trabajaba todo el mundo. La higiene más severa hacía espejear sus distintos barrios y sectores, cada uno de los cuales había sido concebido, luego de importantes estudios, por ingenieros, arquitectos, paisajistas y técnicos sesudos, de acuerdo con un modelo especial, que repetía en él las construcciones uniformes, las plazas, el laberinto de los refugios subterráneos, las avenidas, carreteras y demás, hasta que se pasaba al distrito siguiente, fruto a su vez de otro modelo, el cual había sido planeado y logrado con similar parejura, simetría, eficacia y rigor. De acuerdo con las exigencias de cada agrupamiento, prevalecían en él las chimeneas, torres y conductos de determinado tipo, que vomitaban gases de colores inéditos, pues los proyectistas habían concentrado, en los sucesivos cuarteles, iguales o afines manufacturas, desembuchantes de fluidos iguales o afines, de modo que era fácil saber en qué zona de Bêt-Bêt se encontraba uno, por el tono de los aéreos residuos, y por el tufo que éstos producían. Sin embargo, los científicos habían conseguido equilibrar casi plenamente esos hedores, y había que ser muy sutil para diferenciarlos, pues los reemplazaba la presencia de un perfume común, al cual era menester habituarse. Por otra parte, salvo la excepción de los encargados de la vigilancia, nadie abandonaba su propia sección, dentro del vasto prodigio de Bêt-Bêt: tenían demasiado que hacer en sus correspondientes demarcaciones, y el trabajo no consentía vagabundeos insólitos. Los días de descanso, los habitantes ponían en marcha los sencillos mecanismos individuales que les permitían remontarse en la atmósfera y emprender paseos cortos, pero aun entonces solían permanecer arracimados en la altitud de sus propias divisiones ciudadanas, impulsados a hacerlo por la policía que gobernaba el tránsito superior. Y cuando les tocaba los períodos escalonados de tregua de las actividades, en general los llevaban en ómnibus inmensos, a distantes planetas amigos, donde los aguardaban ciudades semejantes previstas para el metódico placer. En consecuencia, Bêt-Bêt ofrecía la imagen recortada, cuadrículada y particularizada, que brota del orden perfecto. Era suficiente allí que una persona declarase en qué barrio moraba (cosa que no necesitaba hacer, en realidad, pues se infería de su ropa y escarapela de identificación), para que de inmediato se dedujese cuáles eran su situación social y sus responsabilidades, y de qué robots dependían sus tareas. Los habitantes se trasladaban en masa a sus ocupaciones y a sus residencias, a sus recreos y a sus reposos. Para ello no requerían ni silbatos, ni sonoros artificios, ni silentes llamamientos a sus conciencias, porque ellos mismos, espontáneamente, lo cumplían, tan habituados estaban, desde la época fetal, a enfrentarse con sus inamovibles deberes.

Afirmados en esbeltas torres, los demonios vieron desfilar, según lo impusiese la diaria evolución, a sus batallones unánimes, superfluamente dirigidos por atentos guardias mecánicos, y se admiraron de la excelencia de su disciplina.

-Comprendo -comentó Leviatán, envidioso- las alabanzas y el fervor que suscita Bêt-Bêt a nuestros colegas destacados aquí.

-Maravilla tanto esta ciudad ideal -dijo Lucifer-, que por su orden, su poder y su capacidad práctica, sólo admite ser comparada con...

-El Infierno -lo interceptó Satanás.

-Eso es, con el Infierno.

-¡Con el Infierno! ¡con el Infierno! -aprobaron los otros, respirando a sus anchas.

-He ahí -continuó Lucifer- a dónde conduce el útil, el custodiado adelante. En el año 2273, el hombre logra, como resultado de sus investigaciones estupendas y de una reglamentación que es un paradigma, reproducir, sobre la Tierra, el arquetipo magistral que, con su sabiduría sistemática, ofrece el Infierno. Hay que felicitarlo.

Y, a guisa de saludo, se tocó la diadema de diamantes. Los demás repitieron su gesto con venias respetuosas.

-Excelencia, Señora -dijo Mammón a Belfegor, que lo miraba con ojos como huevos duros-, es imposible sentir celos de su posición, en estos instantes. En Bêt-Bêt no hay lugar para la pereza. Funcionarán, tal vez, ciertos pecados. La pereza no. No cabe. Supongo que la gran mayoría de los pobladores irá a dar al Limbo. Perezosos, seguramente no hay aquí. El Diablo nos esperaba, al final, con una treta de mala ley.

-Quien critica al Diablo, escupe al Cielo... quiero decir al Infierno -declamó Belcebú.

Los recorridos de Bêt-Bêt, que los días siguientes efectuaron, confirmaron sus apreciaciones superficiales. Vieron a los distribuidores de alimentos sintéticos, repartirlos con isócrona regularidad, en las casas gigantescas. Como se habían suprimido los achaques de la salud, grandes diversificadores, los naturales de Bêt-Bêt podían (y debían) realizar comidas gemelas, las cuales cambiaban diariamente, según un horario fijo, de modo que si alguien presenciaba el almuerzo de un bêt-bêtino, tenía la certidumbre de que el resto de la población almorzaba esas comprimidas viandas, que eran inexorablemente, las que él se aprestaba a almorzar. Y como la moda variaba año a año, para brindar a los de Bêt-Bêt la oportunidad de una distracción en el atuendo, en cuanto se anunciaba la nueva ropa, el público afluía a los mercados, feliz de regresar a su hogar (o más propiamente dicho residencia), luciendo atavíos flamantes y homogéneos a los de sus vecinos. Siberia había sido calefaccionada con exacta medida, utilizando para ello el calor interno de la Tierra, que se extrajo con poderosos y exquisitos motores, así que no se conocía la variación que separa al invierno del verano, merced a lo cual ni el comer, ni el vestir, ni el ritmo de la existencia, se modificaban en el transcurso anual; y como hacía ya ocho centurias que se había aniquilado la institución de la familia, las únicas obligaciones que en Bêt-Bêt continuaban funcionando eran las muy estrictas de trabajar, alimentarse, fecundar, descansar y dormir, dentro de un cuadro de horas preestablecido.

Lo que enumeramos -y mucho más, acerca de lo cual guardamos silencio, para que no se nos tache de fastidiosos, pero que armoniza inflexiblemente con este panorama- interesó sobremanera a los demonios. Sin embargo, se alteró su impresión primera, que asimiló a Bêt-Bêt con el Infierno, y que resultó ser frívola. Lo único que sí, fuera de discusión, era infernal -y en ello convinieron los siete-, fue la evidencia de que en Bêt-Bêt trabajaban

todos, y que allí se llevaba una vida prolijamente regimentada. Eso, por un lado, satisfizo los anhelos igualitarios de Belcebú, mientras que por el otro lo dejó perplejo y contrito la certeza de que en aquella ciudad habían anulado a la dulce gula. Parecía, asimismo, que ni la ira, ni la soberbia, ni la avaricia, ni la lujuria, ni la envidia, estaban en condiciones de actuar allá. Y ¡qué decir de la pereza, la más extirpada de las tentaciones!

Demonios locales, con quienes conversaron, les hicieron saber que Bêt-Bêt no era más que una muestra de lo que acontecía en el Mundo entero, lo que los avergonzó mucho, al refirmar la razón que había tenido el Diablo cuando los calificó de inútiles, puesto que -por haberse autojubilado en el Infierno, de cualquier preocupación- ignoraban asuntos tan substanciales. Acusáronse entre sí de vanos matadores del tiempo e indignos de su título de príncipes, y de no hallarse entre ellos el arrogante Lucifer, quien les levantó el ánimo con argumentos que le sugería el innato e invencible orgullo, se hubieran dejado arrastrar por la hipocondría, hasta caer en la postración más destructora. Felizmente, debían realizar una faena complicadísima, lo cual les infundía una suerte de saludable exaltación, efecto del remordimiento, de la vanidad y del desafío. Y lo que más los asombraba era la actitud de la rechoncha Belfegor quien, en tanto se paraban delante de las vidrieras equivalentes, entraban en los monótonos comedores, o visitaban los intercambiables establecimientos fabriles, si bien seguía lentamente sus pasos, acompañada por los cuatro monos que le sostenían la concha de tortuga o le daban apoyo, con fútiles pretextos se sentaba en los umbrales, en el césped de las plazas, donde fuera, o se dejaba conducir por las aceras móviles, hasta desaparecer y reanudar su íntimo diálogo con el sueño.

Corría el tiempo, entre el turismo, los estudios sociales y la postergación del esfuerzo profesional, lo que patentizaba que ese episodio había sido colocado bajo el signo de la holgazanería. Infructuosamente estimularon a Belfegor, para que iniciase su obra. El demonio-demonia echaba a ambular sobre ellos sus grandes y vagos ojos verdes, que hubieran sido hermosos, de no mediar las estrías, secuela del mucho dormir, ramificadas en la niebla de su interior, y no les respondía, reduciéndose a reacomodar la posición desganada. Y los diablos se consumían y alborotaban, temerosos de que por ella fracasase, a punto de coronarlo, el empeño común. Le hablaban, le suplicaban, la zamarreaban, la acusaban, la insultaban, sin provecho. Belfegor demostraba, con curiosa porfía, que la pereza es más fuerte que la soberbia y que la cólera. Había renunciado a caminar, recurriendo de nuevo al uso de las andas, y en ellas, transportada por los chimpancés y circuida, como por una pequeña corte, por la sirena, el toro, el grifo, la serpiente y el sapo -que no se cansaban de examinar vidrieras-, seguía fastuosamente a sus compinches. Volvían éstos a menudo sobre sus pasos, para codearla e inquirir si todavía no había hallado un subterfugio y si no tenía órdenes que darles, y Belfegor les sonreía con una mansedumbre tan ausente que eso contribuía a enfurecerlos. Hartos de dilaciones, reuniéronse en consejo los demonios mientras su indiferente asociada dormía, y resolvieron proceder por su cuenta, pero presto se vio, a través de su disputa, que no disponían de los resortes psicológicos propios de la pereza, pues cada uno propuso, para salir adelante, una política inherente a su individual pecado, lo que quizás provocaría la envidia, la avaricia, el furor, etc. de los bêt-bêtinos, mas nunca lo que se buscaba. Impotentes y rabiosos, tascaban los frenos. Y entretanto la

ciudad de Bêt-Bêt continuaba marchando, como un inmenso reloj, cuya esfera reflejaba las automáticas maniobras militares de su pueblo, y presentándoles una imagen resumida de lo que acontecía en la totalidad del Mundo.

Perdieron en conclusión la cabeza y, aunando sus sañas, arremetieron simultáneamente contra la impasible, con la complicidad de sus transportes. La serpiente aprisionó la blandura de su cuerpo; el toro se le plantó encima; el grifo la picoteó; la escupió el sapo; la apalearon los monos; y ellos, no obstante el respeto que experimentaban ante su condición fraternal de princesa, la aporrearon desesperadamente, disgustados como si se aporreasen a sí mismos. Tal suma de voluntades, dio su fruto. Cuando recuperó la conciencia, le reclamaron que por lo menos ensayara de inducir a un bêt-bêtino, a uno solo, a cualquier bêt-bêtino, a caer en la muelle trampa del ocio, asegurándole que para ello disponía de su colaboración más franca. Ronroneó Belfegor que lo haría y que, presentado el caso, impartiría sus disposiciones. Desde ese momento, durante las dos semanas siguientes, no la vieron más, y hasta sospecharon que había regresado al Infierno, sin decirles agua va y dejándolos en la estacada, pero no se arriesgaron a partir, hasta no alcanzar la seguridad plena de que no les restaba más solución que tomar ese camino.

Comenzó la indolente por reducir su peso, dentro de lo posible. Jamás consiguió una silueta equiparable a las de las mujeres, viejas o jóvenes (muy parecidas), oriundas de Bêt-Bêt. Le sobran, irremediablemente, flaccideces y kilos. Empero se ubicó dentro de uno de los vestidos uniformes que todos llevaban; se procuró una falsa documentación, y así provista ingresó en una manufactura de cojines sentimentales.

Éstos certificaban el ingenio, aplicado por los hombres de ciencia de Bêt-Bêt, a asegurar la felicidad de la vida ciudadana. Consistían en unos almohadones, en los cuales bastaba posar los pies para que emitiesen sonidos que suprimían las nostálgicas inquietudes. Por ejemplo, si acaso, al retornar a su habitación vacía, aquejaban a una persona las añoranzas del antiguo orden familiar (demasiado metido en su sangre, por milenios de hábito, para que el nuevo régimen lo hubiese sacado ya de raíz), era suficiente que colocase los pies sobre el cojín, y en seguida el mecanismo le ofrecía el llanto de un niño, el ladrido de un perro, el maullido de un gato, el gorjeo de un canario, el repicar de cacerolas, y así, al infinito, porque era factible modificar los sonos, de acuerdo con la necesidad, y la riqueza del almohadón encerraba desde una fuga de Bach hasta el hervir de una pava, y desde una declaración amorosa hasta el estrépito de una cortadora de césped. Únicamente los rezagados en su evolución, los más débiles, los adquirían, pero había que tenerlos en cuenta, si se deseaba que Bêt-Bêt se desarrollase con sentido armónico. Calculaban sus constructores que, poco a poco, se lograría excluir también esos almohadones, y por lo pronto se consideraba como una victoria del concepto actual, el hecho de que quienes abrigaban aún síntomas de ausencia, los curasen con dosis iguales de iguales remedios.

En una fábrica de benéficos cojines, entró pues Su Excelencia la Señora Belfegor. Por supuesto, tratábase de un establecimiento pequeño, si se lo comparaba con los destinados a la gran industria, ya que estaba dedicado a un público restringido y especial. Entró y entró a trabajar, algo para ella tan desconcertante, tan enemigo de su idiosincrasia, que le costó vencer la repulsión de la servidumbre laboriosa que se impusiera. Al fin y al cabo, hay

que valorar lo que significa que un demonio princesa, distinguido por la circunstancia particularísima de ser, además, el demonio y la princesa de la haraganería, llegara cotidianamente a la fábrica de cojines sentimentales, y se entregara, en el curso de largas, consecutivas horas, a rellenar almohadones. Integraban el personal dos mil obreros y obreras, cuyos sexos eran difíciles de discriminar -cuando se lograba-, tan bien habían alcanzado a unificarlos los métodos de Bêt-Bêt.

Lo primero que llamó la atención del personal con referencia a Belfegor, fue la disparidad de su volumen. Nadie pesaba lo que ella, no obstante la disminución que se había impuesto. A esa curiosidad se sumó la que derivaba de varios aspectos de su actitud. Trabajaba, trabajaba conscientemente, pues de otra suerte no hubiera podido permanecer en la manufactura, sin incurrir en sanciones muy graves, mas supo introducir en su modo de encarar la tarea, una languidez sutil -que no era, en realidad, al principio, más que una sombra, apenas un matiz delicado de la languidez-, cuya presencia, suave, melindrosa, tierna, meliflua, pero constante, suscitó la sorpresa de sus compañeros más próximos. No se les había ocurrido que eso, ese retoque, esa variación liviana y tenaz del ritmo común, pudiese existir. Era algo tan extraño, que ellos también aminoraron la afanosa cadencia, para observar su quehacer. Observaron luego que, durante los breves espacios de descanso, en lugar de permanecer tesa en su sitio y de tomar sellos o recibir masajes, para acumular vigor, la principiante gorda se tumbaba y dormía. Esto último era fantástico. Que a alguien se le ocurriese dormir, en el lapso corto que separa a una tarea de su prosecución, era fantástico. Y Belfegor (quién sabe si con un ojo abierto porque, cuando dormía, lo hacía sólidamente) osaba sestear en dichas ocasiones.

Primero fue una; después fue otro; hubo una tercera; hubo un cuarto que encogidamente al comienzo, y más adelante con ahínco, se atrevieron a copiar a Belfegor. Y no sólo eso: el ejemplo de su flojedad, de su enervación, de su "laisser aller", cundió en la fábrica. Los jefes intervinieron tarde: la fábrica entera dormía; la fábrica entera trabajaba cada vez menos... cada vez menos... Hasta que la fábrica se inmovilizó, en torno de Belfegor amorrugada. Era tan misterioso, tan poético, el espectáculo que ofrecía esa manufactura poblada por lirones, que los capataces, los empleados, los del directorio, los vigilantes y los abandonados robots, sucumbieron asimismo ante su soporoso influjo, como si los solicitasen centurias de sueño, y a ellas se rindiesen. Y puesto que muchos utilizaban, para apoyar las frentes o las nuca, los cojines sentimentales, la fábrica se colmó de arrullos, de nanas, de arrorrós, lo que coadyuvó a generar una calma de tan hondo aletargamiento, que ya nadie se levantó, ni despertó, ni comió, ni se fue a su casa, sino prosiguieron cabeceando y roncando.

En el año 2273, las noticias corrían a través del Mundo, más veloces que la luz. Las transmitían mentes aleccionadas al efecto. De inmediato se supo, doquiera, lo que acontecía en Bêt-Bêt. Y el Mundo se pasmó. No hubo ni motines, ni discursos incendiarios, ni atentados, ni horribles crímenes, ni heréticos que reclamaban la instalación de una libertad fundada en la violencia. Hubo sueño, mucho sueño. Sueño en los cinco continentes naturales, en los dos ficticios, en el submarino y en el aéreo. La gente se echó a dormir en los laboratorios, en las oficinas, en los anfiteatros y, más que en

ningún sitio, en las fábricas. Dormía con la ingenua placidez con que los muertos duermen. Una estupenda calma se apoderó del globo.

Repentinamente, corroborando cuánto se la aguardaba y apetecía, la divinizada Pereza estableció su imperio místico. Se hizo presente, iluminadora, consoladora, con el poderío de una revelada religión. Apareció y se difundió; arrebató a las turbas, hambrientas de asuetos independientes, como un medio original para redimir y justificar la existencia, en esa sociedad que había escamoteado a las religiones viejas y que reemplazaba los templos remotos por grandes edificios vacantes, alumbrados por verdes lámparas, donde se repetía un rito muy arcaico, merced a la influencia de arqueólogos y teólogos -el juego del billar-, que la gente del tercer milenio practicaba con ceremoniosas inclinaciones y un ir y venir de carambolas geométricas, concentrándose para ello hasta inefables honduras. El antiguo evangelio del billar demostraba ser insuficiente; no subvenía a las precisiones sobrenaturales del pueblo. Lo desbancaba el eterno dogma de la pereza, y eso, como a la pereza conviene, sin la intervención cruel de guerras religiosas, obedeciendo a la lógica madura de los tiempos.

Mientras se multiplicaban raudos, sincrónicos, acontecimientos espirituales de tanta monta, con su mencionada repercusión física, los demonios estaban en la América del Sur, tomando apuntes, ya que, obviamente, Belfegor no los necesitaba. Viajaban por placer, tras hacerlo por obligación. Allá los sobrecogieron las constancias de una anormalidad incomprensible. La gente dormía, como si viviese para dormir, como si la vida del sueño fuese la real, y no la otra, la del rutinario ajeteo. Y como la idea del sosiego total era inseparable de la esencia de Belfegor, las conectaron; temieron que algo monstruosamente extraordinario estuviera ocurriendo en Bêt-Bêt, y a Bêt-Bêt se volvieron, dando espuela y nafta a sus transportes. De paso, en tanto regresaban, pudieron comprobar que el Mundo se dormía. Dijérase que lo habían pulverizado con líquidos hipnóticos, con beleño autoritario. Se empantanaban las aguas de los océanos; se frenaba el fluir de los ríos; se anquilosaban los vientos y las brisas; se paraban las nubes; la lluvia se congelaba y entumecía, antes de caer; los animales se echaban; no había humo en las chimeneas, ni fuego en los colosales hornos; se detenían las bolas de billar, propicias a la meditación; nada, nada se movía. Únicamente ellos volaban, diligentes, en medio de una Tierra que gozaba de una parálisis de extrema dulzura.

Llegaron a Bêt-Bêt y buscaron a Belfegor. Para ello, se desparramaron en los seis sectores de la ciudad, y recorrieron de puntillas un museo de estatuas roncantes. El silencio, que apenas acompasaban los diversos ronquidos, se extendía sobre la urbe. Pero no, entrecortando la roncadora calma, un tímido coro de canciones de cuna flotaba sobre la metrópolis, ayer trémula de febril sonoridad. Hacia él se dirigieron, juntos, teniendo por guía a las voces mecedoras. Y fue como si se internasen en un palacio encantado. O más bien en una catedral, colmada de adoradores del reciente culto. Cara al suelo o a las bóvedas cristalinas, dormían y respiraban broncamente, los obreros y las obreras. Dormían y soñaban y sonreían, plácidos, columpiados por las pieles de gato dormilón de los cojines sentimentales. Y en el centro de la grey horizontal, Belfegor, vertical y retraída, señora diabla-diosa de la pereza reconfortante, recuperado el caparazón y teniendo por soportes, como a cuatro cariátides, a sus cuatro monos, triunfaba. Excepcionalmente, no

dormía. Dormían los demás. No requería dormir, porque ella era el sueño, y lo hilaba con sus manos regordetas, con tan paradójica eficacia que su telaraña cubría ya al vasto Mundo. Una majestad serena emanaba de su apostura, y los demonios (hasta Lucifer soberbio) no titubearon en postrarse: más que ninguno de ellos, merecía ese homenaje, porque venía a ser, al fin de cuentas, la magna y proficua laboriosa.

Canturriaban los almohadones, inmemoriales versos:

"Duérmete mi niño, duérmete mi sol..."

Como niños dormían, niños y ancianos. Y una paz sin precio descendía sobre la humana desazón. Salieron a la calle los siete, precedidos por la lentitud de la gran dama. La afonía y la inercia ganaban tal intensidad, que no había quién ni qué los resistiese. Por eso provocó un petardeo disonante y animó ecos destemplados, el irreprimible saxofón flatulento de Belfegor, despreciativo de la dignidad del silencio, y que acaso aspiraba a producir clarinadas victoriosas. No pudieron reprochárselo sus colegas, en la hora de los laureles. Confusiones de mayor importancia los afligían, pues creyeron advertir que el Mundo, el propio Mundo, reducía la ágil diligencia de sus rotaciones. Era cierto: el Mundo se estacionaba; el Mundo se detenía; el Mundo parecía dar sus últimas vueltas, como un caduco y extenuado bailarín. Iba a dormirse y quizás a morir, el Mundo. Se comprende la alarma de los príncipes. Si en Pompeya se les había ido la mano ¿cómo tasar lo que acaeciera en Bêt-Bêt? ¡Ay! ¿serían ellos capaces de aguantar e impeler a la Tierra, de obtener que reanudase su marcha habitual y evitar una destrucción que iba contra los intereses del feudo del Diablo, puesto que, sin ella, quién se encargaría de su humano abastecimiento?

Pero no fue preciso que emprendiesen una operación, sin duda superior a su energía. Otro, otros, asumían ya ese compromiso considerable. El cielo impávido se incendiaba de fulgores, de centellas, de armas flamígeras, de metales blandidos, como los techos del palacio veneciano que evocaban tan bien. Dos masas supersónicas daban la impresión de converger en las alturas, cual dos radiantes ejércitos de la aerosfera. Los tentadores dieron impulso a sus alas; aletearon sus bestias serviles; y hacia allá subió su columna, en vuelo de inspección.

Presto verificaron que de dos ejércitos se trataba. Ángeles y demonios acudían, conjuntamente, para salvar a la Tierra, su almacén de almas discutibles. Venían por un lado escuadrones celestes, comandados por San Miguel; y por el opuesto, milicias infernales, bajo la jefatura del propio Diablo. De una parte, las huestes blancas; de la contraria, los piquetes rojos. El casco del Arcángel era de esmeralda, como el de San Jorge, el de San Sebastián y el de San Gabriel; de oro filosofal, eran los yelmos del Diablo, de Azazel, su portaestandarte, y de Moloch, su espía, quien seguramente le dio aviso de lo que perturbaba a la esfera indócil. Abríase la cola de pavo real de Adramalech, Gran Canciller del Báratro, como una bandera más. Se agitaban en el espesor de las nubes siberianas las alas multicolores, las espadas, los escudos, como cuando riñeran las potencias enemigas, en ocasión célebre. Pero no lidiaron esta vez. Idénticos intereses los excitaban. Cada grupo ignoró que el antagonista venía con igual motivo: por eso, brevemente, San Miguel y el Diablo clavaron los ojos en sus caras respectivas. El Arcángel irradiaba bélica

hermosura, más el Diablo -que se había quitado el traje de franela gris y vestía, para el caso, una armadura bermeja- tenía dos rostros, no lo olvidemos, uno en el vientre, que asomó bajo la falda de acero, lo que duplicaba el poderío de su visión. Se estudiaron y llegaron a la conclusión de que ninguno iba en son de guerra. Entonces se precipitaron al suelo, entremezclados blancos y rojos. Sumáronseles los siete demonios, maravillados de esa alianza casual, originada por uno de ellos. Conferenciaron el Diablo y San Miguel; pusieron de acuerdo Azazel y San Sebastián, Moloch y San Jorge. Lanzaron a sus legiones sus órdenes militares, y remontaron vuelo, en pos de la corteza terrestre. La encontraron, la palparon, comprobaron que, ciertamente, amenguaba su ímpetu, y todos a una, diablos y ángeles; ángeles y diablos; tronos y dominaciones del Paraíso y príncipes y capitanes del Averno; forcejearon por apalancar (realizando la docente fantasía de Arquímedes) y empujar al Mundo remolón.

-¡Hop! ¡hop! ¡hop! ¡arriba! -gritaba San Miguel.

-¡Hop! ¡hop! ¡hop! ¡arriba! -gritaba el Diablo.

Con las manos, con los hombros, con los pies, propulsaban, atropellaban, apechaban al Mundo. Los ángeles enrojecieron, y palidieron los demonios; sus alas, que se revolvían y encrespaban, como en una riña de gallos, adquirieron pronto el mismo color, así que fue vano pretender diferenciar a los equipos. Hundían los brazos hasta los codos, en la costra universal, en sus arrugas, en sus depresiones.

-¡Arriba! -gritaba Jorge de Capadocia, el que se ve a caballo en las esterlinas de oro.

-¡Arriba! -gritaba Asmodeo de Persia, el que halaga los músculos de los desvelados por la lujuria.

Belfegor simulaba dar empellones; Adramalech cuidaba su plumaje; San Sebastián prohibía que le rozaran el puercoespín de flechas. Salvo excepciones tan acreditadas, Cielo e Infierno colaboraron, hasta que la Tierra les obedeció; vaciló, se estremeció, aceleró el giro y retomó su cadencia justa. Rotaba, rotaba, como debe ser. Los troyes adversarios, que se habían acalorado al unísono, y que habían conseguido asegurar el avituallamiento de territorios que el mortal no conoce hasta que deja de serlo (y en ese caso, conoce a uno solo), se separaron. Quedaban atrás, los momentos de transitoria camaradería. Agrupáronse los ángeles, albos, plateados, callados, ímpolutos, severos, fríos; y se agruparon los demonios, barrocos, charlatanes, policromos, con trompa de elefante, con testa de buey, de ciervo, de rana, de crustáceo, de basilisco, de búho. Volaron hacia el norte y hacia el sur, sin despedirse. A sus pies, la naturaleza y la gente despertaban.

-¿Significa esto -preguntó la envidia de Leviatán al desapego de Belfegor- que el trabajo de Su Excelencia ha sido inútil?

Belfegor dignó contestarle, como si hablara de muy lejos, del corazón de un bosque sonámbulo:

-No, Excelencia, no... La holganza y la huelga son primas. Yo le mostré al Mundo que puede ir a la huelga de brazos caídos, de piernas caídas, de estómagos caídos, holgando, y que en el derecho a la pereza reside el derecho a la libertad. Lo sabían allá antes; ahora tornan a saberlo... y no lo olvidarán. Han reconquistado a la pereza, don sublime, y la felicidad regresa al Mundo. ¿Han pecado... no han pecado? Se han liberado, tal vez pecando, y entonces

el pecado, mi pecado, es una evasión... una manumisión... Recuerde que yo soy... el más libre de los demonios... pero no me haga hablar... no me fatigue...

Volaban rumbo a la laguna Estigia. Los siete rodearon al Diablo, que se lamentaba. Lo alabaron, lo adularon, como suelen hacer los cortesanos con sus jefes. Para distraerlo, púsose Lucifer a enseñarle las fotografías que la máquina tomó durante el viaje, a manera de los turistas que agobian con sus "slides":

-Éste, Señor, es el castillo de Tiffauges. Aquí está la sala principal, que mal se distingue, por las telarañas que la ahogan. Aquí estoy yo, arengando elocuentemente a Madama Catalina, junto a Belfegor, quien hace, ignorándolo, el papel de obispo, de Monsignore Belfega. Aquí nos hallamos en Pompeya, leyendo a Lord Lytton. ¿Me ve Su Majestad, desnudo? Asmodeo me analiza, se inspira, y esculpe la preciosa figura de un fauno danzante. Y aquí bailamos y soplamos, alrededor del Vesubio: sí, sí, éste soy yo. Esta otra foto es curiosa, artística; habría que titularla: "El sueño de la Emperatriz Viuda". Encarnamos a emperadores, a príncipes del Mundo. Yo represento muy bien al Zar de Rusia. Fíjese: acá nos encontramos en Potosí, y formamos una pirámide humana, como saltimbanquis, para fascinar al dictador Melgarejo. No, no soy el que corona la pirámide, soy el que la sostiene; la pirámide reposa sobre mí. ¿Nos ve ahora, reunidos en Nueva York, en la altura del Empire State Building? Note cómo me inclino. Fue cuando Belfegor tuvo que viajar sostenido por globos profilácticos... ya sabe a qué me refiero. Acá, foto de conjunto: el público reunido en el Salón de Baile del palacio Rezzónico, mientras se ofrece una comedia. Éste es Ludovico, Procurador de la Serenisima; ésta, su mujer, la Principessa; y la tía Loredana Savorgnan... yo, de abate veneciano, muy gracioso. ¡Observe, observe!... en la isla de la Tortuga, entre piratas. Monsieur de Lonvilliers de Poincy, Gobernador de San Cristóbal... el grumete bizco... una geisha... Lord Alfred Douglas... Don Juan... un hermafrodita... Yo, en la orquesta antillana, haciendo vibrar el serrucho. ¡Ah, la música! Y, por fin, Bêt-Bêt. No, a mí no me encontrará, Señor Diablo. Yo investigaba la América del Sur, y la máquina se negó, tonta, a acompañarnos. Son imágenes de gente que duerme... gente que duerme... gente que duerme...

Circularon las fotografiar, odoríferas, parlantes. Satanás, Asmodeo, Mammón, Leviatán, Belcebú, hasta Belfegor, pugnaron por recobrarlas, para indicar su posición en las cromadas cartulinas, pero no lo consiguieron, porque ya andaban por las filas diabólicas, de garra en garra, de pezuña en pesuña, de antena en antena, de pinza en pinza, de tentáculo en tentáculo, alentando risas y bromas. El pavo real Canciller torcía el lente y las desestimaba. Algunas escaparon, cayeron, revolotearon y fueron recogidas después por las astronaves, a las que plantearon problemas de interés científico, promoviendo adivinanzas en París; caricaturas en Londres; gastos en la UNESCO; becas en los Estados Unidos; mesas redondas en Buenos Aires; religiones en África; premios en Estocolmo; proclamas en China; expediciones en Bêt-Bêt, y aguzando la bella noción de que la atmósfera es un nido de impenetrables misterios.

Así, entre las protestas de unos, la vanidad de otros, la admiración de escasos, la burla de los más, regresaron al país de los hielos y de las llamas. Humeaban sus chimeneas; sus fuegos herían: todo funcionaba a la perfección.

-We are home again -se alegró Satanás.

-Sweet home... sweet home... -cantó la brigada. También entonó la canción de las juventudes.

Ladró su bienvenida Cancerbero; bramó el toro asirio, oliscando las pasturas ardientes del Tártaro; la sirena se zambulló, con su niño cerdudo, en las aguas del Aqueronte.

-Debo ver a Francesca y Paolo -anunció Asmodeo-. Les llevo una postal.

-Yo a los soberbios.

-Yo a los iracundos.

-Yo a los avaros.

-Yo a los envidiosos. ¡Qué bien se siente uno aquí!

-Yo me encierro en las cocinas. Traigo recetas nuevas, Señor Diablo. Su Majestad se lamerá las extremidades; mientras come con la boca superior, con la inferior beberá. ¿Con quién nos mandó espiar, Majestad Suprema?

-Es un secreto. Top secret. De no haber sido gracias a él, por un pelo, por una crin, por una pestaña, por una pelusa, hubiésemos perdido a la Tierra nutricia -rezongó el soberano-. Quédense en el Infierno, Excelencias. No les confiaré más misiones extramuros. ¡Qué razón tuve, cuando les previne que tuviesen cuidado con Belfegor! Por culpa de ustedes, a punto estuvimos de que nos fusionasen con los ángeles y ¿quién puede predecir cuál hubiera sido entonces nuestro destino común? ¿Qué haríamos, mancomunados, ángeles y demonios? ¿Qué? ¿qué sería de mí... Santo Dios?

-¡Caramba, Majestad, y nosotros que proyectábamos el turismo pecador en gran escala!

Belfegor nada dijo. Dormía, hilvanaba ensueños. Soñaba con un Mundo inmóvil, hermosísimo, definitivamente independizado de pasiones, de angustias, un Mundo que flotaría en los espacios infinitos, como una diáfana pompa de jabón. Los monos, que habían llegado a amarlo, aventaron las moscas de Belcebú, lo cobijaron con una manta púrpura, en el combo lecho de carey, y lo acariciaron, empleando, cada uno, sus cuatro manos sabias.

Cruz Chica, 25 de abril - 25 de octubre de 1973

